

La Guerra de las Galaxias
Trilogía de Han Solo
1. La Trampa del Paraíso

A. C. Crispin

Título original: The Paradise Snare
Traducción: Albert Solé

Contraportada:

Antes de las películas de *La guerra de las galaxias*, antes de las titánicas batallas que habrían de liberar a la galaxia del puño de hierro del Imperio, tuvo lugar la historia jamás contada del joven Han Solo.

LA TRAMPA DEL PARAÍSO

Era un niño sin pasado, un mocoso corelliano de la calle que buscaba restos de comida entre la basura, cuando el cruel Garris Alcaudón se lo llevó consigo para que formara parte de una banda nómada de criminales del espacio.

Ahora, años después, oprimido por la sádica tiranía de Alcaudón e impulsado por sueños de gloria y aventura, Han intenta ser libre.

Su meta, convertirse en piloto de la Armada Imperial. Pero antes necesita adquirir experiencia de primera mano en el pilotaje de naves espaciales, y para ello acepta un empleo en el planeta Ylesia, un asfixiante mundo tropical en el que imperan el fanatismo religioso, las drogas ilegales y una fascinante sensualidad..., donde los sueños son destruidos y del que resulta imposible huir.

Solapas interiores:

Antes de que el nombre de Han Solo se convirtiera en una leyenda entre los contrabandistas, y de que la Nueva República recompensara su decisiva aportación a la lucha contra el Imperio nombrándolo general y haciendo que su rostro, junto con el de su esposa la princesa Leia Organa, fuera conocido en toda la galaxia como símbolo de la libertad y la justicia, hubo un tiempo lejano y oscuro en el que sólo existía un niño hambriento y aterido de frío, que intentaba sobrevivir mendigando en las inhóspitas calles de su Corellia natal.

Como no le quedaba otra salida, el pequeño Han aceptó con agradecido entusiasmo la mano que le tendía el capitán Garrís Alcaudón, líder de la banda de delincuentes que vivían a bordo del *Suerte del Comerciante*. Garrís le ofrecía cobijo, protección y una nueva vida, y Han necesitaba todo eso.

Pero la cruel realidad no tarda en imponerse: Garrís es un explotador implacable que usa a los niños que recoge en las calles para obtener dinero con la mendicidad, y únicamente la astucia y los recursos innatos del pequeño Han le permiten sobrevivir a su despiadada tiranía.

Decidido a convertir sus sueños en realidad, consigue escapar de la nave y huye al planeta Ylesia para convertirse en piloto de los sacerdotes ylesianos, que han publicado un anuncio ofreciendo un sueldo muy apetecible. Si gana los créditos suficientes, el joven Han Solo podrá superar los exámenes de ingreso en la Academia Imperial y, con el tiempo, llegar a ser un oficial y un caballero.

Ylesia promete el paraíso a los incautos peregrinos que acuden allí, pero en realidad sólo oculta la temible trampa de una forma de control mental que los convierte en trabajadores esclavizados. Para Han, Ylesia supondrá su primer contacto con el verdadero amor, pero también con la extraordinaria capacidad para la injusticia y la maldad con la que algunas razas inteligentes parecen decididas a convertir en un infierno toda la galaxia...

LA AUTORA

Ann C. Crispin ha escrito más de 16 libros, que han sido grandes éxitos de ventas, entre ellos cuatro novelas de *Star Trek* y la serie original de ciencia ficción *StarBridge*. Vive en Maryland, donde ejerce como directora regional para la Zona Este de la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía de América. Es invitada con frecuencia a convenciones de ciencia ficción, durante las cuales suele dar clases en talleres de escritura.

*Este libro está dedicado a mi amiga Thia
Rose. Cuando teníamos doce años, nos
Juramos que siempre seríamos amigas...*

*...y ahora, cuando han transcurrido
más años de los que nos gusta recordar,
lo seguimos siendo.*

Agradecimientos

Escribir historias que transcurren dentro del universo de la Guerra de las Galaxias es algo parecido a convertirse en miembro de una comunidad, o incluso de una familia. Los escritores son animados a leer los libros de los demás, y hay docenas de ensayos y obras técnicas sobre los personajes, la tecnología, los planetas y muchos otros temas. Los escritores intercambian información y consejos útiles, y generalmente se ayudan los unos a los otros.

Debido a ello, son muchas las personas que me han ayudado a escribir este libro. Con la advertencia previa de que cualquier error que puedan llegar a encontrar los lectores es única y exclusivamente mío, me gustaría expresar mi agradecimiento a las siguientes personas:

Kevin Anderson, que me proporcionó mi primera oportunidad de escribir dentro del universo de la Guerra de las Galaxias. Kevin y Rebecca Moesta también me ayudaron con información sobre los personajes y la historia general de la Guerra de las Galaxias, y me dieron ánimos, sabios consejos y una mano amiga.

Michael Capobianco, colega y muchas cosas más, por sus ideas, su ayuda a la hora de investigar y sus inteligentes consejos, y por preparar la cena cuando yo estaba tan absorta escribiendo que ni siquiera podía darme cuenta de que me moría de hambre. Gracias, muchacho.

Bill Smith y Peter Schweighofer, de West End Games, por ayudarme a encontrar la respuesta a preguntas tan esotéricas como «¿Qué clase de ropa interior lleva Han?». Entre los dos me sacaron de apuros más veces de las que puedo contar.

Tom Dupree y Evelyn Canto, de Bantam Books, por su ayuda, consejo y estímulo.

Sue Rostoni y Lucy Autrey Wilson, de Lucasfilm, por los «hechos comprobados».

Michael A. Stackpole, por ayudarme a encontrar una forma de escapar a la presa implacable de un rayo tractor y por otros consejos concernientes a las naves espaciales y el cómo pilotarlas.

Steve Osmanski, por leer el manuscrito y haberme dado sabios consejos sobre cuestiones «técnicas».

Como siempre, Kathy O'Malley, amiga y colega, por sostener mi mano y, de vez en cuando, por alguna más que merecida patada el trasero.

Y, naturalmente, George Lucas, que lo inició todo. *La guerra de las galaxias* me dejó patidifusa la primera vez que la vi, y me siento muy honrada por haber podido aportar mi pequeña contribución a la saga.

Gracias de nuevo, y que la Fuerza os acompañe.

El Suerte del Comerciante

El viejo transporte de tropas, una reliquia de las Guerras Clon, flotaba en una lenta órbita alrededor del planeta Corellia, silencioso y aparentemente abandonado. Pero las apariencias no se correspondían con la realidad. El viejo navío de la clase *Liberador*, que en tiempos ya bastante lejanos había sido conocido como *Guardián de la República*, había adquirido una nueva vida bajo el nombre de *Suerte del Comerciante*. El interior había sido dismantelado y reequipado con una variada gama de entornos vitales, y había pasado a contener casi cien seres inteligentes, muchos de ellos humanoides. Pero en aquellos momentos sólo unos cuantos de ellos se hallaban despiertos, ya que la nave estaba pasando por la fase central del ciclo de sueño.

Había un turno de guardia en el puente, por supuesto. El *Suerte del Comerciante* pasaba una gran parte de su tiempo en órbita, pero seguía siendo capaz de viajar por el hiperespacio, aunque mucho más despacio que los últimos modelos de naves. Garris Alcaudón, el líder del «clan» de comerciantes más o menos aliados que vivía a bordo del *Suerte*, era un capitán muy estricto que seguía al pie de la letra los protocolos de navegación. Como consecuencia, siempre había un turno de guardia en el puente.

Las órdenes de Alcaudón siempre eran obedecidas a bordo del *Suerte*, porque Alcaudón era el tipo de hombre al que nunca era conveniente llevarle la contraria a menos que dispusieras de una buena razón y de un desintegrador cargado al máximo. Dirigía el clan de comerciantes con un despotismo que no tenía nada de benevolente. Garris, esbelto y de estatura mediana, era tenebrosa e impresionantemente apuesto. Las franjas de un blanco plateado que se extendían sobre sus sienes acentuaban la negrura de sus cabellos y el gélido azul de sus ojos. Tenía los labios muy delgados y rara vez sonreía..., y nunca con auténtico buen humor. Garris Alcaudón era un excelente tirador y había pasado sus primeros años en el espacio como cazador de recompensas profesional. Pero había renunciado a aquella profesión debido a la mala «suerte», lo que en realidad quería decir que su falta de paciencia le había hecho perder las recompensas más elevadas reservadas a los que entregaban con vida a sus presas. Los cadáveres solían valer bastante menos.

Alcaudón poseía un sentido del humor un tanto retorcido, sobre todo en lo referente al sufrimiento de los demás. Cuando estaba apostando y ganaba, tendía a padecer ataques de enloquecida jovialidad, especialmente si también estaba borracho.

Ése era su estado en aquel momento. Sentado a una mesa de la antigua sala de reuniones de los oficiales, Alcaudón estaba jugando al sabacc y vaciaba jarra tras jarra de la potente cerveza alderaaniana, su bebida favorita.

El capitán del *Suerte* echó un vistazo a sus cartas-ficha mientras hacía cálculos mentales y se preguntaba si debía seguir adelante con la esperanza de completar una jugada pura. El repartidor de cartas podía pulsar un botón en cualquier momento, con lo que alteraría los valores de todas las fichas. Si eso ocurría, Alcaudón estaría perdido a menos que pidiera dos fichas adicionales y lanzara la mayor parte de su mano al campo de interferencia del centro de la mesa.

Uno de sus compañeros de partida, un elomin de aspecto sombrío, volvió repentinamente su temible cabeza colmilluda para mirar hacia atrás. Una luz estaba parpadeando en uno de los paneles de situación general auxiliares. La enorme criatura peluda dejó escapar un gruñido antes de empezar a hablar en un básico gatural.

—El sensor de bloqueo del escondite de las armas está haciendo cosas raras, capitán.

Alcaudón siempre insistía en que todos respetaran el protocolo y la cadena de

mando, especialmente en lo referente a él. A menos que estuviera metido en alguna operación ilegal en la superficie de un planeta, cuando estaba a bordo del *Suerte* siempre llevaba un uniforme militar diseñado por él mismo e inspirado en el traje de gala de un Moff del máximo rango. El uniforme estaba lleno de «medallas» y «condecoraciones» que Alcaudón había ido adquiriendo en casas de empeños esparcidas por toda la galaxia.

La advertencia del elomin hizo que le lanzara una mirada un tanto legañosa. Alcaudón se frotó los ojos, y después se irguió y dejó caer sus cartas-ficha sobre la mesa.

—¿Qué ocurre, Brafid?

El gigantesco alienígena frunció su hocico lleno de colmillos.

—No estoy seguro, capitán. Ahora la lectura es normal, pero ha habido una oscilación, como si el sensor se hubiera quedado sin energía durante unos instantes. Probablemente sólo ha sido una fluctuación momentánea de los alimentadores.

Moviéndose con una gracia y una coordinación tan desusadas que ni siquiera el aparatoso «uniforme» consiguió empañar su imponente prestancia, el capitán se levantó, rodeó la mesa y fue a estudiar las lecturas. Todas las señales de intoxicación etílica se habían esfumado de su rostro y su cuerpo.

—No ha sido una fluctuación de energía —declaró pasados unos momentos—. Ha sido otra cosa. Echa un vistazo a esto, Larrad —añadió, volviendo la cabeza para dirigirse al humano alto y corpulento que había estado sentado a su izquierda—. Alguien ha desactivado el bloqueo de la cerradura, y ahora está pasando una simulación para engañarnos y hacernos creer que se trataba de una fluctuación de la energía. Tenemos un ladrón a bordo. ¿Está armado todo el mundo?

Larrad Alcaudón, el hombre al que se había dirigido y que casualmente era su hermano, asintió y dio unas palmaditas a la pistolera que colgaba sobre su muslo. Brafid, el elomin, acarició su «cosquilleador» —un tipo de aguijón eléctrico que era su arma favorita—, aunque el peludo alienígena era lo suficientemente enorme para poder alzar en vilo a la mayoría de humanoides y partarlos en dos encima de su rodilla.

La otra persona presente, una sullustana que ejercía las funciones de navegante del *Suerte*, se puso en pie y también acarició su arma, un minidesintegrador de pequeño calibre.

—¡Lista para entrar en acción, capitán! —graznó.

A pesar de sus mejillas colgantes, diminuta estatura y enormes ojos luminosamente atractivos, Noonni Dalvo parecía casi tan peligrosa como el gigantesco elomin llamado Brafid, que era su mejor amigo de entre todos los tripulantes.

—Excelente —gruñó Alcaudón—. Envía un guardia al compartimiento de las armas por si se le ocurre volver, Noonni. Larrad, activa los sensores biológicos y averigua si puedes identificar al ladrón y descubrir hacia dónde se dirige.

El hermano de Alcaudón asintió y se inclinó sobre el tablero de control auxiliar.

—Un humano, nacido en Corellia —anunció pasados unos instantes—. Joven, metro ochenta de altura... Cabellos y ojos oscuros. Constitución esbelta. El sondeador biológico dice que lo ha reconocido. Va hacia popa, y se dirige a la cocina.

La expresión de Alcaudón se fue endureciendo hasta que sus ojos se volvieron tan fríos y azules como los glaciares de Hoth.

—El joven Solo, naturalmente... —dijo—. Es el único lo suficientemente temerario para atreverse a hacer algo semejante. —Flexionó los dedos, y después los tensó hasta convertirlos en un puño. El anillo que llevaba, una gruesa montura que sostenía una gran gema de veneno sanguíneo devaroniana, brilló con un tenue resplandor plateado bajo las luces del mamparo—. Bueno, hasta ahora no he sido demasiado duro con él

porque es un buen piloto de barredoras y nunca me ha hecho perder dinero cuando apostaba por él, pero esto ya es demasiado. Esta noche voy a enseñarle que debe respetar la autoridad, y haré que desee no haber nacido.

Los dientes de Alcaudón relucieron bajo las luces, brillando con un destello mucho más intenso que el de la gema de su anillo.

—Sí, acabará deseando que nunca le hubiera «encontrado» hace diecisiete años, ese día en que el *Suerte* se convirtió en el único hogar que ha llegado a conocer su condenado trasero de mocosos moja-pañales. Soy un hombre tolerante y lleno de paciencia... —suspiró teatralmente—, como bien sabe la galaxia, pero incluso yo tengo mis límites.

Miró a su hermano, que parecía sentirse bastante incómodo. Garris se preguntó si Larrad se estaría acordando de la última sesión de castigo sufrida por Solo hacía un año. Después de ella, el muchacho no había podido caminar durante dos días.

Alcaudón apretó los labios. No toleraría ninguna muestra de blandura por parte de sus subordinados.

—¿De acuerdo, Larrad? —preguntó, empleando un tono excesivamente suave y afable.

—¡Sí, capitán!

Han Solo tensó los dedos alrededor de la culata del desintegrador robado mientras avanzaba de puntillas a lo largo del estrecho pasillo metálico. Después de conectar la simulación y haber forzado la cerradura del compartimiento de las armas, sólo dispuso de un momento para meter la mano dentro y coger la primera arma que encontró. No había tenido tiempo de elegir.

Apartó nerviosamente unos mechones de húmedos cabellos castaños de su frente y se dio cuenta de que estaba sudando. El desintegrador era como un peso extraño en su mano mientras lo examinaba. Han rara vez había empuñado uno antes, y había aprendido a comprobar la carga gracias a sus lecturas secretas. Nunca había disparado un arma. Garris Alcaudón sólo permitía ir armados a sus oficiales. El joven piloto abrió un pequeño panel de la parte más gruesa del cañón, entrecerró los ojos bajo la tenue claridad de las luces y echó un vistazo a las lecturas. «Perfecto... Cargado al máximo. Alcaudón puede ser un matón y un idiota, pero sabe cómo mandar una nave.»

El muchacho no estaba dispuesto a admitir ni siquiera ante sí mismo hasta qué punto temía y odiaba al capitán del *Suerte del Comerciante*. Había aprendido hacía mucho tiempo que cualquier muestra de miedo era una forma infalible de ganarse una paliza..., o algo peor. Los matones y los idiotas sólo respetaban el valor o, a falta de valor, la fanfarronería. Como consecuencia de ello, Han Solo había aprendido a evitar que el miedo se adueñara de su mente o de su corazón. Había momentos en los que era vagamente consciente de que estaba allí, enterrado bajo capas de la dureza acerada aprendida en la calle, pero cada vez que lo reconocía como lo que era en realidad, Han lo enterraba decididamente todavía más abajo.

Decidió hacer un experimento y alzó el desintegrador delante de su cara mientras cerraba un ojo castaño para tomar puntería a lo largo del arma. El cañón del desintegrador osciló ligeramente de un lado a otro, y Han masculló una maldición al comprender que le temblaba la mano. «Vamos, vamos... —se dijo a sí mismo—. Demuestra que eres un hombre, Solo. Salir de esta nave y alejarse de Alcaudón bien merece correr ciertos riesgos.»

Lanzó una rápida mirada por encima del hombro y después se volvió justo a tiempo de agacharse para pasar por debajo de una conexión energética que sobresalía

del techo. Había elegido aquella ruta porque evitaba las secciones de camarotes y las zonas recreativas, pero el pasillo era tan angosto y tenía un techo tan bajo que empezó a sentir un poco de claustrofobia mientras seguía avanzando de puntillas, resistiendo el impulso casi incontenible de volver la cabeza para mirar por encima del hombro.

El túnel se ensanchaba por delante de él, y Han comprendió que ya casi había llegado a su destino. «Sólo unos minutos más», se dijo, y siguió avanzando con una grácil cautela que hacía que sus pasos fueran tan silenciosos como los de las peludas almohadillas de un wonat. Estaba pasando junto a los módulos de hiperimpulsión, y luego venía un cruce con un pasillo más ancho. Han torció hacia la derecha, agraciando el poder caminar sin tener que ir encorvado.

Fue sigilosamente hasta la puerta de la enorme cocina y se detuvo delante de ella, titubeando mientras sus orejas y su nariz permanecían muy ocupadas. Sonidos... Sí, sólo eran el tipo de ruidos que había estado esperando oír: el suave tintineo de las sartenes y fuentes metálicas, el *sploooooch* de la masa al ser golpeada, y después los tenues crujidos y chasquidos que producía al ser amasada.

Ya podía percibir el olor de la masa. Pan de wastril, su favorito. Han apretó los labios. Con un poquito de suerte, nunca llegaría a comer el pan de aquella hornada.

Se metió el desintegrador debajo del cinturón, abrió la puerta y entró en la cocina.

—Eh... Dewlanna —dijo en voz baja—. Soy yo. He venido a despedirme.

La criatura alta y peluda que había estado amasando vigorosamente el pan de wastril giró sobre sus talones para dirigirle un suave gruñido de interrogación.

El verdadero nombre de Dewlanna era Dewlannamapia, y había sido la mejor amiga de Han desde que vino a vivir a bordo del *Suerte del Comerciante* hacía casi diez años, cuando Han rondaba los nueve. (El joven piloto no tenía ni idea de cuándo había nacido, naturalmente, ni de quienes habían sido sus padres. Si no hubiera sido por Dewlanna, ni siquiera sabría que se apellidaba Solo.)

Han no podía hablar el wookie —tratar de reproducir todos aquellos gruñidos, rugidos, ladridos y gruñidos ahogados le dejaba la garganta dolorida, y además sabía que sólo obtenía una ridícula imitación de ellos—, pero lo entendía muy bien. Por su parte, Dewlanna no podía hablar el básico, pero lo entendía tan bien como su propia lengua. Eso hacía que la comunicación entre el joven humano y la vieja viuda wookie fuera fluida, pero... distinta.

Han se había acostumbrado a ello hacía años y nunca pensaba en lo extraño que resultaba. Él y Dewlanna sencillamente... hablaban. Se entendían perfectamente el uno al otro. El joven piloto alzó el desintegrador robado, asegurándose de que el cañón no apuntaba a su amiga.

—Sí, esta noche va a ser la gran noche —dijo en contestación al comentario de Dewlanna—. Me voy de esta nave, y no volveré nunca más.

Dewlanna respondió con un gorgoteo lleno de preocupación mientras sus manos, reaccionando de manera automática, volvían a estrujar la masa. Han meneó la cabeza, y sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—Te preocupas demasiado, Dewlanna. ¡Pues claro que lo tengo todo planeado! He escondido un traje espacial en un armario cerca de los muelles de carga robotizados, y en estos momentos allí hay atracada una nave que partirá tan pronto como haya descargado sus mercancías y haya repostado. Es un carguero robot, y va justo al sitio al que quiero ir.

Dewlanna siguió estrujando su masa, y después emitió un delicado gruñido de interrogación.

—Pienso ir a Ylesia —le explicó Han—. ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre ese

sitio? Es una colonia religiosa cercana al espacio de los hutts, y ofrecen refugio a los peregrinos que han tenido problemas con el resto del universo. Allí estaré a salvo de Alcaudón. Y además... –Estiró el brazo, alzando un pequeño holodisco para que la wookiee pudiera verlo–. ¡Mira esto! ¡Han publicado anuncios pidiendo un piloto! Ya he gastado hasta el último de los créditos de lo que me pagaron por ese último trabajo en mandarles un mensaje diciéndoles que voy a ir allí para que me entrevisten.

Dewlanna dejó escapar un suave rugido.

–Eh, no puedo permitir que hagas eso –protestó Han, viendo cómo la cocinera introducía las barras de pan en una fuente y la metía en la parrilla térmica para cocerlas–. Ya me las arreglaré. Conseguiré unos cuantos créditos más antes de llegar a la nave robot. No te preocupes, Dewlanna.

La wookiee hizo caso omiso de sus palabras y atravesó rápidamente la cocina, con su cuerpo peludo y ligeramente encorvado moviéndose velozmente a pesar de su avanzada edad. Han sabía que Dewlanna tenía casi seiscientos años. Eso eran muchos años incluso para un wookiee.

Dewlanna desapareció por la puerta de su camarote y reapareció un instante después, aferrando una bolsa confeccionada con una tela de aspecto sedoso que, a juzgar por su apariencia, muy bien podía ser pelo de wookiee entretejido.

La cocinera se la alargó con un suave e insistente quejido.

Han volvió a menear la cabeza y juntó las manos detrás de la espalda en un gesto de niño tozudo.

–No –replicó con firmeza–. No voy a aceptar tus ahorros, Dewlanna. Luego necesitarás esos créditos para pagar el billete y reunirme contigo.

La wookiee inclinó la cabeza hacia un lado y emitió un corto sonido interrogativo.

– ¡Pues claro que vendrás a reunirme conmigo! –exclamó Han–. No pensarás que te voy a dejar aquí para que te pudras en este cubo de basura, ¿verdad? Alcaudón se va volviendo un poco más loco a cada año que pasa. Nadie está a salvo a bordo del *Suerte*. Cuando llegue a Ylesia y haya conseguido un poco de dinero, enviaré a alguien para que te lleve hasta allí. Ylesia es un refugio religioso, y ya sabes que todos los peregrinos están protegidos por el derecho de santuario. Cuando estemos allí, Alcaudón no podrá hacernos nada.

Dewlanna metió la mano en la bolsa, y sus peludos dedos demostraron ser sorprendentemente ágiles y flexibles cuando empezaron a hurgar entre los certificados de crédito autorizados que contenía. La wookiee alargó unos cuantos a su joven amigo. Han se dio por vencido con un suspiro y los aceptó.

–Bueno..., de acuerdo. Pero esto sólo es un préstamo, ¿entendido? Te los devolveré. Los sacerdotes ylesianos ofrecían un buen sueldo en su anuncio.

Dewlanna emitió un gruñido de asentimiento y después, sin ninguna advertencia previa, estiró el brazo para revolverle los cabellos con su peluda manaza, dejándoselos de punta y totalmente desordenados.

– ¡Eh! –chilló Han. Un masaje capilar administrado por los dedos de un wookiee no era algo que se pudiera tomar a la ligera–. ¡Me acababa de peinar!

Dewlanna gruñó, visiblemente divertida, y Han se irguió para lanzarle una mirada llena de indignación.

–No, no estoy mejor despeinado. ¿Cuántas veces he de repetirte que los humanos no consideramos que la palabra «despeinado» sea un elogio?

Siguió mirándola fijamente y su indignación se fue desvaneciendo a medida que comprendía que tardaría mucho tiempo en volver a ver su amado rostro peludo y sus bondadosos ojos azules. Dewlanna llevaba mucho tiempo siendo su amiga más íntima

—y con frecuencia la única—, y tener que separarse de ella de esa manera iba a ser muy, muy duro para Han.

El joven corelliano se lanzó impulsivamente sobre la caliente y sólida mole de Dewlanna para envolverla en un estrecho abrazo. Su cabeza sólo le llegaba a la mitad del pecho. Han todavía se acordaba de cuando apenas le llegaba a la cintura.

—Voy a echarte mucho de menos —dijo, con el rostro hundido en su pelaje y sintiendo el escozor de las lágrimas en los ojos—. Cuídate, Dewlanna.

Dewlanna dejó escapar un suave rugido, y sus largos brazos peludos rodearon a Han para devolverle el abrazo.

—Vaya, vaya... Qué espectáculo tan conmovedor —dijo una voz helada y espantosamente familiar.

Tanto Han como Dewlanna se quedaron paralizados durante unos momentos y después giraron sobre sus talones para enfrentarse al hombre que acababa de entrar en el camarote de la wookie. Garris Alcaudón estaba inmóvil en el umbral, con sus apuestas facciones inmovilizadas en una sonrisa que hizo que la sangre de Han se coagulara dentro de sus venas. Pudo sentir cómo Dewlanna se estremecía junto a él, ya fuera de miedo o de pura repugnancia.

Dos miembros de la tripulación —Larrad Alcaudón y Brafid, el elomin— eran visibles por encima del hombro del capitán. Han tensó los puños, lleno de frustración. Si Alcaudón hubiera estado solo, quizá habría corrido el riesgo de atacar al capitán del *Suerte*. Con Dewlanna allí para ayudarlo, tal vez habrían podido imponerse a Garris, pero con Larrad y el elomin también presentes, no tenían ni una sola posibilidad.

Han era agudamente consciente del desintegrador robado que había debajo de su cinturón. Durante un momento pensó en usarlo, pero enseguida abandonó esa idea. Alcaudón era famoso por su rapidez a la hora de desenfundar. Han nunca conseguiría ser más rápido que él, y eso podía significar su muerte y la de Dewlanna. Resultaba obvio que Alcaudón estaba furioso.

Han se lamió unos labios repentinamente resecos.

—Oiga, capitán, puedo explicárselo... —empezó a decir.

Alcaudón se irguió cuan alto era y entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que puedes explicar, pequeño cobarde traidor? ¿Que has osado robar a tu familia, que has traicionado a quienes confiaban en ti y que has apuñalado por la espalda a tu benefactor, repugnante ladronzuelo?

—Pero...

—Ya estoy harto de ti, Solo. Hasta ahora he sido indulgente contigo porque eres un piloto condenadamente bueno y todo ese dinero de los trofeos y los premios que ganabas me resultaba muy útil, pero se me ha acabado la paciencia. —Alcaudón se subió con lenta ceremonia las mangas de su fatuamente ostentoso uniforme y apretó las manos hasta convertirlas en puños. La iluminación artificial de la cocina hizo que la gema sanguínea del anillo reluciera con tenues destellos plateados—. Vamos a ver si unos cuantos días de tener que luchar con el envenenamiento de la sangre causado por las toxinas devaronianas, y puede que unos cuantos huesos rotos como propina, son capaces de hacerte cambiar. Hago esto por tu propio bien, muchacho. Algún día me lo agradecerás.

Han tragó saliva, aterrorizado, mientras Alcaudón daba un paso hacia él. Se había enfrentado al capitán mercante en una ocasión, hacía dos años, cuando se sentía invencible después de haber derrotado a todos sus contrincantes en la competición gladiatorial de Jubilar..., y lo había lamentado al instante. La velocidad y la potencia del puñetazo con el que Garris respondió a su ataque le habían echado la cabeza hacia atrás y partido los labios tan concienzudamente que Dewlanna tuvo que alimentarle con purés

durante una semana hasta que se le curaron.

Dewlanna avanzó con un gruñido. La mano de Alcaudón descendió hacia su desintegrador.

–No te metas en esto, vieja wookie –dijo secamente, con una voz casi tan áspera y gutural como la de Dewlanna–. No eres tan buena cocinera, ¿sabes?

Han ya había agarrado el peludo brazo de su amiga y estaba haciendo cuanto podía para contenerla.

– ¡No, Dewlanna!

Dewlanna se libró de su mano con tanta facilidad como habría ahuyentado a un insecto molesto y le lanzó un rugido amenazador a Alcaudón. El capitán empuñó su desintegrador, y el caos se adueñó de la cocina.

– ¡Nooooo! –gritó Han.

Saltó hacia adelante y su pie se extendió velozmente en una vieja técnica de combate callejero. El empeine chocó con el esternón de Alcaudón en un sólido impacto. El aire surgió de los pulmones del capitán con un ruidoso ¡uf!, y Alcaudón cayó de espaldas. Han aterrizó sobre la cubierta y rodó hacia un lado. Una descarga del cosquilleador pasó siseando junto a su oreja.

– ¡Larrad! –jadeó el capitán mientras Dewlanna avanzaba hacia él.

El hermano de Alcaudón desenfundó su desintegrador y apuntó a la wookie con él.

– ¡Detente, Dewlanna!

Sus palabras surtieron tan poco efecto como las de Han. La sangre de Dewlanna había empezado a hervir en sus venas, y la anciana cocinera ya estaba dominada por la terrible furia de batalla de los wookies. Con un rugido que ensordeció a los combatientes, Dewlanna agarró la muñeca de Larrad y tiró de ella, haciendo girar su cuerpo y estirando su brazo hacia un lado en una terrible parodia del juego infantil de «chasquear el látigo». Han oyó un crujido mezclado con varios chasquidos cuando los tendones y ligamentos cedieron. Larrad Alcaudón chilló, emitiendo un sonido agudo y estridente en el que había tanto dolor que el joven corelliano sintió un palpar de pura simpatía en su brazo.

Han empuñó su desintegrador y disparó contra el elomin, que ya estaba saltando hacia adelante, el cosquilleador preparado y dirigido hacia el torso de Dewlanna. Brafid aulló y dejó caer su arma. Han se asombró de que hubiera logrado darle, pero no dispuso de mucho tiempo para pensar en su buena puntería.

Alcaudón se estaba levantando, con el desintegrador que empuñaba su mano apuntando a la cabeza de Han.

– ¿Larrad? –le gritó al convulso fardo de agonía en el que se había convertido su hermano.

Larrad no respondió.

Alcaudón amartilló el desintegrador y dio un paso más hacia Han.

– ¡No te muevas, Dewlanna! –gruñó, volviendo la cabeza hacia la wookie–. Si haces un solo movimiento, tu amigo Solo morirá.

Han dejó caer su desintegrador y alzó las manos en un gesto de rendición.

Dewlanna se detuvo, gruñendo suavemente.

Alcaudón alzó el desintegrador, y su dedo se tensó sobre el gatillo. Un odio lleno de malevolencia ardía en sus rasgos y un instante después sonrió, los ojos azul pálido iluminados por una implacable alegría.

–Te sentencio a muerte por insubordinación y por haber agredido a tu capitán, Solo –anunció–. Espero que te pudras en todos los infiernos que puedan existir.

Mientras Han permanecía paralizado, esperando que el haz desintegrador asara

su cuerpo en cualquier momento, Dewlanna rugió, le apartó de un empujón y saltó sobre Alcaudón. El chorro de energía surgido del desintegrador le dio de lleno en el pecho y Dewlanna se derrumbó, convertida en un montón de pelaje chamuscado y carne quemada.

– ¡Dewlanna! –gritó Han, desesperado.

Moviéndose con una rapidez que no había sabido que poseyera, se lanzó sobre Alcaudón y sus brazos se curvaron alrededor de las rodillas del capitán. Alcaudón volvió a caer hacia atrás, y esta vez su cabeza se estrelló contra la cubierta. El capitán se quedó inmóvil, totalmente inconsciente.

Han fue arrastrándose hacia su amiga, le dio la vuelta tan delicadamente como pudo y vio el gran agujero que el haz desintegrador había abierto en su pecho. Enseguida supo que la herida era mortal. Aún no se había construido el androide médico capaz de curar semejante lesión. Dewlanna gimió y jadeó, luchando por respirar con toda su enorme fuerza de wookie. Han deslizó los brazos debajo de sus hombros e intentó ayudarla a respirar. Los ojos azules de la wookie se abrieron y, pasado un instante, se clavaron en los de Han. La lucidez volvió a ellos, y Dewlanna dejó escapar un débil rugido.

– ¡No, no te abandonaré! –replicó Han, estrechándola con más fuerza entre sus brazos. Las lágrimas le nublaron la vista y Dewlanna onduló debajo de él, un océano de pelaje marrón–. ¡No me importa lo que pueda ocurrirme! Oh, Dewlanna...

Haciendo un gran esfuerzo, Dewlanna alzó una enorme y peluda mano-pata y le cogió del brazo. Han tuvo que concentrarse al máximo para traducir lo que le dijo a continuación.

–Ya lo sé... –jadeó, hablando en voz alta para que Dewlanna supiera que la había entendido–. Sé que te importo mucho... –Dewlanna emitió un nuevo rugido ahogado–. Tanto como tus propios hijos...

Han tragó saliva, un nudo de dolorosa tensión en la garganta.

–Y yo..., yo siento lo mismo por ti, Dewlanna. Eres lo más cercano a una madre que he tenido jamás.

Un prolongado gemido lleno de angustia hizo temblar el cuerpo de Dewlanna, y sus labios emitieron un nuevo gruñido.

–No –insistió Han–. No voy a dejarte. Me quedaré contigo hasta que..., hasta que...

No pudo terminar la frase.

Dewlanna le agarró del brazo con un fantasma de su antigua fortaleza y le dirigió un gruñido apremiante.

–Si yo... –La wookie apenas podía hablar, y Han estaba teniendo bastantes problemas para entenderla–. Si yo muero... ¿Nada? Oh... ¿Me estás diciendo que si no sobrevivo, entonces habrás muerto por nada?

Dewlanna asintió, y sus ojos sostuvieron la mirada de Han por entre su nido de pelaje con toda la fijeza de que era capaz. Han meneó la cabeza en una tozuda negativa. ¿Cómo podía abandonarla para que muriera a solas?

Un rugido tan débil que apenas podía ser oído surgió de los labios de Dewlanna.

–Sí, estoy seguro de que estarás a salvo y de que te unirás al poder de la vida –dijo Han, intentando imprimir la máxima sinceridad posible a sus palabras.

Sabía que algunos wookies creían en la existencia de un poder unificador que creaba un vínculo invisible entre todas las criaturas. Personalmente, Han opinaba que aquel poder –nunca había sido capaz de traducir el término de una forma excesivamente precisa, ya que la palabra wookie también podía significar «fortaleza» o «fuerza»– en el que Dewlanna creía con tanta convicción, no era más que una superstición.

Pero si creer en aquel poder podía consolarla durante su agonía, Han no iba a discutir con ella. Se acordó de lo que Dewlanna le había dicho en varias ocasiones.

–Que el poder de la vida te acompañe, Dewlanna... –susurró, y durante un momento Han deseó poder creer en su existencia.

Dewlanna dejó escapar un gemido de dolor, y Han comprendió que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Después Dewlanna emitió un débil gorgoteo, y Han lo tradujo automáticamente.

–Tu última petición... –balbuceó, teniendo que hacer un gran esfuerzo para conseguir que las palabras surgieran de su boca–. Quieres que... me vaya... y que viva. Y que sea... feliz.

Han estaba haciendo cuanto podía para no echarse a llorar.

–De acuerdo –dijo por fin–. Me iré. Todavía tengo tiempo de subir a ese navío robot antes de que despegue.

Dewlanna gimoteó.

–Lo prometo –asintió Han con un hilo de voz–. Me iré ahora mismo. Y te juro que siempre te recordaré, Dewlanna.

Dewlanna ya no podía hablar, pero Han estaba seguro de que le había oído. La acostó sobre la cubierta con toda la delicadeza de que fue capaz y después se levantó y cogió el desintegrador. Y luego, después de haber contemplado a Dewlanna por última vez, giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puerta.

Sus pies lanzados a una veloz carrera crearon ecos por los pasillos del *Suerte del Comerciante*: el momento de la cautela ya había quedado atrás. ¡Tenía que llegar al muelle de atraque y a aquel carguero robotizado ylesiano! Han no tenía ni idea de cuándo debía despegar del *Suerte*, pero el programa de carga por el que se regían los trabajadores del muelle espacial anunciaba que el carguero despegaría en cuanto los androides hubieran terminado las operaciones de aprovisionamiento de combustible..., y cuando Han había robado aquel traje espacial y lo había metido en su escondite, los androides acababan de iniciar el proceso.

¡El *Sueño de Ylesia* podía partir en cualquier momento!

Han corrió hacia la escotilla, jadeando mientras sus pies se movían velozmente sobre las cubiertas que habían sido su campo de juegos desde que era lo suficientemente mayor para acordarse de lo que hacía. Podía oír voces adormiladas, mezcladas con gritos y órdenes que resonaban en la lejanía.

«No puedo permitir que me cojan. Alcaudón me matará...» Aquella terrible certeza dio alas a sus pies.

Dobló la última curva patinando sobre la cubierta y cogió el traje espacial que había escondido en un pequeño armario detrás de una de las bombas de combustible. El casco cayó sobre su brazo, golpeándole en el estómago mientras Han introducía a toda prisa en el teclado de la compuerta el código que había robado.

Transcurrieron varios segundos. Los sonidos de persecución se estaban intensificando, pero seguramente pensarían que se dirigía al muelle de lanzaderas o, quizá, incluso a los módulos de emergencia. Nadie podría imaginar que estaba lo suficientemente loco para tratar de viajar como polizón a bordo de un carguero robotizado..., o por lo menos eso esperaba Han.

La compuerta se abrió con un suave siseo. Han entró de un salto, cerró la compuerta y empezó a ponerse el traje espacial. Comprobó los depósitos de aire. «Están llenos. Perfecto.» Originalmente había planeado coger algunos depósitos de aire extra, pero no se atrevía a salir de la escotilla. El traje tenía aire para dos días. Eso debería bastar, a menos que el *Sueño* fuese una nave realmente lenta. Al tratarse de una unidad robotizada, Han no tenía forma alguna de averiguar qué curso seguiría, y tampoco podía

saber a qué velocidad haría el viaje.

Han torció el gesto. Sólo un hombre desesperado sería capaz de utilizar aquel método de huida..., y no cabía duda de que él estaba desesperado. Lo único que podía hacer era esperar que no llegara a Ylesia muerto porque se le hubiese acabado el aire.

«Vamos a ver... Compartimiento de las cápsulas alimenticias..., lleno. Depósito de agua..., lleno. Excelente.» Otro resultado de la continua vigilancia del capitán Alcaudón y de su insistencia en que todo debía mantenerse en perfecto estado.

Han se puso el traje por encima del mono de vuelo gris que usaban todos los tripulantes de la nave y cerró la costura adhesiva que corría a lo largo de la parte delantera. Después cogió el casco, con bastante torpeza debido a los guantes, y lo colocó sobre su cabeza. La esfera truncada de cristalita era casi totalmente transparente y le permitía ver en todas direcciones salvo directamente detrás de él. Una hilera de hologramas ocupaba el borde inferior del casco, proporcionándole sus constantes vitales, la cantidad de aire que le quedaba y cualquier otra información que pudiera necesitar para sobrevivir. Han podía «hablar» con su traje de una manera limitada golpeando la palanca de comunicaciones con el mentón y dándole instrucciones concernientes a la temperatura, la mezcla del aire y el resto de condiciones interiores.

«Bueno, eso es todo», pensó mientras iba hacia la escotilla de conexión con el ruidoso y torpe caminar a que le obligaba el traje y tecleaba la secuencia final que igualaría las presiones de la escotilla y el *Sueño de Ylesia*. Han pudo oír un silbido casi imperceptible cuando el aire fue expulsado de la escotilla. Al ser una unidad robotizada, el *Sueño* no necesitaba aire para operar. La nave sólo estaba llena de vacío.

La escotilla se abrió por fin y Han cruzó el umbral.

El compartimiento estaba lleno de carga y equipo, y los pasillos eran muy estrechos. El *Sueño* no había sido construido para transportar una tripulación y sus diseñadores sólo había previsto las inspecciones rutinarias de mantenimiento, por lo que Han tuvo que ponerse de lado para poder avanzar. Durante un momento agradeció que todo el equipo estándar hubiera sido diseñado para funcionar en condiciones de gravedad normal. De lo contrario, quizá habría tenido que vérselas con la ingravidez, y eso sí que habría sido un auténtico problema.

Han había estado fuera del *Suerte del Comerciante*, acompañando a la cuadrilla de soldados equipada con trajes espaciales, varias veces desde que se consideró que era lo bastante mayor para echar una mano en aquellos trabajos que comportaban un cierto peligro, suspendido en el espacio y conectado a la nave únicamente por un cordón umbilical que parecía muy frágil. El primer par de veces la experiencia había sido bastante emocionante, pero Han enseguida descubrió que la ingravidez no resultaba demasiado agradable, y no había tardado en aprender que nunca debías mirar hacia «abajo». No ver nada debajo de sus pies salvo años luz de espacio bastaba para hacer que le diera vueltas la cabeza.

Siguió avanzando hacia el «puente», pensando que sería la parte más espaciosa de la nave. El *Sueño* era muy pequeño, por lo que sólo necesitó unos momentos para llegar a él. Si el manifiesto de carga no mentía, la nave robot había traído un cargamento de brillestim de primera calidad y partiría con un cargamento de componentes electrónicos corellianos de calidad igualmente excelente que podían ser usados en los trabajos de mantenimiento de las fábricas.

Han se preguntó a quién habría tenido que sobornar Garris Alcaudón para poder recibir un cargamento de brillestim. La sustancia estaba sometida a un rígido control por la mayoría de gobiernos planetarios, así como por la comisión de comercio imperial.

Se volvió hacia un lado para entrar en el puente..., y se quedó totalmente inmóvil.

«Oh, por todos los hijos de Barab... ¿Qué está haciendo un androide astromecánico en el puente?» Todo el mundo sabía que un androide no podía pilotar una nave por sí solo, así que aquella unidad no podía estar allí para pilotarla. Han torció el gesto por debajo del casco de cristalita. Aquel androide debía de estar allí como una especie de alarma contra delincuentes, un sofisticado aparato de comunicaciones para ayudar a detectar la presencia de piratas espaciales o ladrones que hubieran conseguido entrar en la nave. Han sabía que una de las razones por las que los sacerdotes ylesianos tenían tantas ganas de contratar un piloto –y preferiblemente corelliano, según decía su anuncio– era la cantidad de naves que habían estado perdiendo por culpa de la piratería.

Mientras seguía inmóvil, esperando que el androide no se diera cuenta de su presencia, el joven sintió que el *Sueño* se estremecía. «¡Vamos a despegar del muelle! ¡He de prepararme para resistir el impulso de separación!»

El *Sueño* sufrió otra sacudida, y otra más. Han casi podía ver cómo las abrazaderas del muelle se iban soltando una a una. «Otra más, y luego...»

La nave volvió a estremecerse y después se bamboleó violentamente. Se suponía que el *Sueño* no tenía tripulación, por lo que podía utilizar patrones de aceleración mucho más bruscos que los usados por las naves provistas de tripulación.

¡Wham! Una potente sacudida tiró del cuerpo de Han, obligándole a agarrarse para resistir la violenta aceleración. ¡El *Sueño* había salido del muelle y había iniciado su viaje!

Con los ojos de la mente, Han vio cómo se iban alejando del *Suerte del Comerciante* e iban saliendo del abrazo del campo gravitatorio de Corellia. Cerró los ojos y vio a su mundo natal girando perezosamente sobre el telón de fondo de las estrellas. Corellia era un planeta muy hermoso, con pequeños mares azules, bosques de un verde amarronado, desiertos dorados y grandes ciudades. Su lado nocturno relucía como una unidad de combate tachonada de luces...

La aceleración llegó al máximo y Han se vio incómodamente aplastado contra el contenedor de carga. «Acabamos de saltar a la velocidad de la luz...», comprendió.

Los tirones y sacudidas se desvanecieron unos instantes después, y Han pudo volver a moverse. Flexionó los brazos y las piernas, torciendo el gesto cuando los morados que cubrían su cuerpo dieron a conocer su existencia. «La pelea en la cocina...», comprendió. Pensar en aquello hizo que se acordara de Dewlanna, y una repentina tristeza que surgía de lo más profundo de su ser se adueñó de él. Las lágrimas inundaron sus ojos, y Han trató de contener el llanto. Llorar dentro de un traje espacial era una pésima idea, dado que luego no podías limpiarte la cara.

Han resopló y parpadeó, intentando contener las lágrimas. «Dewlanna...», pensó. Su amiga había dado su vida para proporcionarle aquella oportunidad.

«No pierdas el control, Solo», se ordenó secamente a sí mismo. Le dolía la garganta, pero tragó saliva con un gran esfuerzo y después se mordió el labio hasta que el deseo casi irresistible de sollozar se fue disipando poco a poco. No podía recordar cuándo había llorado por última vez, y además el llorar no serviría de nada. Las lágrimas no harían volver a Dewlanna...

Han sabía que Dewlanna creía que había otra vida para el espíritu. Si estaba en lo cierto, entonces la wookie tal vez podría oírle.

–Eh, Dewlanna –murmuró–. Lo he conseguido. Ya he iniciado mi viaje. Voy hacia Ylesia, y me convertiré en el mejor piloto del sector. Aprenderé lo suficiente y ganaré el dinero suficiente para poder ingresar en la Academia, tal como siempre soñamos que haría. Soy libre, Dewlanna, y...

Se le quebró la voz. «Estamos a salvo, Dewlanna. Ahora Alcaudón ya no puede hacernos nada...»

Acurrucado en su pequeño hueco, el joven piloto sonrió con sombría decisión. «Soy libre, y te lo debo todo a ti. Nunca lo olvidaré. Si tengo ocasión de devolverte el favor ayudando a algún wookie, juro por cualquier cosa que pueda existir ahí fuera..., cualquier dios, o fuerza vital, o poder, que no vacilaré ni un instante.»

Han Solo aspiró una profunda bocanada del aire enlatado del traje espacial.

—Gracias, Dewlanna —murmuró.

Y esperó que ella pudiera oírle, estuviera donde estuviese.

Cuando despertó del sueño del agotamiento, Han experimentó unos instantes de la más absoluta desorientación. «¿Dónde estoy?», se preguntó, aturdido y confuso. Los recuerdos volvieron a él en un torrente de imágenes tan veloces como violentas: su mano empuñando un desintegrador..., el rostro de Alcaudón, retorcido por el odio y la rabia..., Dewlanna, jadeando y muriendo en soledad...

Tragó saliva con un considerable esfuerzo, luchando con el nudo de dolor en su garganta. Dewlanna había formado parte de la vida de Han desde que sólo era un niño de ocho, quizá nueve años. Se acordó del día en que había subido a bordo con su compañero, Isshaddik. Isshaddik había sido expulsado del mundo natal de los wookies por un crimen del que Dewlanna jamás le había hablado. Dewlanna siguió a su compañero al exilio, dejando atrás su hogar y sus cachorros, ya crecidos, que eran cuanto había conocido en su vida.

Un año después Isshaddik había muerto durante una operación de contrabando en Nar Hekka, uno de los mundos del sector de los hutts. Alcaudón le había anunciado a Dewlanna que podía permanecer a bordo del *Suerte del Comerciante* en calidad de cocinera, dado que había acabado aficionándose a las comidas que preparaba. Dewlanna hubiera podido volver a Kashyyyk –después de todo, ella no había cometido ningún crimen–, pero la wookiee había preferido seguir a bordo del *Suerte*.

«Lo hizo por mí...», pensó Han mientras localizaba el tubito dispensador de agua del interior del casco y tomaba un cauteloso sorbo. Después aspiró un par de cápsulas alimenticias con la lengua y las hizo bajar con otro sorbo. No era lo mismo que la comida de verdad, pero le mantendrían con vida. «Dewlanna se quedó a bordo por mí. Quería protegerme de Alcaudón.»

Suspiró, sabiendo que ésa había sido la verdadera razón oculta detrás de la decisión de Dewlanna. Los wookies se contaban entre los compañeros más leales y fiables de la galaxia, o eso había oído decir. Un wookiee nunca otorgaba su lealtad y su amistad a la ligera, pero en cuanto lo había hecho jamás se volvería atrás.

Se apoyó en la pared y examinó sus depósitos de aire: todavía le quedaban tres cuartas partes del contenido. Han se preguntó qué distancia habría recorrido el *Sueño* mientras dormía. Dentro de un rato iría a la sala de control para averiguar si podía descifrar las lecturas instrumentales del piloto automático.

Su mente retrocedió en el tiempo. Se acordó de Dewlanna con una repentina punzada de tristeza y después, a medida que se iba relajando, sus recuerdos volvieron a días todavía más lejanos. Su primer recuerdo «real» –todo lo demás se reducía a fragmentos carentes de significado, trocitos de imágenes demasiado viejas y distorsionadas para que pudieran significar algo– era el del día en que Garris Alcaudón le había traído a «casa», al *Suerte del Comerciante*...

El niño se había acurrucado en la entrada del húmedo y pestilente callejón, y estaba haciendo cuanto podía para no sucumbir al llanto. Ya era demasiado mayor para llorar, ¿verdad? Aunque tuviera frío y hambre y estuviera solo, era demasiado mayor para llorar. Durante un fugaz momento se preguntó por qué estaba solo, pero fue como si la pregunta hiciera surgir de la nada una enorme puerta metálica que pareció cerrarse sobre aquel pensamiento y engullir cuanto había detrás de él. Detrás de la puerta acechaba el peligro, detrás de aquella puerta había... cosas malas, cosas terribles. Dolor y..., y...

El niño meneó la cabeza, y los sucios mechones de su lacia cabellera se desparramaron sobre su cara. Se los echó hacia atrás con una mano tan recubierta de

mugre seca que apenas se podía distinguir el color de su piel. Como única vestimenta llevaba unos pantalones harapientos y una túnica sin mangas que le quedaba demasiado pequeña. Estaba descalzo. ¿Había tenido zapatos alguna vez?

El niño pensó que quizá se acordaba de haber tenido zapatos. Eran unos zapatos muy bonitos y cómodos, unos zapatos que alguien había puesto en sus pies y le había ayudado a cerrar. ¿Alguien? Sí, alguien amable que sonreía en vez de fruncir el ceño y poner mala cara, alguien que olía bien y se lavaba cada día, que siempre llevaba ropas preciosas...

¡BLAM!

La puerta volvió a cerrarse, y el pequeño Han (que sabía que se llamaba Han, pero que no tenía ningún apellidado con el que acompañar a ese nombre) se encogió bajo la punzada de dolor que le atravesó la mente. Sabía que no debía permitirse aquella clase de pensamientos. Los recuerdos y los pensamientos de ese tipo eran malos porque dolían..., y era mejor no pensar en ellos.

Volvió a sorber aire por la nariz e hizo un fútil intento de limpiarse los mocos. Se dio cuenta de que estaba inmóvil en el centro de un charco de un líquido hediondo de aspecto repugnante, y de que tenía los pies tan fríos que apenas si podía sentirlos. Ya había oscurecido, y la noche prometía ser bastante fría.

El hambre se retorció dentro del estómago de Han como un ser vivo, un animal de salvaje y dolorosa mordedura. No se acordaba de cuándo había comido por última vez. ¿Había sido aquella mañana, cuando encontró aquel fruto de kavasa entre un montón de basura, aquel que estaba tan maduro y lleno de zumo y del que sólo se habían comido la mitad antes de tirarlo, o fue anoche?

El niño decidió que no podía quedarse allí. Tenía que seguir en movimiento. Han salió del callejón y fue hasta el centro de la acera. Sabía cómo mendigar... ¿Quién le había enseñado a hacerlo?

¡BLAM!

Fuera quien fuese la persona que le había, enseñado, no cabía duda de que le había enseñado bien. Han adoptó la expresión más triste y dolorida de que era capaz y echó a andar hada el transeúnte más próximo.

—Por favor..., señora... —gimoteó—. Tengo hambre, tengo mucha hambre...

Extendió la mano con la palma vuelta hada arriba. La mujer a la que se había dirigido aflojó el paso de manera casi imperceptible, y después bajó la mirada hacia la suda palma del niño y retrocedió, sosteniéndose las faldas para que no entraran en contacto con él.

—Señora... —jadeó Han, volviéndose hacia ella con un interés algo más que profesional para ver cómo se alejaba.

La dama llevaba un vestido muy bonito, delicado y luminoso, que casi parecía... relucir... bajo la áspera claridad de las farolas de aquella ciudad portuaria de Corellia.

Con sus grandes ojos oscuros, su suave piel y sus cabellos, le recordaba a alguien que...

¡BLAM!

Empezó a sollozar desesperadamente, su cuerpecito temblando de frío, hambre, pena y soledad.

—¡Eh, chico! ¡Han!

La voz, seca y potente pero no hostil, se abrió paso a través del muro de dolor que envolvía a Han. Resoplando y tragando saliva, Han alzó la mirada para ver una silueta muy alta que se inclinaba sobre él. Cabellos negros, ojos azul claro... El hombre olía a cerveza alderaaniana y a los vapores de media docena de drogas prohibidas,

pero, a diferencia de una gran parte de los transeúntes, se mantenía firmemente plantado sobre sus pies y no se tambaleaba.

Cuando vio que Han le estaba mirando, el hombre se puso en cuclillas delante de él, lo cual dejó sus ojos un poquito por encima del nivel de la mirada de Han.

–Supongo que ya sabes que eres demasiado mayor para llorar en plena calle, ¿no?

Han asintió, todavía sorbiéndose los mocos pero tratando de controlarse.

–Z-Zí... Sí...

Al principio ceceó un poco, de la manera en que lo hacía cuando aprendió a hablar. Han pensó que ya llevaba mucho tiempo sin cecear. Había sido capaz de hablar desde la última estación fría, y esa estación no tardaría en volver a llegar. De hecho, recordaba que y a podía hablar cuando...

¡BLAM!

El niño volvió a estremecerse mientras su mente expulsaba decididamente todos los recuerdos de aquel lejano pasado de sus pensamientos. Otra cosa emergió a la superficie, algo que se le había pasado por alto en su dolor. Han miró fijamente al desconocido. ¡Aquel hombre le había llamado por su nombre! «¿Cómo sabe que me llamo Han?»

–¿Quién...? ¿Quién es usted? –murmuró–. ¿Cómo ha sabido que me llamo Han?

El hombre sonrió, enseñando muchos dientes. Han se dio cuenta de que la sonrisa quería ser afable y tranquilizadora, pero había algo en ella que le hizo estremecer. Aquella sonrisa le recordó a las feroces jaurías de canoides que buscaban a sus presas en los callejones llenos de basura.

–Sé muchas cosas, chico –replicó el hombre–. Llámame capitán Alcaudón. ¿Eres capaz de pronunciar mi nombre?

–S-sí, capitán Alcaudón –repitió Han con voz temblorosa, reprimiendo un hipido mientras los sollozos se iban apagando poco a poco–. Pero... ¿Cómo sabe que me llamo Han? Dígamelo, por favor...

El hombre estiró una mano como si fuera a revolverle los cabellos, pero entonces pareció ver la suciedad y las diminutas alimañas que habitaban en su joven cuero cabelludo y se lo pensó mejor.

–Te sorprenderías de todo lo que sé, Han. El capitán Alcaudón siempre se entera de casi todo lo que ocurre en Corellia. Sé quién se pierde y quién es encontrado, quién está en venta y quién es vendido..., y también sé dónde están enterrados todos los cadáveres. De hecho, te he estado observando. Pareces un chico listo. ¿Eres listo?

Han se apresuró a erguirse y le miró a los ojos.

–Sí, capitán –dijo, obligándose a hablar con voz firme y calmada–. Soy listo.

Y Han sabía lo que era, desde luego. Si no eras listo no podías sobrevivir durante meses en las calles, tal como él lo había hecho.

–¡Bien! ¡Ése es mi chico! Bueno, no me iría nada mal tener a un jovencito realmente listo trabajando para mí. ¿Por qué no vienes conmigo? Te daré comida y un sitio caliente donde dormir. –Volvió a sonreír–. Y apuesto a que te gustaría ver mi nave –añadió, señalando con un dedo el cielo que se iba oscureciendo.

Han se apresuró a asentir. ¿Comida? ¿Una cama? Y sobre todo...

–¿Una nave espacial? ¡Sí, capitán! ¡Cuando sea mayor quiero ser piloto!

El hombre se echó a reír y le ofreció la mano.

–¡Pues entonces ven conmigo!

Han permitió que la manaza del hombre envolviera sus dedos, y los dos echaron a andar hacia el espaciopuerto...

Han se removió y meneó la cabeza. «Nunca tendría que haber ido con él aquel día –pensó–. Si no hubiera ido con él, Dewlanna todavía estaría viva...»

Pero si no hubiera seguido a Alcaudón, probablemente habría despertado alguna noche en el callejón para descubrir que los vrelts habían devorado sus orejas y su nariz, tal como hicieron con una niña que también formaba parte del grupo de «mocosos de la calle» que habían sido «rescatados» por el capitán Alcaudón.

Los labios de Han se curvaron en una sombría sonrisa. El capitán Alcaudón no sabía lo que era el altruismo, por supuesto. Recogía niños y los usaba para obtener un beneficio. Prácticamente cada vez que el *Suerte* llegaba a un planeta, Alcaudón seleccionaba a un grupo de sus «rescatados» y lo bajaba a las calles a bordo de una lanzadera. Una vez allí, los dejaba bajo la supervisión de un androide F8GN programado personalmente por él. Ochogeene les asignaba sus «territorios», y luego no les perdía de vista ni un solo instante mientras los niños recorrían las calles, mendigando y robando carteras o bolsos.

El capitán siempre usaba a los más pequeños, flacos y deformes para mendigar. Danalis, la muchacha roída por los vrelts, siempre obtenía buenas limosnas. Alcaudón la mantuvo trabajando como mendiga durante largos años, prometiéndole que cuando le hubiera proporcionado el dinero suficiente haría que le arreglasen la cara para que volviera a parecer humana.

Pero nunca lo había hecho. Danalis tendría catorce años cuando comprendió que Alcaudón nunca cumpliría sus promesas. Una «noche» entró en la compuerta del *Suerte* y conectó el ciclo de expulsión..., sin haberse puesto un traje espacial antes.

Pobre Danalis... Han todavía podía verla con los ojos de su mente, entregando los resultados de la mendicidad de un día a Ochogeene. El androide era alto y desgarrado, y estaba hecho de un metal rojizo que recordaba el color del cobre. Había sido reparado tantas veces que tenía parches y remiendos por todas partes, con lo que parecía llevar un vestido lleno de zurcidos. Había remiendos de color cobre, oro y acero, y uno redondo y de color plateado en la parte superior de su cabeza.

Han aún podía oír la voz del androide dentro de su mente. Ochogeene tenía algún problema con sus altavoces, y su «voz» alternaba la sonoridad grave y untuosa con los más estridentes graznidos mecánicos. Pero fuera cual fuese el tipo de voz que empleaba, todos prestaban mucha atención a lo que decía Ochogeene.

–Bien, mis queridos niños... Espero que todos tengáis asignado un territorio, ¿eh?

El androide color cobre hizo girar su cabeza con un chirrido levemente oxidado sobre su cuello delgado como una cañería y contempló a los ocho niños del Suerte del Comerciante alineados delante de él.

Todos los niños, incluido Han –que por aquel entonces tenía cinco años– asintieron para indicar que ya se les había asignado un territorio.

–Muy bien, queridos niños –siguió diciendo el androide, que tan pronto hablaba con la voz de un tenor como graznaba y zumbaba–. Ahora voy a explicaros los trabajos que os han correspondido durante este día. Padra... –El androide bajó la mirada hacia un niño que sólo tenía un año más que Han–. Hoy te vamos a dar tu primera ocasión de demostrar si realmente eres capaz de prestar un gran servicio a todos esos pobres ciudadanos que han de cargar con el terrible peso de sus créditos, sus joyas y sus carísimos comunicadores privados.

Los ojos del androide brillaban con un resplandor fantasmagórico. Eran de distintos colores: uno se había fundido hada ya mucho tiempo y Alcaudón lo había sustituido con una lente extraída de un androide desmantelado, con lo que F8GN había acabado teniendo un «ojo» rojo y el otro verde.

—¿Estás dispuesto a ayudar a esos pobres e infortunados ciudadanos, Padra? —preguntó Ochogeene, inclinando su cabeza metálica hacia un lado en un movimiento de interrogación mientras su voz rezumaba camaradería artificial.

—¡Desde luego que sí! —gritó el niño, lanzando una mirada de triunfo a Han y a los otros pequeños—. ¡Se acabó el pedir limosna como si fuera un bebé! —murmuró con gran excitación.

Han, que apenas si estaba empezando a aprender las habilidades necesarias para vaciar bolsillos deprisa y sin ser detectado, sintió una punzada de envidia. En cuanto había aprendido a hacerlo bien, vaciar bolsillos resultaba muy fácil. Cubrir la cuota para un día de «trabajo» fijada por Ochogeene vaciando bolsillos resultaba mucho más fácil que hacerlo mendigando. Mendigar exigía un promedio de tres intentos por cada donación obtenida.

Pero vaciar bolsillos... ¡Oh, sí, ésa era la mejor forma de conseguir mucho dinero! Si sabías elegir a la presa adecuada, un solo movimiento de tu mano podía bastar para entregar tu cuota a Ochogeene antes del mediodía, con lo cual después quedabas libre para jugar. Han se preguntó si Ochogeene estaría dispuesto a practicar un rato con él en el caso de que se diera prisa y consiguiera obtener su cuota de mendicidad diaria antes de que los otros hubieran acabado.

Practicar con el desgarbado androide rojizo resultaba muy divertido, porque Ochogeene estaba realmente muy gracioso vestido. El androide se ponía prendas típicas del planeta en el que se encontraban en aquel momento, y luego se quedaba inmóvil o pasaba junto a su estudiante como si estuviera dando un paseo. Han había aprendido a aliviar a Ochogeene del peso del cronómetro y los créditos escondidos, e incluso era capaz de hacerse con ciertas clases de joyas sin que Ochogeene detectara el movimiento de sus dedos durante el proceso.

Pero aún no conseguía que todos sus intentos tuvieran éxito. Han frunció el ceño mientras echaba a andar. Ochogeene exigía la perfección más absoluta a su pequeña banda, y especialmente a los ladrones. El androide nunca le permitiría empezar a vaciar bolsillos hasta que tuviera la seguridad de que Han sería capaz de hacerlo a la perfección en todas las ocasiones.

Han cogió distraídamente un poco de tierra, la esparció por sus manos y se ensució el ya sudoroso rostro. Y, de todas maneras, ¿en qué planeta estaban? No recordaba haber oído su nombre. Los nativos tenían la piel verdosa, unas orejas muy pequeñas capaces de girar hacia un lado y hacia otro, y enormes ojos púrpura oscuro. Han sólo había aprendido unas cuantas palabras de su lenguaje, pero cuando el Suerte del Comerciante se marchara ya sería capaz de entenderlo a la perfección y podría hablarlo —por lo menos la jerga de las calles— pasablemente.

Han no sabía dónde estaba, pero no cabía duda de que hacía mucho calor y bastante humedad. Alzó la mirada hacia el cielo de un pálido azul verdoso en el que llameaba un sol anaranjado. La perspectiva de pasar varias horas en la calle que le habían adjudicado, gimoteando, mendigando y tratando de arrancar una, limosna a los transeúntes no tenía nada de atractiva. «Odio mendigar —pensó con irritación—. Cuando sea un poco mayor, conseguiré que me dejen robar en vez de mendigar. Estoy seguro de que seré un buen ladrón, pero por mucho que lo intente nunca seré un buen mendigo.»

Sabía que tenía el aspecto adecuado: durante los últimos dos años había crecido bastante, pero aún le faltaban los kilos suficientes para que se le pudiera seguir llamando flaco. También sabía cómo adoptar un tono de voz servil y que debía comportarse de manera entre humilde y temerosa, como si la desesperación fuera lo único que le impulsaba a pedir limosna.

Han pensó que tal vez fueran sus ojos. El resentimiento y la vergüenza secreta que sentía al tener que mendigar siempre aparecían en ellos, y los clientes potenciales eran capaces de verlos. Nadie respetaba a un mendigo y, por encima de casi cualquier otra cosa, Han albergaba el oculto deseo de ser respetado.

Y no sólo quería ser respetado, sino que también quería ser respetable. No recordaba prácticamente nada de su existencia anterior al momento en que Garriss Alcaudón le encontró mendigando en Corellia, pero de alguna manera tan vaga como inexplicable Han sabía que hubo un tiempo en el que todo había sido muy distinto.

En aquel pasado tan lejano le habían enseñado que mendigar era una actividad deshonrosa, y que robar... Bueno, el robar era mucho peor. Han se mordió el labio, sintiéndose cada vez más irritado. Sabía que alguien, tal vez esos padres de los que no podía acordarse, le había enseñado todas aquellas cosas. Por aquel entonces, ya hacía mucho tiempo, le habían inculcado una forma de vivir y unos valores muy distintos.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? A bordo del Suerte del Comerciante había una regla básica: si no trabajabas, o mendigabas o robabas. Si te negabas a trabajar, mendigar o robar, no comías. Han no tenía ninguna otra habilidad que ofrecer. Era demasiado pequeño para pilotar, y no era lo bastante fuerte para cargar con las mercancías de contrabando.

«¡Pero no siempre lo seré! –se recordó a sí mismo–, ¡Crezco un poco más a cada día que pasa! ¡Pronto seré grande y dentro de sólo cinco años tendré diez, y entonces tal vez ya esté lo bastante alto para pilotar!» Han había descubierto que cuando se decidía a alcanzar alguna meta, siempre era capaz de hacerlo. Estaba seguro de que el pilotar no sería ninguna excepción.

«Y cuando pueda pilotar, ése será mi billete para salir del Suerte del Comerciante», pensó, y su mente se sumergió automáticamente en un viejo sueño, uno del que nunca le había hablado a nadie. En una ocasión se lo había confiado a otro niño, y aquel pequeño vrelt asqueroso se lo contó a todo el mundo. Alcaudón y los demás se estuvieron riendo de Han durante semanas, llamándole «Capitán Han de la Armada Imperial» hasta que Han, desesperado, deseó alejarse a rastras con las manos sobre los oídos. Necesitó todo el control de sí mismo que poseía para limitarse a encogerse de hombros y fingir que no le importaba...

«Sí, y cuando sea el mejor piloto del sector y haya ganado montones de créditos, solicitaré entrar en la Academia Imperial. Llegaré a ser oficial de la armada, y entonces volveré y arrestaré a Alcaudón, y lo enviarán a las minas de especia de Kessel. Morirá allí...» Aquel pensamiento hizo que los labios de Han se curvaran en una temible sonrisa de depredador.

Y una vez finalizada su fantasía, Han se veía a sí mismo, triunfador y respetado, el mejor piloto de la galaxia, con una nave propia, montones de amigos leales y montañas de créditos y... una familia. Sí, entonces tendría su propia familia, con una bella esposa que le adoraría y que compartiría sus aventuras con él, y tal vez tendría hijos. Sería un buen padre. Han nunca abandonaría a sus hijos de la manera en que le habían abandonado a él.

O por lo menos de la manera en que suponía que le habían abandonado, ya que no conservaba absolutamente ningún recuerdo de lo ocurrido. Ni siquiera conocía su apellido, por lo que no podía tratar de localizar a su familia. Aunque quizá... Quizá sus padres no le habían abandonado...

Quizá los habían matado, o quizá le habían secuestrado. Han reflexionó durante unos momentos y acabó llegando a la conclusión de que prefería esa explicación. Si pensaba que sus padres estaban muertos, entonces ya no había ninguna necesidad de odiarlos porque la muerte era algo irremediable, y si estabas muerto no

podías hacer nada por los demás.

Han decidió que a partir de aquel momento consideraría que su padre y su madre habían muerto. De esa manera todo resultaba mucho más sencillo...

Sabía que probablemente nunca llegaría a descubrir la verdad. La única persona que sabía algo sobre los orígenes de Han era Garris Alcaudón. El capitán siempre le estaba diciendo que si era bueno, trabajaba duro, mendigaba con el máximo entusiasmo posible y ganaba los créditos suficientes, algún día le revelaría los secretos ocultos detrás de su misteriosa aparición en las calles de Corellia aquel día.

Han apretó los labios. «Seguro, capitán –pensó–. De la misma manera en que iba a hacer que le arreglaran la cara a Danalis algún día, ¿eh?»

Alzó la mirada hacia los carteles callejeros. No podía leer los que estaban escritos en el lenguaje nativo, pero había una traducción en básico debajo de cada uno. Sí, no cabía duda de que ya había llegado a su territorio.

Han respiró hondo e hizo que sus rasgos adoptaran la expresión adecuada para mendigar. Una hembra de piel verdosa vestida con una túnica corta venía hacia él.

–Señora... –gimoteó, avanzando temerosamente hacia ella con la maneota extendida en un gesto de súplica–. Por favor, bella y generosa dama, le suplico que me ayude... Limosna, sólo un crédito de nada, tengo taaaanta hambre...

Las diminutas orejas verdes se volvieron hacia él, y después la alienígena desvió la mirada y se fue a toda prisa.

Han masculló un término bastante insultante de la jerga de los contrabandistas, y después giró sobre sus talones para esperar la llegada de otra posible fuente de ingresos...

*Han meneó la cabeza y se obligó a volver a la realidad. Ya iba siendo hora de que comprobara qué parte del trayecto había recorrido el *Sueño de Ylesia*.*

Emergiendo de su diminuto escondite, el joven piloto avanzó por los angostos pasillos hasta llegar al puente. El androide astromecánico seguía allí, con sus luces destellando mientras «pensaba» sus propios pensamientos mecánicos. Era una unidad R2 relativamente nueva, todavía de relucientes colores plata y verde, con una cúpula transparente por cabeza. Han pudo ver luces que parpadeaban dentro de la cúpula mientras cumplía con sus funciones. La unidad estaba conectada a los controles robóticos de la nave mediante un cable.

El androide R2 debía de estar equipado con un sensor de movimientos, porque volvió su cabeza en forma de cúpula hacia Han cuando éste entró osadamente en el puente, avanzando ruidosamente dentro de su traje espacial.

Las luces parpadearon frenéticamente mientras la unidad «hablaba», pero naturalmente las ondas de sonido no podían viajar por el vacío. Han conectó la unidad de comunicaciones de su traje, y su casco fue invadido por un repentino estallido de pitidos, zumbidos y chirridos llenos de inquietud.

–Whiii... Bliiiwhiiiiip... ¡Whiiip-zzzzz-whiiip! –anunció el androide astromecánico con evidente sorpresa.

Han miró a su alrededor en busca de la unidad complementaria y no vio ninguna. Suspiró. El comunicador de su traje transmitiría lo que le dijera al androide, pero ¿cómo se suponía que iba a hablar con aquella condenada unidad R2 sin disponer de un intérprete? ¿Y cómo se las habría arreglado su programador, fuera quien fuese, para hablar con ella?

Activó el comunicador de su traje.

–¡Eh, tú!

–Blurpp... ¡Whiiiiip, bliiip-zzzzzzzzz! –se apresuró a replicar la unidad.

Han frunció el ceño y maldijo a la unidad en rodiano, jerga de los comerciantes

y, finalmente, básico.

—¿Qué voy a hacer ahora? —gruñó—. Si tuvieras un módulo de básico oral...

—Y lo tengo, señor —anunció el androide con voz impasible.

Las palabras tenían una curiosa cualidad mecánica y carecían de inflexiones, pero aun así podían ser comprendidas sin ninguna dificultad.

Han se quedó boquiabierto y contempló a la máquina en silencio durante un momento, y después sonrió.

—¡Vaya, esto sí que es toda una novedad! ¿Cómo es que puedes hablar?

—Porque esta nave no dispone de espacio suficiente para una unidad astromecánica y una unidad complementaria, y en consecuencia mis dueños me han programado con un módulo básico oral de transmisiones para que así pudiera comunicarme con más facilidad —replicó el androide.

—¡Estupendo! —exclamó Han, sintiendo un inmenso alivio.

Los androides no le caían demasiado bien, pero por lo menos así tendría a alguien con quien hablar, y en realidad tal vez acabaría siendo necesario que los dos se comunicaran. Normalmente los viajes espaciales eran pura rutina y carecían de todo riesgo..., pero siempre había excepciones.

—Lamento tener que informarle de que ha entrado en esta nave sin autorización, señor —dijo el androide—. Se supone que usted no debería estar aquí.

—Ya lo sé —dijo Han—. Estoy viajando de gorra en tu nave.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero esta unidad no ha comprendido los términos que acaba de emplear.

Han respondió con un epíteto bastante insultante.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero esta unidad no ha comprendido...

—¡Oh, cállate! —aulló Han.

La unidad R2 guardó silencio.

Han hizo una inspiración de aire muy profunda.

—De acuerdo, R2 —dijo después—. Soy un polizón. ¿Está incluida esa palabra en tus bancos de memoria?

—Sí, señor.

—Excelente. Me he introducido en esta nave porque necesito llegar a Ylesia. Voy a ocupar una vacante de piloto y trabajaré para los sacerdotes ylesianos. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor. No obstante, debo informarle de que en calidad de androide guardián al que se le ha encomendado la misión de proteger esta nave y todo cuanto contiene, deberé sellar todas las salidas en cuanto lleguemos a Ylesia y que luego tendré que informar a mis dueños de su presencia a bordo, lo cual dará como resultado su captura por parte del personal de seguridad.

—Eh, amiguito, te doy permiso para que hagas todo lo que tengas que hacer tan pronto como hayamos llegado a Ylesia —dijo Han generosamente—. En cuanto los sacerdotes vean que reúno todos los requisitos para ese empleo, el cómo haya llegado hasta allí les importará el trasero de un vrelt.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero esta unidad no...

—Cierra el pico —le interrumpió Han, bajando la mirada hacia la lectura de contenido de sus depósitos de aire—. Bien, R2, me gustaría echar un vistazo a nuestra ruta de vuelo, velocidad y hora de llegada estimada a Ylesia. Ten la bondad de mostrarme esa información.

—Lo lamento, señor, pero no estoy autorizado a proporcionarle esos datos.

Han estaba empezando a enfurecerse, y tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no patear al recalcitrante androide con su gruesa bota espacial.

—He de comprobar nuestra ruta de vuelo, velocidad y hora de llegada estimada porque he de computar la duración de mi suministro de aire, R2 —explicó con exagerada paciencia.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero esta unidad no...

—¡CIERRA EL PICO!

Han estaba empezando a sudar, y la unidad de refrigeración del traje aceleró un poco su ritmo de funcionamiento.

—Escúchame con atención, R2 —dijo, intentando no perder la calma y hablar con suavidad—. ¿No tienes alguna clase de programa de sistemas operativos que te ordena tratar de preservar la vida de los seres inteligentes siempre que puedas?

—Sí, señor. Esa programación está incluida en todos los androides astromecánicos. Un androide sólo puede dañar deliberadamente a un ser inteligente, o abstenerse de hacer cuanto pueda para evitar que un ser inteligente sufra algún daño, si el módulo de su sistema operativo ha sido deliberadamente alterado con vistas a ello.

—Perfecto —dijo Han. Aquello encajaba con lo que sabía sobre la programación de los androides astromecánicos—. Y ahora escúchame bien, R2: si no me muestras la ruta de vuelo, velocidad y hora de llegada estimada, puedes acabar siendo responsable de mi muerte por falta de aire. ¿Me has entendido?

—Me temo que debo rogarle que se explique, señor.

Han le describió su situación con un nuevo derroche de paciencia. Cuando hubo acabado, el androide guardó silencio durante unos momentos, obviamente sumido en sus reflexiones mecánicas, y acabó emitiendo un suave zumbido.

—Satisfaré su petición, señor —dijo por fin—, y le mostraré la información que me ha solicitado en la pantalla conectora de diagnósticos.

Los datos desfilaron por la pantalla a tal velocidad que ningún ser humano habría sido capaz de leerlos. Han se volvió hacia la unidad R2.

— ¡Vuelve a pasar esos datos, y esta vez mantenlos en la pantalla hasta que pueda leerlos! ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

La voz artificial del pequeño androide había adquirido un tono casi sumiso.

Han estuvo estudiando las figuras y el diagrama que aparecieron en la pantalla durante varios minutos, y mientras lo hacía fue sintiendo cómo su inquietud aumentaba hasta convertirse en auténtico miedo. No tenía nada con qué escribir y no podía acceder al ordenador de navegación, pero lo que veía no le estaba gustando nada. Se mordió el labio y se obligó a concentrarse mientras repetía una y otra vez sus cálculos mentales.

El curso del *Sueño de Ylesia* había sido trazado para que la unidad robotizada siguiera un rumbo bastante tortuoso hacia el planeta, con vistas a evitar las zonas más infestadas de piratas del espacio hutt. En cuanto a la velocidad fijada para el carguero, era muy inferior al nivel máximo que éste podía alcanzar: de hecho, incluso el *Suerte del Comerciante* solía ir más deprisa cuando viajaba por el hiperespacio.

La situación era realmente grave, desde luego. Han ya era consciente de que si su velocidad y su curso no eran alterados, se quedaría sin aire unas cinco horas antes de que el *Sueño* se posara sobre la superficie de Ylesia. La nave descendería con un cadáver a bordo..., el suyo.

Se volvió una vez más hacia la unidad R2.

—Oye, R2, tienes que ayudarme. Si no altero el curso y la velocidad, no dispondré de aire suficiente para el viaje. Moriré, y será por tu culpa.

Las luces de la unidad R2 se encendieron y se apagaron mientras la máquina intentaba asimilar aquella revelación.

—Pero yo no sabía que usted estuviera a bordo, señor —dijo por fin—. No se me

puede considerar responsable de su muerte.

—Oh, no, nada de eso. —Han meneó la cabeza dentro de su casco—. Estás empleando el razonamiento equivocado. Si te hallas al corriente de esta situación y no haces nada, entonces estarás causando la muerte de un ser inteligente. ¿Es eso lo que quieres?

—No —dijo el androide.

Su voz artificial parecía estar impregnada por una leve tensión, y el parpadeo de sus luces se había vuelto más rápido y un tanto errático.

—Eso significa que debes hacer cuanto puedas para evitar mi muerte —siguió diciendo Han inexorablemente—. ¿No es así?

—Yo... Yo... —El androide había empezado a temblar de pura agitación—. Me está prohibido ayudarle, señor. Mi programación ha entrado en conflicto con mis sistemas fijos.

—¿Qué quieres decir?

Han estaba empezando a preocuparse. Si el pequeño androide se sobrecargaba y acababa desactivándose, nunca podría acceder a los controles de diagnóstico manuales que sabía tenían que estar en algún lugar de aquellos paneles. Los controles serían minúsculos, y habrían sido diseñados para que los técnicos pudieran usarlos cuando quisieran comprobar el funcionamiento del piloto automático de la unidad robotizada.

—Mi programación me prohíbe proporcionarle esa clase de información...

Han dio una gran zancada hacia el pequeño androide y se arrodilló delante de él.

—¡Oh, maldito seas! —Dejó caer el puño sobre la cúpula transparente de su cabeza—. ¡Moriré! ¡Dime dónde están esos controles!

El androide se bamboleó violentamente de un lado a otro, y Han se preguntó si acabaría desintegrándose bajo la tensión. Pero un instante después la unidad R2 volvió a hablar.

— ¡He sido equipado con un perno de sujeción, señor! ¡Ese mecanismo me impide acceder a su petición!

«¡Un perno de sujeción! —Han digirió a toda velocidad aquella pequeña brizna de información—. ¿Y dónde puede estar?»

Lo encontró después de unos momentos de frenética inspección. El perno estaba situado en la parte inferior del caparazón metálico del androide. Han se inclinó, lo agarró firmemente con las dos manos y tiró de él.

Nada. El perno se negaba a moverse.

Han lo aferró con más fuerza e intentó hacerlo girar. Dejó escapar un gruñido de esfuerzo mientras empezaba a sudar, imaginándose que podía sentir cómo las moléculas de oxígeno se iban consumiendo rápidamente. Había oído decir que la hipoxia no era una forma particularmente horrible de morir —comparada con la descompresión explosiva o el que te pegaran un tiro, por ejemplo—, pero no tenía ningún deseo de averiguarlo personalmente.

El perno seguía inmóvil. Han continuó esforzándose, tirando de él mientras soltaba juramentos en media docena de lenguas alienígenas, pero aquel tozudo artilugio no quería ceder.

«He de encontrar algo con lo que pueda golpearlo», pensó mientras sus ojos recorrían la cabina de control con creciente desesperación. Pero no había nada: ni una llave hidráulica, ni una palanqueta... ¡No había absolutamente nada que pudiera utilizar!

Y entonces se acordó del desintegrador. Lo había dejado en el suelo dentro de su pequeño cubículo.

—No te muevas de aquí —le ordenó a la unidad R2, y un instante después Han ya se estaba deslizando por los angostos pasillos.

Disparar un desintegrador dentro de una nave espacial –incluso si se trataba de una nave no presurizada– no era muy buena idea, pero Han estaba desesperado.

Volvió con el arma y echó un vistazo a los diales. «He de usar la intensidad mínima con un haz lo más estrecho posible», pensó. Los guantes del traje espacial estorbaban considerablemente sus movimientos, y tuvo bastantes problemas para ajustar la intensidad de la descarga y la anchura del disparo.

Las luces de la unidad R2 no habían parado de parpadear frenéticamente ni un solo instante desde que Han había vuelto a entrar en la cabina de control, y el pequeño androide astromecánico dejó escapar un quejumbroso pitido.

–¿Señor...? Señor, ¿puedo preguntarle qué está haciendo?

–Intento librarme de este condenado perno de sujeción –replicó Han secamente.

Después apuntó el arma, entrecerró los ojos y apretó el gatillo con toda la delicadeza de que fue capaz.

Un cegador chorro de energía brotó del cañón y el pequeño androide emitió un zumbido tan estridente –¡WHIIIIIIIIIP!– que casi parecía un alarido. El perno de sujeción cayó sobre la cubierta, dejando tras de sí la cicatriz de una quemadura negra en el por lo demás reluciente metal de la unidad R2.

–Te pillé –dijo Han con satisfacción–. Y ahora, R2, ¿tendrías la amabilidad de indicarme dónde están los controles y los conectores manuales de tu nave?

El androide se apresuró a obedecer e hizo surgir una «pata» móvil provista de rueda de su cuerpo y rodó hasta los paneles de control, desplegando su cable de conexión por detrás de él. Han le siguió y se puso en cuclillas delante del panel de instrumentos, moviéndose torpemente a causa de su traje. Siguiendo las instrucciones del androide, sacó la tapa de uno de los paneles de control, que carecían de indicaciones o señales identificadoras, y estudió la diminuta hilera de controles. Mascullando maldiciones ante lo difícil que resultaba tratar de manipular los controles llevando los guantes del traje espacial puestos, Han empezó a usar la modalidad de conexión manual para desactivar el sistema de hiperimpulsión. Alterar el curso y la velocidad era una operación que sólo podía llevarse a cabo en el espacio real.

En cuanto hubieron vuelto al espacio real, Han computó un nuevo curso, utilizando a la unidad R2 para que se encargara de los cálculos más esotéricos del salto que los volvería a llevar al hiperespacio.

El joven corelliano tardó un buen rato en introducir su nuevo curso y la correspondiente velocidad alterada, pero por fin pudo volver a mover el interruptor de ACTIVACIÓN DEL HIPERIMPULSOR. Un segundo después notó la sacudida cuando los sistemas entraron en acción. Han se agarró al panel de instrumentos mientras la nave era lanzada al hiperespacio, dirigiéndose hacia su nuevo curso a una velocidad considerablemente incrementada.

Mientras la nave volvía a quedar inmóvil a su alrededor, Han tragó una profunda bocanada de aire y la dejó escapar lo más despacio posible. Después se sentó sobre la cubierta y se quedó inmóvil, con las piernas estiradas delante de él. «¡Uf!», pensó.

–Supongo que es consciente de que ahora tendrá que pilotar la nave en la modalidad manual durante el descenso, señor –dijo la unidad R2–. Alterar nuestro curso y velocidad ha invalidado los protocolos de descenso existentes programados en los sistemas de la nave.

–Sí, ya lo sé –dijo Han, apoyándose cansadamente en la consola. Tomó otro sorbo de agua y después se comió dos tabletas–. Pero no hay ninguna otra forma de hacerlo. Espero que seré capaz de manejar los controles lo bastante deprisa para que podamos bajar enteros. –Volvió la cabeza, contemplando la austera desnudez de la sala de controles–. Si este montón de tuercas estuviera equipado con una pantalla visora...

—Un piloto automático no puede ver, señor, por lo que los datos visuales no le sirven de nada —observó la unidad R2, que parecía muy deseosa de ayudar.

—¡No me digas! —exclamó Han en un tono que rezumaba sarcasmo—. ¡Y yo que creía que los androides eran capaces de ver igual que nosotros!

—No, señor. Los androides no podemos ver las cosas de la manera en que lo hacen los humanos —le explicó la unidad R2—. Reconocemos nuestro entorno mediante transmisiones visuales que son traducidas a datos electrónicos dentro de nuestro...

—Oh, cállate —dijo Han, sintiéndose demasiado cansado para poder disfrutar de la perplejidad del androide.

Se echó hacia atrás hasta quedar apoyado en la consola y cerró los ojos. Había hecho cuanto podía para sobrevivir, y sabía que gracias a sus acciones la nave iría a Ylesia siguiendo una ruta mucho más directa y a una velocidad bastante superior a la fijada inicialmente.

Se fue sumergiendo en los abismos del sueño y soñó con Dewlanna, tal como había sido hacía mucho tiempo, cuando se vieron por primera vez...

Han ya tenía medio cuerpo metido en el hueco de la ventana cuando oyó el grito que resonó detrás de él.

—¡Nos han robado!

Aferrando la pequeña bolsa que contenía su botín, Han se retorció y se impulsó con los pies, intentando deslizar el cuerpo a través de aquel reducido espacio. Las tinieblas del exterior le esperaban para protegerle. Una voz femenina llena de consternación rasgó el silencio de la noche.

—¡Mis joyas!

Han, gruñendo a causa del esfuerzo, se dio cuenta de que se había quedado atascado. Intentó no dejarse dominar por el pánico. ¡Tenía que escapar! Se encontraba en una casa de gente rica, y cuando alguien de aquella mansión llamaba a las autoridades, se podía tener la certeza de que acudirían inmediatamente.

Maldijo en silencio la última moda de la arquitectura corelliana, la cual había hecho que la lujosa mansión fuera construida con angostos ventanales que iban desde el techo hasta el suelo. La publicidad afirmaba que aquellas ventanas eran capaces de frustrar las intenciones de cualquier ladrón. «Bueno, puede que haya algo de verdad en eso», pensó Han con creciente desesperación. Había entrado en la casa por una de las puertas que daban a los jardines, y luego había permanecido escondido el tiempo suficiente para que todos los habitantes estuvieran dormidos. Después había salido de su escondite para examinar sus tesoros y seleccionar los más valiosos. Han estaba seguro de que su flaco cuerpo de niño de nueve años podría salir por aquellas ventanas sin ninguna dificultad.

Un nuevo gruñido de esfuerzo brotó de sus labios mientras se retorció frenéticamente. Quizá se había equivocado...

—¡Ahí está! —Una voz detrás de él. La mujer—. ¡Cogedle!

Han echó el cuerpo hacia un lado y se retorció en una violenta convulsión, y un instante después estaba fuera de la ventana y se precipitaba en el vacío. Cayó sobre el impecable arriate de enredaderas dorva en flor sin soltar la bolsa del botín. El aire fue bruscamente expulsado de sus pulmones, y durante un momento Han se quedó inmóvil sobre el arriate, boqueando como un arel fuera del agua. Le dolía la pierna, y también notaba un doloroso palpitar en la cabeza.

—¡Llamad a la patrulla de seguridad!

El grito masculino procedía del interior de la mansión. Han sabía que sólo disponía de unos segundos para escapar. Obligando a su pierna dolorida a que soportara su peso, rodó sobre sí mismo y se levantó, tropezando y tambaleándose.

Vio árboles iluminados por la claridad de la luna alzándose delante de él. Eran muy grandes, y Han podría desaparecer fácilmente entre ellos.

Medio corriendo y medio cojeando, Han fue hacia el refugio que le ofrecían los árboles. Decidió que no le contaría a Ochogeene lo que le había ocurrido. Dentro de poco tendría diez años, y el androide podía acusarle de estar perdiendo reflejos a medida que se iba haciendo mayor.

Han torció el gesto mientras corría. No se trataba de que estuviera perdiendo reflejos, sino que sencillamente aquel día no se sentía demasiado bien. Había tenido dolor de cabeza desde que se despenó, e incluso había sentido la tentación de decir que no podía trabajar porque estaba enfermo.

Dado que Han casi nunca estaba enfermo probablemente habría sido creído, pero no le gustaba dar ninguna muestra de debilidad ante los otros habitantes del Suerte del Comerciante..., y especialmente menos delante del capitán Alcaudón, que nunca desaprovechaba una ocasión de meterse con él.

Ya había llegado a los árboles. Bien, ¿y ahora qué? Podía oír ruido de pies lanzados a la carrera, por lo que no disponía de mucho tiempo para tomar una decisión. Sus músculos decidieron por él. De repente la bolsa quedó sujeta entre los dientes de Han y había corteza rozando sus palmas, y las suelas de sus viejas botas estaban apoyadas en unas ramas. Han empezó a trepar, escuchó en silencio durante unos momentos y siguió trepando.

No dejó de trepar hasta que estuvo muy arriba, oculto entre el follaje por encima del alcance de las miradas de sus perseguidores. Se apoyó en una rama, jadeando y con la cabeza dándole vueltas. Se sentía mareado y al borde de las náuseas, y durante un momento temió vomitar y delatar su presencia de esa manera. Pero se mordió el labio y se obligó a permanecer inmóvil, y pasados unos instantes empezó a sentirse un poco mejor.

A juzgar por las estrellas, sólo faltaban unas horas para que amaneciese. Han comprendió que iba a tener bastantes problemas para llegar a tiempo a la cita con la lanzadera del Suerte. ¿Qué haría Alcaudón? ¿Se limitaría a abandonarle, o le esperaría?

Muy por debajo de él, grupos de siluetas registraban la zona boscosa. Las luces palpitaban en la noche y Han se pegó al tronco del árbol, con los ojos cerrados y aferrándose desesperadamente a la rama a pesar del mareo. Si por lo menos no le doliera tanto la cabeza...

Se preguntó si estarían usando sensores biológicos, y se estremeció. Tenía la piel extrañamente tirante y muy caliente, a pesar de que la noche era bastante fresca y soplaba una suave brisa.

La oscuridad se fue aclarando poco a poco y cedió paso al amanecer. Han se preguntó qué estaría haciendo Dewlanna, y si la wookie le echaría de menos en el caso de que el Suerte abandonara su órbita sin él.

Las luces se apagaron por fin, y las pisadas se desvanecieron. Han esperó veinte minutos más para asegurarse de que sus perseguidores se habían ido y después fue descendiendo poco apoco, sujetando el saco entre los dientes y moviéndose con exagerada cautela porque la cabeza le dolía de una manera terrible. Cada movimiento brusco o sacudida, aunque sólo fueran las provocadas por el caminar, hacía que le diera vueltas la cabeza, y tuvo que apretar los dientes para poder resistir el dolor.

Caminó... y caminó. Hubo varios momentos en los que se dio cuenta de que había estado dormitando mientras caminaba, y se cayó un par de veces y sintió la tentación de quedarse inmóvil donde había caído. Pero una fuerza inexplicable le mantuvo en movimiento mientras el amanecer iba iluminando las calles y las casas que

se alzaban a su alrededor. Han, aturdido y mareado, vio que los amaneceres corellianos eran muy hermosos. Antes nunca se había dado cuenta de lo bonitos que eran todos aquellos colores esparcidos por el cielo. Era una lástima que la luz fuera tan intensa, porque sus ojos apenas podían soportarla.

El amanecer se convirtió en día. El frescor fue sustituido por un calor que no tardó en volverse casi insoportable. Han estaba sudando, y veía borroso. Pero, finalmente, ahí estaba: el espaciopuerto. Para aquel entonces Han ya se estaba moviendo como un autómatas, limitándose a poner un pie delante del otro y deseando poder acostarse sobre la carretera para dormir horas y horas.

Y delante de él... ¡La lanzadera del Suerte! El muchacho corrió hacia ella con un jadeo al que le faltaba muy poco para convertirse en un sollozo. Ya casi había llegado a la rampa cuando una silueta alta y esbelta apareció en la escotilla: Alcaudón.

—¿Dónde infiernos te habías metido? —No había nada de afable en la presa con que el capitán le rodeó el brazo. Han alzó la bolsa, y Alcaudón se la quitó de entre los dedos—. Bueno, por lo menos no has vuelto con las manos vacías —gruñó el capitán.

Examinó rápidamente su contenido, expresando su satisfacción con inclinaciones de la cabeza. Alcaudón no pareció darse cuenta de que Han se estaba tambaleando hasta que hubo terminado la inspección del botín.

—¿Qué te ocurre?

Han, que ya no podía hablar de manera coherente, sólo consiguió menear la cabeza. Sus pensamientos se oscurecían y se aclaraban, desvaneciéndose y volviendo a aparecer igual que una transmisión interferida.

Alcaudón le estuvo sacudiendo durante unos momentos y después le puso la mano sobre la frente. Cuando notó el calor, masculló una maldición.

—Fiebre... Quizá debería dejarte aquí. ¿Y si es contagiosa? —Frunció el ceño, intentando llegar a una decisión, y acabó volviendo a sopesar la bolsa del botín—. Supongo que te has ganado un día de baja por enfermedad, muchacho —murmuró—. Anda, ven conmigo.

Han intentó subir por la rampa, pero tropezó y todo se oscureció a su alrededor.

Recuperó el conocimiento un buen rato después para oír dos voces que mantenían una feroz discusión. Una hablaba en wookiee y la otra en básico: Dewlanna estaba discutiendo con Alcaudón,

La wookiee no paraba de gruñir.

—Ya veo que está realmente enfermo —admitió Alcaudón—, pero mis chicos son tan duros que ni un desintegrador ajustado al máximo podría matarlos. Se pondrá bien en cuanto haya descansado un par de días. No necesita un androide médico, y no voy a salir corriendo en busca de uno.

Dewlanna respondió con un rugido ahogado y Han, que lo tradujo automáticamente, se sorprendió ante la insistencia de la wookiee. Un instante después sintió que una mano-pata peluda colocaba algo fresco sobre su frente. Tenía tanto calor que la sensación le pareció maravillosa.

—¡Te he dicho que no, Dewlanna, y hablaba en serio! —exclamó Alcaudón.

El capitán salió del camarote, hecho una furia y maldiciendo a la wookiee en todos los lenguajes que conocía.

Han abrió los ojos para ver a Dewlanna inclinada sobre él. La wookiee emitió un suave gorgoteo, y Han trató de hablar.

—Me encuentro bastante mal... —confesó en respuesta a la pregunta de Dewlanna—. Tengo sed...

Dewlanna le ayudó a incorporarse y le dio agua, un lento sorbo detrás de otro. Después le dijo que tenía mucha fiebre, y que su temperatura era tan alta que temía por su vida.

Cuando Han se hubo acabado el agua, Dewlanna volvió a inclinarse sobre él y le cogió en brazos.

—¿Adónde...? ¿Adónde vamos...?

Dewlanna le dijo que no hablara, que lo llevaba al planeta para que fuera atendido por un androide médico. Han estaba muy mareado, pero aun así hizo un gran esfuerzo y trató de detenerla.

—No... El capitán Alcaudón... Se enfadará muchísimo...

La respuesta de Dewlanna fue tan lacónica como feroz. Hasta entonces Han nunca la había oído maldecir.

Han perdió el conocimiento y lo recuperó varias veces mientras iban por los pasillos, y el siguiente recuerdo claro que conservaba era el del momento en que le estaban abrochando las tiras del arnés de seguridad del asiento de una lanzadera. Han no sabía que Dewlanna fuera capaz de pilotar una nave, pero la wookiee manejó los controles de manera muy competente con sus enormes manos peludas. La lanzadera se separó de sus abrazaderas de atraque y empezó a acelerar hacia Corellia.

La fiebre le impedía pensar con claridad, y Han no paraba de imaginarse que oía la voz de Alcaudón, gritando y maldiciendo. Intentó hablarle de ello a Dewlanna, pero descubrió que no disponía de las fuerzas necesarias para articular las palabras.

Volvió a recuperar el conocimiento en la sala de espera del androide médico. Dewlanna estaba sentada en un asiento, y seguía protegiendo el flaco cuerpo de Han con sus peludos brazos.

Una puerta se abrió de repente y el androide apareció por ella. Era una unidad médica de cuerpo alargado y voluminoso, y estaba provista de sistemas antigraavitatorios que le permitieron flotar alrededor de su paciente mientras Dewlanna colocaba a Han sobre la mesa de diagnóstico. Han sintió un pinchazo en la piel. El androide acababa de tomar una muestra de sangre.

—¿Entiende el básico, señora? —preguntó el androide.

Han abrió la boca para decirle que lo entendía, naturalmente, y para preguntarle por qué diablos le estaba llamando «señora», pero Dewlanna gruñó antes de que él pudiera decir una palabra. Oh, claro. El androide estaba hablando con la wookiee.

—Este joven paciente ha contraído la fiebre tanamen corelliana —le explicó el androide—. Su estado es bastante grave, pero por suerte lo ha traído a tiempo. He de ingresarlo para poder mantenerlo en observación hasta mañana. ¿Desea permanecer con él?

Dewlanna emitió un gruñido de asentimiento.

—Muy bien, señora. Voy a utilizar la terapia de inmersión bacia para restaurar su equilibrio metabólico. Eso también ayudará a bajarle la fiebre.

Han echó un vistazo al tanque bacta que le estaba esperando e hizo un débil intento de echar a correr hacia la puerta. Entre los dos, Dewlanna y la unidad médica consiguieron retenerle sin ninguna dificultad. El muchacho sintió cómo otra aguja se hundía en su brazo, y después todo el universo se inclinó bruscamente hacia un lado y se hundió en la negrura...

Han abrió los ojos y comprendió que su adormilamiento se había convertido en un profundo sopor lleno de sueños. Meneó la cabeza, y se acordó de lo mucho que le había costado caminar cuando Dewlanna y el androide le ayudaron a salir del tanque bacta. Después Dewlanna pagó al androide con una parte de sus pequeños ahorros y los

dos volvieron al *Suerte del Comerciante*.

El joven piloto torció el gesto. Alcaudón se había puesto hecho una furia, desde luego, y Han temió que decidiera echarlos al espacio. Pero Dewlanna no mostró ni la más mínima señal de miedo mientras se interponía entre el capitán y Han, insistiendo una y otra vez en que sólo había hecho lo que se tenía que hacer, porque de lo contrario el chico habría muerto.

Al final Alcaudón se acabó calmando, porque una de las joyas que Han había robado aquella noche resultó ser una perla de dragón krayt auténtica. Cuando el capitán descubrió lo que valía, empezó a sentirse de mejor humor.

Pero Dewlanna nunca recuperó el importe de las facturas médicas de Han.

Han suspiró y cerró los ojos. La pérdida de Dewlanna era tan dolorosa como una cuchillada, y por mucho que lo intentara no conseguía expulsar de su mente el dolor y los recuerdos que lo acompañaban. Había bajado la guardia, y de repente se encontró pensando en ella como si todavía estuviera viva y se vio a sí mismo hablando con Dewlanna, contándole todos los problemas que había tenido con la recalcitrante unidad R2..., y lo único que consiguió con ello fue que la fantasía fuera interrumpida de golpe por una oleada de dolor tan intenso y abrasador como el que había sentido mientras sostenía el cuerpo agonizante de la wookiee hacía tan sólo un día.

Han tomó otro sorbo de agua, tratando de aliviar la dolorosa tensión de su garganta. Había contraído una deuda enorme con Dewlanna. Le debía su vida, e incluso su verdadera identidad. Sí, eso también formaba parte de la deuda...

Suspiró. Hasta los once años, sólo había sido «Han». Solía preguntarse si tenía un apellido, y se torturaba pensando en cuál sería. En una ocasión le habló de sus preocupaciones a Dewlanna, y le confesó su convicción de que si había alguien que supiese quién era en realidad, tenía que ser Alcaudón.

Poco después de que hubieran mantenido aquella conversación, Dewlanna aprendió a jugar al sabacc.

Han oyó los suaves arañazos en la puerta de su diminuto cubículo y despertó al instante. Aguzó el oído y volvió a oír los arañazos, y después oyó un tenue gimoteo.

—¿Dewlanna? —susurró, levantándose de la cama y metiendo sus pies descalzos en las perneras de su mono—. ¿Eres tú?

Dewlanna respondió con un gruñido ahogado desde el otro lado de la puerta. Han se subió el mono, lo cerró y abrió la puerta.

—¿Qué quieres decir con eso de que tienes grandes noticias para mí?

Dewlanna entró, su enorme y peludo cuerpo casi temblando de excitación. Han la invitó a pasar con un gesto de la mano, y la wookiee se sentó en el estrecho catre. No había ningún otro sitio en el que sentarse, por lo que Han se sentó junto a ella. La wookiee le advirtió de que no debía levantar la voz, y Han echó un rápido vistazo al cronómetro y vio que era noche cerrada.

—¿Qué estás haciendo levantada? —preguntó, muy sorprendido—. No me digas que habéis estado jugando al sabacc a estas horas de la noche...

La wookiee inclinó la cabeza, y sus ojos azules brillaron con un chispazo de excitación por entre su pelaje marrón.

—¿Qué ocurre, Dewlanna? ¿Por qué necesitas hablar conmigo?

Dewlanna dejó escapar un suave gruñido. Han se irguió, galvanizado por aquella revelación.

—¿Has averiguado mi apellido? ¿Cómo?

La respuesta de la wookiee consistió en un nombre.

—Alcaudón... —murmuró Han—. Bueno, si alguien puede saberlo es él, desde luego. ¿Qué...? ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo me llamo?

Dewlanna le dijo que se llamaba «Solo». Alcaudón estaba muy, muy borracho, y mientras jugaban al sabacc había empezado a alardear de lo mucho que valía la perla de dragón krayt, y del gran negocio que había hecho cuando la vendió. Dewlanna, haciéndose la inocente, le preguntó si Han descendía de un viejo linaje de grandes ladrones. Alcaudón, según le informó, se había echado a reír ante aquella sugerencia. «Puede que hubiera unos cuantos ladrones en algunas ramas de la familia, pero nuestro pobre Solo... –había balbuceado el capitán, tosiendo y jadeando a causa de la hilaridad y haciendo una pausa para beber otro trago de cerveza alderaaniana–. Me temo que no, Dewlanna. Los padres de ese chico eran...»

Y entonces el capitán se había interrumpido de repente y había fulminado a la wookiee con una mirada llena de suspicacia. «¿Y qué puede importarte a ti todo eso?», había preguntado, su momentáneo buen humor esfumado por completo.

Dewlanna se limitó a cubrir la apuesta de Alcaudón primero y a subirla después.

–Solo... –murmuró Han, pronunciando aquellas dos sílabas tan cautelosamente como si se estuviera probando un traje nuevo–. Han Solo. Me llamo Han Solo.

Después alzó la mirada hacia Dewlanna, y una gran sonrisa iluminó sus rasgos.

–¡Me gusta! ¡Suenan estupendamente!

Dewlanna dejó escapar un tenue gemido y, deslizando un largo brazo a su alrededor, apretó afectuosamente al muchacho contra su peludo pecho...

Los recuerdos le hicieron sonreír, pero la sonrisa estaba llena de tristeza. Dewlanna había obrado impulsada por las mejores intenciones imaginables, pero el que hubiera descubierto que Han se apellidaba Solo había acabado dando como resultado uno de los peores episodios de su joven vida. Cuando el *Suerte* volvió a entrar en órbita alrededor de Corellia, Han decidió hurtar un poco de tiempo a sus obligaciones como ladrón y carterista y fue a uno de los archivos públicos para hacer ciertas investigaciones.

A Alcaudón no le gustaba que sus «rescatados» dedicaran ni un solo instante a ampliar su educación. Todos los niños que viajaban a bordo del *Suerte del Comerciante* recibían una educación de nivel elemental a través del ordenador de la nave para que pudieran aprender a leer y a contar el dinero. Aparte de eso, Alcaudón hacía cuanto estaba en sus manos para evitar que los niños intentaran obtener cualquier clase de educación superior.

Han había mantenido en secreto sus estudios, en parte por un mero impulso automático de ir en contra de los deseos de Alcaudón y en parte debido a la influencia de Dewlanna. El muchacho tenía una cierta tendencia a ignorar las materias que no le gustaban –como la historia– y a dedicar todo su tiempo a lo que sí le gustaba, como por ejemplo leer relatos de grandes aventuras y resolver ecuaciones matemáticas. Han sabía que las matemáticas eran muy importantes para cualquier persona que quisiera aprender a pilotar una nave, por lo que intentó llegar a dominarlas lo mejor posible.

En cuanto Dewlanna descubrió lo que estaba haciendo, examinó su programa académico y le hizo estudiar materias que de otro modo Han tal vez se hubiera saltado, con lo cual habría dejado grandes huecos en sus conocimientos. Aunque de mala gana, Han se enfrentó a las ciencias físicas y a la historia.

Y Han, muy sorprendido, descubrió que algunas batallas de la historia eran tan apasionantes como las mejores epopeyas de las sagas de aventuras.

Aquel día en los archivos públicos de Corellia, Han aplicó algunas de las habilidades de investigación que acababa de adquirir a la búsqueda de datos sobre su nuevo apellido. Los resultados fueron sorprendentes. Cuando buscó el apellido Solo en los registros históricos, quedó asombrado al descubrir que era muy conocido en

Corellia. Un hombre llamado Berethron Solo había introducido la democracia en el mundo natal de Han hacía tres siglos. ¡Y había llegado a ser un gobernante, un rey!

Pero más recientemente hubo otro Solo que había sido igualmente famoso..., aunque por razones realmente muy oscuras y reprobables. Unos cincuenta años antes, un descendiente de Berethron, Korol Solo, había engendrado un hijo llamado Dalla Solo. El joven, que había adoptado el alias Dalla Suul en un intento de disfrazar su identidad, se había labrado toda una reputación como asesino, secuestrador y pirata. Dalla el Negro se había convertido en un nombre con el que hacer temblar a los niños en sus camas de las colonias avanzadas o los cargueros independientes.

Han se preguntó si estaría emparentado con aquellos hombres. ¿Habría sangre real corriendo por sus venas..., o había heredado la sangre de un pirata y un asesino? Probablemente nunca lo sabría, a menos que consiguiera encontrar alguna forma de persuadir a Alcaudón para que divulgara lo que sabía. Leyó todo lo que pudo encontrar sobre las hazañas de latrocinio de Dalla Suul, y sonrió sombriamente mientras se preguntaba si no estaría siguiendo alguna clase de tradición familiar.

Después empezó a inspeccionar los archivos de noticias corellianas más recientes y las páginas de sociedad en el ordenador. Una búsqueda del apellido Solo hizo emerger un nombre: Tiion Sal-Solo, una viuda rica que se mantenía apartada de todos los acontecimientos sociales y tenía un hijo. Thrackan Sal-Solo tenía seis o siete años más que Han, y ya era un adolescente.

«¿Y si estoy emparentado con Tiion Solo, o si ella conocía a mis padres? —se preguntó Han—. Ésta podría ser mi mejor posibilidad de escapar de Alcaudón..»

Cuando volvió al *Suerte del Comerciante*, Han habló de todo ello con Dewlanna. La wookiee estuvo de acuerdo con él en que, aunque podía ser bastante peligroso, Han tendría que correr el riesgo de establecer contacto con la familia Solo.

—Sí, desde luego —dijo Han, apoyando el mentón en el puño y contemplando la mesa con expresión abatida—. Pero en cuanto lo haya hecho siempre cabe la posibilidad de que no pueda volver a verte, Dewlanna.

La wookiee dejó escapar un suave gruñido, diciéndole que por supuesto que volvería a verla..., sólo que quizá no a bordo del *Suerte del Comerciante*.

—La última vez que me escapé, Alcaudón me dio tal paliza que no pude sentarme durante varios días —murmuró Han—. Si Larrad no le hubiera recordado que tenía otras cosas que hacer, creo que me habría matado a golpes.

Dewlanna gruñó.

—Tienes razón —asintió Han—. Si la familia Solo me acepta, son lo bastante ricos y poderosos para poder protegerme incluso de Alcaudón.

Han incluso sabía unas cuantas cosas sobre las reglas de comportamiento y buenos modales que debían respetar los integrantes de la alta sociedad corelliana. De vez en cuando, Alcaudón elegía una víctima entre los corellianos más ricos y ponía en marcha una complicada estafa. Han había formado parte del telón de fondo de algunas de esas operaciones.

Alcaudón alquilaba una lujosa mansión en Corellia y después creaba una «unidad familiar» para que proporcionara un fondo respetable a la estafa. Han y los otros niños asignados a esa «familia» eran enviados a vivir a la mansión. Han iba a una escuela para niños ricos, y una de sus obligaciones durante la estafa era la de hacerse amigo de los hijos de los ricos y llevarlos a casa para jugar con ellos. En varias ocasiones eso acabó produciendo valiosos contactos cuando los padres fueron engañados para que «invirtieran» en la estafa organizada por Alcaudón.

Hacía sólo unas cuantas semanas Han había estado yendo a una de esas escuelas, una institución tan conocida que había merecido ser visitada por el famoso senador

Garm Bel Iblis. Han había levantado la mano y le había formulado dos preguntas lo suficientemente meditadas e inteligentes para que el senador llegara a fijarse en él. Cuando la clase hubo terminado, Bel Iblis llamó a Han, le estrechó la mano y le preguntó cómo se llamaba. Han había lanzado una rápida mirada a su alrededor y, al ver que no había nadie lo bastante cerca para poder oírles, le dijo orgullosamente su verdadero nombre. Poder hacerlo había sido realmente maravilloso...

Alcaudón solía reclutar a Han para sus operaciones de estafa, en parte debido al jovial encanto e irresistible sonrisa del muchacho y en parte porque los estudios clandestinos de Han hacían que pudiera desenvolverse bastante mejor dentro del curso que le correspondiera que la mayoría de los otros niños. Han también había adquirido una pequeña reputación como prometedor aspirante a piloto de barredoras y deslizadores de superficie, una actividad que estaba considerada como el epítome de los deportes para ricos. Había conocido a muchos hijos de familias ricas mientras pilotaba una barredora en las carreras, y gracias a eso, en varias ocasiones Alcaudón había conseguido que sus padres cayeran en la trampa de la estafa que estuviera preparando en aquel momento.

Dentro de un año podría participar en el Campeonato Juvenil de Corellia. Eso significaría muchísimo dinero en trofeos y recompensas..., si ganaba.

Aquellas misiones le gustaban mucho, pero también las odiaba. Le gustaban porque podía pasar semanas, y a veces incluso meses, viviendo en el regazo del lujo. Para Han las carreras de barredoras y deslizadores eran tan importantes como el aire que respiraba, y tenía que entrenarse cada día.

Pero al mismo tiempo odiaba aquellas estafas porque siempre acababa cobrando afecto a alguno de los chicos con los que se le había ordenado que trabara amistad, sabiendo desde el primer momento que tanto ellos como sus familias se verían irrevocablemente perjudicados por el plan de Alcaudón.

Normalmente Han siempre conseguía reprimir sus sensaciones de culpabilidad. Estaba aprendiendo a poner su persona por encima de todo y en primer lugar. Los demás –con la única excepción de Dewlanna– tenían que ocupar el segundo puesto..., o no ser tomados en consideración para nada. Todo giraba alrededor de la autoconservación, y Han había llegado a ser un auténtico maestro en el arte de la supervivencia.

«Y sigo siéndolo», pensó mientras se levantaba de la cubierta del *Sueño de Ylesia* para comprobar su curso y su velocidad. El joven corelliano sonrió y asintió para sí mismo mientras inspeccionaba las lecturas de los instrumentos. «Todo va sobre ruedas –pensó–. Lo conseguiremos...»

Echó un vistazo a la lectura de sus depósitos de aire, y vio que ya había consumido más de la mitad de las reservas.

Durante un momento sintió la tentación de explorar el *Sueño*, pero resistió el impulso. Ir de un lado a otro sólo serviría para que consumiera el oxígeno con mayor rapidez, y en aquellos momentos ya se hallaba peligrosamente cerca del límite de seguridad.

Han se apoyó en el panel y los recuerdos volvieron a su mente. La tía Tiion... Pobre mujer. Y su queridísimo primo Thrackan, claro... Mientras se dejaba llevar por los recuerdos, los labios de Han se tensaron en una sonrisa de fiera que reveló sus dientes y que casi parecía el gruñido de un canoide...

Han saltó al suelo desde lo alto del muro de piedra y aterrizó ágilmente sobre las puntas de los pies. A través de los árboles podía ver una gran estructura construida con la misma clase de piedra del muro, por lo que fue hacia ella, manteniéndose dentro de las sombras de los árboles siempre que le era posible hacerlo.

Cuando llegó a, la casa se detuvo y la contempló con los ojos llenos de asombro. Han había estado en muchas casas enormes y lujosas e incluso había vivido en unas cuantas, pero nunca había visto ninguna que pudiera compararse a la mansión Sal-Solo.

Cuatro torres festoneadas de enredaderas flanqueaban un gigantesco edificio cuadrado de piedra. Un androide jardinero de un modelo bastante anticuado iba de un lado a otro con artrítica lentitud, podando los arbustos que crecían junto a una gran acequia llena de agua. Han fue hacia ella, y se llevó otra sorpresa al ver que el pequeño curso de agua circundaba toda la casa. No había forma de entrar en la mansión salvo por el estrecho puente de madera que se extendía sobre las aguas y terminaba en la puerta principal.

Han siempre había sentido un gran interés por las tácticas militares desde que era un crío, y había leído muchos libros sobre ellas. Estudió la mansión Sal-Solo durante unos momentos y enseguida se dio cuenta de que había sido construida siguiendo unos criterios de inexpugnabilidad casi militares, como si fuera una fortaleza. Bueno, eso encajaba con lo que había leído sobre la familia Solo... Los Solo no hacían vida social, no asistían a acontecimientos benéficos y no iban al teatro o a los conciertos.

Durante todas las ocasiones en que había fingido ser un niño rico, Han nunca había oído hablar de la familia Solo..., y teniendo en cuenta la forma en que los ricos hablaban los unos de los otros y si los Solo hubieran mantenido alguna clase de relación con la gente de su nivel, entonces Han habría tenido que oír hablar de ellos.

Avanzó cautelosamente hacia la casa. Había sustituido su mono de vuelo gris por una túnica gris claro y unos pantalones negros que había «tomado prestados». No quería que nadie pudiera descubrir de dónde venía.

Cuando estuvo cerca del comienzo del pequeño sendero de acceso, Han se detuvo detrás de uno de los enormes arbustos ornamentales y observó la mansión por encima de las aguas mientras se preguntaba qué debía hacer a continuación. ¿Y si se limitaba a ir hasta la puerta principal y activaba la señal de llamada? Se mordió el labio, no sabiendo qué hacer. ¿Y si los habitantes de la mansión avisaban a las autoridades para denunciarlo como fugitivo? Entonces Alcaudón caería sobre él tan deprisa que...

—¡Ya te tengo!

Han dejó escapar un jadeo ahogado y dio un salto cuando una mano se cerró sobre su brazo y tiró de él con la fuerza suficiente para obligarle a darse la vuelta.

La persona que acababa de agarrarle del brazo le llevaba una cabeza y unos hombros de ventaja. Sus cabellos eran más oscuros que los de Han, y también era más corpulento. Pero fue su rostro lo que hizo que Han se lo quedara mirando con aturrida perplejidad.

Han, boquiabierto, contempló al muchacho que tenía delante. Si alguna vez había dudado de que realmente estuviera emparentado con la familia Solo, aquellas dudas murieron al instante. El rostro del joven que le sujetaba el brazo parecía una versión más vieja del que Han veía en el espejo cada mañana.

No se trataba de que fueran gemelos ni nada por el estilo, desde luego. Pero el parecido existente entre sus rasgos era demasiado grande para poder ser atribuido a la coincidencia. La misma forma de los ojos castaños, la misma clase de labios, la misma curva de las cejas, la misma nariz y línea de las mandíbulas...

El muchacho, que resultaba obvio también había notado el parecido, se había quedado boquiabierto y estaba mirando fijamente a Han.

—¡Eh! —exclamó, sacudiendo violentamente el brazo de Han—. ¿Quién eres?

–Me llamo Han Solo –contestó Han sin inmutarse–. Tú debes de ser Thrackan Sal-Solo.

–¿Y qué pasa si lo soy? –replicó el muchacho con expresión malhumorada. Han no estaba demasiado acostumbrado a ser observado de aquella forma, y empezó a sentirse un poco nervioso. Había visto vrelts de mirada más afable–. Han Solo, ¿eh? Nunca he oído hablar de ti. ¿De dónde has salido? ¿Quiénes son tus padres?

–Esperaba que tú podrías decírmelo –murmuró Han–. Me he escapado del sitio en el que vivía porque quiero encontrar a mi familia. No sé nada sobre mí salvo mi nombre.

–Ah... –Thrackan seguía mirándole fijamente–. Bueno, supongo que debes de pertenecer a la familia...

–Eso parece –asintió Han, no muy seguro de qué quería decir Thrackan con ello.

Thrackan apenas prestó atención a sus palabras. Parecía estar fascinado por Han y, soltándole el brazo, empezó a caminar a su alrededor mientras le iba observando detenidamente desde todos los ángulos.

–¿De dónde te has escapado? –preguntó Thrackan–. ¿Crees que enviarán a alguien a buscarte?

–No –replicó secamente Han, no queriendo contarle nada que pudiera ocasionarle problemas posteriormente–. Oye, nos parecemos mucho –se apresuró a añadir–. Eso quiere decir que tenemos que ser parientes, ¿no? Quizá podríamos ser... hermanos.

Y lo más sorprendente de todo era que después de tanto soñar con que por fin encontraba a una familia capaz de rescatarle del Suerte del Comerciante, Han se dio cuenta de que estaba deseando que sus sueños no se convirtieran en realidad.

–Imposible –dijo Thrackan, frunciendo los labios en una mueca sarcástica–. Mi papá murió un año después de que yo naciera, y mi mamá se encerró en esta mansión y no ha salido de aquí desde entonces. Le gusta la soledad.

Eso también encajaba con lo que Han había leído sobre la familia Sal-Solo. Tiion Solo se había casado con un hombre llamado Randil Sal, y de eso ya hacía veinte años. Los archivos públicos contenían su esquela.

–Puede que sepa algo sobre mí –dijo Han–. ¿Podría verla? –Respiró hondo–. Por favor...

Thrackan pareció reflexionar durante unos momentos.

–De acuerdo –dijo por fin–, pero si se... Bueno, si se empieza a poner nerviosa tendrás que irte, ¿entendido? A mamá no le gusta nada la gente. Es igual que el abuelo: no quiere tener sirvientes humanos, sólo androides. Dice que los humanos se traicionan los unos a los otros y que se matan entre sí, y que los androides nunca hacen esas cosas.

Han siguió a Thrackan al interior de la enorme mansión y avanzó a través de habitaciones llenas de muebles tapados con sábanas y cuadros que habían sido cubiertos con paños para protegerlos del polvo. Thrackan le explicó que la familia sólo usaba unas cuantas habitaciones, para así ahorrar tiempo y esfuerzo a los androides limpiadores.

Y por fin llegaron a la sala de estar de la madre de Thrackan. Tiion Solo era una mujer pálida y de cabellos oscuros, regordeta y de aspecto enfermizo. Distaba mucho de ser atractiva, pero al mirarla con más atención y estudiar su rostro, fijándose en los huesos que había debajo de aquella flácida gordura, Han pensó que en un pasado muy lejano tal vez hubiera sido bastante hermosa. Ver aquellos rasgos hizo que un recuerdo casi desvanecido se agitara débilmente dentro de él...

Han pensó que ya había visto unos rasgos similares a los suyos. Hacía mucho tiempo de ello, y el «recuerdo» –suponiendo que realmente se tratara de un recuerdo– era tan tenue y escurridizo como un hilillo de humo.

–Madre, éste es Han Solo –dijo Thrackan–. Es pariente nuestro, ¿verdad?

La mirada de Tiion Sal-Solo se volvió lentamente hacia el rostro de Han, y la inquietud desorbitó sus ojos. La mujer contempló al muchacho, visiblemente horrorizada. Sus labios temblaron convulsivamente, y una especie de maullido estridente acabó surgiendo de ellos.

–No... ¡No! –gritó. Las lágrimas se acumularon en sus ojos castaños y descendieron por las flácidas mejillas–. ¡No, no es posible! ¡Ha muerto! ¡Los dos han muerto!

Después enterró el rostro en las manos y empezó a sollozar histéricamente.

Thrackan agarró a Han por el brazo y lo sacó casi a rastras de lacasa.

–¿Ves lo que has hecho, pequeño idiota? –dijo, alzando los ojos hacia la ventana de su madre para lanzarle una mirada llena de inquietud–. Ahora estará enferma durante días. Cuando se pone así, siempre tarda mucho tiempo en recuperarse.

Han se encogió de hombros.

–Yo no hice nada. Tu madre sólo me miró, nada más... ¿Qué le ocurre?

Thrackan masculló una maldición y golpeó a Han con el dorso de la mano, cruzándole la cara con un bofetón tan fuerte que le partió el labio.

–¡Cállate! –rugió–. ¡No tienes ningún derecho a hablar de ella! No le pasa nada, ¿me oyes? ¡Nada!

El golpe había sido bastante doloroso, pero Han había sido golpeado muy a menudo por auténticos expertos, y si había algo que hubiera aprendido a conciencia era cómo aguantar un puñetazo y seguir de pie. Durante un momento sintió la tentación de saltar sobre el cuello del muchacho, pero se obligó a calmarse. Han había visto un auténtico chispazo de dolor en los ojos de Thrackan mientras defendía a su madre, y pensó que él habría hecho lo mismo..., si hubiera tenido una madre. «He de quedarme aquí –se recordó a sí mismo–. Cualquier cosa será mejor que Alcaudón...»

–Lo siento –consiguió decir.

Thrackan parecía un poco avergonzado.

–Ten mucho cuidado con lo que dices de mi madre, ¿de acuerdo?

Las seis semanas siguientes quizá fueran las más extrañas de la vida de Han. Thrackan permitió que Han se quedara con él en sus habitaciones (Tiion casi nunca iba a la parte de la casa que usaba Thrackan) y los dos pasaron muchas horas juntos, hablando y conociéndose el uno al otro.

Han no tardó en descubrir que Thrackan era un anfitrión muy exigente. Tenía que estar de acuerdo con él en todo y apresurarse a obedecer su voluntad en todo momento, porque de lo contrario Thrackan se enfurecía y empezaba a pegarle. Thrackan hizo que Han le llevara por los alrededores en un viejo aerodeslizador, e incluso hicieron unas cuantas expediciones a algunas residencias que Thrackan sabía estaban vacías porque sus habitantes se hallaban de vacaciones. Una vez en ellas Thrackan ordenaba a Han que forzara las cerraduras y desactivara los sistemas de seguridad, y después robaba cualquier objeto que le gustara.

Han empezó a preguntarse si no habría cometido un grave error al escapar del Suerte del Comerciante. Dos cosas le mantenían en la mansión de los Solo: el temor de que Thrackan le entregase a las autoridades si no hacía lo que le pedía –lo cual permitiría que Alcaudón le localizara–, y la esperanza de que Thrackan acabaría contándole todo cuanto sabía sobre su identidad. Thrackan no paraba de soltar

indirectas y misteriosas alusiones acerca de su posible parentesco.

–Todo a su tiempo –decía Thrackan cuando Han intentaba sacarle un poco de información–. Todo a su tiempo, Han... Vamos a volar un rato. Quiero que me enseñes a pilotar el deslizador.

Han lo intentó, pero Thrackan no era muy buen piloto. Estuvieron a punto de estrellarse varias veces antes de que Thrackan llegara a dominar aunque sólo fueran los rudimentos de cómo pilotar el pequeño vehículo.

«He de salir de aquí –se repetía Han una y otra vez–. Me escaparé a otro mundo, a un sitio en el que nunca me encontrarán. Quizá logre que me adopten, o puede que consiga encontrar un empleo. Tiene que haber alguna manera...»

Pero no se le ocurría ninguna forma de escapar a la tiranía de Thrackan, aquel muchacho vengativo, sádico y pura y simplemente malvado. Han le vio torturar insectos o animales en varias ocasiones, y cuando Thrackan comprendió que sus acciones horrorizaban a Han, empezó a repetirlas con más frecuencia. Han nunca había tenido una mascota, pero las criaturas peludas tendían a gustarle porque le recordaban a Dewlanna.

La echaba de menos cada día.

La situación se fue volviendo más y más explosiva, hasta que llegó un día en el que Thrackan pareció perder el control de sí mismo. Agarró a Han por los cabellos y lo llevó a rastras hasta la cocina, donde cogió un cuchillo y lo sostuvo delante de sus ojos.

–¿Ves esto? –rugió–. Si no te disculpas y no haces exactamente todo lo que yo te diga, te cortaré las orejas. ¡Y ahora discúlpate! –Sacudió salvajemente a Han–. ¡Y será mejor que consigas que me lo crea!

Han clavó la mirada en la hoja resplandeciente del cuchillo y se humedeció los labios. Intentó expulsar las palabras de disculpa de su boca, pero un enorme torrente de rabia roja se fue acumulando dentro de él. Todos los insultos, todos los bofetones, puñetazos y palizas –tanto los que había recibido de Alcaudón como los que recibía de Thrackan– parecieron volver de repente a su memoria.

Y entonces, lanzando un alarido tan potente como el de un wookie, Han enloqueció. Incrustó su puño en el brazo de Thrackan, haciendo que el cuchillo saliera volando por los aires, y hundió el codo en el estómago de Thrackan. El aire fue ruidosamente expulsado de los pulmones del muchacho y antes de que Thrackan pudiera recuperarse, Han ya había caído sobre él.

Patadas, mordiscos, puñetazos, meter los dedos en los ojos... Han utilizó todos los trucos sucios que había aprendido en las calles para vencer a Thrackan y darle una paliza. Aturdido y atemorizado ante la furia de Han, Thrackan no consiguió recuperarse y la pelea terminó con Han sentado a horcajadas encima de Thrackan, sosteniendo el cuchillo sobre la garganta del muchacho.

–Eh... –Los ojos de Thrackan brillaban como los de un vrelt atrapado–. Eh, Han, me parece que ya está bien. Esto no tiene ninguna gracia.

–Y cortarme las orejas tampoco –replicó Han–. Escúchame con atención, Thrackan: ya estoy harto. Vas a decirme lo que sabes y me lo dirás ahora mismo, o juro que te cortaré el cuello y después me iré de aquí. Estoy harto, ¿entiendes?

Un chispazo de pánico ardió en los ojos oscuros de Thrackan. Algo que había visto en el rostro de Han debía de haberle convencido de que Han estaba tan enfurecido que se le había agotado la paciencia y podía cumplir su amenaza en cualquier momento.

–¡De acuerdo, de acuerdo!

–Y ahora habla –dijo Han.

Thrackan, tartamudeando de miedo, le contó la historia.

Hacia ya muchos años, el abuelo de Thrackan, Denn Solo, y su abuela, Tira Gama Solo, vivían en el quinto planeta habitado del sistema corelliano, un mundo colonial llamado Tralus. Eran tiempos peligrosos, y bandas nómadas de incursores y piratas amenazaban a muchos mundos de la periferia. Los incursores nunca llegaron a Corellia, pero sí llegaron a Tralus. Una flota cayó sobre Tralus y devastó toda la colonia.

—La abuela Solo estaba embarazada —dijo Thrackan, jadeando porque le costaba bastante respirar con Han sentado sobre su pecho—. Dio a luz la noche en que la ciudad fue atacada y tuvo gemelos, un niño y una niña. A la niña la llamaron Tiion. La abuela Solo la cogió en brazos y huyó de los incursores. Consiguió esconderse en una caverna de las colinas.

—Tiion... —murmuró Han—. Tu madre.

—Exacto. El esposo de la abuela Solo se llevó al niño. Ni siquiera tuvieron tiempo de ponerle un nombre. La abuela dijo que fue realmente horrible. Había incendios por todas partes, y la gente gritaba y corría de un lado a otro. Ella y el abuelo Denn se separaron en la confusión.

—¿Y?

Han flexionó la mano de manera casi imperceptible, y la hoja del cuchillo se deslizó sobre la garganta de Thrackan.

—La abuela Solo y Tiion escaparon, pero el abuelo Solo y el bebé desaparecieron. Nunca se supo nada más de ellos.

—¿Y entonces en qué me convierte eso? —preguntó Han, totalmente perplejo.

—No estoy muy seguro —dijo Thrackan—. Pero si realmente quieres que responda a esa pregunta... Bueno, supongo que somos primos. Me imagino que el abuelo Solo y su hijo lograron huir, y que tú eres el hijo de su hijo.

—¿Es que nadie sabe nada más aparte de eso? —preguntó Han, sintiéndose al borde de la desesperación. Había llegado a un callejón sin salida, y la decepción era casi insostenible—. Algún sirviente, quizá...

—Al abuelo Solo no le gustaban los sirvientes humanos. Siempre utilizaba andróides. Y cuando la abuela Solo volvió con su familia de Corellia, el bisabuelo Gama hizo que borrarán las memorias de todos los andróides. Pensó que así a la abuela le resultaría más fácil seguir viviendo con ellos. Quería que la abuela se volviera a casar, que iniciara una nueva vida... —Thrackan intentó tragar aire—. Pero nunca lo hizo.

—¿Y qué le ocurrió a tu madre?

—No lo sé. Nunca se ha atrevido a confiar en la gente, y no soporta las multitudes. Después de que mi padre muriera, lo único que quería era encerrarse en un sitio donde pudiera estar lo más lejos posible del mundo..., y eso fue lo que hizo.

Han bajó la mano con la que había estado empuñando el cuchillo y meneó la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Voy a...

Y entonces Thrackan se lo quitó de encima con un repentino empujón, y sus posiciones quedaron invertidas antes de que Han pudiera contrarrestar su ataque. Han alzó la mirada hacia su primo, sabiendo que podría considerarse muy afortunado si salía con vida de aquella situación. Los oscuros ojos de Thrackan ardían con el fuego de la rabia, el odio y un sádico placer.

—Vas a lamentar muchísimo lo que has hecho, Han —dijo en voz baja y suave.

Y Han ya lo estaba lamentando, desde luego.

Thrackan mantuvo encerrado a Han en una despensa vacía durante tres días, durante los cuáles sólo le dio pan y agua. La tarde del tercer día, mientras Han estaba

sentado en un rincón, Thrackan abrió la puerta.

–Me temo que esto es la despedida final, chico –dijo con alegre jovialidad–. Tenemos visita, y me parece que ha venido para llevarte a casa.

Han miró desesperadamente a su alrededor mientras Garris y Larrad Alcaudón seguían a Thrackan al interior de la habitación pero, como ya sabía, no había ningún sitio al que huir...

Han meneó la cabeza y se negó a pensar en los días siguientes. El castigo de Alcaudón sólo estuvo limitado por el hecho de que no había querido «dañar» de manera permanente a Han debido a su creciente reputación como experto piloto de barredoras y deslizadores. Pero había montones de cosas que podía hacerle sin llegar a causar daños permanentes, y Alcaudón le había hecho prácticamente todas y cada una de ellas...

Han sólo había recibido un castigo más severo a manos de Alcaudón y por aquel entonces, cuando tuvo lugar la catástrofe de Jubilar, ya tenía diecisiete años. Han ya estaba dolorido y lleno de morados a causa de la competición gladiatorial en la que se había visto obligado a tomar parte después de que le pillaran haciendo trampas a las cartas. Aquella vez Alcaudón ni siquiera se molestó en usar una correa y se limitó a emplear los puños, descargando un diluvio de puñetazos sobre el rostro y el cuerpo del muchacho hasta que Larrad y unos cuantos tripulantes más apartaron al capitán del cuerpo inconsciente de Han.

«Y ahora ha matado a Dewlanna –pensó con amargura–. Si ha habido alguien en toda la historia de la galaxia que merezca morir, es Garris Alcaudón.»

Durante un momento se preguntó por qué nunca se le había pasado por la cabeza la idea de matar a Alcaudón mientras el capitán estaba inconsciente antes de huir a bordo del *Sueño de Ylesia*. Todos los moradores del *Suerte del Comerciante* le habrían quedado eternamente agradecidos, desde luego. ¿Por qué no lo había hecho? Tenía el desintegrador en la mano...

Han meneó la cabeza. Nunca había disparado contra nadie hasta el día de ayer, y matar a un hombre inconsciente... Bueno, sencillamente no era su estilo.

Pero Han sabía, y sin necesidad de que nadie se lo dijera, que si Garris Alcaudón conseguía dar con él era hombre muerto. El capitán nunca olvidaba, y jamás perdonaba. Alcaudón parecía haberse especializado en guardar rencor a cualquier persona que hubiera frustrado sus planes.

Han volvió a levantarse para comprobar el curso de la nave y el estado de sus reservas de aire. Ya sólo le quedaba oxígeno para unas cuantas horas. Hizo algunos cálculos mentales mientras mantenía los ojos clavados en el dial. «Si lo consigo será por muy poco. Más vale que esté preparado para abrir la compuerta de carga de este cacharro en cuanto nos hayamos posado..., porque no puedo desperdiciar ni un solo segundo.»

3

Aterrizaje forzoso

Aunque Han había acumulado centenares de horas de vuelo a bordo de barredoras y deslizadores de superficie, su experiencia con naves de mayores dimensiones se limitaba a las ocasiones en las que Garris Alcaudón le había permitido pilotar la lanzadera del *Suerte* durante trayectos rutinarios y carentes de complicaciones. Había despegado y aterrizado a bordo de ella pero nunca había intentado pilotar ningún vehículo del tamaño del carguero robot durante un descenso. Han esperaba que sería capaz de conseguirlo. Confiaba en sus capacidades como piloto. Después de todo, ¿acaso no había ganado el campeonato juvenil de pilotaje de Corellia durante tres años seguidos? Y el año pasado había ganado el campeonato de carreras de barredoras de todo el sistema corelliano...

Aun así, comparado con la lanzadera del *Suerte* aquel carguero era enorme.

Han dormitó un rato más y después se despertó y se dedicó a pasear nerviosamente por la cabina de control, sabiendo que hubiera debido estar conservando sus energías y su aire pero sin poder estarse quieto.

—¿Señor? —La unidad R2, que había estado totalmente callada e inmóvil durante muchas horas, volvió a la vida de repente—. Debo informarle de que hemos llegado a la órbita de Ylesia. Tiene que prepararse para iniciar la maniobra de descenso.

—Gracias por avisarme —dijo Han.

Fue hasta los paneles de control y examinó los instrumentos, calculando mentalmente su descenso. Aquello no iba a ser nada fácil. No podía establecer ninguna clase de contacto con el ordenador de navegación de la nave salvo a través de la unidad R2. A veces un piloto tenía que tomar decisiones en una fracción de segundo, y en ese caso Han no podría esperar la réplica de la unidad R2.

La nave vibró, y un instante después se bamboleó levemente.

Han comprendió que estaban entrando en la atmósfera.

Respiró hondo y echó otro vistazo a la lectura de sus depósitos de aire, sabiendo que ya apenas le quedaban reservas.

«Allá vamos», pensó mientras conectaba los controles manuales del *Sueño de Ylesia*.

—Eh, R2... —dijo con la voz enronquecida por la tensión, introduciendo una ligera corrección en el curso.

—¿Sí, señor?

—Deséame suerte.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero esta unidad...

Han masculló una maldición, y el *Sueño de Ylesia* siguió descendiendo hacia la superficie de un planeta que Han ni siquiera podía ver. Pero sí podía ver las lecturas de los sensores y los detectores infrarrojos, y enseguida se dio cuenta de que Ylesia era un mundo de tempestuosas corrientes de aire que se hallaban presentes incluso en las capas más altas de la atmósfera. Los sensores de cartografía crearon un mapa global del planeta: mares poco profundos tachonados de islas, y tres pequeños continentes. Uno de ellos se encontraba prácticamente en el polo norte, pero los otros dos, los continentes

este y oeste, se hallaban más cerca del ecuador, en lo que debían de ser zonas de clima templado.

–Estupendo –murmuró Han mientras localizaba la baliza de aproximación de la nave.

Podría utilizarla como guía para planificar su descenso. La pista se encontraba en el continente del este, por lo que la colonia ylesiana de sacerdotes y peregrinos religiosos tenía que estar allí.

El *Sueño* osciló violentamente, balanceándose a través de los torbellinos de las corrientes de aire como un niño sentado sobre un columpio de cuerdas. Los guantes del traje de Han apenas si conseguían manipular los minúsculos controles de diagnóstico mientras usaba los estabilizadores para frenar las sacudidas del descenso. Han, que estaba intentando acostumbrarse a ellos, los desvió hacia babor y luego efectuó una compensación demasiado pronunciada, haciendo que la nave se inclinara bruscamente hacia estribor.

Una gigantesca mancha rojiza apareció de repente en la imagen infrarroja. «¡Eso es una tormenta, y es enorme!», pensó Han, usando los impulsores laterales para estabilizar su descenso. Permitió que el *Sueño* derivase unos cuantos grados hacia el norte, pensando que así conseguiría esquivar la tormenta, y después desvió nuevamente el curso hacia el sur en cuanto estuvo por debajo del remolino.

Han vio que las partículas ionizadas producidas por todos aquellos rayos estaban sembrando el caos entre sus instrumentos. Tragó aire, sintió una repentina opresión en el pecho e intentó no dejarse dominar por el pánico. Los buenos pilotos no podían permitirse el lujo de dejarse llevar por las emociones, ya que en ese caso acabarían muertos y su viaje terminaría de una manera tan rápida como brusca.

–R2, intenta trazar un mapa de esas zonas de tormentas para que pueda evitar los senderos de ionización que están creando esos rayos –dijo secamente–. Concéntrate en la trayectoria de vuelo directa entre nuestra situación actual y la pista de descenso en el continente del este.

–Sí, señor –dijo la unidad R2.

Las localizaciones de las tormentas eléctricas aparecieron delante de él unos instantes después.

–Muéstreme una versión a escala reducida de ese mapa en la esquina de esta pantalla, R2 –ordenó Han.

En circunstancias normales, el ordenador de navegación se habría encargado de «fundir» la trayectoria de vuelo deseada con los accidentes geográficos y las células de tormentas y habría sugerido un curso, que luego el piloto habría podido poner en práctica y modificar según las necesidades del momento.

Han nunca había deseado tener a su disposición un ordenador de navegación tanto como en aquel momento.

Redujo de manera casi imperceptible la velocidad de descenso, y un instante después se vio obligado a conectar los impulsores para apartar la nave de otro vendaval surgido de una segunda célula de tormentas.

El sudor chorreaba por su cara mientras luchaba con los minúsculos controles, obligando al *Sueño de Ylesia* a llevar a cabo maniobras que en circunstancias normales sólo se habrían podido esperar de una barredora o un caza militar. Han se dio cuenta de que estaba jadeando, y durante una fracción de segundo se preguntó si era a causa de la tensión y la adrenalina o si se le estaría acabando el oxígeno.

No podía desperdiciar el segundo que tardaría en echar un vistazo a la lectura del aire.

Estaban a sólo un kilómetro de la superficie del planeta, y bajaban muy deprisa. ¡Iban demasiado rápido! Han redujo la velocidad, usando las toberas de frenado sin ningún miramiento. Las fuerzas gravitatorias cayeron sobre él, y Han sintió como si un coloso invisible estuviera oprimiendo su pecho con unas gigantescas tenazas. Su respiración se había convertido en un jadeo continuo, y decidió correr el riesgo de echar un vistazo al dial de los depósitos de aire.

¡Estaban vacíos! El indicador de situación se había adentrado en la zona roja.

«No pierdas el control, Han –se aconsejó a sí mismo–. Sigue respirando, ¿de acuerdo? Tiene que haber aire suficiente dentro de tu traje para mantenerte con vida durante un par de minutos..., y eso por lo menos.

Meneó la cabeza, sintiéndose aturdido y mareado. Su aliento empezó a arder dentro de su pecho.

Pero ya casi iban lo bastante despacio para poder posarse sobre la pista. Han volvió a conectar los frenos, poniéndolos a mínima potencia, y la nave se encabritó de repente. «¡He perdido el estabilizador delantero!»

Han intentó compensar las oscilaciones. Todavía iban demasiado deprisa, pero ya no podía hacer nada más al respecto. Conectó los haces repulsores de sustentación e inició el descenso final, sintiendo la vibración de la nave a través de las rodillas y las piernas mientras permanecía arrodillado sobre la cubierta.

«¡Aguanta, pequeña! –le rogó al *Sueño*–. Vamos, intenta aguantar unos momentos más...»

El repulsor delantero de babor dejó de funcionar con un terrible ¡whoooooomppppp! que se prolongó interminablemente. El *Sueño* salió despedido hacia babor, chocó con el suelo y fue despedido hacia arriba por el impacto. El repulsor de estribor estalló y después todo el lado de estribor de la nave chocó con el suelo, faltando muy poco para que el *Sueño* diera una vuelta de campana.

¡Wham! Con un horrible crujido que Han pudo sentir en todo su cuerpo, el *Sueño de Ylesia* se estrelló contra la superficie del planeta, se estremeció y acabó quedando inmóvil.

Han fue violentamente arrojado al otro lado de la cabina. Su casco chocó con el mamparo y Han se quedó inmóvil, los brazos y las piernas extendidos, aturdido y medio desmayado. Luchó para no perder el conocimiento. Si se desmayaba, nunca volvería a despertar. Intentó erguirse hasta quedar sentado en el suelo, gruñendo a causa del esfuerzo. Oleadas de negrura amenazaban con engullir su mente. Activó el canal de comunicaciones del traje.

–R2... R2... ¡Responde, R2!

–Sí, señor. Estoy aquí, señor. –La voz mecánica del androide sonaba un poco temblorosa–. Si no le molesta que se lo diga, señor, tengo la impresión de que este descenso ha sido de una naturaleza más bien poco convencional. Me preocupa la posibilidad de que...

–¡Cierra el pico y ABRE LA COMPUERTA DE CARGA! –jadeó Han.

Consiguió erguirse hasta quedar sentado en el suelo, pero temía no ser capaz de levantarse. Se estaba tambaleando de un lado a otro como un borracho enfrentado a un vendaval.

–Pero señor... En interés de la seguridad, debo advertirle de que todas las entradas han de permanecer selladas durante...

Han encontró el desintegrador que había metido en el bolsillo exterior de su traje. Logró sacar el arma y apuntó a R2 con ella.

–¡O ABRES ESA COMPUERTA AHORA MISMO, R2, O JURO QUE REDUCIRÉ A ÁTOMOS TU CONDENADO PELLEJO METÁLICO!

Las luces del androide parpadearon frenéticamente. El dedo de Han se tensó sobre el gatillo mientras se preguntaba si tendría fuerzas para arrastrarse hasta la escotilla. Olas de negrura flotaban en los límites de su campo visual.

—Sí, señor —dijo la unidad R2—. Estoy haciendo lo que me ha pedido.

Unos momentos después Han sintió la vibración de la onda expansiva cuando el aire entró en el *Sueño* con una violencia tan repentina que se aproximaba a la de una explosión. Jadeando, contó hasta veinte y después invirtió sus últimas reservas de energía en arrancarse el casco de un tirón. Han dejó que su cuerpo volviera a caer sobre la cubierta.

Abrió la boca en una desesperada aspiración, descubrió que podía respirar y engulló enormes bocanadas de aire fresco hasta llenarse los pulmones con ellas. El aire era caliente y húmedo y estaba cargado de olores que no podía identificar..., pero contenía mucho oxígeno y era eminentemente respirable, y eso era todo lo que le importaba en aquel momento.

Cerró los ojos, concentró todas sus energías en respirar y sintió cómo el agotamiento se iba adueñando de él. Le palpitaba la cabeza, y necesitaba descansar un momento. Sólo un momento...

Cuando recobró el conocimiento y abrió los ojos, Han se encontró contemplando un rostro surgido de una pesadilla. El primer pensamiento que le pasó por la cabeza fue que no había visto un ser más feo en toda su vida. Sólo sus largos años de experiencia en el trato con no humanos de todas las variedades le permitieron controlar su reacción inicial.

El rostro era muy ancho, con dos ojos bulbosos y protuberantes, y estaba recubierto por una piel gris amarronada que parecía tan dura como el cuero viejo. No había orejas visibles, y las fosas nasales se reducían a dos rendijas. Encima de ellas había un gran cuerno de punta roma casi tan largo como el antebrazo de Han. La boca era una ancha hendidura carente de labios que atravesaba la enorme cabeza.

Han meneó su dolorida cabeza y consiguió sentarse, y un vistazo a sus alrededores le informó de que se encontraba en algún tipo de enfermería. Un androide médico lleno de luces parpadeantes flotaba en el aire.

Han se dio cuenta de que su anfitrión (suponiendo que se tratara de eso) era enorme. De hecho, era bastante más grande que un wookiee. Recordaba un tanto a un berrita en el aspecto de que caminaba sobre cuatro patas tan gruesas como troncos de árbol, pero era mucho más grande. La *cabeza*, de la criatura estaba unida a un cuello corto provisto de una gran joroba que, a su vez, estaba unido a un cuerpo colosal. Han pensó que la espalda de aquel ser le llegaría a los hombros cuando estuviera de pie. La piel coriácea que cubría el cuerpo colgaba fláccidamente en arrugas, surcos y pliegues sueltos, especialmente sobre su corto y casi inexistente cuello. La piel relucía con un resplandor aceitoso.

Las cuatro cortas patas terminaban en enormes pies provistos de almohadillas. Una larga cola que parecía poseer una gran movilidad se enroscaba sobre la espalda. Durante un momento Han se preguntó si la criatura poseía alguna clase de extremidades manipuladoras, pero un instante después vio dos brazos diminutos cruzados sobre su pecho, medio escondidos por los flácidos pliegues de la piel del cuello. Las manos del ser eran delicadas y casi femeninas, y cada una tenía cuatro largos dedos que parecían muy diestros y flexibles.

El ser abrió la boca y empezó a hablar en básico. Su acento era muy marcado, pero aun así se le podía entender sin ninguna dificultad.

—Saludos, señor Draygo. Permítame que le dé la bienvenida a Ylesia. ¿Es usted

un peregrino?

—Pero es que yo no... —murmuró Han, sintiendo que le daba vueltas la cabeza.

Durante un momento el nombre flotó en una espesa niebla mental, pero su cerebro no tardó en volver a funcionar. Oh, por supuesto. Han se apresuró a cerrar la boca, pensando que su cabeza quizá había recibido un golpe más fuerte de lo que se imaginaba en un principio. Vykk Draygo era el nombre que figuraba en su documentación falsa.

Han había tenido varias personalidades ficticias, todas ellas provistas de la documentación adecuada para respaldarlas. Irónicamente, no tenía ni un solo documento de identificación en el que figurase su verdadero nombre.

—Discúlpeme —murmuró, llevándose la mano a la cabeza y esperando que su pequeño desliz verbal fuera excusado como un mero resultado de la lesión sufrida por su cabeza—. Supongo que todavía estoy un poco aturdido. No, no soy un peregrino. He venido aquí en respuesta a un anuncio en el que ofrecían un empleo de piloto a una persona cualificada, preferiblemente nacida en Corellia.

—Comprendo. Pero ¿cómo es que se encontraba a bordo de nuestra nave cuando se estrelló? —preguntó la criatura.

—Quería llegar a Ylesia lo más rápidamente posible, así que aproveché la oportunidad para viajar en el *Sueño de Ylesia*, —dijo Han—. De lo contrario habría tenido que esperar una semana hasta que llegara el primer vuelo comercial, y el anuncio decía que necesitaban un piloto con urgencia. ¿Recibieron mi mensaje?

—Sí, lo recibimos —dijo la criatura. Han la estaba observando con gran atención, lamentando no ser capaz de interpretar sus expresiones—. Le estábamos esperando..., pero no a bordo del *Sueño de Ylesia*.

—Eh... Bueno, he traído el anuncio conmigo. —Han alargó la mano hacia el bolsillo de su mono de vuelo, que colgaba del respaldo de una silla junto a la cama, y cogió el holocubo que contenía el anuncio publicado por los sacerdotes ylesianos al que había respondido—. Aquí dice que necesitan a alguien que pueda empezar a trabajar inmediatamente —explicó, entregándole el cubo al gigantesco alienígena—. Bien, pues me llamo Vykk Draygo y he venido a solicitar el empleo. Soy corelliano, y reúno todas las cualificaciones que especificaban en el anuncio. Yo sólo... En fin, quería decirle que lamento muchísimo lo que le ha ocurrido al *Sueño*. Nunca había pilotado una nave de ese modelo, pero un par de horas dentro de un simulador resolverán ese pequeño problema. Ah, y me temo que sus corrientes atmosféricas han sido toda una sorpresa para mí.

La criatura examinó el cubo y después lo dejó encima de la mesa. Las esquinas de la enorme boca carente de labios se elevaron ligeramente.

—Ya veo. Bien, señor Draygo, yo soy Teroenza, el Altísimo Gran Sacerdote de Ylesia. Bienvenido a nuestra colonia. Su capacidad de iniciativa me ha dejado realmente impresionado, mi joven humano... El que decidiera viajar a bordo de un carguero robotizado para responder a nuestro anuncio con semejante rapidez dice mucho en favor de usted.

Han frunció el ceño y deseó que no le doliera tanto la cabeza.

—Bueno... Gracias.

—Y el que consiguiera controlar una nave robotizada y posarla sobre la superficie del planeta también me ha dejado muy impresionado. Pocos pilotos humanos han sido capaces de reaccionar lo suficientemente deprisa para enfrentarse con éxito a las terribles condiciones climatológicas de este mundo. Nuestra nave no ha sufrido daños demasiado serios, y las reparaciones ya han sido iniciadas. Descendió en una zona no excesivamente dura, lo cual ha sido una suerte.

—¿Y eso quiere decir que he conseguido el empleo? —se apresuró a preguntar Han.

«¡Estupendo! ¡No están enfadados!»

—¿Estaría dispuesto a firmar un contrato por un año? —preguntó Teroenza.

—Tal vez —dijo Han, echándose hacia atrás y empezando a relajarse mientras unía las manos detrás de la cabeza—. ¿Cuánto?

El Gran Sacerdote respondió con una cifra que hizo sonreír a Han para sus adentros. Aunque era más dinero de lo que había esperado, Han era un comerciante nato y su reacción automática consistió en empezar a regatear.

—Bueno, no sé... —dijo, frotándose el mentón con expresión pensativa—. En mi empleo anterior ganaba más dinero...

Eso era mentira, pero no podrían demostrarlo. Vykk Draygo realmente había estado ganando más dinero del que le ofrecían los ylesianos en aquel empleo de piloto, y Han se había asegurado de que el historial laboral de su otro yo dejase bien claro que podía solicitar los sueldos más elevados. Financiar aquellas alteraciones en los bancos de datos había consumido todos los ahorros de Han, aparte de los beneficios obtenidos en dos robos altamente peligrosos de los que Garris Alcaudón no sabía nada, pero Han quería que Vykk Draygo estuviera en condiciones de poder exigir un buen sueldo.

Teroenza guardó silencio durante unos momentos mientras digería aquella información.

—Muy bien —dijo por fin—. Puedo ofrecerle treinta mil créditos al año con una bonificación de diez mil más al final de los primeros seis meses, a condición de que lleve a cabo todos los vuelos asignados sin incumplir el programa.

—Quiero quince mil créditos de bonificación —respondió Han automáticamente—, y además se encargarán de proporcionarme las simulaciones de adiestramiento.

—Doce mil —replicó Teroenza a su vez—, y usted pagará el coste de las simulaciones.

—Trece mil —dijo Han—, y ustedes me proporcionan las simulaciones.

—Doce mil quinientos y le proporcionamos las simulaciones —dijo el Gran Sacerdote—. Es nuestra última oferta.

—Trato hecho —dijo Han—. Ya tienen un piloto.

—¡Excelente!

Teroenza estaba tan satisfecho que incluso se rió, emitiendo una especie de retumbar ahogado extrañamente melodioso.

Los contratos aparecieron en cuestión de segundos y Han los firmó, y después permitió que se le sometiera a un examen de retinas para confirmar su identidad. «Espero que sean como todo el mundo y se limiten a hacer una comprobación sistémica general de mis pautas retinianas», pensó. Si los sacerdotes decidían llevar a cabo una búsqueda realmente concienzuda en todos los sistemas —lo cual saldría muy caro, por supuesto— para determinar si las pautas retinianas de Vykk Draygo eran únicas, acabarían descubriendo que no lo eran. Vykk Draygo, Jenos Idanian, Tallus Bryne, Janil Andrus y Keil d'Tana compartían exactamente la misma pauta retiniana..., lo cual no tenía nada de sorprendente, dado que en realidad todos aquellos individuos eran Han Solo.

Antes de abandonar el *Suerte del Comerciante*, Han había tomado la precaución de guardar una pequeña cantidad de créditos y juegos de documentos completos en dos cajas de seguridad en Corellia, por si llegaba un momento en el que necesitara llevar a cabo un rápido cambio de identidad. Garris Alcaudón le había proporcionado identidades distintas para cada una de las estafas en las que Han había tomado parte, y

el joven corelliano había conservado todos los juegos de documentos y los había ido poniendo al día siempre que era necesario hacerlo.

Pero también sabía que ninguna de sus identificaciones falsificadas podría engañar a los sensores imperiales. Han era muy consciente de que antes de que pudiera presentarse a los exámenes de entrada de la Academia debería repartir una pequeña fortuna en sobornos en Coruscant a fin de adquirir una documentación tan genuina que pudiera superar un examen de autorización de los servicios de seguridad imperiales.

En cuanto se hubieron ocupado de todos los detalles comerciales, Teroenza hizo acudir a un subsacerdote, o sacredot, como eran llamados, y le ordenó que acompañara a Han en un recorrido del complejo. A continuación dejaron a solas a Han durante unos momentos para que pudiera ponerse su mono de vuelo, después de que se le hubiera asegurado que se le proporcionaría ropa adornada con el gigantesco ojo abierto y la enorme boca que formaban el símbolo ylesiano.

Mientras se ponía el mono y las botas, Han se dio cuenta de que estaba sudando abundantemente. «Calor y humedad... –pensó—. Un clima realmente maravilloso. Pero Han estaba dispuesto a aguantar un año de incomodidades a cambio del dinero que le iban a pagar los sacerdotes. Aceptando aquel empleo conseguiría acumular mucha experiencia como piloto de naves de gran tamaño, y además tendría acceso a las simulaciones de entrenamiento. Eso debería bastar para asegurarle el éxito en los exámenes de entrada que regulaban el acceso a la Academia.

Y el dinero, por su parte, significaba que dispondría de las sumas adecuadas para pagar los sobornos que garantizarían que su solicitud fuera procesada con rapidez y llegara a manos de los oficiales de la comisión de admisiones. Sus investigaciones le habían informado de que sin sobornos era frecuente que un candidato a cadete tardara más de un mes en presentar su solicitud, superar todos los exámenes relevantes, ser entrevistado y, finalmente, conseguir que se le aceptara para la entrada en la Academia Imperial.

El sacredot llegó y se presentó como Veratil. Han le siguió por un corredor, más allá de un gran anfiteatro y hasta lo que parecía una zona de registro.

–Éste es nuestro Centro de Bienvenida –le explicó el sacerdote.

Veratil le llevó al exterior. Han cruzó el umbral..., y quedó inmediatamente bañado en sudor antes de que tuviera ocasión de respirar hondo. Un calor asfixiante y una tremenda humedad le abofetearon la cara con un impacto casi tan palpable como el de un golpe físico. El aire estaba saturado de olores. Han percibió el potente perfume de las flores y el hedor de la vegetación podrida y, mezclado a ellos, otro olor que ya había olido antes pero que no consiguió identificar.

Se detuvo al inicio de la corta rampa que brotaba del edificio, alzó la mirada hacia el cielo y vio que era un de gris azulado translúcido. El sol que flotaba sobre su cabeza era de un color rojo anaranjado, y parecía más grande del que Han estaba acostumbrado a ver. Aquella estrella debía de encontrarse más cerca de su planeta de lo que Corel lo estaba de Corellia. Han echó un vistazo a las sombras, viendo que el mediodía ya había quedado atrás, y consultó su cronómetro de pulsera.

– ¿Cuánto dura el día aquí? –le preguntó a Veratil.

–Diez horas estándar, señor –replicó el sacredot.

«No me extraña que haya tantas tormentas –pensó Han—. Tenemos un mundo de clima caliente y húmedo con una rotación realmente muy rápida, y eso siempre produce tormentas.»

Volvió la mirada hacia la explanada. El permacreto terminaba de repente para ser sustituido por la vegetación y el suelo natural. Los charcos de agua indicaban una reciente lluvia torrencial. El barro rojizo creaba un contraste sorprendente con la

opulenta vegetación verde azulada. Las flores que colgaban de las enredaderas y los árboles de la exuberante jungla que amenazaba con engullir la explanada eran enormes y de muchos colores distintos, entre los que destacaban el escarlata, el púrpura oscuro y un vivo tono amarillo.

—Este lugar es la Colonia Uno —le explicó Veratil—. También hemos establecido dos nuevas colonias para nuestros peregrinos. Hace dos años fundamos la Colonia Dos, y el invierno pasado construimos la Colonia Tres, que todavía es muy pequeña. La Colonia Dos se encuentra a unos ciento cincuenta kilómetros hacia el norte, y la Colonia Tres está a unos setenta kilómetros al sur de aquí.

—¿Y cuánto tiempo lleva la Colonia Uno establecida en este sitio? —preguntó Han.

—Casi cinco años estándar.

Han contempló el complejo. La pista de descenso se encontraba justo enfrente del Centro de Bienvenida, y en aquellos instantes estaba ocupada por un carguero de pequeñas dimensiones que flotaba, un tanto precariamente, sobre sus haces repulsores. «Debe de ser el *Sueño*», pensó Han, y en ese momento cayó en la cuenta de que nunca había visto la nave desde el exterior.

El *Sueño de Ylesia* era una nave pequeña que tenía la forma de una lágrima gruesa y un tanto irregular. En la parte inferior de su casco se podía distinguir la protuberancia de un alojamiento para armas, lo cual demostraba que la nave no siempre había sido un carguero robotizado. Otra protuberancia un poco más grande indicaba la situación de la bodega de carga principal. El *Sueño* era una nave grácil y elegante, y también era lo bastante pequeña para poder maniobrar con notable agilidad. Han estaba casi seguro de que había sido construida en Corellia.

Desde donde estaba podía ver gigantescos androides portuarios que estaban trabajando en el *Sueño*, y que ya habían empezado a reparar sus repulsores. La nave, los androides y todo lo que había en los alrededores se hallaban salpicados de barro rojizo debido al aterrizaje forzoso.

En el noreste, elevándose hasta tales alturas que incluso los gigantescos árboles de la jungla quedaban empequeñecidos por ellas, Han pudo distinguir unas montañas coronadas de nieve.

—¿Qué montañas son esas? —preguntó, señalándolas con un dedo.

—Son las Montañas de los Altísimos —respondió Veratil—. El Altar de las Promesas, donde los fieles se congregan cada noche para la Exultación, se encuentra justo delante de ellas. Esta noche podrá verlas mejor cuando asista a las devociones.

«Oh, magnífico —pensó Han—. ¿Se supone que también he de asistir a los servicios religiosos?» Pero enseguida se acordó del montón de dinero que le iban a pagar los ylesianos y asintió.

—Apuesto a que es algo digno de verse.

Volvió la cabeza hacia la izquierda para contemplar una gran extensión de fango rojizo. Varios especímenes de la raza de Teroenza y Veratil reposaban en pequeñas hoyas, atendidos por androides y sirvientes de diversas especies. Han reconoció a un par de rodianos, varios gamorreanos y como mínimo un humano.

—Son las llanuras de barro —dijo Veratil, señalando a los bañistas del fango y su servidumbre con una delicada manecita—. A mi gente le encantan los baños de barro.

—¿De dónde proceden exactamente ustedes? —preguntó Han—. ¿Son nativos de Ylesia?

—No. Somos nativos de Nal Hutta, o por lo menos tan nativos como los hutts, nuestros primos lejanos —replicó Veratil—. Somos los t'landa Tils.

Han decidió que aprendería el lenguaje de los t'landa Tils lo más pronto posible. Conocer un lenguaje sin que quienes lo hablaban supieran que eras capaz de entenderlos podía llegar a ser un recurso muy valioso.

El sacerdot llevó a Han hasta la parte posterior del Centro de Bienvenida. Han quedó bastante sorprendido al ver la enorme explanada que se extendía delante de él. «Limpiar de jungla toda esa zona tiene que haber sido una labor realmente considerable...» La zona despejada era más o menos rectangular, y tendría un mínimo de un kilómetro de longitud en cada lado. Las montañas habían quedado detrás de él y a su izquierda, y cuando se volvió hacia la derecha Han pudo ver el destello gris azulado del agua.

—¿Un lago? —preguntó, señalándolo.

—No. Lo que está viendo es Zoma Gawanga, el Océano Occidental —le informó Veratil.

Han fue contando los enormes edificios que se alzaban ante las llanuras de barro. Había nueve. Cinco tenían tres niveles de altura, y los otros cuatro sólo uno. Cada edificio era por lo menos tan grande como un bloque de ciudad corelliano.

—¿Albergues para los peregrinos? —preguntó, señalando los edificios con una mano.

—No. El dormitorio para nuestros peregrinos está ahí —dijo Veratil, y señaló un enorme edificio de dos pisos situado a la izquierda—. Los edificios de varios niveles son utilizados para procesar el ryll, el andris y el carsunum. Los edificios de un solo piso que está viendo tienen muchos niveles subterráneos: tuvieron que ser construidos así para poder procesar el brillestim, que debe ser manipulado en la más completa oscuridad.

«Andris, ryll, carsunum y brillestim. —Las fosas nasales de Han se dilataron levemente—. Por supuesto... ¡Eso explica el olor! ¡Esos edificios son factorías para el procesamiento de la especia!» Se acordó de que originalmente el *Sueño de Ylesia* transportaba un cargamento de primera calidad de brillestim, la variedad de especia más exótica y cara. Normalmente las otras variedades de especia no costaban tanto dinero, aunque seguían siendo uno de los cargamentos más lucrativos que un contrabandista pudiera llegar a transportar en la bodega de su nave.

—Recibimos cargamentos de materias primas de mundos como Kessel, Ryloth y Nal Hutta varias veces al mes —siguió diciendo Veratil—. Al principio los cargueros robotizados que nos aprovisionaban aterrizaban en las pistas de la Colonia Uno, pero esa práctica pronto tuvo que ser abandonada.

—¿Por qué? —inquirió Han, preguntándose si realmente quería saberlo.

—Por desgracia dos naves no consiguieron atravesar nuestra peligrosa atmósfera y se estrellaron. Construimos una estación espacial, y decidimos usar pilotos de carne y hueso para que llevaran las materias primas hasta las factorías donde se procesa la especia. Normalmente teníamos tres pilotos, pero ahora sólo disponemos de uno, y el infortunado sullustano que actualmente trabaja para nosotros como piloto ha estado... enfermo. Por eso necesitamos sus servicios, piloto Draygo.

«Siempre es agradable que alguien te necesite», pensó Han sarcásticamente.

—Eh... ¿Y qué le ocurrió a esos tipos, Veratil?

—Uno se estrelló, y el otro sencillamente... desapareció. También hemos perdido un cierto número de unidades robotizadas, lo cual ha reducido nuestro margen de beneficios de una manera realmente terrible —dijo Veratil con tristeza—. La especia es un artículo de exportación que se paga muy bien, pero las naves espaciales cuestan mucho dinero.

—Sí, desde luego —asintió Han con expresión sombría—. Todos esos accidentes tienen que haber resultado muy perjudiciales para su negocio.

«No me extraña que no haya multitudes de pilotos llamando a sus puertas —pensó—. La mayoría de pilotos experimentados probablemente habrán hecho correr la voz de lo peligroso que es este planeta para los pilotos...»

Han sabía unas cuantas cosas sobre las distintas clases de especia, principalmente por haber oído cómo Alcaudón y los otros contrabandistas discutían sus propiedades.

El brillestim, que se extraía de las minas de Kessel, era con mucho la más valiosa. Cuando quedaba expuesta a la luz y era ingerida a continuación, proporcionaba al usuario una capacidad telepática temporal que le permitía percibir las emociones y los pensamientos superficiales. Los espías la usaban, los enamorados la usaban, y el Imperio la usaba cuando interrogaba prisioneros. De hecho, el Imperio consideraba que todo el brillestim extraído de Kessel era de su legítima propiedad, y ésa era la razón por la que había tal escasez de la sustancia y por la que su contrabando resultaba tan enormemente lucrativo.

El ryll procedía de Ryloth, el mundo natal de los twi'leks, donde su extracción era totalmente legal, y se usaba como analgésico. Pero también tenía ciertas aplicaciones ilegales, y podía ser utilizado para producir varias clases de sustancias intoxicantes y alucinógenos.

El carsunum era una especia negra procedente de Sevarcos, y era bastante raro y muy valioso. Quienes la usaban experimentaban una intensa euforia y un incremento general de sus capacidades, y mientras se hallaban bajo su influencia se volvían más fuertes, más rápidos y más inteligentes. Pero había que pagar un precio a cambio de ello, naturalmente. Después de que los efectos se hubieran disipado, los usuarios solían sumirse en la apatía y la depresión, y algunos incluso morían cuando la sustancia producía un efecto tóxico sobre sus metabolismos.

Sevarcos también aprovisionaba a la galaxia de andris, un polvo blanco que se añadía a los alimentos para preservarlos y realzar su sabor. Algunos usuarios afirmaban que la sustancia producía una leve euforia y un incremento de las sensaciones.

«Pero los ylesianos no extraen la especia directamente —pensó—. Esas factorías se limitan a procesar la materia prima para convertirla en el producto elaborado.»

—¿Factorías? —repitió en voz alta—. Son enormes...

—Sí, y lo cierto es que Ylesia tiene unos índices de producción realmente admirables que nos permiten competir ventajosamente con el coste de la especia que es enviada directamente desde Kessel, Ryloth o Sevarcos —le explicó Veratil—. Y además somos el único complejo que ofrece tal variedad de tipos de especia, por supuesto. Los compradores suelen querer adquirir distintas clases de especia para sus clientes, y nosotros podemos proporcionarles una gama muy amplia.

Han vio siluetas que entraban y salían de los edificios de las factorías. Había muchos humanos, y también unos cuantos alienígenas. Reconoció a twi'leks, rodianos, gamorreanos, devaronianos y sullustanos, y también había otras especies desconocidas para él. Todos los humanos y alienígenas bípedos llevaban túnicas de color amarronado que terminaban por debajo de sus rodillas y gorras del mismo color que cubrían sus cabellos.

—¿Trabajadores de las factorías? —preguntó mientras señalaba a la multitud con un gesto de la mano.

El sacredot titubeó durante unos momentos antes de responder.

—Son los peregrinos que han elegido servir a la Unidad, al Todo, en nuestras factorías.

–Oh –murmuró Han–. Comprendo.

Han iba comprendiendo con una creciente claridad más y más cosas a cada instante que pasaba..., y todo aquello estaba empezando a olerle bastante mal. «Esos peregrinos vienen aquí en busca de un santuario religioso y acaban trabajando en las factorías de la especia. Esto me huele a vrelt encerrado..., y medio putrefacto, además.»

El sol ylesiano ya se encontraba muy bajo en el cielo, y casi rozaba la línea del horizonte. Han se dio cuenta de que varios grupos de trabajadores vestidos de marrón iban en dirección noreste, hacia las montañas. Veratil le hizo una seña con una de sus minúsculas manecitas.

–Es hora de que los peregrinos bendecidos asistan a las devociones, donde pasarán por la Exultación que lleva al Uno y entregarán sus plegarias al Todo. Caminemos por el Sendero de la Unidad para llegar al Altar de las Promesas. Venga, piloto Draygo.

Han siguió obedientemente al sacredot por un camino de losas bastante desgastadas. Aunque estaban rodeados de peregrinos, Han, enseguida se dio cuenta de que nadie se les acercaba mucho. Todos los peregrinos saludaron a Veratil con grandes reverencias mientras unían las manos sobre su corazón.

–Es una acción de gracias por la Exultación que están a punto de recibir –le explicó Veratil mientras avanzaban por el camino.

La jungla se fue cerrando a su alrededor a medida que se alejaban de los edificios, hasta que llegó un momento en que el camino por el que avanzaban quedó cubierto de sombras sobre las que se extendían ramas gigantescas. Han casi se sentía como si estuvieran caminando por un túnel.

Dejaron atrás una enorme planicie que resultaba obvio era alguna clase de pantano, porque estaba totalmente cubierta de unas flores enormes cuya exótica belleza era incomparablemente superior a la de cualquier otra flor que Han hubiera visto hasta entonces.

–Son las Llanuras Floridas –dijo Veratil, que seguía desempeñando las funciones de guía–. Y éste es el Bosque de la Fidelidad.

Han asintió. «Ya estoy empezando a hartarme –pensó–. Espero que no pensarán que me voy a convertir a su religión, porque en ese caso se han equivocado de hombre.»

Después de veinte minutos de andar el grupo llegó a una gran explanada recubierta de losas en cuya parte delantera había una zona parcialmente cubierta cuyo techo estaba sostenido por tres monstruosos pilares. Veratil indicó a Han que debía permanecer con la multitud de peregrinos, y después el sacredot siguió andando hacia los pilares. Han vio a varios t'landa Tils esperando debajo del techo, entre ellos uno al que creyó poder identificar como Teroenza. Los alienígenas estaban inmóviles alrededor de un pequeño altar esculpido a partir de una extraña piedra translúcida de color blanco que parecía relucir con una suave claridad interior.

Las gigantescas montañas coronadas de nieve que se elevaban a gran altura por encima de la jungla proporcionaban un impresionante telón de fondo a la escena. Han estiró el cuello y fue alzando los ojos, dirigiendo la mirada cada vez más y más arriba. Las cimas de los picos más altos quedaban ocultas por nubes que el crepúsculo iba tiñendo de rojo. Las nieves de las laderas occidentales de las montañas relucían con destellos rosados y carmesíes.

Han tuvo que admitir que el espectáculo era realmente impresionante. La sencillez del anfiteatro natural, con su suelo enlosado y las columnas de su altar, hacía que aquel sitio pareciese una vasta catedral natural.

Los fieles se dispusieron en largas hileras y aguardaron en silencio.

Han siguió donde estaba, cambiando impacientemente el peso del cuerpo de un pie a otro y esperando que fuera cual fuese el servicio religioso que iba a tener lugar allí no durase demasiado. Tenía hambre y le palpitaba la cabeza, y además el calor estaba haciendo que le entrara sueño.

El Gran Sacerdote alzó sus diminutas manos y canturreó una frase en su lengua. Los sacerdotes, Veratil incluido, la repitieron. Después la multitud congregada en el anfiteatro (Han calculó que habría entre cuatrocientos y quinientos seres) repitió la frase del Gran Sacerdote. Han se inclinó hacia el peregrino más próximo, un twi'lek.

—¿Qué están diciendo?

—Han dicho «El Uno es Todo» —tradujo el twi'lek, que hablaba un básico excelente—. ¿Deseas que te sirva de intérprete durante el servicio religioso?

Han estaba decidido a aprender el lenguaje de los t'landa Tils, por lo que asintió.

—Si no te importa...

El Gran Sacerdote volvió a hablar. Han escuchó las frases rituales repetidas por los sacerdotes, que luego eran canturreadas por los devotos peregrinos.

—El Todo es Uno.

»Somos Uno. Pertenecemos al Todo.

»Cada Uno alcanza la Exultación en el servicio al Todo.

»Nos sacrificamos para alcanzar el Todo. Servimos al Uno.

«Todos alcanzamos la plenitud mediante el trabajo y el sacrificio. Si cada Uno ha trabajado y se ha esforzado al máximo, Todos alcanzamos la Exultación.

Han tuvo que reprimir un bostezo. El canturreo era espantosamente repetitivo.

Finalmente, Teroenza y todos los sacerdotes dieron un paso hacia adelante después de casi quince minutos de cánticos.

—Habéis trabajado y os habéis esforzado —declaró el Gran Sacerdote—. ¡Preparaos para recibir la bendición de la Exultación!

La multitud emitió un sonido tan cargado de ávida expectación que Han no pudo evitar un respingo de sorpresa. Moviéndose en una gran oleada, como si todos fueran realmente un solo ser, los peregrinos se dejaron caer sobre el pavimento y se quedaron totalmente inmóviles, los brazos y las piernas encogidos debajo del cuerpo, en una actitud de tembloroso anhelo y esperanza.

Todos los sacerdotes alzaron los brazos. Han vio cómo los flácidos pliegues de piel arrugada que colgaban debajo de sus gargantas se hinchaban, llenándose de aire y empezando a palpar. Un zumbido tembloroso —¿o era una vibración?— fue impregnando gradualmente la atmósfera. Y Han, perplejo y aturdido, sintió que algo invadía su mente y su cuerpo. ¿Qué era? ¿En parte vibración, en parte sonido? No estaba seguro. ¿Era empatía, telepatía o un extraño efecto cerebral provocado por la vibración? No podía decirlo. Sólo sabía que era terriblemente poderoso...

La sensación se desplegó a través de todo su ser en una gran oleada. Calor emocional, placer físico... Era todo eso y más. Han se tambaleó, saliendo del permacreto hasta ser detenido por el tronco de uno de los gigantes del bosque. Se apoyó en el árbol para no perder el equilibrio, sintiendo que le daba vueltas la cabeza, y hundió las uñas en la corteza, aferrándose desesperadamente al árbol. Las manos que tocaban la corteza parecían ser lo único que evitaba que fuera engullido por aquella oleada de cálidas sensaciones y extático placer.

Se aferró al árbol físicamente y a sí mismo mentalmente, negándose a dejarse arrastrar por aquella ola. Nunca estuvo muy seguro de dónde había encontrado la fuerza necesaria para hacerlo, pero luchó con todas sus energías. Han había sido libre y dueño de su mente y de su cuerpo durante toda su existencia, y nada iba a cambiar eso. Era

Han Solo, y no necesitaba que unos alienígenas invadieran su mente o su cuerpo para hacer que se sintiera bien.

«¡No! –pensó–. Soy un hombre libre. ¡No soy un peregrino! ¡No soy vuestra marioneta! Soy libre, ¿me habéis oído?»

Apretando los dientes hasta hacerlos rechinar, Han luchó contra aquella invasión tal como habría luchado contra un oponente físico y de repente, tan velozmente como había empezado, la sensación desapareció. Volvía a ser libre.

Pero resultaba obvio que los peregrinos no se hallaban libres de ella. Sus cuerpos se retorcían sobre las losas, y los gemidos ahogados de felicidad y placer que brotaban de sus gargantas no tardaron en crear un suave murmullo colectivo.

Han, aturdido y asqueado, volvió la mirada hacia los sacerdotes, y enseguida vio que no estaban siendo afectados como los peregrinos. «Así que ésa es la razón por la que esos pobres idiotas no se van del planeta en cuanto se han enterado de que se espera que trabajen en las factorías de especia –pensó, sintiendo un amargo resentimiento ante el horrendo engaño de que eran objeto los peregrinos–. Trabajan como esclavos durante todo el día, y luego suben hasta aquí y reciben una descarga de vibraciones placenteras tan intensa que incluso los efectos de la mejor especia apenas son nada en comparación con ella...»

Se preguntó si se esperaba que asistiera a aquellas «devociones vespertinas» cada noche, y deseó que no fuera así. Mantener a raya la oleada de calor y placer de aquella noche ya le había resultado bastante difícil. Han temía que si tenía que exponerse a ella cada noche, quizá no poseyera la decisión y las fuerzas suficientes para ser capaz de rechazar la «píldora de la felicidad» de los sacerdotes ylesianos.

Los peregrinos ya estaban empezando a levantarse, algunos de ellos tambaleándose y tropezando. Todos tenían los ojos vidriosos, y muchos presentaban el mismo aspecto que los adictos que Han había visto en los cubiles de especia y oobalah de Corellia y otros mundos.

–¿Hacen esto cada noche? –le preguntó en voz baja al twi'lek.

Los ojos rojizos del alienígena brillaban de alegría.

–Oh, sí. Ha sido maravilloso, ¿verdad?

–Desde luego, desde luego... Ha sido magnífico –dijo Han, pero el twi'lek estaba tan absorto en su éxtasis que no captó el sarcasmo–. ¿Y estas «devociones» se celebran siempre, sean cuales sean las circunstancias? –preguntó a continuación, lleno de curiosidad.

–Sólo son canceladas si ha habido algún problema en las factorías. En una ocasión un trabajador enloqueció y tomó como rehén a un capataz, y luego exigió que se le permitiera marcharse del planeta. Las devociones vespertinas y la Exultación tuvieron que ser canceladas, naturalmente... Fue horrible.

–¿Y qué le ocurrió a ese trabajador que había enloquecido? –preguntó Han, mientras pensaba que la petición del «loco» le parecía de lo más lógica y normal.

–Gracias al Uno, conseguimos capturarlo antes de que amaneciera y lo entregamos a los guardias –dijo el twi'lek.

«Sí, apuesto a que se lanzaron sobre él como fieras –pensó Han–. No podían soportar la idea de quedarse sin su pequeña recompensa nocturna, ¿eh?»

Estaba claro que la ceremonia había terminado.

Veratil apareció para acompañar a Han durante el trayecto de vuelta al complejo central. Han no tenía muchas ganas de hablar y, sin necesidad de mentir, pudo alegar que estaba fatigado. El sacerdot, diciendo que lo entendía perfectamente, acompañó al piloto corelliano hasta la enfermería.

—Esta noche puede comer y dormir aquí —dijo—, y mañana le llevaremos a sus alojamientos permanentes en nuestro edificio administrativo.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Han, acabando de tragar un bocado de estofado de reedox que no estaba demasiado sabroso, pero que por lo menos llenaba el estómago.

El sacerdot extendió un brazo para señalar en dirección noreste.

—No es visible desde aquí, pero hay un sendero entre los árboles. Vendré a recogerle dentro de... ¿Digamos seis horas estándar? ¿Tendrá tiempo suficiente para dormir de esa manera?

Han asintió. Siempre podía tratar de echar la siesta más tarde.

—Perfecto.

Cuando el sacerdot se hubo marchado, Han se quitó la ropa y las botas, y cayó en la cuenta de que tendría que conseguir algunas prendas limpias que ponerse a la mañana siguiente o de lo contrario no podría aparecer en público. Pensó en darse una ducha antes de acostarse, pero estaba demasiado cansado.

Han siempre había sido capaz de despertar en el momento exacto en que deseaba hacerlo, por lo que se programó mentalmente a sí mismo para abrir los ojos dentro de cinco horas y media. Después, con la mente llena de imágenes e impresiones que giraban en un caos enloquecido, se acostó en el estrecho catre de la enfermería y se quedó dormido al instante.

A la mañana siguiente necesitó unos minutos para recordar quién era («¡Vykk Draygo, y que no se te olvide!») y qué estaba haciendo en aquel lugar tan caluroso. Se metió en la ducha y quedó muy complacido al descubrir que la unidad de aseo contenía todo lo necesario para un ser humano.

Estuvo canturreando entre dientes mientras se enjabonaba, pero cuando levantó un pie para lavarlo, Han se quedó paralizado de pura sorpresa y consternación. ¡Una especie de musgo verde azulado estaba creciendo entre los dedos de su pie!

Han, muy alarmado, inspeccionó su cuerpo con más atención y, cada vez más asqueado, descubrió brotes de musgo en sus sobacos, su nuca y otras zonas todavía más personales.

Maldiciendo y soltando juramentos, frotó aquella sustancia repugnante hasta eliminarla, dejando la piel enrojecida e irritada allí donde había quedado recubierta por el musgo, y después, comprendiendo que iba a llegar con retraso a su cita, salió corriendo de la ducha. «¿Qué maldita clase de sitio es éste?»

Cuando volvió a la zona de sueño, se encontró al androide médico esperándole con un uniforme de piloto nuevo colgando de un brazo. El androide sostenía un pequeño recipiente lleno de una sustancia gris de aspecto viscoso en la otra mano.

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo el androide—. Pero... Bueno, ¿me permite preguntarle si ha detectado la presencia de alguna... clase de hongos sobre su piel?

—Sí —gruñó Han—. Este planeta tiene un clima realmente horrible. Nadie merece vivir en este vertedero.

—Le comprendo, señor —dijo el androide, consiguiendo que su tono rezumara simpatía—. ¿Me permite ofrecerle los contenidos de este recipiente? Su aplicación regular debería prevenir la aparición de brotes fungales.

—Gracias —dijo secamente Han, y se retiró para tratar las zonas afectadas.

El ungüento apestaba, pero alivió la irritación. Después Han se vistió y se admiró a sí mismo en su primer auténtico uniforme de piloto. La mezcla de vivos colores le daba un aspecto muy elegante.

Prohibió a su mente que perdiera el tiempo preocupándose por los peregrinos que había visto anoche. Nadie había obligado a aquellos idiotas carentes de voluntad a venir a Ylesia, por lo que Han no iba a desperdiciar ni una fracción de segundo imaginando cuál podía ser su destino. Iba a cuidar de Han Solo..., o, para ser más exactos, de Vyk Draygo.

«Y además voy a trabajar como piloto para los ylesianos –se dijo–. Tendré acceso a una nave. Si decido que este sitio no me gusta, cogeré mi dinero y... me esfumaré. Después de todo, ¿qué pueden hacer para detenerme?»

Sintiéndose muy elegante y seguro de sí mismo, Han sonrió a su reflejo en el espejo y se obsequió con un saludo impecablemente marcial.

–¡Cadete Han Solo presentándose para el servicio, señor! –murmuró para averiguar qué tal sonaban aquellas palabras, mientras pensaba que su sueño de entrar en la Academia Imperial nunca había parecido estar tan cerca y ser tan fácil de alcanzar.

Vio a Teroenza nada más salir de la enfermería, y saludó a su patrón con una afable inclinación de cabeza.

–¡Buenos días, señor!

El Gran Sacerdote inclinó su enorme cabeza.

–Buenos días, piloto Draygo. Permítame presentarle a alguien con quien va a pasar mucho tiempo mientras trabaje para nosotros.

El Gran Sacerdote alzó una mano, y Han oyó a alguien moviéndose detrás de él. Giró sobre sus talones..., y no pudo evitar dar un rápido paso hacia atrás.

Su primera impresión fue de altura, y la segunda de dientes muy afilados y de garras que parecían cuchillos. Aquella criatura medía casi tres metros de altura, con lo que era todavía más alta que un wookiee. Su boca estaba llena de colmillos con forma de aguja, y sus garras parecían capaces de abrirse paso a través del duracero. Su cuerpo estaba cubierto de pelaje, pero llevaba pantalones. Un gran cuchillo de hoja curva colgaba de su cinturón, y dos tiras de cuero que rodeaban su muslo sostenían una pistolera que contenía un desintegrador. Músculos esbeltos y flexibles ondulaban por todo su cuerpo.

El recién llegado sonrió, revelando un número todavía más grande de aquellos dientes temibles.

–Ssssaludos... –dijo, hablando el básico con un curioso acento sibilante.

–Este es Muuurgh –dijo Teroenza, presentándole a la criatura–. Es un togoriano, y pertenece a una de las especies inteligentes con un sentido del honor más intachable de toda la galaxia. ¿Sabía que la reputación de honestidad y lealtad de los togorianos nunca ha sido igualada por ninguna otra raza?

Han alzó la mirada hacia el gigantesco alienígena peludo y tragó saliva.

–Eh... Pues no, no lo sabía... –consiguió decir.

–Hemos elegido a Muuurgh para que sea su... guardaespaldas, piloto Draygo. Muuurgh le acompañará a todas partes, tanto en el planeta como fuera de él. ¿No es así, Muuurgh?

–Muuurgh ha dado palabra de honor –afirmó el togoriano.

El Gran Sacerdote cruzó sus minúsculos brazos sobre su enorme cuerpo, y las comisuras de su boca se elevaron en lo que casi parecía ser una sonrisa burlona.

–Así pues, piloto Draygo, Muuurgh se asegurará de que, vaya donde vaya y haga lo que haga, no corra el más... mínimo... riesgo.

Han contempló a la enorme criatura recubierta de pelaje negro y comprendió que se había metido en un buen lío. El significado de las palabras de Teroenza no podía estar más claro: pórtate mal y Muuurgh te partirá por la mitad. Han siguió observando al togoriano, y enseguida vio que el alienígena era perfectamente capaz de ello.

Aun así, Han consiguió recuperar la compostura y sonrió al togoriano.

–Encantado de conocerte, Muuurgh –dijo–. Tener compañía durante esos vuelos tan largos resultará muy agradable.

–Sssí... –dijo el guardaespaldas, dando un paso hacia adelante. Han, cada vez más consternado, vio que la parte superior de su cabeza sólo llegaba a la altura del esternón del togoriano. Aquel alienígena tenía un aspecto tan felino que le sorprendió ver que carecía de cola–. A Muuurgh gusssta mucho viaje essspacial... –dijo el guardaespaldas en su básico sibilante marcado por un fuerte acento. Su pelaje facial era negro, pero los bigotes y los pelos del pecho eran blancos. Sus ojos eran de un azul sorprendentemente claro, con relucientes pupilas verdes de gato–. Muuurgh va a muchos espaciopuertoss. Cuantos más, mejor.

Han tenía ciertos problemas para entender el básico del togoriano, pero podía comprenderle sin excesiva dificultad. El joven corelliano se preguntó hasta donde llegaría la inteligencia de aquella criatura. «He de conocerle mejor –decidió–. El mero hecho de que no pueda hablar básico sin multiplicar las eses no quiere decir que sea estúpido. Pero si lo es...»

Han sonrió.

–Hemos pensado en darle un día para que se instale, piloto Draygo –dijo Teroenza–. Trasládese al alojamiento que le hemos asignado en el Edificio Administrativo. Muuurgh le enseñará dónde se encuentra, y mañana nos gustaría que empezara a transportar mercancías y personal entre las colonias. Cuando nuestro próximo cargamento de especia sea enviado a nuestra estación espacial, usted ya estará preparado para bajarlo al planeta. Voy a ordenar que Jalus Nebl, nuestro otro piloto, se tome un largo descanso a partir de hoy. Ha estado trabajando demasiado.

Han asintió. «He de ir a ver a ese sullustano para comparar mis notas con las suyas.»

–Perfecto –dijo en voz alta–. ¿Podría... echar un vistazo por ahí? Me gustaría hacerme una idea de cómo es esta zona.

Teroenza inclinó su enorme cabeza.

–Desde luego, siempre que Muuurgh le acompañe y que observe todas las reglas de seguridad mientras está recorriendo las factorías.

–Por supuesto –dijo Han.

Teroenza le obsequió con una pequeña reverencia.

—Y ahora, si me disculpa... Estamos esperando la llegada de un grupo de peregrinos que bajarán de la estación espacial orbital esta mañana. Tengo muchas cosas que hacer, y debo ocuparme de los preparativos para darles la bienvenida.

Han asintió mientras pensaba en lo que les esperaba a aquellos peregrinos. Sabía que las minas de especia estaban consideradas como bastante peligrosas y que trabajar en ellas era extremadamente desagradable —de hecho, ser enviado a las minas de especia de Kessel era un castigo muy común para los delincuentes—, pero sabía muy poco sobre lo que le ocurría a la especia en cuanto era extraída de las minas.

Bueno, tenía intención de averiguarlo. Quizá hubiera alguna forma de que pudiese sacar todavía más provecho de aquella situación. Siempre podías llevarte una sorpresa, y la falta de curiosidad era bastante nociva para la salud. En el manual privado de Han Solo, el conocimiento solía llevar al poder..., o por lo menos a una ruta de evasión más rápida.

Muuurgh guió a Han por un sendero enlosado que atravesaba la jungla y que terminaba en un gran edificio de aspecto muy moderno.

—Centro de Adminissstración —dijo el togoriano, señalando el edificio.

El «guardaespaldas» llevó a Han hasta una entrada lateral y después fueron por un pasillo hasta que llegaron a una puerta.

—Tú y Muuurgh duermen aquí —dijo, abriendo la puerta.

Al otro lado del umbral había una pequeña suite formada por un dormitorio, una unidad de aseo y una salita de estar. A Han le complació ver que Teroenza había respetado escrupulosamente los términos del contrato, ya que en una esquina del dormitorio había una unidad de simulación totalmente equipada. Muuurgh fue hasta la puerta del dormitorio y agitó una mano llena de garras delante de ella.

—Tuyo. Piloto duerme aquí.

—¿Y dónde dormirás tú? —preguntó Han.

Tal como esperaba, Muuurgh señaló la sala de estar.

—Muuurgh duerme aquí.

«Estupendo —pensó Han—. Estos sacerdotes confían tan poco en mí como yo en ellos. Con Muuurgh durmiendo entre mi cama y la puerta que lleva al exterior, tratar de escabullirme por la noche supondría correr un gran riesgo. Oh, sí, sencillamente estupendo...»

—No me parece un sitio muy cómodo —dijo Han, haciendo su mejor imitación de la viva imagen de la inocencia mientras se preguntaba si Muuurgh tendría el sueño muy profundo—. Quizá deberías buscarte tu propio dormitorio para que pudieras dormir cómodamente.

—Muuurgh nunca más cómodo que cuando esstá cumpliendo palabra de honor —dijo el togoriano. Han miró fijamente a aquella criatura de aspecto felino. ¿Había percibido un destello de humor en aquellos ojos verde azulados de pupilas verticales?—. Muuurgh ha dado palabra de honor de proteger a Piloto ssiempre, así que éste ssser sitio donde Muuurgh esstar más cómodo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Han asintió y contempló durante unos momentos el desintegrador guardado en la pistolera del togoriano—. Cuando llegué aquí tenía un desintegrador, pero no sé adónde ha ido a parar —comentó—. Supongo que tendré que pedir que me lo devuelvan, ¿no?

—Piloto no necessita desintegrador. —Muuurgh flexionó los decios, y las garras retráctiles surgieron de ellos—. Gran Sacerdote dice que Piloto no necessita desintegrador.

—Ya, pero... Bueno, ¿y si soy atacado por alguna clase de... depredador?

Han movió la mano en un gesto que trataba de abarcar la jungla omnipresente que acechaba fuera del edificio. Probablemente había docenas de depredadores que lo pasarían en grande cazando a una criatura de otro mundo, ya fuese para comérsela o por pura diversión.

El gigantesco alienígena meneó su bigotuda cabeza.

–Essso nunca ocurre. Piloto tiene a Muuurgh, y Muuurgh tiene un desintegrador.

–Eh... Sí, eso es verdad –dijo Han, haciendo una anotación mental para acordarse de que debía pedirle alguna clase de arma a Teroenza. Sólo hacía un par de días que tenía un arma, pero aun así el ir desarmado ya hacía que se sintiera desnudo–. Bien, Muuurgh... ¿Vamos a explorar un poco este sitio? –preguntó–. Como puedes ver, no tengo ningún equipaje que deshacer.

–¿Explorar por dónde? –preguntó el togoriano.

–Me gustaría ir a echar un vistazo a las factorías, y también querría ver ese Centro Administrativo –dijo Han.

–Perfecto –dijo el togoriano–. Ven, Piloto.

–Te sigo –dijo Han, adaptando su acción a sus palabras.

Recorrieron los pasillos del Centro Administrativo, dieron una vuelta por la sala de reuniones, visitaron el ala de los guardias y echaron un vistazo a los alojamientos de los sacerdotes. Cuando vio el arsenal, Han enseguida comprendió que los sacerdotes ylesianos debían de temer un levantamiento de los peregrinos, ya que parecía como si hubiese un guardia por cada trabajador. El arsenal contenía montones de armamento diseñado para reprimir disturbios, desde lanzas de energía hasta rociadores de gas aturdidor. Los guardias con los que se cruzaron procedían de muchos mundos distintos. Además de humanos, Han vio rodianos, sullustanos, twi'leks y gamorreanos de aspecto porcino.

–Vamos a ver si lo he entendido bien –le dijo a Muuurgh mientras daban un rodeo para evitar una sección del Centro Administrativo que letreros escritos en muchos lenguajes identificaban como una ZONA DE ACCESO RESTRINGIDO–. ¿Todos los guardias vienen a dormir aquí? Pero si los sacerdotes quieren asegurarse de que los trabajadores están controlados en todo momento, ¿por qué los guardias no duermen cerca del dormitorio de los peregrinos?

–Tiempo de dormir no ssser el problema –dijo el togoriano en su básico titubeante y entrecortado–. Despuésss que peregrinos passsar por Exultación, apenasss pueden caminar y todoss van a dormir enseguida. Única vez que peregrinos pierden control y se enfadan con los jefesss ser antesss de la Exultación.

«Tiene sentido –pensó Han con amargura–. Asegúrate de que los adictos tengan su dosis, y después lo único que harán será dormir hasta el día siguiente.»

–Entonces la patrulla de vigi...

El piloto se interrumpió a mitad de la frase cuando distinguió algo bastante grande y de color grisáceo que se estaba moviendo por la zona prohibida del pasillo. Han entrecerró los ojos, intentando escrutar la penumbra.

–Eh.. ¿Qué era eso? –murmuró–. Parecía un... Han volvió a interrumpirse cuando el objeto dobló la esquina, y un instante después echó a andar detrás de él.

Muuurgh hizo un fútil intento de detener a su protegido, pero Han fue más rápido que el gigantesco alienígena y esquivó su brazo. Fue trotando por el pasillo «prohibido», aguzando el oído para captar el sonido de pasos, pero no los oyó.

Cuando llegó a la encrucijada de los pasillos, Han se volvió para echar un vistazo al corredor en el que había percibido aquel destello de movimiento deslizante. Los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

«Eh, pero... ¡Pero si es un hutt! ¿Qué está haciendo un hutt aquí?» La identidad de aquel enorme cuerpo de oruga recostado sobre su plataforma repulsora no podía estar más clara.

Mientras titubeaba, Muuurgh saltó sobre él como si Han fuera un vrelt y alzó en vilo al corelliano. Han reprimió un chillido de consternación cuando el togoriano se lo metió debajo de un brazo lleno de músculos y volvió corriendo por el pasillo hasta que estuvieron nuevamente en la SECCIÓN DE ACCESO LIBRE del Centro.

Muuurgh permitió que Han volviera a poner los pies en el suelo y flexionó una mano debajo de la nariz del joven corelliano.

—Mi pueblo enseña que todoss tienen derecho a cometer UN error —dijo el guardaespaldas—. Piloto acaba de cometer el ssuyo. No más erroresss, o Muuurgh tendrá que enseñar a Piloto como si Piloto fuera cachorrito. Muuurgh ha dado palabra de honor, recuerda. ¿Entendido?

Han contempló las garras que relucían debajo de su nariz, tan afiladas y brillantes como navajas de afeitar.

—Eh... Sí, sí —consiguió decir—. Comprendo, Muuurgh. A veces los humanos nos... dejamos llevar por la curiosidad.

—Curiosssidad fatal a vecesss —gruñó Muuurgh.

—Sí, creo que ya entiendo tu punto de vista —dijo Han en un tono bastante seco—. Y ver esos punzones tan cerca me ayuda todavía más a entenderlo, créeme.

Muuurgh contempló las afiladas y relucientes puntas de sus garras y después su hocico se tensó, separándose de sus colmillos, y dejó escapar una especie de maullido ahogado. Han se quedó paralizado durante un momento, y después miró al togoriano y comprendió que aquélla era su manera de reírse. Resultaba obvio que Muuurgh había entendido el chiste.

Han consiguió emitir una tenue risita.

—Bueno, colega... ¿Qué te parece si comemos algo y vamos a echar un vistazo a esas factorías? —preguntó.

—Muuurgh siempre hambriento —dijo el togoriano, echando a andar hacia el comedor—. ¿Qué significa la palabra «colega»?

—Oh. Un colega es... Digamos que un colega es un amigo, un compañero. Alguien que te cae bien y con el que pasas mucho tiempo, ya sabes —le explicó Han.

—Sssí —dijo el togoriano, asintiendo—. Piloto quiere decir «compañero de manada».

—Exacto.

—Essso bueno —dijo el guardaespaldas—. Muuurgh echa de menosss a sus compañeross de manada.

Han se acordaba de que Teroenza le había dicho que su pueblo procedía de Nal Hutta, el mundo natal de los hutts, pero no había comprendido que eso quería decir que hubiera hutts viviendo en Ylesia. Cuando le preguntó al respecto, Muuurgh confirmó que había visto a varios de los «amos-oruga que cabalgan sobre el aire», como él los llamaba.

«Esos hutts sólo pueden estar aquí por una razón —pensó Han—. Son los verdaderos dueños y señores de Ylesia. Después de todo, los hutts dominan el mercado del contrabando de especia...»

El almuerzo fue bueno, si bien no demasiado imaginativo y (para el gusto de Han) un tanto soso. Aun así, la persona que se encargaba de cocinar sabía hacer su trabajo. «Hace un pan muy bueno», pensó Han mientras masticaba un bocado de hogaza alderaaniana..., y entonces, con una repentina punzada de dolor, se dio cuenta de que

llevaba casi un día entero sin pensar en Dewlanna. Eso hizo que se sintiera vagamente desleal, pero enseguida comprendió que estaba haciendo lo correcto. Dewlanna no hubiera querido que Han llorase su pérdida y se entregara a la desesperación. La wookiee siempre había disfrutado de la vida, y nunca habría esperado que Han no lo hiciera meramente porque ella había muerto.

Han salió de su ensimismamiento para ver que Muuurgh le estaba observando con franca curiosidad.

–Piloto piensa en alguien que está muy lejosss –observó el togoriano, agitando el hueso que acababa de roer.

El hueso todavía tenía adheridos algunos fragmentos de carne cruda, pero Han pensó que Muuurgh había conseguido dejarlo impresionantemente limpio. El togoriano necesitaba hasta el último trocito de comida que pudiera conseguir. Mantener en movimiento aquel cuerpo colosal requería una gran cantidad de carne cruda.

–Sí –asintió con un suspiro–. Y ese alguien está todo lo lejos que se puede llegar a estar...

–¿Piloto tiene amor?

Han meneó la cabeza.

–Bueno..., ha habido unas cuantas chicas aquí y allá –admitió–, pero nadie especial. No, estaba pensando en la persona que... Bien, supongo que se podría decir que me crió.

Muuurgh bebió un enorme trago de una jarra llena de algún líquido espumoso.

–Humanosss crían jóvenesss de manera muy distinta a como lo hace mi pueblo –dijo.

–¿De veras? Háblame de tu mundo.

Muuurgh se embarcó obedientemente en una descripción de Togoria, un planeta donde los machos y las hembras, aunque estaban considerados como iguales, vivían en sociedades separadas que no mantenían ninguna clase de contacto. Los machos llevaban una existencia de cazadores nómadas, volando sobre las llanuras a lomos de unos gigantescos reptiles voladores domesticados llamados «mosgoths», y cazaban en manadas.

Las hembras, por su parte, domesticaban animales para que les proporcionaran carne, por lo que no necesitaban cazar. Vivían en ciudades y aldeas, y toda la tecnología del planeta había sido desarrollada por las hembras de la especie.

–Ya. Pero si no vivís con vuestras hembras, ¿entonces cómo...? –Han intentó encontrar un término lo más educado posible–. Bueno, ya sabes... Lo que quiero decir es... Eh... ¿Cómo os las arregláis para..., uh..., para reproduciros?

–Viajamoss a ciudad para estar con nuestras compañerass una vez cada año –dijo Muuurgh–. Cuando no estamosss juntos, cada uno piensa con frecuencia en el otro. Togorianosss ser pueblo muy emotivo y capaz de sentir gran amor –se apresuró a añadir–. Especialmente machosss... Gran amor ser razón por la que Muuurgh estar aquí. ¿Sabía Piloto que machosss de mi especie rara vez sssalen de su mundo?

–Ahora lo sé –dijo Han–. Bien, Muuurgh, ¿y qué quieres decir exactamente con eso de que un gran amor te hizo venir a Ylesia? ¿Tienes una compañera?

El togoriano asintió.

–Tengo prometida-compañera. Algún día ser compañerosss de por vida, sólo con que Muuurgh consssigue encontrarla.

El gigantesco alienígena suspiró, pareciendo tan triste y abatido que Han no pudo evitar compadecerse de él.

–¿Cómo se llama?

–Mrrov. Hermosssa, hermosssa Mrrov... Como hacen muchas hembrasss togorianasss, Mrrov decidió ir a ver gran galaxia. Muuurgh suplicó a ella que no fuera, pero hembrasss muy tozudasss.

El alienígena miró a Han, quien asintió.

–Sí, desde luego. Yo también he tenido que enfrentarme a ese problema en algunas ocasiones.

–Mrrov mucho tiempo fuera, añosss y añosss. Cuando ella no volver a casa para formar pareja, Muuurgh tan trissste que no poder permanecer en Togoria. Muuurgh tener que descubrir qué había sssido de ella.

–¿Y lo descubriste?

Han tomó un sorbo de su cerveza de Polanis.

–Muuurgh la sssiguió de un mundo a otro.

–¿Y? –le animó Han al ver que el togoriano guardaba silencio.

–Y Muuurgh perdió su rassstro. En Ord Mantell alguien dijo que la había visssto subir a nave en espaciopuerto. Muuurgh consultar horariosss y dessscubrir que nave tenía muchosss peregrinosss a bordo. Nave ir a variosss puertosss y Muuurgh decidió venir aquí porque tantos peregrinosss venir aquí. –El enorme felinoide dejó escapar un prolongado suspiro y mordisqueó el hueso goteante ya casi desprovisto de carne–. Ser decisión desesssperada, pero salir mal. Muuurgh preguntar y sacerdotesss decir que no togorianosss aquí. Muuurgh no saber a qué otro sitio ir. Muuurgh necesitar créditosss para continuar con su bússqueda...

El alienígena engulló el último bocado, y sus bigotes se inclinaron bajo el peso invisible de la tristeza.

–Así que decidiste buscar trabajo como guardia aquí, donde podrías ahorrar el dinero suficiente para seguir buscando a tu prometida –dijo Han, adivinando el final lógico de la historia.

–Sssí.

Han meneó la cabeza.

–Lo siento, amigo. Espero que la encuentres, de veras... Perder a las personas que amas siempre es muy duro.

El guardaespaldas asintió.

Después de almorzar fueron a las factorías y pasearon alrededor de los enormes edificios. Han olisqueó el aire y percibió la mezcla de olores de las distintas especias. Sintió un ligero cosquilleo en la nariz, y se preguntó si el mero hecho de oler la especia ya podía producir efectos intoxicantes.

–Entremos –dijo, señalando el edificio del brillestim–. He oído algunas cosas sobre cómo procesan esta especia, y me gustaría verlo con mis propios ojos.

Cuando entraron en el cavernoso edificio, un guardia les detuvo y conferenció con Muuurgh. El togoriano le explicó quién era Han, y el guardia rodiano les entregó unas placas de identificación y dos juegos de gafas infrarrojas, y después movió la mano para indicarles que podían pasar.

–¿Gafas? –preguntó Han en rodiano. Entendía el lenguaje a la perfección, pero su pronunciación era un poco vacilante–. ¿Tenemos que llevarlas?

Los ojos color púrpura del guardia chispearon al oír a un humano hablando su lenguaje.

–Sí, piloto Draygo –dijo–. Las luces visibles no están permitidas por debajo del nivel del suelo. Tendrán que bajar en el turboascensor. Cada nivel de descenso representa un incremento de un grado en la calidad de la especia. Las fibras más largas y de mejor calidad son procesadas a una gran profundidad para eliminar cualquier posibilidad de que la luz las eche a perder.

—De acuerdo —dijo Han, haciendo una seña a Muuurgh para que le siguiera. Avanzaron por entre hileras de estantes llenas de suministros y acabaron llegando a la plataforma del turboascensor, que ocupaba el centro de la instalación—. Bajaremos hasta el último nivel y así podremos ver los aspectos más interesantes del proceso —le dijo al togoriano.

Pero en su fuero interno Han se estaba preguntando si podría sustraer alguno de los diminutos recipientes negros. Vender un poco de brillestim por su cuenta en una ciudad portuaria incrementaría considerablemente su saldo bancario.

Pulsó el botón del último nivel y la plataforma empezó a descender con un suave bamboleo.

Chorros de aire fresco brotaron de las profundidades a medida que el turboascensor descendía a través de una oscuridad absoluta. La corriente de aire resultaba deliciosa después del húmedo calor de la jungla ylesiana.

Bastó con que descendieran un solo nivel para que toda la luz desapareciera. Han buscó a tientas las gafas y se las puso. Nada más hacerlo fue capaz de volver a ver, aunque todas las imágenes habían quedado limitadas a matices del blanco y el negro. La iluminación procedía de pequeñas luces incrustadas en las paredes. El turboascensor siguió bajando, y Han pudo ver a los manipuladores inclinados sobre sus puestos de trabajo. Delante de ellos había esparcidos montones de hebras de aspecto fibroso tachonadas por cristales minúsculos.

El turboascensor acabó deteniéndose con una última sacudida seis pisos más abajo, y Han y Muuurgh bajaron de la plataforma.

—¿Habías estado aquí anteriormente? —le preguntó Han al guardaespaldas en voz baja.

El pelaje del cuello de Muuurgh se había erizado de repente, y sus bigotes blancos estaban rígidamente tensos debajo de las gafas que cubrían sus ojos.

—No... —respondió el togoriano, también en voz baja—. Mi pueblo vive en las llanurasss. No gustar cavernasss. No gustar ossscuridad. Muuurgh será feliz cuando Piloto desee salir de este sssitio. Sssólo la palabra de honor de Muuurgh mantiene a Muuurgh aquí, entre la horrible ossscuridad.

—Eh, calma —dijo Han—. No estaremos mucho rato. Sólo quiero echar un vistazo.

Entró en la factoría precediendo a Muuurgh. La gigantesca caverna estaba llena de tenues roces y siseos, pero por lo demás se hallaba sumida en el silencio más absoluto. Largas mesas se alineaban a lo largo de las paredes y se extendían por el centro de los pasillos. Cada mesa era una estación de trabajo, y había un trabajador sentado o acucillado, según su anatomía individual, delante de ella. Han vio que había muchos humanos sentados en grandes taburetes y encorvados sobre su trabajo.

Unos cuantos trabajadores alzaron la mirada cuando Han y Muuurgh fueron hacia la supervisora del nivel, una devaroniana muy peluda, y se identificaron. La supervisora señaló el suelo con una mano rojiza de uñas bastante afiladas.

—Mis trabajadores son los más hábiles y capacitados —dijo con orgullo—. Se necesita mucha habilidad para medir y calcular el número de hebras fibrosas a fin de que cada dosis contenga la cantidad correcta de especia. Otro aspecto esencial e igualmente difícil del trabajo es el de la alineación: las fibras deben estar alineadas con gran precisión para que todas se activen en el mismo instante cuando queden, expuestas a la luz visible.

—¿Qué es exactamente el brillestim? ¿Es un mineral? —preguntó Han—. Sé que se extrae de minas.

—Es una sustancia de origen natural, pero no sabemos cómo se forma, piloto. Creemos que tal vez tenga un origen biológico, pero no estamos seguros. Se encuentra

en las profundidades de los túneles de Kessel y tiene que ser extraída en la oscuridad más absoluta, como puede ver aquí.

—Y las hebras tienen que ser introducidas en esos recipientes de una manera muy precisa, ¿no?

—Exacto. Cualquier alineación incorrecta puede hacer que los diminutos cristales de la especia se rompan al chocar unos con otros. Si eso ocurre, se desmenuzan mutuamente hasta convertirse en un polvo mucho menos potente..., y mucho menos valioso. Un trabajador con experiencia puede necesitar hasta una hora para alinear correctamente sólo uno o dos cilindros de brillestim.

—Ya veo —dijo Han, fascinado—. ¿Le importaría que diéramos una vuelta por aquí? Le prometo que no tocaremos nada.

—Pueden ir adonde quieran, pero les ruego que eviten distraer a los trabajadores mientras están alineando la especia. Como le he dicho, un error causado por la distracción podría echar a perder toda una hebra.

—Comprendo.

Las hebras de brillestim en estado puro eran negras, pero Han, que había oído hablar del proceso, sabía que relucirían con un resplandor azulado cuando entraran en ignición bajo la luz visible. Se detuvo detrás de una de las trabajadoras humanas y contempló, sintiéndose cada vez más fascinado, cómo iba separando las hebras de la especia color ébano y las alineaba con el máximo cuidado. Las hebras se enroscaban alrededor de sus dedos: algunas de ellas eran tan finas como hilos de seda, pero los diminutos cristales hacían que fuesen increíblemente afiladas y cortantes.

La trabajadora colocó un grupo de hebras increíblemente enredadas entre los picos de unas tenazas minúsculas, y después fue separándolas lenta y laboriosamente hasta que todas las estructuras cristalinas quedaron alineadas. Los dedos de la trabajadora se movían casi demasiado deprisa para que pudieran ser vistos, y Han comprendió que estaba viendo trabajar a una artesana inmensamente hábil. Que aquellos peregrinos pudieran llevar a cabo una labor que requería tal habilidad le iba pareciendo cada vez más asombroso. Después de haber visto cómo seguían la Exultación de la noche anterior, Han había dado por supuesto que eran una pandilla de cretinos sin cerebro. No cabía duda de que eso era lo que parecían, desde luego.

La trabajadora cogió unas pinzas minúsculas para eliminar un nudo particularmente complicado. Deslizó las pinzas de punta roma por entre el amasijo de hebras, y después lo observó con gran atención para localizar el sitio en el que los diminutos cristales se habían enredado unos con otros. Las fibras de brillestim se curvaron alrededor de sus manos como diminutos tentáculos vivos, y las afiladas aristas de los pequeños cristales brillaron con un potente destello. La trabajadora apartó la mano súbitamente con un fuerte tirón, y de repente el enredo se deshizo y todas las fibras quedaron perfectamente alineadas.

Salvo una...

Han vio cómo una hebra recubierta de afilados cristales rasgaba la piel de la mujer entre el índice y el pulgar. Una delgada línea de sangre brotó de la profunda herida. Han contuvo el aliento, no pudiendo evitar sentir una punzada de preocupación. Si la hebra hubiera profundizado un par de centímetros más, le habría cortado el tendón del pulgar. La trabajadora dejó escapar un siseo de dolor. Después masculló algo ininteligible en básico y, liberando su mano, la alzó para detener la hemorragia. Su acento hizo que Han quedara paralizado de estupor. ¡Aquella peregrina había nacido en Corellia!

Antes ni siquiera la había mirado, escondida como estaba por la holgada túnica marrón y la gorra firmemente calada sobre las gafas que envolvían su cabeza. Pero al

fijarse en ella Han vio que estaba ante una mujer bastante joven. La muchacha torció el gesto mientras examinaba el corte. Volvió la mano de un lado a otro, y después giró sobre su asiento y sostuvo la mano encima del suelo para que la sangre no goteara sobre su mesa de trabajo.

Han sabía que se suponía que no debía hablar con los trabajadores, pero en aquel momento la joven no estaba trabajando y además se sentía bastante preocupado por ella. La herida sangraba abundantemente.

–Te has hecho daño –dijo–. Deja que llame a la supervisora para que te atiendan.

La muchacha –tendría su edad, y quizá incluso fuera más joven– se sobresaltó y después alzó la mirada hacia él. Su rostro era un borroso manchón blanco verdoso debajo de sus gafas y su gorra, y la luz infrarroja hacía que pareciese estar tan pálida como una muerta. «No me extraña –pensó Han–. Se pasa todo el día encerrada aquí abajo sin ver la luz del sol...»

–No, por favor –dijo, hablando el básico con aquel suave acento que la había identificado como nativa del continente sur de Corellia–. Si la supervisora me envía a la enfermería, entonces me perderé la Exultación.

La sola idea hizo que se estremeciera, aunque también podía haber sido debido al frío. Han estaba empezando a tener un poco de frío, y no llevaba horas allí abajo. Aquellos peregrinos pasaban el día entero trabajando en las gélidas profundidades del subsuelo, y Han se preguntó cómo podían aguantarlo.

–Pero ese corte tiene muy mal aspecto –protestó.

La muchacha se encogió de hombros.

–Ya ha dejado de sangrar.

Han vio que tenía razón.

–Pero aun así quizá...

La muchacha meneó la cabeza, interrumpiéndole a mitad de la frase.

–Te agradezco tu preocupación, pero no es nada. Ocurre continuamente.

Extendió las manos hacia él con una sonrisa llena de melancolía, y Han contuvo el aliento. Los dedos, muñecas y antebrazos de la joven estaban recubiertos por una red de diminutas heridas. Algunas eran muy antiguas y habían quedado reducidas a cicatrices blancas, pero muchas eran verdugones oscuros, tan recientes que debían de dolerle bastante.

Han vio diminutos puntos fosforescentes entre los dedos de la joven y comprendió que debían de ser los mismos hongos que había descubierto en su propio cuerpo aquella mañana. Mientras los contemplaba, un zarcillo fosforescente surgió repentinamente de uno de ellos y avanzó hacia el corte abierto entre el pulgar y el índice de la trabajadora. La joven dejó escapar una exclamación ahogada y se apresuró a arrancárselo.

–A los hongos les encanta la sangre fresca –dijo la muchacha, a la que no le había pasado desapercibida la mueca de repugnancia de Han–. Pueden infectar un corte y provocarte una fiebre muy alta con gran facilidad.

–Son repugnantes –dijo Han–. ¿Estás segura de que no necesitas que te curen esa herida?

La muchacha meneó la cabeza.

–Como puedes ver, ocurre continuamente. Discúlpame, pero... Eres corelliano, ¿verdad?

–Y tú también –replicó Han–. Soy Vykk Draygo, el nuevo piloto. ¿Cómo te llamas?

Una sombra de tensión frunció los labios de la muchacha.

–Yo... Se supone que no debería estar hablando contigo. Será mejor que vuelva al trabajo.

Muuurgh, que había estado siguiendo la conservación en silencio, intervino de repente.

–Trabajadora tiene razón. Piloto debe dejar que vuelva al trabajo ahora.

–De acuerdo, amigo. Ya lo he entendido –le dijo Han al togoriano, pero se volvió hacia la joven corelliana–. Aunque quizá podríamos hablar en otra ocasión. Durante la cena, tal vez...

La muchacha meneó la cabeza en una silenciosa negativa y volvió al trabajo.

Muuurgh movió la mano para indicar a Han que debían irse.

Han dio un paso hacia adelante, pero siguió hablando.

–Está bien, pero... Nunca se sabe, ¿no? Después de todo este sitio no es tan grande, así que supongo que volveremos a encontrarnos. ¿Cómo te llamas?

La muchacha volvió a menear la cabeza sin decir nada. Muuurgh dejó escapar un gruñido gutural, pero Han siguió tozudamente inmóvil delante de la joven.

La amenaza implícita en el gruñido de Muuurgh parecía haberla puesto un poco nerviosa.

–Todos los peregrinos renunciamos a nuestros nombres cuando abandonamos las cosas mundanas al entrar en el santuario espiritual de Ylesia –dijo por fin mientras se ponía un vendaje autoadhesivo sobre la herida.

Han se sentía cada vez más frustrado. Acababa de tropezarse con alguien que conocía a fondo todo aquel lugar, y además era la primera persona de su mundo natal que había descubierto en Ylesia.

–Oh, por favor –dijo mientras Muuurgh le empujaba suavemente–. Tienen que llamarte de alguna forma, ¿no? –añadió, obsequiándola con su sonrisa más afable y llena de encanto.

Muuurgh volvió a gruñir, esta vez un poco más fuerte, y le enseñó los colmillos.

La exhibición de dientes hizo que la joven pusiera ojos como platos.

–Soy la Peregrina 921 –se apresuró a decir.

Han tuvo la impresión de que había hablado para salvarle de la ira de Muuurgh.

Muuurgh agarró a Han del brazo y echó a andar, arrastrando al corelliano detrás de él sin ningún esfuerzo.

–Gracias, Peregrina 921 –dijo Han, saludándola jovialmente con la mano mientras se alejaba, como si ser llevado casi en volandas por el togoriano fuese algo que le ocurría todos los días–. Buena suerte con esas fibras. Ya nos veremos.

La joven no dijo nada. Cuando Muuurgh le soltó por fin al final del pasillo, Han siguió obedientemente al togoriano, medio esperando una reprimenda del gigantesco alienígena. Pero Muuurgh parecía convencido de que Han le obedecería sin rechistar a partir de aquel momento, y había vuelto a sumirse en su receloso silencio anterior.

Han lanzó una rápida mirada hacia atrás y vio que la joven corelliana volvía a estar absorta en su trabajo, como si ya le hubiera olvidado.

«La Peregrina 921 –pensó–. Me pregunto si sería capaz de reconocerla...» Entre las gafas, la gorra y lo poco que le permitían ver las luces infrarrojas, Han no tenía ni idea de cuál era su verdadero aspecto, y en realidad sólo sabía que era joven.

Acabó de recorrer la instalación, observando a unos cuantos trabajadores más mientras alineaban hebras y cristales para que quedaran totalmente simétricos. Han no intentó hablar con ninguno de ellos. Finalmente volvió al puesto de control de la supervisora devaroniana.

–¿Y qué ocurre cuando han terminado su trabajo? –preguntó–. ¿Quién mete las hebras y los cristales dentro de los recipientes?

—Eso se hace en el quinto piso —dijo la supervisora.

—Bueno, puede que vaya a echar un vistazo por allí —dijo Han—. Todo esto es fascinante, ¿sabe?

—Desde luego —dijo la supervisora.

«Bien, así que el procesado de la materia prima de calidad realmente superior se lleva a cabo ahí arriba...», pensó Han mientras él y Muuurgh ascendían a través de la oscuridad.

Un instante después el togoriano dejó escapar un maullido de protesta al ver que Han interrumpía su ascenso cuando sólo habían recorrido un nivel.

—No te pongas nervioso, Muuurgh —dijo Han—. Sólo quiero echar una miradita por aquí.

Empezó a vagabundear por los pasillos, haciendo discretos intentos de localizar el lugar en el que el brillestim de primera calidad era introducido en los diminutos recipientes negros que serían reconocidos al instante por todos los usuarios de la droga. Pero cuando llegó a esa zona, Han se llevó una considerable decepción. Cuatro guardias armados permanecían inmóviles junto a la cinta transportadora, vigilando los pequeños recipientes mientras los trabajadores acudían con sus cestas llenas y las vaciaban sobre la cinta. Han sintió el roce de una corriente de aire y comprendió que aquella zona contaba con una pequeña unidad calefactora que eliminaba el frío, evidentemente en bien de la comodidad de los cuatro guardias.

¿Cuatro guardias? Han entrecerró los ojos, intentando ver con más claridad entre la penumbra. No, un momento... Acababa de percibir un destello de movimiento, pero durante un largo segundo no pudo discernir nada. Después, mientras centraba la mirada en aquel punto, fue distinguiendo poco a poco una negrura aceitosa y salpicada de pequeñas protuberancias que apenas resultaba visible sobre la negra piedra del muro. Pero había ojos en el centro de aquella negrura, cuatro ojos diminutos de un color rojo anaranjado. Han se mantuvo inmóvil y forzó la vista al máximo. Un instante después distinguió dos desintegradores, cada uno de los cuales estaba sujeto a un muslo negro recubierto de verrugas.

«¡Son aar'aas! —comprendió de repente—. ¿Dermomorfos... aquí?» Los aar'aas eran una especie alienígena procedente de un planeta situado al otro extremo de la galaxia. Los habitantes de Aar podían cambiar gradualmente el color de su piel para adaptarlo al del fondo delante del que se encontraran. Aquella habilidad hacía que resultaran muy difíciles de ver, especialmente en la oscuridad.

Han ya había oído hablar de los aar'aas, pero nunca se había tropezado con ningún representante de su especie. Los aar'aas eran criaturas reptilianas, lo cual explicaba por qué aquella sección de la factoría subterránea estaba provista de calefacción. Muchos reptiles se adormilaban y dejaban de moverse cuando hacía frío.

Siguió escrutando la penumbra y, poco a poco y de manera muy gradual, fue distinguiendo los contornos de los dos guardias aar'aas. Su piel tenía una textura peculiarmente dura y rugosa, como si estuviera hecha de guijarros. Sus manos y sus pies terminaban en garras, y su espalda estaba recubierta por una pequeña cresta de piel. Sus cabezas eran bastante grandes, con frentes abultadas y protuberantes debajo de las que sus ojos parecían doblemente pequeños. Sus rostros tenían un hocico muy corto y cuando una de las criaturas abrió la boca, Han tuvo un fugaz atisbo de una estrecha lengua rojiza de aspecto pegajoso y de unos afilados dientes blancos. Había otra pequeña cresta de piel que se erizaba entre sus ojos y avanzaba hasta la parte posterior de sus cabezas para unirse a la cresta que descendía a lo largo de la espalda.

A pesar de su apariencia torpe y poco ágil, aquellos seres daban la impresión de ser capaces de moverse con bastante rapidez. Han decidió que no quería buscarles las

cosquillas. Aunque eran más bajos que él, los aar'aas tenían los hombros muy anchos, y no cabía duda de que le llevaban una considerable ventaja en lo tocante al peso.

Han suspiró. «Bueno, ya podemos olvidarnos del Plan A...»

Aparte de los aar'aas, los otros guardias –dos rodianos, un devaroniano y un twi'lek– tenían un aspecto francamente imponente, y resultaba obvio que se tomaban muy en serio su trabajo. No eran gamorreanos, por lo que no había muchas probabilidades de que se los pudiese confundir, aturdir, distraer o convencer, de la manera que fuese, para que le entregaran una fortuna en especia. Han torció el gesto y giró sobre sus talones para volver a Muuurgh y el turboascensor. «Y no existe ningún Plan B –pensó con abatimiento–. Supongo que no tendré más remedio que ganarme mis créditos honradamente.»

Y ni por un momento se le ocurrió pensar que transportar especia por la galaxia ya era una actividad altamente ilegal en sí misma...

La Peregrina 921 mordisqueó un pastelillo de cereales un poco rancio y trató de olvidarse del joven corelliano al que había conocido hacía un rato. Después de todo, era una peregrina: formaba parte del Todo y vivía en la unidad con el Uno, y preocupaciones tan mundanas como los jóvenes apuestos ya habían dejado de existir para ella. Estaba allí para trabajar, porque ésa era la única forma de pasar por la Exultación y poder rezar pidiendo la bendición del Uno como parte del Todo..., y las conversaciones con un joven llamado Vykk no tenían cabida en esa clase de existencia.

Aun así, se preguntó qué aspecto tendría el muchacho debajo de aquellas gafas. ¿De qué color sería su pelo? ¿Y sus ojos? La sonrisa de aquel joven había hecho que un pequeño brote de calor floreciese en el interior de su pecho a pesar del frío.

La Peregrina 921 –«¡Cómo echo de menos mi nombre!»– meneó la cabeza e intentó exorcizar el recuerdo de la fascinante sonrisa torcida de Vykk Draygo. Tenía que rezar y ofrecer las devociones adecuadas. Debía hacer penitencia, porque se había separado a sí misma del Uno y podía acabar siendo expulsada del Todo.

Pero aquellos pensamientos sacrílegos siguieron infiltrándose en su mente, y junto con los pensamientos llegaron los recuerdos. Aquel joven era corelliano..., y ella también había nacido en Corellia.

La Peregrina 921 pensó en su mundo natal, y durante un fugaz instante se permitió recordarlo y recordar a su familia. ¿Vivirían aún sus padres? ¿Qué habría sido de su hermano?

¿Cuánto tiempo llevaba allí? 921 intentó recordarlo, pero allí todos los días eran iguales: trabajo, unos cuantos bocados de alimentos nada apetitosos, Exultación y plegarias, y luego el sueño del agotamiento. Un día llevaba a otro y se confundía con él, y además Ylesia apenas tenía estaciones.

Durante un momento se preguntó cuánto tiempo llevaba allí. ¿Meses? ¿Años? ¿Qué edad tenía? ¿Tenía arrugas y cabellos grises?

Las manos llenas de cortes y cicatrices de la Peregrina 921 volaron hacia su frente y sus mejillas: huesos debajo de la carne, huesos prominentes..., mucho más prominentes de lo que lo habían sido antes.

Pero no había arrugas. No era vieja. Quizá llevara meses en Ylesia, pero no años.

¿Qué edad tenía cuando oyó hablar de Ylesia y vendió todas sus joyas para pagarse el pasaje a bordo de una nave de peregrinos? Tenía diecisiete años, y acababa de terminar el último curso escolar y esperaba con impaciencia el momento en que podría salir de Corellia para estudiar en la universidad de Coruscant. Iba a estudiar... arqueología, con un énfasis especial en las artes clásicas. Sí, eso era. Incluso pasaría un

par de veranos trabajando en una excavación, aprendiendo a preservar los tesoros de la antigüedad.

Por aquel entonces quería llegar a ser conservadora de museo.

De niña, la historia siempre había sido su asignatura favorita. Le encantaba leer libros sobre los Caballeros Jedi, y la fascinaban sus aventuras. Había crecido en los años inmediatamente posteriores a las Guerras Clon, y también le habían interesado mucho. Y el nacimiento de la República, hacía ya tanto, tanto tiempo...

La Peregrina 921 suspiró mientras tragaba un bocado de aquel pastelillo que sabía a polvo. A veces la inquietaba darse cuenta de que sus recuerdos se estaban desvaneciendo y de que su inteligencia parecía estar esfumándose con ellos, junto con su capacidad para percibir el mundo exterior. Sabía que era una peregrina y que se suponía que debía renunciar a todas las cosas mundanas, y que estaba obligada a expulsar de su mente y de su cuerpo toda apreciación de los placeres de la carne.

En los viejos tiempos el placer y la diversión habían sido el centro alrededor del que giraba toda su vida. Por aquel entonces, y en comparación con su nueva existencia, la vida apenas tenía propósito. Antes había vagado de un lugar a otro, de una persona a otra, de una fiesta a otra...

Y todo había estado terriblemente falto de significado.

Pero su nueva vida sí tenía un significado. Había conocido la Exultación, y el Uno derramaba sus bendiciones sobre ella cada noche a través de los sacerdotes. La Exultación era la forma mediante la que el Todo se comunicaba con los peregrinos. Era una experiencia profundamente espiritual..., y tremendamente placentera.

921 pensó que por fin había conseguido borrar de su mente todo recuerdo de Vykk Draygo y su sonrisa, y volvió a inclinarse sobre el montón de brillestim para reanudar su trabajo..., y unos minutos después se encontró preguntándose si aquel joven realmente la buscaría y si trataría de volver a hablar con ella.

La Peregrina 921 se estremeció, temblando bajo el húmedo abrazo de aquel frío omnipresente, y trató desesperadamente de olvidar a Vykk Draygo y a todo lo que representaba.

Esa noche Han decidió no asistir a las devociones para poder dedicar unas horas a algunas de las simulaciones. Aquella era su primera oportunidad de ganarse la vida «honradamente», y no quería echarla a perder. Han sabía que muchos ciudadanos se quejaban de lo mucho que tenían que trabajar, y suponía que trabajar duro era un factor esencial para alcanzar el éxito. Mendigar, vaciar bolsillos, robar en las casas de los ricos y estafar a los ciudadanos honrados solía requerir una cantidad considerable de tiempo y esfuerzo, desde luego, pero Han sabía que la comparación era sencillamente imposible.

Se sentó delante del simulador instalado en su dormitorio y empezó a examinar el sistema, accediendo a lo que podía consultar. Teroenza había hecho honor a su promesa, y las simulaciones estaban allí. Han echó un vistazo a la selección disponible, escogió las simulaciones sobre las que quería trabajar y ordenó al sistema que preparase varias secuencias. El joven corelliano se aseguró de especificar que la característica de «turbulencia atmosférica» debía ser añadida a cada ejercicio de adiestramiento.

Después alzó la mirada hacia Muuurgh, que le estaba observando.

—He de trabajar durante un rato —dijo—. ¿Por qué no te tomas un rato libre?

Muuurgh meneó la cabeza en una lenta negativa.

—Muuurgh no deja a Piloto solo. Va contra órdenes.

—De acuerdo. —Han se encogió de hombros—. Como tú quieras, chico.

Muuurgh contempló con un cierto nerviosismo cómo Han se ponía la visicapucha, eliminando todo contacto con su entorno real para sumergirse en un vuelo

de adiestramiento que no podía distinguirse de la realidad. El togoriano siempre se sentía un poco incómodo ante todo lo relacionado con la tecnología.

Han dejó que la simulación le fuera absorbiendo, y en cuestión de minutos el sistema ya había cumplido uno de sus propósitos primarios: Han se había olvidado por completo de que se trataba de una simulación. Estaba convencido de que pilotaba una nave de verdad, y de que atravesaba campos de asteroides a elevadas velocidades, manejaba los controles a través de la atmósfera ylesiana y efectuaba descensos reales bajo toda clase de condiciones adversas.

Han salió del simulador dos horas después, habiendo llevado a cabo con éxito las operaciones de aterrizaje, vuelo y despegue, junto con toda la gama de maniobras que era capaz de ejecutar la lanzadera en la que iría a la Colonia Dos y la Colonia Tres a la mañana siguiente. También había examinado los controles de las naves de transporte que pilotaría —el *Sueño de Ylesia* estaba siendo reconvertido al pilotaje manual—, así como los del yate privado de Teroenza.

El corto día ylesiano ya había llegado a su fin. Muuurgh estaba dormitando en un sillón, pero despertó al instante en cuanto Han se estiró. Han contempló al togoriano, lamentando que el alienígena se mantuviera tan alerta en todo momento. La pequeña expedición de merodeo nocturno que había planeado iba a resultar francamente difícil de llevar a cabo...

Muuurgh seguía a Piloto, contento de que su protegido hubiera sugerido ir al comedor para consumir una cena tardía. El togoriano siempre tenía hambre. Su pueblo estaba acostumbrado a cazar y matar y a compartir la presa después, por lo que la carne fresca era una parte constante de sus dietas, pero en Ylesia tenía que conformarse con carne cruda que había sido congelada.

Antes de que Piloto entrara en su vida, de vez en cuando Muuurgh disponía de unas horas de libertad durante las que podía entrar en la jungla y cazar, para así mantener aguzadas sus garras y sus habilidades.

Echaba de menos a su mosgoth y echaba de menos volar por los aires sobre su espalda, sintiendo cómo los potentes músculos de las alas les impulsaban a través de los cielos de Togoria.

Muuurgh suspiró. Los cielos de Togoria eran de un vivo azul verdoso, muy distinto al apagado azul grisáceo de los cielos de Ylesia. Los echaba de menos. ¿Volvería a verlos alguna vez? ¿Volvería a dirigir a su mosgoth hacia un crepúsculo carmesí en aquellos cielos llenos de colorido?

Los sacerdotes le habían hecho firmar un contrato de seis meses en el que se comprometía a prestar servicios como guardia. Muuurgh había dado su palabra de honor de que respetaría aquel contrato. Todavía tenían que transcurrir muchas decenas de días antes de que pudiera reanudar la búsqueda de Mrrov.

Muuurgh volvió a verla en su mente: su pelaje color crema, sus franjas anaranjadas, sus luminosos ojos amarillos... La hermosa Mrrov llevaba tanto tiempo formando parte de la vida de Muuurgh que el no saber dónde se encontraba era como una herida que palpitara dolorosamente dentro de él. ¿Y si Mrrov había vuelto a Togoria? ¿Habría regresado a su mundo para esperarle?

Muuurgh deseó poder enviar un mensaje a su mundo natal para preguntar si Mrrov había vuelto, pero enviar mensajes a través de las distancias interestelares costaba mucho dinero, y averiguar lo que tanto anhelaba saber habría añadido casi dos meses al período de tiempo que debía pasar en Ylesia.

Aun así... Muuurgh reflexionó durante unos momentos, y acabó diciéndose que a Piloto tal vez no le importaría que Muuurgh enviara un mensaje durante uno de sus

viajes para llevar especia a Nal Hutta. El togoriano no confiaba en los sacerdotes ylesianos lo suficiente para estar realmente seguro de que enviarían un mensaje desde su mundo.

Muuurgh pensó que Piloto parecía un tipo bastante decente para ser un humano. Era astuto y rápido de reflejos, y siempre estaba buscando alguna forma de esquivar los obstáculos para salirse con la suya, pero los humanos solían ser así. Por lo menos Piloto había aceptado la posición de dominio de Muuurgh como líder de la manada. Eso era una demostración de inteligencia por su parte. De esa manera viviría mucho más tiempo...

Muuurgh esperaba que Piloto seguiría comportándose tan inteligentemente como lo había hecho hasta el momento. Le caía bien, y no quería verse obligado a hacerle daño.

Pero si Piloto intentaba infringir las reglas, Muuurgh no vacilaría en hacerle daño..., y si era preciso, mataría al joven corelliano. Teroenza le había dado órdenes muy precisas, y el togoriano las obedecería hasta el límite de sus capacidades. Había dado su palabra de honor, y para su gente la palabra de honor era lo más importante que existía en el universo.

El togoriano se alisó distraídamente los bigotes y el pelaje facial, pensando que si Piloto no hacía nada que no debiera hacer, todo iría estupendamente.

Las guerras de la especia

Al día siguiente Han llevó la lanzadera ylesiana a la Colonia Dos y la Colonia Tres. Descubrió que lo pasaba realmente bien pilotando naves más grandes, y que era capaz de pilotarlas a la perfección. Durante el viaje de vuelta a la Colonia Uno consiguió encontrar unos cuantos minutos extra para practicar el vuelo a baja altura, haciendo que la lanzadera descendiera tanto que la parte inferior del fuselaje casi rozaba las copas de los árboles de la jungla. Muuurgh, sentado junto a él en el asiento del copiloto, alternaba el entusiasmo con el terror a medida que el togoriano iba experimentando los rizos, los toneles e incluso el vuelo a alta velocidad con la nave invertida. Han estaba en su elemento, y sometió a la lanzadera a maniobras que hasta entonces sólo había ejecutado durante las simulaciones. La experiencia era tan emocionante que de repente el joven corelliano se encontró lanzando gritos de alegría.

Para culminar su exhibición de vuelo de precisión, Han hizo que la lanzadera avanzara a toda velocidad a lo largo de un cañón abierto por un río, deslizándose por entre las paredes rocosas con tan poco espacio sobrante que Muuurgh lanzó un aullido, cerró los ojos y se negó a volver a abrirlos. Cuando volvieron a estar en cielo abierto, Han tuvo que sacudir el brazo del togoriano y asegurar repetidamente al enorme alienígena que ya había terminado su sesión de prácticas del día.

–Muuurgh ssseguro de que Piloto está loco –dijo el togoriano, abriendo cautelosamente los ojos e irguiéndose en su asiento–. Muuurgh vuela sobre su mosssgoth en su mundo, pero no así. Muuurgh también tiene másss sentido común. Piloto... –el togoriano le lanzó una mirada entre apenada y suplicante– debe prometer a Muuurgh que no volverá a volar como un loco.

–Oh, Muuurgh, tienes que entenderlo –dijo Han, posando cautelosamente la lanzadera sobre la pista de la Colonia Uno–. ¡He de aprovechar todas las oportunidades para practicar que se me presenten! Verás... –Titubeó, y acabó decidiendo confiarle una parte de la verdad–. Cuando le hablé a Teroenza de mi experiencia de vuelo, me temo que exageré un poquito la realidad. He ganado varios campeonatos, cierto, pero... Necesito practicar con esta lanzadera, al igual que con las naves de mayores dimensiones. Las simulaciones son magníficas, pero no pueden compararse con la realidad.

Muuurgh contempló en silencio a Han durante unos momentos y acabó asintiendo.

–Muuurgh entiende. Piloto confía en que Muuurgh no dirá nada de essto a Teroenza, ¿verdad?

–Pues... Sí, algo por el estilo –admitió Han–. ¿Puedo? Quiero decir que si puedo confiar en ti...

El togoriano se alisó sus blancos bigotes con expresión pensativa.

–Mientrass Piloto no se estrelle, Muuurgh no habla.

–Me parece justo, colega –dijo Han con una sonrisa.

Cuando él y Muuurgh bajaron por la rampa de la nave, Veratil les estaba esperando bajo un torrente de lluvia. Han ya estaba empezando a acostumbrarse a los diluvios cotidianos, aunque el húmedo calor de la jungla todavía le dejaba bastante agotado.

–El Gran Sacerdote desea verle inmediatamente, piloto Draygo –dijo Veratil.

El sacerdot llevó al joven corelliano y a su guardaespaldas hasta los aposentos personales del Gran Sacerdote, que ocupaban una buena parte del nivel subterráneo del Centro Administrativo. Cuando Veratil tecleó el código de anulación del sistema de seguridad y dejaron atrás las enormes puertas dobles para entrar en el santuario privado del Gran Sacerdote, Han no pudo evitar lanzar un suave silbido de asombro.

– ¡Este sitio es increíble!

–Es la sala de exhibición del Gran Sacerdote –dijo Veratil–. Teroenza es un gran coleccionista, y está muy orgulloso de su colección de rarezas.

–Y con razón –dijo Han sinceramente.

La sala tendría unas diez veces el tamaño del pequeño apartamento del primer piso asignado a Han. Mesas de exposición, estantes y aparadores mostraban tesoros y antigüedades procedentes de toda la galaxia. Esculturas de una docena de mundos, cuadros y otros objetos artísticos se hallaban esparcidos entre armas antiguas repletas de filigranas y adornos. Grandes tapices colgaban de las paredes. Alfombras de una belleza exquisita estaban cubiertas por campos de fuerza protectores que cedieron levemente bajo los pies de Han con una curiosa sensación viscosa cuando caminó sobre ellos.

Gemas semipreciosas adornaban la colección de flautas y otros instrumentos musicales. Botellas de los licores más raros de toda la galaxia estaban suspendidas de un soporte chapado de oro.

Los dedos de Han no pararon de arder ni un solo instante durante todo el tiempo que tardó en atravesar la sala de exhibiciones. «¡Si pudiera pasar cinco minutos a solas aquí dentro, después ya no tendría que preocuparme por el dinero durante el resto de mi vida!», pensó melancólicamente mientras se detenía para contemplar un *drreelb* tallado en hielo viviente. La diminuta estatua estaba cubierta por una capa de polvo que fue dispersada por el aliento de Han. El polvo formó una nube en el aire, y el piloto estornudó estruendosamente.

«Con polvo o sin él, no cabe duda de que este sitio vale varias fortunas. Si pudiera...»

Han tuvo que recordarse a sí mismo que estaba empezando a escribir una nueva página en el libro de su vida, y que se había convertido en un ciudadano honrado y trabajador.

Veratil los llevó hasta otra puerta de seguridad que daba acceso a los aposentos particulares del Gran Sacerdote. Los visitantes fueron admitidos en la habitación por un anciano mayordomo zisiano al que Teroenza se dirigió como Ganar Tos. El zisiano era de aspecto básicamente humanoide, pero su piel verdosa y llena de arrugas colgaba en flácidas bolsas debajo de la ya muy aflojada línea de su mentón. Sus ojos anaranjados estaban llenos de legañas y no paraba de sorber aire por la nariz, como si padeciera una infección de los senos nasales. «Probablemente es alérgico a todo ese polvo», pensó Han.

El Gran Sacerdote señaló un par de sillones y esperó a que Han y Muuurgh se hubieran sentado antes de empezar a hablar.

–Ha sido muy amable al venir, piloto Draygo. Me han informado de que pilotó la lanzadera con gran maestría durante su viaje a la Colonia Dos y la Colonia Tres. Esta mañana nuestro androide médico ha concedido un permiso indefinido por enfermedad a

Jalus Nebl, nuestro otro piloto, por lo que a partir de ahora usted ocupará su lugar en los vuelos interestelares.

Han asintió, intentando ocultar su excitación.

—Perfecto, señor. Cumpliré los programas establecidos. ¿Cuándo he de empezar?

—Pasado mañana —dijo Teroenza—. Muuurgh le acompañará, naturalmente.

—¿Cuál es el cargamento y adonde he de llevarlo, señor? —preguntó Han.

—Se reunirá con una nave procedente de Nal Hutta en las coordenadas que le proporcionaremos inmediatamente antes de que despegue. Estoy seguro de que comprenderá que la seguridad es vital, piloto Draygo. Ya sabe que hemos tenido problemas con los piratas en el pasado. —Teroenza aceptó una diminuta y flácida criatura de la bandeja que le ofrecía el mayordomo e hizo una pausa para engullirla—. ¿Ha adiestrado a Muuurgh como artillero, piloto?

—Eh... No, señor, todavía no.

—Asegúrese de hacerlo. Un buen piloto debe estar preparado para todas las eventualidades, ¿verdad?

—Sí, señor —replicó Han—. Empezaré a adiestrar a Muuurgh inmediatamente. Eh... ¿Qué cargamento tendré que transportar, señor?

—Transportará un cargamento de carsunum procesado, y recogerá un cargamento de ryll para procesar procedente de Ryloth.

—Pero la nave con la que voy a encontrarme en el espacio viene de Nal Hutta, ¿no?

—Sí.

Teroenza no parecía dispuesto a darle más explicaciones, por lo que Han decidió abandonar el tema y mantener los oídos bien abiertos. Ya se había dado cuenta de que el Gran Sacerdote se estaba callando unas cuantas cosas, pero no se hallaba en situación de exigir que se le informara de todos los detalles.

Teroenza se sentó sobre sus gigantescos cuartos traseros y sus diminutos brazos señalaron las puertas por las que habían entrado Han y Muuurgh.

—Tengo entendido que mi sala de exhibiciones le ha gustado mucho.

—¿Que si me ha gustado? —Han pudo hablar con completa sinceridad—. ¡Era magnífica, señor! ¡Nunca había visto tantos tesoros juntos fuera de un museo!

—Al igual que nuestros primos los hutts, mi especie vive mucho tiempo —dijo Teroenza—. Llevo centenares de años estándar coleccionando objetos..., muchos más de los que usted puede imaginar en su juventud, piloto.

—Pues le aseguro que me gustaría muchísimo poder echar un vistazo a su colección en algún momento —dijo Han.

—Y yo desearía que mi colección estuviera en condiciones de ser contemplada —dijo Teroenza en un tono lleno de melancolía—. Ganar Tos es un cocinero excelente y un mayordomo de gran eficiencia, pero no se le ha enseñado a ocuparse de una colección semejante, y mucho menos a catalogarla y colocarlo todo de la manera adecuada. Y yo estoy demasiado ocupado para poder permitirme ese tipo de pasatiempos. —La gigantesca criatura agitó una manecita minúscula en un inequívoco gesto de despedida—. Eso será todo por ahora. Le veré a su regreso, piloto.

—Sí, señor.

Han se levantó y le hizo una seña a Muuurgh. Los dos salieron, escoltados por Veratil.

Una vez fuera, el sacerdot les dejó solos para atender alguna obligación urgente. Han echó un vistazo a su cronómetro y después alzó la mirada hacia el sol, que ya se iba poniendo por el oeste.

—Esta noche voy a empezar a enseñarte todo lo que debes saber para ser un buen artillero —le dijo al togoriano—, pero por el momento creo que nos hemos ganado un buen descanso. De hecho, todavía tenemos tiempo de visitar el refectorio en el que comen los peregrinos. Vamos, Muuurgh.

—¿Por qué? —preguntó Muuurgh—. Piloto no quiere comida de peregrinoss. Piloto y Muuurgh comen en comedor... Allí dar comida decente, no basssura.

Han meneó la cabeza y echó a andar por el sendero que atravesaba la jungla y llevaba a la zona de los peregrinos.

—No quiero comer con los peregrinos, amigo —le explicó—. Sólo quiero hablar con algunos de ellos. He pensado que durante la cena estarán todos juntos, y que así me resultará más fácil... dar con ellos.

—¿Ellosss? —preguntó Muuurgh—. ¿Cuántosss son «ellosss»?

—Eh... Bueno, verás... —empezó a decir Han, y después se interrumpió y torció el gesto—. La verdad es que sólo quiero encontrar a una persona —admitió—. Estaba pensando en la Peregrina 921, aquella trabajadora de la factoría de brillestim a la que vi el otro día. Me gustaría saber qué aspecto tiene en realidad.

Muuurgh asintió.

—Ah, ssí... Muuurgh entiende muy bien qué quiere Piloto.

Han sintió un repentino ardor en la cara, y se alegró de que el togoriano no pudiera reconocer aquella delatora reacción emocional e interpretarla como una señal de que se sentía entre incómodo y avergonzado.

—No sé si lo sabes, viejo amigo, pero teniendo en cuenta que sólo llevas un año hablando el básico no lo haces nada mal —dijo, cambiando deliberadamente de tema—. Aun así, hay una parte del lenguaje que todavía no has conseguido dominar, y es la relacionada con los pronombres. Nunca pensé que acabaría haciendo de maestro de escuela, pero la vida está llena de sorpresas...

Siguieron andando por el sendero, y Han se embarcó en una titubeante y no muy clara explicación de las reglas gramaticales que regían el uso de los pronombres.

Una vez en el refectorio, Han y Muuurgh empezaron a recorrer el gigantesco comedor. La mirada de Han iba de un rostro a otro mientras se preguntaba si conseguiría reconocer a la joven sin las gafas y bajo una luz normal. Sus cabellos habían estado cubiertos por la gorra, por lo que ni siquiera sabía si eran oscuros o claros.

Apretó el paso, viendo que la hora de la cena estaba a punto de terminar sin que hubiera encontrado a 921. Quizá no se encontraba allí. Quizá comía durante otro turno, como había oído decir que hacían algunos peregrinos. Pero Han tenía entendido que la mayoría de humanoides comían durante aquel turno...

«Ahí está. ¡Es ella!» Han ni siquiera hubiese podido explicar, cómo lo sabía, pero estaba tan seguro de que era ella como si la joven llevara colgado del cuello un letrero en el que hubieran escrito PEREGRINA 921.

Al contemplarla bajo la luz normal, Han enseguida vio que era alta y delgada..., demasiado delgada, en realidad. Sus pómulos sobresalían prominentemente de sus facciones, y sus ojos parecían todavía más grandes de lo que realmente eran en su rostro delgado y excesivamente pálido.

Pero demasiado delgada o no, la Peregrina 921 era sencillamente muy hermosa. Su hermosura no alcanzaba la categoría de lo clásico, desde luego, ya que su mandíbula era un poquito demasiado ancha y cuadrada y su nariz un poco excesivamente larga para que se pudiera hablar de una belleza clásica. Pero no cabía duda de que era hermosa.

921 tenía grandes ojos azul verdosos, largas y oscuras pestañas y una piel muy blanca totalmente libre de las marcas de los poros. Unos cuantos mechones de su corta y rizada cabellera habían escapado del confinamiento de su gorra de peregrina, y Han vio que sus cabellos eran de un delicado dorado rojizo y pensó que tenían el mismo color que un crepúsculo corelliano en un día sin nubes.

El refectorio estaba desusadamente silencioso. Los peregrinos apenas hablaban, cansados como estaban después de un largo día de trabajo en las factorías y con la Exultación tan próxima, pero normalmente comían en grupos.

921 estaba sola.

Han vio que se estaba limitando a remover su cena con el tenedor, y después de echar un vistazo al nada apetitoso amasijo de gachas, hortalizas flácidas y pan que había en su plato, no la culpó por ello. La comida olía casi tan mal como si se hubiera echado a perder. Han arrugó la nariz mientras apartaba de la mesa la silla que había enfrente de ella y se sentaba. Era vagamente consciente de la presencia de Muuurgh, que le observaba desde la pared en la que se había apoyado.

921 —«¿He de CONSEGUIR que me diga su verdadero nombre!»— alzó la mirada, y sus ojos color turquesa se volvieron todavía más grandes cuando le reconoció. Han se sintió sorprendentemente complacido por su reacción y le sonrió.

—Hola —dijo—. ¿Ves? Te he vuelto a encontrar. La joven le miró fijamente con los ojos muy abiertos, y después volvió a bajar la mirada hacia su plato. Han se inclinó hacia ella.

—Bien, ¿y qué tenemos para cenar? Debo admitir que no tiene muy buen aspecto. Pero supongo que ya sabes que no basta con que le des vueltas en el plato, ¿verdad?

La joven meneó la cabeza.

—Vete, por favor. —Su voz apenas llegaba a ser un susurro—. Se supone que no he de hablar contigo. No formas parte del Uno.

—Oh, te aseguro que sí —dijo Han—. Es sólo que... Bueno, supongo que podrías decir que mi Uno tiende a ser bastante individual.

Las comisuras de los labios de 921 subieron en una elevación casi imperceptible. Han se encontró deseando ser capaz de conseguir que sonriera de verdad.

—No sabes de qué estás hablando, piloto Draygo —murmuró la joven—. Me temo que eso es obvio.

—Bueno, pues entonces obséquieme con una sesión de proselitismo —dijo Han—. Tengo una mente muy abierta. Quizá puedas llegar a convertirme.

Sonrió, sintiéndose feliz por haberla encontrado y al ver que por lo menos estaba dispuesta a hablar con él.

921 meneó la cabeza.

—Me temo que la incredulidad está demasiado arraigada en tu persona, piloto —dijo.

Han estiró el brazo y le tomó la mano, la que no estaba herida.

—Llámame Vykk —le dijo, sintiendo un loco impulso de revelar su verdadero nombre pero consiguiendo resistir la tentación—. Bien, ¿qué tal está tu mano? ¿Has tenido algún problema con la herida que te hiciste ayer?

Cuando Han la tocó por primera vez, la joven se envaró como si fuera a retirar la mano, pero se relajó en cuanto le preguntó por su herida.

—Se está curando —le dijo, confirmando lo que ya le habían dicho los ojos de Han—. Sólo necesita un poco de tiempo.

—Pasarse todo el día trabajando ahí abajo entre la oscuridad y el frío tiene que ser muy duro —dijo Han—. ¿No preferirías hacer algo un poco menos... agotador?

—¿Como qué? —preguntó la joven.

–No lo sé –dijo Han–. ¿Qué es lo que sabes hacer? ¿Qué has estudiado?

–Bueno... Hubo un tiempo en el que quería ser conservadora de museo –dijo 921 con una sombra casi imperceptible de tristeza en la voz–. Iba a estudiar arqueología. Sé muchas cosas sobre ese tema.

–Pero luego viniste aquí en vez de proseguir tus estudios –aventuró Han.

–Sí –respondió 921–. Esta vida satisface mis necesidades espirituales. Mi antigua vida estaba totalmente vacía y carecía de significado.

Han titubeó durante unos momentos antes de atreverse a hablar.

–¿Y cómo sabes que la doctrina que enseñan aquí es la doctrina verdadera? Hay muchas religiones en la galaxia.

La joven reflexionó en silencio unos segundos antes de replicar.

–Sé que ésta es la doctrina verdadera porque cuando pasamos por la Exultación me siento muy cerca del Uno. Es un momento místico. Me siento Una con el Todo. Estoy segura de que los sacerdotes tienen que poseer un Don Divino, porque de lo contrario no podrían ofrecer a los peregrinos la oportunidad de pasar por la Exultación.

–Hmmm –dijo Han–. Quizá debería intentarlo.

«Antes preferiría morir», pensó, pero se aseguró de ocultar sus verdaderos sentimientos.

–Tal vez deberías hacerlo –dijo la joven–. Ha llegado el momento de ir al Altar de las Promesas. Quizá tú también serás bendecido y podrás recibir la Exultación.

–Nunca se sabe –dijo Han–. ¿Puedo acompañarte hasta allí?

Los labios de la joven se curvaron en una tenue sonrisa mientras bajaba púdicamente la mirada.

–Bueno...

Fueron juntos por el sendero de la jungla, caminando el uno al lado del otro entre los peregrinos con Muuurch detrás de ellos. Han intentó entablar conversación, pero 921 guardó silencio y no respondió a sus intentos. Cuando llegaron al Altar de las Promesas, Han no se retiró hacia la parte de atrás de la multitud, sino que siguió inmóvil junto a 921 en el centro del grupo de creyentes.

–No deberías estar aquí –murmuró 921–. Resulta obvio que no eres un peregrino.

–Si alguien se queja, bastará con que le digas que soy un candidato a peregrino –replicó Han.

Estaba intentando bromear, pero 921 no parecía de muy buen humor. La joven frunció el ceño, le dio la espalda y se concentró en la ceremonia.

Teroenza y los otros sacerdotes obsequiaron a la multitud de fieles con una devoción idéntica a aquella a la que había asistido Han. Esta vez Han apenas tuvo problemas para resistir los efectos de la Exultación, y fue capaz de pensar con claridad durante toda la ceremonia. Se dedicó a observar a 921, y meneó la cabeza para sus adentros al ver la expresión de éxtasis que había en su rostro. «¿Cómo puede dejarse engañar por este montón de estúpideces? –se preguntó–. Resulta obvio que es una joven bastante inteligente. ¿Por qué es incapaz de ver que lo que hacen estos sacerdotes es alguna clase de truco y no un Don Divino?»

Han, sintiéndose cada vez más inquieto y a disgusto, vio cómo 921 se dejaba caer al suelo para recibir la Exultación, y después se inclinó sobre ella mientras la joven temblaba y se retorció. «Es un milagro que sus corazones no dejen de latir», pensó. Después, cuando el momento de la Exultación hubo pasado y los sacerdotes se hubieron ido, la ayudó a sentarse en el suelo. 921 sonreía, aunque apenas parecía tener las fuerzas suficientes para hacerlo.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Han, bastante preocupado. Fuesen cuales fuesen sus otros efectos físicos y emocionales, la Exultación parecía dejar realmente agotados a los peregrinos–. No tienes muy buena cara.

–Estoy bien –dijo la joven, que todavía temblaba.

921 intentó levantarse, y Han se apresuró a sostenerla y le ofreció una mano para que no perdiera el equilibrio.

–Gracias –murmuró la joven, con la respiración todavía entrecortada y jadeante–. Enseguida se me pasará.

–Te acompañaré al dormitorio –dijo Han–. Sólo por si acaso, ¿eh? No tienes muy buen aspecto.

921 permitió que la cogiera del brazo y los dos echaron a andar por el sendero. Ya estaba muy oscuro, e Ylesia no tenía luna. Han apenas podía distinguir el sendero por delante de él, pero 921 sacó sus gafas infrarrojas del bolsillo de su túnica y se las puso. A partir de entonces fue ella quien le guió, pero Han siguió cogiéndola del brazo para que no tuviera que esforzarse demasiado.

–¿Echas de menos Corellia? –le preguntó.

–No –dijo 921, pero Han notó que mentía–. ¿Y tú?

–No echo de menos a la gente, pero sí al planeta –fue la sincera respuesta de Han–. Corellia es un sitio muy hermoso. Siempre quise ir a ver el océano, pero nunca tuve ocasión de hacerlo. ¿Has estado en el océano?

–Sí... –murmuró 921, como si la pregunta de Han hubiera hecho acudir a su mente recuerdos en lo que prefería no pensar.

–¿Tienes familia allí?

–Sí... –921 titubeó durante unos momentos antes de seguir hablando–. O por lo menos eso creo. Hace casi un año que no he hablado con ellos.

–¿Ése es el tiempo que llevas aquí? –preguntó Han.

–Sí.

Siguieron avanzando en silencio a través de la tórrida y húmeda oscuridad. Han era muy consciente de la presencia del brazo de la joven debajo de la holgada manga de su túnica. Los huesos estaban demasiado cerca de la piel, pero la carne era suave y agradablemente caliente..., y muy femenina.

–¿Y piensas quedarte aquí? –le preguntó pasado un rato mientras un grupito de peregrinos que avanzaban con paso lento e inseguro los adelantaba en la oscuridad–. ¿O sólo es algo temporal?

–¿Temporal? –Han apenas pudo distinguir el borroso manchón claro de su rostro, con la línea oscura de las gafas atravesándolo, cuando 921 se volvió hacia él–. ¿Cómo podría ser temporal? Quiero servir al Uno y quiero formar parte del Todo para siempre.

–Oh –dijo Han–. Bueno... Eh... ¿Y qué me dices de cosas como... enamorarse, viajar, quizá echar raíces algún día y tener hijos?

–Cuando nos convertimos en parte del Todo renunciamos a todas esas ataduras –dijo 921, pero había una sombra de pena en su voz.

–Lástima –dijo Han.

Y entonces empezó a llover, de repente y sin ninguna advertencia previa. Han pudo sentir cómo 921 se estremecía ligeramente a pesar del calor. Sacó un poncho para la lluvia de su bolsillo y lo desplegó por encima de sus cabezas. Siguieron caminando, encogidos debajo del poncho y con los cuerpos tocándose. Han era consciente de que Muuurgh les seguía a una discreta distancia. «Pobre Muuurgh. Con lo poco que le gusta mojarse...»

El piloto alzó la voz para hacerse oír por encima del repiqueteo de la lluvia.

—Oye, no puedo seguir llamándote 921 —dijo—. Si vamos a ser amigos, tendrás que decirme tu nombre.

—¿Y quién dice que vamos a ser amigos? —replicó la joven.

—Sé que vamos a serlo. —Han sonrió, sabiendo que 921 podía verle a pesar de la oscuridad—. Cuando quiero puedo ser realmente irresistible.

—Eres un presumido, eso es lo que eres —dijo 921, pareciendo medio furiosa y medio divertida—. Presumido, insolente, arrogante..., inaguantable...

Se calló y se echó a reír. Han comprendió que era la primera vez que la oía reír.

—¡Oh, sigue, por favor! —le suplicó burlonamente, y también se echó a reír—. Me encanta que las mujeres me digan cosas bonitas. Eso es música para mis oídos —añadió, encantado al verla tan repentinamente llena de vida.

—Estoy cansada —dijo 921, su momento de buen humor esfumado tan rápidamente como la niebla matinal—. Y ya hemos llegado al dormitorio. Gracias por haberme acompañado..., piloto Draygo.

Un círculo de tenue claridad emanaba de las ventanas del dormitorio y Han se detuvo justo allí donde terminaba, para poder verla sin que sus siluetas quedaran plenamente iluminadas a los ojos de cualquier posible observador.

—Nada de «piloto» —le recordó Han—. Me llamo Vyk.

La joven intentó retroceder y alejarse de él, pero Han le apretó el brazo con un poco más de fuerza, asegurándose de no hacerle daño pero sin permitir que se apartara.

—Vyk, ¿de acuerdo?

—Está bien..., Vyk —dijo 921—. Y ahora... suéltame, por favor. Y... no vuelvas. Por favor.

—¿Por qué no? —preguntó Han, sintiéndose terriblemente herido.

—Porque... tu presencia no es buena para mí, para mi esencia espiritual...

Han sonrió entre el calor y la oscuridad.

—Admítelo de una vez. Te gusto, ¿verdad?

—No, no me gustas.

—Sí que te gusto. Vamos, admítelo. —Han dio un paso hacia ella y bajó la mirada hacia su rostro. 921 era alta, y Han sólo le llevaba media cabeza de ventaja. Han extendió el brazo para apartar delicadamente las gafas que ocultaban sus ojos, y sus dedos permanecieron unos instantes más de lo necesario sobre la mejilla de la joven mientras lo hacía—. Ya está —murmuró—. Ah, sí, eso está mucho mejor. Tapar esta cara, estos ojos... Eso sí que es un auténtico pecado.

—Estás... Estás blasfemando —dijo la joven con la voz entrecortada, pero no intentó apartarse.

—¿Quién está blasfemando? —replicó Han—. Dime cómo te llamas.

La joven meneó la cabeza en una negativa llena de tristeza, y una luz de desesperación ardió en sus ojos.

—Vyk.. No puedo...

—De acuerdo. —«Puedo esperar», pensó Han—. Pero volveré a verte, ¿no?

La joven tardó tanto tiempo en responder que Han se encontró conteniendo el aliento. Finalmente 921 inclinó la cabeza, balbuceó un «Sí» casi inaudible y se apartó. Esta vez Han la dejó marchar.

921 entró corriendo en el dormitorio sin mirar atrás.

Han se inclinó hacia adelante en el asiento del piloto y echó un vistazo a las cifras que desfilaban por la pantalla del ordenador de navegación.

—Listo para entrar en el espacio real dentro de las coordenadas de cita —dijo en voz alta—. Tres..., dos..., uno...

Tiró de la palanca y las estrellas se alargaron repentinamente alrededor del *Sueño de Ylesia* para convertirse en delgadas hebras de luz dirigidas hacia un punto central, el mismo hacia el que se estaba precipitando la nave. Los motores emitieron un rugido que sólo duró un instante antes de convertirse en un zumbido, y un instante después –con una brusquedad a la que se tardaba algún tiempo en acostumbrarse– ya volvían a estar en el espacio real.

–¡Justo en el curso fijado, Muuurgh! –exclamó Han con voz triunfal–. Bueno, a este paso el vuelo interestelar pronto dejará de tener secretos para nuestro apuesto corelliano.

–Eso ser forma muy complicada de decir que ya sabesss pilotar mejor, ¿verdad? He esstado leyendo libro que Piloto dio a Muuur... –el togoriano se interrumpió a mitad de la frase–, eh..., que Piloto me dio a mí, y Piloto no habla correctamente básico.

–Recuérdame que te explique unas cuantas cosas sobre los artículos en cuanto tenga un momento libre –masculló Han–. Eh, ¿es que ni siquiera van a darme una estrella de oro por habernos llevado hasta el punto de cita al primer intento?

–Ahora todo ir mucho mejor que primera vez –comentó Muuurgh.

Se refería a su primer viaje interestelar, que había tenido lugar hacía tres semanas. Han había cometido un minúsculo error al programar el lugar exacto en el que debían salir del hiperespacio en el ordenador de navegación, y el *Sueño* había acabado a tres parsecs del punto en el que se suponía que debían emerger.

Han había tenido que hacer un salto hiperespacial extra para llevarlos a la posición correcta.

–¡Eh, ha sido mi primera vez! –había protestado Han una vez terminado el segundo salto–. Y no tengo la culpa de que esta pantalla sea tan vieja que un ocho pareciera un seis.

–Piloto ha mejorado bastante desde entonces –admitió Muuurgh–. Segundo y tercer viaje fueron bien.

–Desde luego que sí –murmuró Han–. Soy bueno, Muuurgh... De veras, lo soy. Apuesto a que ahora ya casi podría superar los exámenes para entrar en la Academia Imperial. Unos cuantos meses de práctica más y estaré realmente preparado.

–Muuurgh echará de menosss... –El togoriano volvió a interrumpirse–. Corrección: echaré de menosss a Piloto cuando se vaya.

–Yo también te echaré de menos, colega –dijo Han, y hablaba en serio–. Pero no te preocupes. Podemos...

El *Sueño de Ylesia* se estremeció violentamente cuando un ¡whang! ensordecedor reverberó por todo el casco.

–¿Qué demonios...? –Han empezó a pulsar botones y conectó la pantalla visora posterior–. ¡Algo ha chocado con nosotros, Muuurgh!

–¿Asssteroides? –sugirió el togoriano.

¡Whangggggg!

–¡No! –aulló Han, contemplando la pantalla visora con incredulidad–. ¡Dos naves! ¡Tienen que ser piratas! ¡Ve corriendo al pozo artillero!

Mientras contemplaba la pantalla, la nave de la derecha lanzó otra andanada.

–¡Agárrate!

Muuurgh, que ya se había quitado el arnés de seguridad y se había levantado para ir a la montura del artillero, dejó escapar un maullido gutural cuando otro disparo impactó en el casco. La terrible potencia de las vibraciones hizo que el togoriano volviera a caer sobre su asiento.

Maldiciendo y soltando juramentos, Han desvió bruscamente el *Sueño* hacia babor. ¿Quiénes eran aquellos tipos? Normalmente los piratas hacían disparos de

advertencia y luego exigían que la nave atacada se rindiera. Su objetivo era robar el cargamento, hacerse con la nave y mantener con vida a los tripulantes para poder venderlos como esclavos. Destruir o dejar inutilizada la nave y matar a sus tripulantes era una pésima forma de hacer negocios.

– ¡Baja de una vez al pozo artillero, Muuurgh! ¡Quieren convertirnos en átomos! ¡Hemos perdido un escudo!

Mientras el togoriano se levantaba del asiento del copiloto y salía tambaleándose de la sala de control, dos andanadas más arañaron el casco del *Sueño de Ylesia*. «¡Están disparando contra los sistemas de hiperimpulsión! ¡Quieren dejarnos sin propulsión!»

Han hizo que la nave iniciara una desesperada serie de giros, y la dejó inclinada sobre el flanco justo a tiempo de esquivar otra andanada que estuvo a punto de chamuscar la parte inferior del fuselaje, y que habría hecho estallar su núcleo impulsor Quadex.

Después dio máxima potencia a los motores, intentando alejarse de los piratas que los perseguían lo suficiente para poder virar y disparar contra ellos. No confiaba excesivamente en la capacidad de Muuurgh para acertarle a un blanco desde el pozo artillero. El togoriano era rápido y eficiente, pero nunca había disparado contra un objetivo vivo..., y mucho menos contra uno que se estuviera moviendo. Mientras hacía que la nave emprendiera un temerario ascenso forzando los sistemas de propulsión al máximo, Han abrió su canal de comunicaciones. Tenía que informar de lo que estaba ocurriendo por si el *Sueño* acababa quedando a la deriva y se les presentaba la ocasión de subir a un módulo salvavidas de emergencia.

–Colonia Uno de Ylesia, aquí el *Sueño de Ylesia*. Colonia Uno, aquí el *Sueño de Ylesia*. Estamos siendo atacados, repito, atacados. ¡Dos naves se han lanzado sobre nosotros en cuanto salimos del hiperespacio! –La voz de Han se quebró bajo la tensión–. ¡No he tenido la culpa, de veras! Nos están persiguiendo, y estoy llevando a cabo maniobras evasivas... ¡Aquí piloto Draygo, corto y cierro!

Han volvió la cabeza hacia la pantalla visora y las lecturas sensoras que había debajo de ella y vio que habían logrado aumentar la distancia que los separaba de sus perseguidores –aún no había podido echar un buen vistazo a las naves piratas–, y después hizo que el *Sueño* iniciara una espiral de descenso que lo llevó por debajo de las naves que se aproximaban a ellos. Mientras sus atacantes pasaban velozmente por encima de su cabeza, Han hizo que su nave describiera un apretado viraje.

–¡Ahora, Muuurgh! –gritó por el intercomunicador.

Su orden fue recompensada por un rugido togoriano y una potente emisión de energía..., pero Muuurgh falló el blanco por una gran distancia. Una nave pirata había virado, y volvía a disparar...

¡Wham!

El *Sueño de Ylesia* tembló violentamente. La nave acababa de sufrir un impacto de primera categoría. Han sintió que el corazón le daba un vuelco cuando oyó un maullido de pura agonía procedente del pozo artillero.

–¿Muuurgh? ¿Muuurgh? ¿Te han dado? –gritó.

Pero no hubo respuesta.

Una rápida inspección de las pantallas de diagnóstico le informó de que habían sufrido un pequeño descenso de presión, pero la filtración había sido sellada automáticamente por los sistemas de la nave.

–Muy bien, pandilla de desgraciados... –masculló Han, apuntando sus cohetes Arakyd de alta potencia explosiva y centrando la mira en la nave pirata de la derecha–. ¡Tomad esto!

El *Sueño* se bamboleó violentamente cuando el cohete salió disparado de su tobera, y Han torció el gesto al ver que el pirata conseguía esquivarlo en el último segundo. Decidió volver a intentarlo. Si pudiera conseguir que se colocara un poco más a babor...

—¡Sí! —murmuró salvajemente mientras lanzaba otro cohete hacia la trayectoria del pirata, previendo su maniobra evasiva—. ¡Te pillé!

Un segundo después un intenso resplandor blancoazulado empezó a extenderse en todas direcciones, expandiéndose rápidamente hasta convertirse en una bola de fuego de incandescente belleza. Han tuvo que desviar la vista, y cuando volvió a mirar vio que el otro pirata se estaba alejando a toda velocidad en dirección opuesta.

—Ah, no... Ni lo sueñes —gruñó Han—. También acabaré contigo...

Fue siguiendo la trayectoria de la nave pirata que huía y lanzó otro cohete con una feroz presión del dedo.

El cohete empezó a perseguir a su objetivo, pero de repente la nave pirata se desvaneció entre un estallido de luz estriada. Los piratas habían saltado al hiperespacio, donde estarían a salvo. Han masculló una maldición ahogada mientras conectaba el piloto automático y echaba a correr hacia el pozo artillero, preguntándose si Muuurgh estaría bien.

Unos segundos después Han estaba inmóvil entre las ruinas de la montura del cañón y contemplaba las masas de sellador de presión que los sistemas del *Sueño* habían esparcido automáticamente por todas partes para que se expandiesen y eliminaran la fuga de presión. Había un intenso olor a ozono y quemaduras negras allí donde el haz de energía les había acertado.

Muuurgh seguía unido al asiento móvil por el arnés de seguridad, pero el togoriano estaba inconsciente, y no se movió cuando Han soltó las tiras del arnés y consiguió subirlo, medio en brazos y medio a rastras, por la escalerilla que conducía a la sala de control.

El togoriano respiraba, pero tenía una quemadura a lo largo de un lado de la cabeza, justo debajo de la oreja derecha. Han la inspeccionó, deslizando los dedos por entre el negro pelaje, y descubrió un bulto bastante grande detrás de la oreja. Estaba claro que el togoriano se había dado un buen golpe en la cabeza. Han no estaba muy seguro de qué debía hacer: conocía los primeros auxilios más adecuados para los humanos y para unas cuantas especies de alienígenas, pero el pueblo de Muuurgh casi nunca salía de su mundo.

«He de llevarle a un centro médico —pensó, tapando al alienígena inconsciente con una manta y yendo a echar un vistazo al ordenador de navegación—. ¿Dónde está el sistema más próximo?»

Examinó unas cuantas cartas estelares, y su dedo acabó descendiendo sobre una de ellas.

—De acuerdo —murmuró—. Vamos allá. ¡Aguanta, Muuurgh! —añadió, volviéndose hacia el togoriano.

Han programó la nave para el corto salto hiperespacial y después fue a inspeccionar los motores antes de dar la orden. El desagradable olor de una conexión quemada le hizo torcer el gesto y le obligó a fruncir la nariz. «Me pregunto si debería utilizar la unidad hiperimpulsora de reserva...»

Pero entonces irían mucho más despacio, y Han no tenía forma de saber hasta qué punto era grave el estado de Muuurgh. Han decidió correr el riesgo de usar el motor de hiperimpulsión principal, y contuvo el aliento mientras iniciaba el salto al hiperespacio. La forma en que titubeaba la nave y los sonidos entrecortados que brotaban del motor hicieron que empezara a sudar.

El *Sueño* tembló y vibró, pero las estrellas se convirtieron en franjas llameantes y Han y Muuurggh saltaron al hiperespacio.

Han emergió del hiperespacio unos minutos después y agradeció a su hada de la buena fortuna que el *Sueño de Ylesia* hubiera logrado mantenerse entero durante aquel salto. Estaba claro que los motores lumínicos de la nave espacial necesitaban unas cuantas reparaciones.

El joven corelliano se dirigió hacia el sistema estelar que había elegido, y puso rumbo al único mundo habitado. Cuando aún estaba bastante lejos de él, conectó el piloto automático y fue a echar un vistazo a la caja de brillestim. El mundo que había elegido tenía aduanas y controles sobre la especia, por lo que Han abrió el compartimiento secreto que los sacerdotes habían incluido en la bodega de carga y sacó de él las cajas de perfume de ámbar gris doreeniano que transportaba como cargamento «de tapadera». Gruñendo a causa del esfuerzo, Han llevó los pesados contenedores de perfume a la bodega de carga y los repartió por ella. Después metió el contenedor lleno de recipientes de brillestim, mucho más pequeño, dentro del compartimiento oculto, asegurándose de que quedaba herméticamente cerrado. A menos que alguien supiera que estaba allí, nunca lo encontrarían, y la escotilla había sido diseñada para resistir los sondeos de los sensores.

Cuando Han volvió al asiento del piloto, el mundo que había elegido ya estaba creciendo en sus pantallas visoras. Mientras se aproximaba a él pudo ver que era un mundo muy hermoso, una esfera azul, marrón y blanca que flotaba sobre la negrura nocturna del espacio. Han acababa de iniciar el descenso cuando de repente se acordó de que había desconectado su sistema de comunicaciones después de haber enviado el mensaje a Ylesia. «Será mejor que vuelva a conectarlo –pensó–, y que hable con las autoridades del espaciopuerto y obtenga permiso para descender. –Lanzó una rápida mirada a Muuurggh, que había permanecido totalmente inmóvil y silencioso durante todo aquel tiempo–. Y quizá también debería pedir un medio de transporte para que nos lleve al hospital más próximo...»

Mientras sus dedos activaban la unidad de comunicaciones, la pantalla visora se llenó con la imagen de un hombre de aspecto afable y bondadoso en cuyo regazo había sentada una niña de cabellos oscuros. Han dio un respingo, pero un instante después comprendió que se trataba de un mensaje pregrabado transmitido a todas las naves que seguían un vector de aproximación.

Una voz identificó al hombre de la pantalla: «Su majestad Bail Prestor Organa, virrey y primer consejero».

La imagen del hombre sonrió.

–Saludos –dijo después–. Les doy la bienvenida a Alderaan en mi nombre y en el de mi pueblo.

Alderaan y de vuelta a Ylesia

Han escuchó con sólo una parte de su atención mientras aquel hombre –¿qué habían dicho que era, rey o algo por el estilo?– proseguía con su videomensaje.

–Como ya saben muchos de nuestros visitantes, Alderaan es un mundo pacífico, un mundo en el que hemos renunciado a las armas y a su uso. Mientras sean huéspedes nuestros, les pedimos que respeten nuestras tradiciones y nuestras leyes dejando sus armas bajo la custodia de la Autoridad Portuaria durante su estancia aquí.

«Descubrirán que Alderaan tiene muchas cosas que ofrecer a un visitante. Apenas tenemos crímenes...

«Oh, claro –pensó Han–. Estoy seguro de ello.»

–...y hemos resuelto el problema de la contaminación. Nuestros lagos están limpios, nuestro aire es puro y nuestra gente es feliz. Tenemos museos maravillosos, y les invitamos a visitarlos. Asegúrense de que no se les pasan por alto nuestros cuadros de hierba cuando los sobrevuelen durante su aproximación de descenso. Nuestros pintores de hierba figuran entre los artistas más grandes de la galaxia. Damos la bienvenida a nuestro hermoso mundo a todos los visitantes, y sólo les pedimos que vengan en paz y que obedezcan nuestro...

Han se inclinó hacia adelante mascullando una maldición, desconectó el circuito auditivo de la transmisión y obsequió a la pantalla con un gesto altamente grosero. «¿Todo un planeta lleno de ciudadanos honrados? Lo creeré cuando lo vea...»

Unos minutos después el mensaje pregrabado de Bail Organa fue sustituido por la imagen, transmitida en directo, de un controlador del tráfico de la Autoridad Portuaria. Han volvió a conectar el circuito auditivo.

–Aquí el capitán Draygo, pilotando el *Sueño de Ylesia* –dijo secamente–. Solicito permiso para descender. He sido atacado por piratas y mi nave ha sufrido daños, y tengo un artillero herido. ¿Pueden preparar una plataforma médica para que acuda a mi nave tan pronto como haya bajado?

–Por supuesto, capitán Draygo. Le he asignado un vector de aproximación de alta prioridad, y vamos a reservar el Muelle de Atraque 422 para su nave. Bastará con que siga el haz de la baliza de descenso hasta llegar a él. Tendremos un transporte y un androide médico esperándoles.

–Gracias.

El vector de aproximación condujo a la nave directamente por encima de las pinturas de hierba, y a pesar de sus preocupaciones Han no pudo evitar quedar muy impresionado. La enorme llanura de hierba ondulante y agitada por el viento contenía una forma abstracta de kilómetros de anchura creada mediante florecillas silvestres de todos los colores. «Buen truco –pensó Han–. Me pregunto cómo lo harán... ¿Y por qué se toman tantas molestias? Después de todo, nadie puede vender ese tipo de obra de arte y obtener dinero de ella...»

Aldera, la capital de Alderaan, se encontraba en una isla situada en el centro de un lago. En realidad el lago era un cráter meteórico que se había ido llenando con el agua de unos manantiales subterráneos. Los restos del cráter, inmenso y relativamente

«reciente» (por lo menos en términos geológicos), rodeaban el lago con una serie de pequeñas colinas bastante escarpadas cuyas laderas estaban cubiertas de bosques y verdes campos. El agua que llenaba el cráter milenario chispeaba con brillantes destellos azul hielo bajo los primeros rayos del sol matinal.

El espaciopuerto se encontraba al otro extremo de la isla, y el vector de aproximación que le habían asignado hizo que Han sobrevolara la ciudad a muy poca altura. Unos minutos después ya estaba haciendo bajar el *Sueño de Ylesia* para un descenso impecable. Han había adquirido tanta experiencia en las maniobras de aterrizaje bajo gigantescas tormentas y malévolas corrientes de aire que posar una nave sobre la superficie de un planeta normal parecía un juego de niños.

La unidad médica le estaba esperando tal como le habían prometido. Han le quitó a toda prisa el desintegrador a Muuurgh y lo guardó en un compartimiento auxiliar, y después dejó subir a bordo al androide médico con su camilla antigraavitatoria y le ayudó a colocar a Muuurgh encima de ella.

—¿Crees que se recuperará? —le preguntó al androide.

—Mi examen preliminar indica que la lesión de la cabeza no ha producido ningún traumatismo que pueda resultar mortal —replicó el androide—. Aun así, tendremos que efectuar algunas pruebas más. Mi previsión es que su tripulante tendrá que pasar la noche en nuestras instalaciones.

—Muy bien —dijo Han.

«Tendré que encontrar alguna forma de pagar el tratamiento de Muuurgh», pensó mientras contemplaba cómo la camilla sobre la que habían colocado al togoriano desaparecía dentro del transporte, el cual despegó inmediatamente y puso rumbo hacia el sur.

Han vio pasar a una mujer que llevaba un uniforme del cuerpo técnico y la llamó con un gesto de la mano.

—He sufrido algunas averías —dijo—. ¿Podría enviarme un equipo de reparaciones lo más pronto posible?

—Antes déjeme ver si son muy graves —replicó la mujer. Han la llevó a la montura artillera y después la acompañó hasta la sala de motores para que pudiera echar un vistazo al sistema de hiperimpulsión—. Habrá que trabajar un mínimo de seis horas en cada sitio, pero podemos empezar hoy mismo —le explicó en cuanto hubo terminado su inspección.

—Estupendo —dijo Han.

Había hecho pequeñas reparaciones en barredoras y deslizadores cuando competía en las carreras, pero nunca había tenido que enfrentarse a unas averías tan considerables y quería asegurarse de que el trabajo se hacía como era debido.

Mientras la cuadrilla de reparaciones subía a bordo, Han se preguntó qué debería hacer a continuación y acabó decidiendo que iba a tener que hablar con Ylesia. Los sacerdotes tendrían que pagar las reparaciones y el tratamiento de Muuurgh.

Fue hacia la cabina de control con la intención de enviar el mensaje inmediatamente. Su mano ya estaba encima del interruptor cuando Han se quedó totalmente inmóvil.

«Espeeeeeera un momento —pensó—. ¿Qué estoy haciendo? Estoy sentado encima de un cargamento de brillestim, la especia más valiosa de toda la galaxia, ¿y voy a llevarlo de vuelta a Ylesia para que puedan volver a venderlo?»

Hizo aparecer en la pantalla la grabación automática de su cuaderno de bitácora, escuchó lo que había dicho durante su transmisión y después sonrió para sus adentros. «Esto está chupado. Lo único que he de hacer es decirles a los sacerdotes que los piratas nos abordaron y que se llevaron el brillestim. Muuurgh estaba inconsciente, así que no

sabe qué ha ocurrido. Puedo vender la especia en Alderaan, ingresar el dinero en una cuenta de algún banco de este planeta y hacer que me lo transfieran más tarde. Nunca lo sabrán...»

Pero si quería conservar su empleo como piloto de los sacerdotes ylesianos, tendría que actuar muy deprisa. Se había presentado en las coordenadas de la cita, y los sacerdotes no eran idiotas. Eso quería decir que averiguarían cuánto podía tardar una nave en llegar a Alderaan desde el sitio en el que habían sido atacados. Han podía justificar unas cuantas horas extra mediante las averías sufridas por el *Sueño*, alegando que había tenido que ir muy despacio porque no podía exigirle demasiado a la nave.

«De acuerdo, así que sólo dispongo de unas cinco horas –pensó–. Cuando hayan transcurrido tendré que ponerme en contacto con los sacerdotes para hacerles saber que estoy vivo, que su nave ha sufrido serios daños y que tendrán que pagar las reparaciones. Si tardo más de cinco horas en hablar con ellos, empezarán a sospechar que ocurre algo raro...»

Sacó su maltrecha chaqueta de piel de lagarto marrón del armario y alisó su gastado mono de piloto, dejándolo lo menos arrugado posible. Después se peinó. «No quiero ir por ahí despeinado», pensó con una punzada de melancólica diversión, acordándose de Dewlanna y de cómo la wookiee siempre le decía que estaba muy guapo con los cabellos de punta, como si Han fuera un joven de su raza.

Se puso la chaqueta encima del uniforme gris y contempló con tristeza el desintegrador de Muuurgh, deseando poder llevarlo colgado de la cintura. «Qué planeta tan estúpido... ¿Quién ha oído hablar de un mundo en el que no están permitidas las armas?» Con un suspiro y una sacudida de la cabeza, Han dejó el *Sueño de Ylesia* en manos de la cuadrilla de reparaciones.

Fue con paso rápido y decidido hacia la entrada del espaciopuerto y después subió a una de las lanzaderas de acceso gratuito que iban a Aldera, la capital. La metrópolis relucía con destellos blancos bajo la claridad solar, tan limpia y majestuosa como una ciudad vista en un sueño. Han se dedicó a mirar el paisaje por las ventanillas de la lanzadera, contemplando las torres, cúpulas y edificios ultramodernos de niveles superpuestos cuyas blancas siluetas estaban puntuadas por verdes terrazas. La isla era montañosa, y los arquitectos de la ciudad habían preferido seguir los contornos naturales de la zona en vez de eliminarlos. El resultado era agradable y muy variado para la vista, siendo hermoso y moderno sin que pareciese agresivo o artificial.

El programa automatizado introducido en los sistemas de la lanzadera iba indicando los puntos de interés a medida que pasaban por ellos. Han contempló museos, gigantescas galerías cubiertas, edificios gubernamentales y de oficinas y finalmente, cuando se fueron aproximando al corazón de la ciudad, pudo ver los esbeltos pináculos y pequeñas cúpulas del palacio real reluciendo con destellos blancos y dorados bajo el sol. Han sonrió sarcásticamente y se preguntó si la princesa-niña que había visto en la pantalla de su nave estaría en algún lugar de aquel recinto, viviendo su rica y perfecta existencia. «Con un poco de suerte, yo también seré rico muy pronto...»

Siguió a bordo del transporte mientras éste se deslizaba a lo largo de su ruta y continuó contemplando la ciudad. Ya habían salido de la zona de grandes edificios, y estaban atravesando los suburbios residenciales.

Mientras contemplaba las numerosas plazas con fuentes y patios, las elegantes mansiones, calles limpias y personas bien vestidas que iban dejando atrás, Han tuvo que admitir que Aldera parecía un sitio muy bonito para vivir. «Pero éste no es el tipo de zona que me interesa... Será mejor que haga unas cuantas exploraciones por mi cuenta. El gobierno no desea que los turistas vean los sitios a los que quiero ir.»

Han bajó en el final del trayecto de la lanzadera y empezó a pasear por la parte central de la ciudad para hacerse una idea de su disposición general. Guiado por el instinto, fue a una zona en la que las casas eran más pequeñas y no estaban tan limpias y cuidadas. Finalmente, en un barrio que no cabía duda estaba habitado por gente con pocos ingresos y que contaba con más de una taberna y un local de empeños, comprendió que había llegado al lugar adecuado.

Fue recorriendo las calles con la mirada mientras caminaba, buscando a un tipo de individuo muy determinado, y por fin encontró lo que andaba buscando. Un muchacho vestido con prendas no muy nuevas y tirando a sucias que le quedaban un poquito pequeñas avanzaba con largas zancadas por la calle, dirigiendo miradas exageradamente distraídas y casuales a cada transeúnte que se cruzaba en su camino. Han reconoció al muchacho aunque nunca lo había visto anteriormente.

Un carterista... Diez años antes, Han había sido aquel chico.

Han incrementó la longitud de sus zancadas hasta alcanzar al chico. Tal como esperaba, el muchacho desplazó el peso de su cuerpo y alteró su paso para chocar con Han mientras el corelliano pasaba junto a él. El roce de unos dedos rápidos como el rayo que se introdujeron en el bolsillo de la chaqueta del piloto tampoco pilló por sorpresa a Han. Los dedos salieron del bolsillo sin haber encontrado nada: la identificación de Han y los escasos créditos que llevaba encima estaban dentro del bolsillo interior de su mono.

Han volvió a alargar el paso hasta que hubo rebasado al muchacho, y después giró bruscamente sobre sus talones y se encaró con él.

—Eh, chico —dijo, sonriendo afablemente mientras alzaba el dinero y el disco de identidad del muchacho delante de su cara—. ¿Has perdido algo?

El muchacho se quedó boquiabierto de puro asombro, pero se recuperó enseguida y clavó la mirada en el rostro de Han. Sus negros ojos ardían de furia.

Han se apoyó en la fachada de una tienda.

—Eres muy descuidado, ¿no? Me parece que has perdido estas cosas...

El muchacho se hinchó como un lagarto mrelfa envenenado y después se embarcó en una tan furiosa como detallada descripción de los antepasados, costumbres personales y probable destino de Han. Han le escuchó pacientemente hasta que el chico empezó a balbucear y a repetirse, y después solicitó silencio con un gesto de la mano.

—Te las devolveré a cambio de un poco de información —dijo afablemente.

El muchacho le fulminó con la mirada mientras apartaba sus largos mechones de sus ojos.

—¿Qué clase de información, hijo de un pervertido enfermo?

Han lanzó una moneda al aire y la pilló al vuelo, sin ningún esfuerzo y sin mirar.

—Vigila tu lengua, chico. Sólo quiero saber a qué parte de esta ciudad va la gente cuando quiere hacer negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Ya sabes de qué clase de negocios te estoy hablando. Negocios de los que no quieren que se entere la ley, compra de sustancias que no puedes adquirir legalmente...

—¿Especia? —El muchacho frunció el ceño—. ¿De qué variedad?

—Brillestim.

El fruncimiento de ceño del muchacho se volvió todavía más marcado.

—¿Qué es eso?

«Típico de mi mala suerte —pensó Han—. He tenido que tropezar con el único carterista idiota de toda Aldera. Estupendo, realmente estupendo...»

—El brillestim es... Bueno, es realmente muy valioso. Es todavía más valioso que el carsunum o el andris.

El muchacho volvió a menear la cabeza.

—Tampoco he oído hablar de esas especias.

«¡No puedo creerlo!»

—¿Qué me dices del andris? ¿Tenéis andris aquí? ¿Lo usáis para dar sabor a los alimentos, para que se conserven mejor...?

El muchacho asintió.

—Ah, sí... El andris. Sí, lo conocemos. Es muy caro.

—Exacto —dijo Han—. Cuando compras andris, ¿dónde lo adquieres?

—Yo nunca compro andris, maldito chiflado —dijo el muchacho—. Y ahora devuélveme mi dinero y mi identificación.

—Un momento, ¿de acuerdo? Ten un poco de paciencia —dijo Han, manteniendo las dos cosas lo suficientemente arriba para que el muchacho no pudiera cogerlas—. Está bien, así que nunca has comprado andris. Pero si tú o tus amigos quisierais comprar un poco de andris, ¿cómo os las arreglaríais? ¿Iríais a una tienda, o a alguna clase de departamento gubernamental?

La expresión que apareció en el rostro del muchacho mientras meneaba la cabeza no podía ser más elocuente.

—No, hombre. Se lo compraríamos a Darak Lyll.

«¡Por fin! ¡Un nombre!»

—Eso es lo que quería. Darak Lyll... ¿Qué aspecto tiene?

—Más alto que tú. Cabellos largos, barba. Mucha tripa.

—¿Viejo o joven?

—Viejo. Tiene canas.

—¿Y dónde se le puede encontrar? —preguntó Han.

—¿Tengo cara de ser su guardián? —replicó el carterista en un tono lleno de sarcasmo.

Han respiró hondo.

—Me conformo con que me digas el nombre de cualquier sitio al que pueda ir Lyll durante uno de sus días de actividad habitual. No me mientas, o juro que te denunciaré por intento de robo.

El muchacho le dio los nombres de seis tabernas, y le dijo que todas ellas estaban a un máximo de cinco minutos a pie desde el sitio en el que se encontraban. Han se apartó de la fachada y le lanzó su identificación y su dinero.

—Y la próxima vez mantén el botín dentro de tus ropas, chaval —dijo—. Procura que no se separe de tu piel, ¿eh?

Han acarició el bolsillo en el que llevaba el dinero y obsequió al muchacho con una sonrisa de satisfacción.

El muchacho respondió con un gruñido y se fue, mascullando maldiciones.

Una hora después Han había llegado a la conclusión de que las tabernas alderaanianas estaban demasiado limpias y excesivamente bien iluminadas. Hasta el momento había estado en tres de los seis locales que debía visitar, y en ninguno de ellos había encontrado un ambiente lo suficientemente turbio para sus propósitos. Además, Darak Lyll no estaba en ninguna de ellas.

En la parte de atrás de una taberna vio cómo un hombre le pasaba algo a otro tapando el objeto con el brazo, y a continuación recibía un disco de crédito entregado de manera igualmente clandestina. Han esperó hasta que el primer hombre se levantó para utilizar la unidad de aseo y le siguió. Cuando el hombre salió de la unidad de aseo, Han le estaba esperando entre la penumbra del pasillo.

—Me gustaría hablar un momento contigo, amigo.

El traficante, un hombrecillo de rasgos flacos y angulosos que le recordó a un ranat, contempló a Han con suspicacia durante unos segundos y acabó decidiendo que el corelliano no suponía ninguna amenaza para él.

—¿Sí? ¿De qué?

—¿Haces negocios con la especia?

El hombre titubeó durante un momento interminable antes de hablar.

—¿Cuánta quieres?

—No, amigo, he venido a vender, no a comprar. ¿Te interesa?

—¿Qué tienes?

—Brillestim. Cien recipientes.

—¡Brillestim! —El hombre había subido la voz, pero se apresuró a bajarla y se acercó un poco más a Han—. ¿De dónde has sacado ese cargamento, hijo?

—No soy tu hijo, y de donde lo he sacado no es asunto de tu incumbencia. ¿Te interesa?

—En cualquier mundo que no fuera éste me interesaría muchísimo, pero... —El hombre meneó la cabeza—. No. No hay canales para distribuirla. Tendría que tratar de sacarla de Alderaan, y eso es demasiado arriesgado. Me enviarían a las minas de Kessel para que extrajera esa sustancia infernal de los túneles. Ya sabes que el brillestim puede ser muy peligroso, ¿no? Si tomas una cantidad excesiva, te puede dejar ciego... Y vuelve locos a los biths.

—Ya sé todo eso, amigo —dijo Han con impaciencia—. Gracias..., por nada —añadió, y salió de la taberna con el ceño fruncido.

Acabó encontrando a Darak Lyll en la quinta taberna que visitó. Han le reconoció gracias a la descripción del carterista. Lyll estaba jugando al sabacc y cuando vio que Han se había quedado de pie junto a la mesa y estaba observando la partida, le llamó con una cordial seña de la mano.

—¿Quieres sentarte y jugar una mano?

Han ya había jugado al sabacc anteriormente, pero no había ido allí para eso. Clavó la mirada en el rostro de Darak Lyll y enarcó las cejas.

—Todo depende de qué estés dispuesto a aceptar para cubrir las apuestas, Lyll.

La expresión del hombre no cambió en lo más mínimo mientras alzaba la vista hacia Han.

—¿Tienes algo bueno, piloto?

—Tal vez.

—Bueno, la apuesta inicial está en veinte créditos.

Han meneó la cabeza.

—He cambiado de parecer. Tengo que salir a respirar un poco de aire fresco.

Estuvo fuera durante unos cinco minutos, apoyado en la pared del callejón.

—Has tardado mucho —dijo sin mirar en cuanto oyó que alguien se aproximaba—. Debías de estar ganando, ¿no?

—El despliegue del idiota —dijo Lyll, usando la expresión con la que los jugadores de sabacc se referían a las manos imbatibles de primera categoría—. Bien, ¿qué es lo que tienes?

Han se volvió hacia el hombre.

—Brillestim. Un centenar de recipientes.

—¡Vaaaaya! —Darak Lyll dejó escapar un silbido de asombro—. ¿De dónde has sacado semejante cargamento?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Han—. ¿Los quieres? Te haré un buen precio...

—Ojalá pudiera comprártela, muchacho. Créeme, ojalá pudiera... —dijo Lyll, pareciendo sinceramente apenado—. Pero si lo hiciera sería un idiota. No hay mercado para el brillestim en Alderaan.

Han masculló una maldición y giró sobre sus talones. «¿Qué voy a hacer?», se preguntó. Se le estaba agotando el tiempo. Quizá debería coger una lanzadera intercontinental para ir a otra ciudad. Quizá Aldera era la única ciudad de aquel mundo que podía presumir de ese nivel de moralidad casi sobrenatural...

Han suspiró. «No tengo tiempo. O vendo esa especia en una hora, o...»

Una mano cayó sobre su hombro. Han estaba tan tenso que necesitó hasta el último átomo de control de sí mismo que poseía para no gritar y salir corriendo. Lo que hizo fue volverse y contemplar al hombre de mediana edad y cabellos oscuros que estaba caminando junto a él.

—Me parece que me ha confundido con otra persona —dijo en el tono más tranquilo de que fue capaz.

—No lo creo, Vykk —dijo el hombre—. Usted es el piloto Vykk Draygo y acaba de llegar de Ylesia, ¿verdad?

—¿Y qué? —replicó Han—. No le conozco.

—Me llamo Marsdem Latham —dijo el hombre, colocando una identificación holográfica debajo de la nariz de Han—. Pertenezco a la fuerza de seguridad interna de Alderaan.

«Oh, no...»

—Le hemos estado observando desde que llegó esta mañana con su nave averiada, piloto Draygo, y nos alegramos mucho de haber podido ayudarle con las reparaciones y el tratamiento médico de su compañero. ¿Vio el mensaje pregrabado cuando entró en la zona de frecuencias de Alderaan?

—Lo vi.

—Bueno, pues queremos que la gente se lo tome en serio. No nos gustan los problemas, ¿entiende? —El hombre sonrió de repente, mostrando unos dientes muy blancos y muy regulares—. No estará pensando en causarnos problemas, ¿verdad, piloto?

Han intentó mantener una expresión de impasibilidad absoluta. «Saben que he estado intentando vender la especia... Deben de haberme estado vigilando durante toda la mañana...» Maldijo en silencio al agente de la fuerza de seguridad.

—Por supuesto que no, señor —dijo en voz alta—. Soy un tipo muy pacífico, y no me gusta meterme en líos.

—Es justo lo que le he dicho a mi jefe, y me alegra ver confirmada mi primera impresión. Ha sido un placer hablar con usted, piloto Draygo. Disfrute de su estancia en Alderaan.

Las zancadas del hombre se alargaron y se volvieron más rápidas, y un instante después ya se estaba alejando de Han para desaparecer calle arriba.

Han se obligó a seguir andando despacio y a no mirar detrás de él. Estarían allí, sin duda, y no le perderían de vista. El juego había terminado, y Han había perdido. Frunciendo el ceño, meneó la cabeza en una reacción que tenía tanto de disgusto como de admiración. Aquellos agentes debían de ser realmente buenos, porque Han no había tenido ni idea de que le estuvieran siguiendo.

Estaba claro que la «charla» con aquel tipo había sido una no muy velada advertencia para que dejara de tratar de vender su cargamento, y eso quería decir que tendría que volver a llevarlo a Ylesia. No había ningún otro planeta lo suficientemente cerca para que Han pudiera llegar allí a tiempo de hacer la venta.

Echó un vistazo a su cronómetro y descubrió que tenía el tiempo justo para ir a ver qué tal estaba Muuurgh antes de que tuviera que ponerse en contacto con Ylesia. Han apretó el paso, dirigiéndose hacia la estación del transporte público más cercana.

El centro médico de la Universidad de Alderaan al que habían llevado al togoriano se encontraba justo al lado del campus universitario. Han bajó del transporte público que lo había llevado hasta allí flotando sobre sus haces repulsores y se dedicó a contemplar el lugar durante unos momentos. «Bonito –pensó–, realmente bonito... –Durante un instante se preguntó si la Academia Imperial se parecería a aquel sitio–. Probablemente no –decidió después–. La Academia es una institución militar, así que apostaría a que seguramente tendrá más aspecto de base. Pero esto.. Sí, no cabe duda de que tiene mucha clase...»

Pequeñas praderas cubiertas de hierba verde y azulada se extendían a través del cuadrángulo central. Los arriates de flores creaban manchones de vivos colores y rodeaban la enorme fuente central. En el centro de la fuente había una gigantesca escultura de hielo viviente que representaba a un joven y una muchacha alderaanianos cogidos de la mano que alargaban el brazo hacia los cielos. «Eh, eso tiene que valer un barril de créditos», pensó Han, contemplando la escultura y comprendiendo que tenía que ser una obra de arte inapreciable.

«Sí, está claro que este sitio tiene muchísima clase», decidió Han mientras pasaba junto a la enorme fuente y subía por la impresionante escalinata de piedra blanca que llevaba al centro médico.

El androide de información del mostrador de recepción le proporcionó el número de la habitación del togoriano. Han recorrió los pasillos con paso rápido y decidido, llegó a la habitación y se detuvo delante de la puerta para hablar con el androide médico.

–Su amigo ha recibido un golpe bastante severo en el cráneo –dijo el androide–. Un humanoide probablemente habría muerto, pero por fortuna los togorianos poseen una materia ósea muy densa y su amigo se encuentra bastante bien. Hemos estado usando tratamientos de curación rápida desde que ingresó, y mañana por la mañana ya debería estar en condiciones de poder marcharse.

–Gracias –dijo Han, abriendo la puerta y entrando.

Muuurgh yacía hecho un ovillo sobre una gran plataforma redonda. El togoriano estaba cubierto de diminutas unidades sensoras que informaban continuamente sobre su estado. Los ojos azules del alienígena se abrieron en cuanto entró Han, y Muuurgh se medio incorporó sobre la plataforma.

–¡Piloto!

–Eh, colega... ¿Qué tal estás? –Han se sorprendió ante el inmenso alivio que sintió al ver al togoriano nuevamente consciente y lúcido. No se había dado cuenta de hasta qué punto le había cogido afecto al enorme felinoide–. ¿Te tratan bien?

–Piloto...

Ver a Han allí había dejado asombradísimo a Muuurgh.

–Pareces sorprendido de verme.

Era una forma realmente muy suave de expresarlo, desde luego: Muuurgh no parecía sorprendido, sino atónito.

–Muuurgh essstá... –El enorme alienígena meneó su peluda cabeza, visiblemente aturdido–. Quiero decir que essstoy sorprendido. Pensssé que nunca volvería a verte.

Han puso cara de sentirse muy ofendido.

–¿Por qué no? ¿Pensabas que te dejaría tirado aquí y que me largaría con el cargamento?

–Sssí –se limitó a replicar Muuurgh.

–Bueno, pues estoy aquí, ¿no? Si no hubiera conseguido llegar al espacio aldeaarano, ahora sólo serías un montón de carne muerta. Te sugiero que no lo olvides, amigo. Me debes una.

Muuurgh asintió, todavía un poco aturdido.

–Sssí, Piloto... Te debo una.

Han contempló a Muuurgh en silencio y con el ceño fruncido durante unos momentos y acabó sentándose en el borde de la plataforma.

–Prescindamos de todas esas formalidades y deja de llamarme «piloto». A partir de ahora soy Vykk, ¿de acuerdo?

Muuurgh extendió una pata y la puso sobre el brazo de Han con gran delicadeza. Los enormes dedos terminados en garras, que estaban cuidadosamente retraídas, empujaron el miembro humano.

–De acuerdo, Vykk...

Después de dejar a Muuurgh confiado a las tiernas atenciones de los androides médicos, Han volvió al *Sueño* y se puso en contacto con Ylesia. Teroenza no estaba disponible, por lo que pidió hablar con Veratil. Cuando el rostro hinchado y lleno de pliegues del sacerdot ylesiano apareció en la pantalla, Han le hizo un relato abreviado de sus aventuras y prometió iniciar el viaje de vuelta a Ylesia al día siguiente. Veratil, a su vez, prometió hacer todos los arreglos necesarios para pagar las reparaciones de la nave y el tratamiento de Muuurgh.

En cuanto hubo terminado de hablar con Veratil, Han descubrió que estaba hambriento, por lo que después de echar un vistazo a su pequeña reserva de créditos fue a una combinación de taberna y restaurante situada en el campus de la Universidad de Alderaan. El local ocupaba un gran patio, y una fuente que proyectaba un arco iris multicolor lanzaba delicados chorros de gotas cristalinas al aire delante de la entrada.

Han empujó la puerta y entró.

La taberna estaba llena de jóvenes elegantemente vestidos que charlaban, reían, bebían y comían. Han titubeó, sintiéndose repentinamente incómodo y fuera de lugar, pero su capacidad natural para la fanfarronería acudió en su ayuda. «Valgo tanto como ellos», pensó desafiante, y siguió al androide-camarero hasta una mesita. A pesar de su fachada de valor, el joven corelliano era incómodamente consciente de la forma en que su gastado mono manchado de sudor y su vieja chaqueta contrastaban con las elegantes prendas de los estudiantes vestidos a la última moda que hablaban y reían en las otras mesas.

Una vez sentado, Han pidió una cerveza alderaaniana. Estudió el menú y vio que el local ofrecía «cubos de nerf y túberos con salsa al vino» como plato especial. Era un poco caro, pero Han lo pidió de todas maneras, sabiendo que el nerf estaba considerado como una auténtica exquisitez gastronómica. El estofado llegó acompañado por un gran plato de pan que hizo que se acordara de la Peregrina 921. «Ojalá 921 estuviera aquí –pensó–. Tener a alguien con quien hablar resultaría muy agradable...» Han sumergió un cuadrado de pan en la salsa, se lo metió en la boca, masticó y luego sonrió. «¡Esto está realmente muy bueno!» Han llevaba mucho tiempo sin disfrutar de una buena comida, ya que los habitantes del *Suerte del Comerciante* solían subsistir a base de raciones espaciales durante sus viajes. Han sólo comía bien cuando estaba interpretando su papel en una de las estafas de Garris Alcaudón. Se acordó de una barbacoa a la que había asistido en Corellia, donde habían servido costillas de traladón con una salsa especial.

Pero acabó decidiendo que ni siquiera las costillas de traladón a la parrilla podían compararse con el nerf. Han, muerto de hambre, se concentró en la comida.

Había vaciado la mitad del plato cuando una chica muy guapa de largos cabellos castaños suavemente rizados y luminosos ojos azules subió al pequeño escenario llevando consigo un mandoviolín. La joven se sentó en un taburete, empezó a acariciar las cuerdas y, un momento después, su voz límpida y pura resonó por todo el local, entonando lo que resultaba obvio era una balada tradicional alderaaniana.

La letra contaba la típica historia de una muchacha que perdía a su amado cuando éste sucumbía a la fascinación de las rutas del espacio, y cómo luego le esperaba durante años y años sin que el joven volviera nunca a casa. Pero la voz de la cantante era tan sincera y hermosa que confería auténtica emoción y dignidad a todos aquellos tópicos.

Cuando la canción llegó a su fin, Han aplaudió entusiásticamente junto con el resto de la clientela. La muchacha cantó otra canción y después bajó del escenario y fue directamente hacia Han. Durante un momento Han pensó –¡esperó!– que fuera a sentarse con él, pero no tuvo tanta suerte. La muchacha ocupó un asiento en la mesa de al lado.

La taberna era un local que tenía mucho éxito y en consecuencia las mesas estaban muy juntas, por lo que la joven acabó sentada a un brazo de distancia de Han. El otro ocupante de la mesa era un muchacho de rostro un poco regordete que tendría uno o dos años más que Han. «Probablemente es su novio», pensó Han mientras le observaba discretamente. El muchacho tenía los cabellos castaño claro y los ojos de un verde avellana. A diferencia de la joven, que llevaba un sencillo vestido azul que le llegaba hasta los tobillos y calzaba sandalias, su acompañante era un auténtico homenaje viviente a las últimas tendencias de la moda.

Su chaqueta color púrpura estaba rodeada por un aparatoso cinturón anaranjado que no encajaba nada bien con sus botas rojas de media caña. Sus pantalones amarillos se adherían a sus piernas como una segunda piel. Han, con su viejo mono gris, se sintió como un humilde pajarillo doméstico enfrentado a un ave del paraíso.

Un instante después Han consiguió atraer la mirada de la cantante mientras ésta echaba hacia atrás sus cabellos y sonreía triunfalmente.

–¡Has estado estupenda! –dijo, aplaudiendo en silencio mientras la joven se inclinaba y sonreía.

–¡Gracias! –replicó la joven–. ¡Ha sido la primera vez que he conseguido reunir el valor suficiente para cantar en público!

Estaba ruborizada y sin aliento, y realmente encantadora. Han le devolvió la sonrisa. «No me importaría pasar la tarde..., y la noche, con ella...»

–Pues entonces somos un público muy afortunado –dijo en voz alta–. Hemos asistido al inicio de una gran carrera.

–¡Oh, muchas gracias! –La joven le ofreció la mano–. Me llamo Aryn Dro, y éste es Bornan Thul.

Han tomó su mano y, en vez de estrecharla, se inclinó sobre ella como si la joven perteneciera a la nobleza corelliana. Sus labios no llegaron a tocar el dorso de la mano, pero Han se aproximó lo suficiente para que la joven pudiera sentir el calor de su aliento sobre su piel.

–Es un honor, Aryn –dijo–. Me llamo Vykk Draygo.

Cuando le soltó la mano y se volvió hacia su acompañante, Han enseguida pudo ver que el joven estaba un poco furioso y que no hacía ningún esfuerzo para ocultarlo.

–Saludos... –dijo Han, no estando muy seguro de qué tratamiento debía emplear mientras estuviese en Alderaan, y ni siquiera de si era correcto emplear alguno.

–Saludos –dijo Thul–. Has estado magnífica, Aryn. ¿Quieres que vayamos a otro sitio para celebrar tu triunfo?

«No aguantas la competencia, ¿eh?», pensó Han, reprimiendo una sonrisa maliciosa. A él tampoco le había pasado desapercibido el chispazo que iluminó los ojos azules de Aryn cuando se presentó.

—No quiero molestaros —dijo, obsequiando a la cantante con su sonrisa más encantadora—. Es sólo que... Bueno, tenía que decirte lo mucho que me han gustado tus canciones. Pero no voy a robaros más tiempo.

A juzgar por la expresión de Thul le habría encantado responder con un «¡Excelente!», pero no se atrevió a hacerlo.

Aryn meneó la cabeza y puso una mano tranquilizadora sobre el brazo de Han.

—¡Oh, no! —exclamó—. Por supuesto que no molestas..., Vykk —añadió después de haber lanzado un rápido vistazo a su mono de vuelo—. Iba a preguntarte si estudiabas aquí, pero supongo que no es así.

Han meneó la cabeza.

—No. Sólo estaré aquí esta noche. Llegué en mi nave esta mañana y ahora la están reparando. Tuvimos que luchar con unos piratas, y sufrimos unos cuantos daños.

Los grandes ojos azules de la joven se volvieron todavía un poco más enormes.

—¿Tu nave? ¿Piratas? ¿Eres piloto estelar?

Han se encogió modestamente de hombros.

—Sí.

El joven corelliano se dio cuenta de que Bornan Thul estaba empezando a ponerse realmente furioso. «Condenado presumido... No te gusta ver cómo tu chica habla con un representante de la clase trabajadora, ¿eh? Pues lo siento mucho, hermano Bornan.»

—Oh, cielos... —murmuró Aryn—. Eso es tan... emocionante. ¿Y eran auténticos piratas? ¿Qué ocurrió?

Han volvió a encogerse de hombros.

—Salimos del hiperespacio, y esos piratas se pegaron a mi cola más deprisa que el hedor a un skeeg. Eran dos. Conseguí acabar con una nave, pero dañaron mi sistema de hiperimpulsión y he tenido que venir a Alderaan para que lo reparasen.

—¿Acabaste con uno de ellos? —preguntó secamente Bornan, elevando una ceja en un enarcamiento lleno de escepticismo—. ¿Con qué?

—Con un cohete Arakyd, amigo —respondió Han sin inmutarse—. Le hice pedacitos su sucio trasero de pirata.

Aryn se estremeció, entre emocionada y horrorizada.

—Debió de ser... terrible.

Han tomó un sorbo de cerveza.

—Es parte del trabajo —dijo, deliberadamente lacónico.

A esas alturas Bornan ya estaba más que hartó. Su rostro enrojeció, y agarró a Aryn del brazo.

—Creo que deberíamos irnos, cariño. Te voy a llevar al mejor sitio de la ciudad. Si nos disculpa, piloto Draygo...

La muchacha titubeó durante unos momentos. «Podría conseguir que Aryn se quedara conmigo —pensó Han—. Sé que podría hacerlo. Y ver cómo salgo de aquí con su chica sería una buena lección para ese idiota de clase alta...»

La tentación era casi irresistible, pero Han se obligó a relajarse y decidió abandonar la competición. Ya se había dado cuenta de que Aryn era una buena chica, y era consciente de que no merecía ser tratada como una ficha de juego meramente para que él pudiera anotarse unos cuantos puntos delante de su presumido novio. Han comprendió que una de las razones por las que la encontraba atractiva era que sus grandes ojos azules y su dulce sonrisa le recordaban un poco a 921.

«Y además esos tipos de las fuerzas de seguridad probablemente todavía me estarán siguiendo –pensó–. Nuestro querido Bornan podría ser lo suficientemente hombre para querer luchar, y si esos tipos todavía están rondando por aquí, las cosas podrían acabar poniéndose francamente feas...»

Así pues, Han se levantó respetuosamente y se inclinó ante Aryn.

–Ha sido un auténtico placer –dijo–. Espero que disfrutes de tu celebración.

–Gracias –dijo Aryn, y le obsequió con una última y fugaz sonrisa antes de permitir que Bornan la sacara del local.

Han volvió a sentarse delante de su comida, que ya se había enfriado bastante, y pensó que el incidente le había recordado hasta qué punto detestaba a la gente rica y engreída. Había conocido a muchos ricachones presuntuosos en Corellia mientras tomaba parte en las estafas de Alcaudón, y el hecho de que la inmensa mayoría no valieran ni la carga de energía desintegradora necesaria para convertirlos en átomos era lo único que le había permitido seguir interpretando su papel durante las estafas.

Cuando volvió al *Sueño de Ylesia* y al minúsculo catre instalado en el área de carga para que pudiera dormir, la cerveza alderaaniana ya había empezado a afectarle. No paraba de pensar en 921, y maldijo en voz alta entre el silencio que lo rodeaba, deseando ser capaz de dejar de pensar en ella. Hasta aquel momento Han nunca había conocido a una mujer que fuera capaz de dominar sus pensamientos cuando no estaba junto a ella.

Saber que 921 había logrado ocupar un lugar tan importante en su mente resultaba un poco preocupante, y Han empezó a sentirse un tanto inquieto. «Sólo es una chica, Solo. Ni siquiera sabes cómo se llama, maldita sea... Deja de comportarte como uno de esos enamorados de la holovisión. ¿Qué te ocurre, amigo? ¿Se te están reblandeciendo los sesos o es que te haces viejo?»

Se dejó caer sobre su catre, recordó los acontecimientos del día y gimió. «Menudo mundo –pensó antes de quedarse dormido–. Estos condenados alderaanianos son tan buenos chicos y respetan tanto la ley que ni siquiera puedes venderles un cargamento de especia de primera calidad...»

El viaje de vuelta a Ylesia transcurrió sin incidentes. Han pilotó el *Sueño* a través de las nubes sin sufrir ni un solo percance, y consiguió que la nave apenas vibrara mientras lo hacía. Muuurgh, que aún sufría un fuerte dolor de cabeza, no tuvo ninguna ocasión de quejarse. Ver, analizar y esquivar las trayectorias de los gigantescos sistemas de tormentas del planeta estaba empezando a convertirse en algo perfectamente natural para Han.

El comunicador de la nave cobró vida apenas se hubieron posado sobre la pista de descenso, y le dijo que debía ir a ver inmediatamente a Teroenza. Han ya se lo esperaba. Envío a Muuurgh a la enfermería para que le dieran algún calmante contra el dolor de cabeza y fue al Centro Administrativo.

Esta vez fue recibido por Ganar Tos y escoltado hasta los aposentos privados del Gran Sacerdote, en los que ya había estado antes. Teroenza reposaba sobre un mueble altamente inusual, una especie de cabestrillo o hamaca que permitía que el Gran Sacerdote se apoyara sobre sus enormes cuartos traseros y descargaba del peso del cuerpo a sus miembros posteriores. Sus gruesos miembros delanteros estaban sostenidos por un apoyapiernas acolchado móvil que podía desplazarse hacia adelante y hacia atrás para permitirle introducirse en aquel curioso artefacto.

En cuanto el Gran Sacerdote vio a Han, su expresión (que Han ya estaba empezando a ser capaz de interpretar) irradió benevolencia.

– ¡Piloto Draygo! –dijo con su atronadora voz–. ¡Tengo entendido que es usted un héroe! Su bravura y su valor no tienen precio, pero he ordenado que ingresen una bonificación en su cuenta.

Han parpadeó, y después sonrió.

–Gracias, señor.

–Durante el último año y medio hemos perdido dos naves que no consiguieron regresar de sus puntos de cita –siguió diciendo Teroenza–. Usted es el primer piloto que ha logrado ver a nuestros atacantes y volver para decirnos quiénes eran. ¿Qué vio?

Han se encogió de hombros.

–Bueno, todo ocurrió realmente muy deprisa, señor, y la verdad es que estuve bastante ocupado. Pero estoy casi seguro de que la nave que destruí había sido construida en Drell. Tenía el aspecto típico de los modelos drellianos: esa proa en forma de cincel y las curvas de la popa son bastante peculiares.

–¿Se comunicaron con usted? ¿Le dieron una oportunidad de rendirse antes de atacar?

–No. Dispararon primero, y luego siguieron disparando. No estaban intentando destruir el *Sueño*, porque si hubieran tratado de hacerlo lo habrían conseguido. Pero tampoco estaban interesados en la nave, lo cual es extraño: la mayoría de piratas habrían tratado de causar daños lo suficientemente graves para poder hacerse con la nave, al mismo tiempo que procuraban no dañarla hasta el extremo de que luego no pudieran usarla o venderla. Esos tipos querían dejar el *Sueño* a la deriva y matarnos a Muuurgh y a mí.

–¿Cómo atacaron?

–Desde atrás. Podrían habernos eliminado antes de que supiéramos quiénes eran. Dispusieron de un mínimo de dos ocasiones para hacer blanco, y los escudos del *Sueño* tampoco son tan buenos. –Mientras recordaba la batalla, Han respiró hondo–. Creo que deberíamos pensar en reforzarlos, señor.

–Ordenaré que se haga, piloto –dijo Teroenza. El gigantesco t'landa Til cruzó sus diminutos brazos sobre el pecho, y su enorme frente se llenó de arrugas mientras reflexionaba sobre lo que le había dicho Han–. Eso es interesante... Me refiero al hecho de que lo primero que hicieron fuese atacar, y a que no usaran un rayo tractor y trataran de obtener su rendición.

–Sí... Es justo lo que pensé.

Durante los años que pasó a bordo del *Suerte* Han conoció a algunos comerciantes que habían formado parte de tripulaciones piratas, y había escuchado cómo alardeaban de sus aventuras. Un ataque inmediato no formaba parte del estilo habitual de los piratas, ya que el comportamiento más típico en un pirata del espacio profundo habría consistido en hacer un disparo de advertencia y abordar la nave después de que el piloto se hubiera rendido.

–Es muy extraño, realmente... Casi parece como si su plan consistiera en destruir el sistema de propulsión del *Sueño*, probablemente matándonos a Muuurgh y a mí durante el proceso, para abordar la nave en cuanto hubiera quedado flotando a la deriva en el espacio.

–Así que no hubo ninguna comunicación o exigencia de que se rindieran, ¿eh?

–Ninguna –afirmó Han.

Teroenza alisó pensativamente los flácidos pliegues de carne que colgaban debajo de su mentón.

–Casi parece como si hubieran estado dispuestos a correr el riesgo de destruir el *Sueño* y su cargamento antes que establecer contacto con usted...

–Sí, yo diría que sí.

–¿A qué distancia del punto de cita se encontraban cuando fueron atacados?

–Hacía poco menos de cinco minutos que habíamos salido del hiperespacio. No cabe duda de que nos estaban esperando, señor. Sabían que íbamos a ir allí.

–¿Efectuó alguna transmisión en la que hiciera referencia a su curso o coordenadas, piloto Draygo?

–No, señor. Mantuve un estricto silencio en todas las frecuencias, tal como prescribían las instrucciones.

Teroenza dejó escapar un gruñido pensativo, una especie de trueno ahogado que brotó de las profundidades de su enorme pecho, y después inclinó su enorme cabeza cornuda.

–Vuelvo a felicitarle por su bravura. ¿Cómo está Muuurgh?

–Ya casi está recuperado, pero recibió un buen golpe en la cabeza.

–Quiero hablar con él en cuanto se encuentre lo suficientemente recuperado.

Bien, piloto... Puede marcharse.

Han no se movió.

–Señor... Me gustaría pedirle un favor.

–¿Sí?

–Me quitaron el desintegrador cuando llegué a Ylesia, y me gustaría que me lo devolvieran. Si existe alguna posibilidad de que sea abordado por piratas en el futuro, quiero estar en condiciones de poder devolver el fuego.

Teroenza guardó silencio durante unos momentos y acabó asintiendo.

–Ordenaré que le devuelvan su arma, piloto. No cabe duda de que ha demostrado su lealtad, y sus acciones de los últimos días le han granjeado nuestra confianza. –La gigantesca criatura agitó una manecita–. Dígame una cosa, piloto Draygo... ¿Nunca se le pasó por la cabeza la idea de tratar de vender su cargamento y decirnos que los piratas se lo habían robado?

Han meneó la cabeza.

–No, señor –se apresuró a decir.

–Magnífico. Estoy... impresionado. –Las comisuras de la ancha boca sin labios de Teroenza subieron en lo que resultaba obvio pretendía ser una sonrisa de aprobación–. Sí, estoy muy impresionado...

Han salió del Centro Administrativo dando gracias a los cielos por haber sido capaz de mentir muy convincentemente desde que tenía siete años. Siempre se había sentido particularmente orgulloso de su capacidad para improvisar en cuestión de segundos.

Sus pies lo llevaron por el sendero que conducía a la enfermería. Ya iba siendo hora de que le echara un vistazo a Muuurgh y averiguara qué tal se estaba recuperando el togoriano. Y además... Bueno, también iba siendo hora de que conociera a Jalus Nebl, el piloto sullustano que estaba disfrutando de un permiso por enfermedad.

Han tenía unas cuantas preguntas que hacerle al sullustano.

7
Bria

Muuurgh yacía hecho un ovillo sobre una de las enormes plataformas redondas que su especie usaba como camas. Han fue hasta el togoriano y se sentó junto a él.

–¿Qué tal va la cabeza?

–Mi cabeza todavía me duele –dijo Muuurgh–. El androide médico dice que debo passsar noche aquí. Pero yo le he dicho que no, que no podía hacer eso porque Vykk quizá me necesitaría.

–Oh, tranquilo. Podré arreglármelas sin ti –le aseguró Han al gigantesco felinoide–. Voy a hacerle una visita al sullustano y luego cenaré, repasaré unas cuantas simulaciones y haré unas prácticas de tiro al blanco. Después me acostaré temprano. He tenido un día muy largo.

–¿Vykk le habló a Teroenza de losss piratasss?

–Sí, lo hice. Teroenza querrá hablar contigo en cuanto te sientas en condiciones. Y... Buenas noticias, Muuurgh. Teroenza me va a devolver mi desintegrador.

–Eso esss bueno –dijo Muuurgh–. Vykk necesita poder protegerrssse de los piratasss.

–Es justo lo que yo le dije, colega. –Han se levantó–. Oye, voy a ir a la habitación contigua para hablar con el otro piloto. Mañana por la mañana vendré a ver qué tal estás, ¿de acuerdo?

Muuurgh se desperezó con fruición y después volvió a hacerse un ovillo sobre su plataforma, con lo que casi pareció convertirse en un negro y enorme círculo peludo.

–De acuerdo, Vykk.

Han fue por el pasillo hasta que encontró al androide médico, al que pidió que le guiara hasta la habitación del sullustano.

Cuando llegó a ella, Han presionó la campanilla avisadora de la puerta y un instante después una voz dijo «Entre» en sullustano.

Han abrió la puerta y se encontró con una pared de aire comprimido que cubría todo el umbral como si fuera una cortina. Dio un paso hacia adelante, y un instante después quedó envuelto por una masa de aire agradablemente fresco. La puerta se cerró detrás de él y los sellos se activaron con un siseo. «Aire enlatado –comprendió Han–. Le han puesto en una habitación provista de un sistema recirculador del aire, y eso quiere decir que nuestro piloto sullustano no está respirando la atmósfera de Ylesia. Me pregunto por qué...»

Jalus Nebl se hallaba sentado delante de una videounidad de entretenimiento que estaba mostrando un noticiario galáctico. Han fue hacia él y le ofreció la mano a la criatura de grandes ojos y flácidas mejillas colgantes.

–Hola. Soy Vykk Draygo, el nuevo piloto. Encantado de conocerte.

Habló en básico, esperando que el sullustano lo entendiera. El mofletudo alienígena asintió para indicarle que le había comprendido.

–¿Comprendes la lengua de mi pueblo, o necesitaremos un traductor para conversar? –preguntó a continuación, usando su estridente y vertiginoso lenguaje.

–Lo entiendo –dijo Han en un sullustano extremadamente titubeante–, pero lo hablo sólo mal. ¿Entiendes tú básico bien?

–Sí –dijo el sullustano–. Entiendo muy bien el básico.

–Perfecto –dijo Han, volviendo a su lengua–. ¿Te importa que me sienta?

–Oh, no, en absoluto –respondió el piloto–. Ya hace tiempo que deseaba hablar contigo, pero he estado bastante enfermo y, como puedes ver, me encuentro confinado dentro de estas habitaciones, en las que el aire es sometido a un proceso de filtrado especial para que pueda respirarlo.

Han se sentó en un pequeño banco y examinó en silencio al alienígena durante unos momentos sin poder detectar ninguna herida o lesión exterior.

–Lo lamento, amigo. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Exceso de trabajo, quizá?

La pequeña boca de húmedos labios del sullustano se frunció en una mueca de abatimiento.

–Demasiadas misiones, sí. Demasiadas tormentas a través de las que volé. Demasiadas veces en que estar a punto de estrellarme, amigo mío. Un día desperté y mis manos... –El sullustano extendió hacia Han sus manos, pequeñas y delicadas, terminadas en estrechas garras-uña ovaladas–. Mis manos no querían dejar de temblar. Ya no podía manejar los controles de mi nave.

La expresión del alienígena, que ya era bastante lúgubre de por sí, se volvió todavía más melancólica. Han casi esperó ver cómo aquellos ojos, enormes y siempre humedecidos, se llenaban de lágrimas.

Echó un vistazo a las manos del alienígena y vio que estaban temblando incontrolablemente. Han sintió una mezcla de compasión y horror. «¡Pobre tipo! ¡Tiene que haberlo pasado muy mal!»

–Lo siento muchísimo, amigo –dijo–. ¿Y cuál fue la causa? ¿Problemas de nervios, quizá?

–La presión, sí –asintió el sullustano–. Demasiadas misiones, poco descanso, una vez y otra. Demasiadas tormentas. Pero también... Demasiado tocar brillestim. Androide médico dice que he sufrido mala reacción a especia, y que eso es lo que ha hecho que Jalus Nebl se pusiera tan enfermo.

Han se removió nerviosamente en el banco.

–¿Quieres decir que eres alérgico al brillestim?

–Sí. Lo descubrí tan pronto como empecé a transportarlo de un lado a otro y entonces traté de mantenerme lejos de él, pero está en el mismo aire de este mundo. Incluso encerrado dentro de esos recipientes, diminutas partículas escapan al aire. Cuando Jalus Nebl las respira, un día detrás de otro, semanas, más de un año del planeta... Entonces brillestim causa malos efectos. Temblores musculares. Reflejos más lentos. Estómago alterado, y respirar se vuelve cada vez más difícil...

–Y por eso te tienen confinado en la enfermería con todos esos filtros en funcionamiento –dijo Han–. Están intentando expulsar las partículas de brillestim de tu organismo, ¿verdad?

–Correcto. Quiero volver a volar, amigo y colega Draygo. Tú eres uno de los pocos que pueden entender esto, ¿correcto?

Han pensó en cómo se habría sentido si no pudiera volver a volar –sí, además del insoportable exceso de trabajo, su cuerpo hubiera sido envenenado poco a poco por la exposición a la especia y las manos le temblarían continuamente–, y asintió.

–Eh, amigo, lo lamento muchísimo –dijo, y no podía ser más sincero–. Espero que mejores pronto. –Bajó la voz, y pasó a emplear la jerga de los comerciantes–. ¿Entiendes habla de comerciantes, amigo?

El sullustano asintió.

—No hablarla, pero entenderla bien —replicó en un tono de voz igualmente bajo.

Han alzó la mirada hacia el techo y se preguntó si los ylesianos o sus servicios de seguridad estarían vigilando la habitación. No tenía forma alguna de saberlo, pero no había conocido a muchos androides capaces de traducir la jerga de los comerciantes, que consistía en una mezcla bastardizada de más de doce lenguas y varios dialectos carente de una sintaxis fija. Han subió el volumen del noticiario hasta dejarlo casi en el máximo mientras movía los labios, hablando en un tono de voz tan bajo que apenas producía ningún sonido.

—Amigo-piloto, cuando manos dejen de temblar, entonces si yo ser tú no decir adiós y sólo salir volando de mundo malo por especia, deprisa, deprisa. ¿Entiendes?

El sullustano asintió.

Han bajó ligeramente el volumen, y luego siguió hablando como si no hubiera ocurrido nada.

—El otro día fui atacado por piratas.

El sullustano se inclinó hacia adelante.

—¿Qué ocurrió?

—Dispararon contra mi nave y dañaron los hiperimpulsores, pero conseguí acabar con uno de ellos mediante un cohete —dijo Han, moviendo las manos en una silenciosa pantomima de explosión—. Tuve que ir a Alderaan para que repararan las averías. ¿Has estado allí alguna vez?

—Bonito mundo —comentó secamente el sullustano—. En ciertos aspectos, demasiado bonito.

—Cuéntamelo a mí —dijo Han con irritación—. Bien, el caso es que cuando volví aquí Teroenza me hizo un montón de preguntas sobre la clase de naves que usaron los piratas, por qué no efectuaron disparos de advertencia o intentaron abordar el *Sueño* y llevárselo... Ese tipo de cosas, ¿comprendes? Acabé teniendo la impresión de que ese ataque había sido algo más que una simple incursión pirata fruto del azar. Para empezar, me estaban esperando en el punto de cita. ¿Cómo se hicieron con esas coordenadas?

—Ah —dijo Jalus Nebl—. Puede que realmente haya muchas cosas ocultas detrás de este ataque, piloto.

—Lláname Vykk, por favor. Los pilotos tenemos que mantenernos unidos, ¿no?

—Entonces llámame Nebl. Es mi nombre de nido.

—Gracias. Bien, ¿qué crees que está ocurriendo?

—Creo que los t'landa Tils temen que esas naves «piratas» vengan de Nal Hutta y que los hutts estén enviando naves que se hacen pasar por piratas.

Han dejó escapar un suave silbido.

—Por todos los Esbirros de Xendor... Eso sí que es tremendo. ¿Crees que los hutts están luchando entre ellos?

—Si has pasado algún tiempo entre los hutts, entonces ya no resulta tan difícil de creer —dijo secamente Nebl—. Los hutts hacen alianzas y las rompen tirando una moneda al aire. La lealtad de los hutts se derrite ante la pérdida de poder o beneficio.

—Estoy empezando a ver una especie de pauta —dijo Han, removiéndose sobre el duro banco mientras pensaba en lo cerca que había estado de convertirse en polvo cósmico—. ¿Hay varias facciones de hutts en Nal Hutta?

—Oh, sí. Una familia o clan se hará con el poder y acumulará riqueza para caer luego cuando otra familia organice su ruina. Que los hutts sean los seres inteligentes más desconfiados de la galaxia no tiene nada de extraño: ser catador de comida para un hutt siempre es un empleo de muy corta duración, Vykk. Envenenar a un hutt resulta muy difícil, pero eso no impide que los asesinos lo intenten..., y que de vez en cuando

incluso lo consigan. Y los clanes son capaces de usar cohetes, asesinos o tropas de superficie para alcanzar sus objetivos.

—Pero los hutts son quienes realmente mandan aquí —observó Han.

—¡Ah! ¿Quieres decir que has visto a Zavval?

—Si te refieres a esa babosa gigantesca que va de un lado a otro encima de su plataforma repulsora, desde luego que sí. Todavía no he tenido el honor de verle la cara.

—Reza para que nunca llegues a vérsela, Vykk. Como la inmensa mayoría de hutts, Zavval es difícil de complacer. Los sacerdotes pueden ser patronos duros que nunca están contentos, pero en comparación con los hutts, que son sus dueños y señores..., no son nada.

—¿Y qué está pasando en este mundo? Tenemos hutts controlándolo todo que se están enfrentando con otros clanes de hutts que viven en Nal Hutta, ¿verdad? Bien, ¿y por qué? —Han reflexionó durante unos momentos y acabó contestando a su propia pregunta—. Oh, claro. La especia...

—Naturalmente. Los hutts y los t'landa Tils, sus administradores, obtienen beneficios de Ylesia de dos maneras. Primero, está la especia procesada. Pero los hutts ylesianos deben comprar su especia a otras familias hutts que proporcionan las materias primas. ¿Has oído hablar alguna vez de Jiliac o de Jabba?

—¿Jabba? —Han frunció el ceño—. ¿Jabba el Hutt? Sí, creo que he oído hablar de él. ¿No es el tipo que se supone controla la mayor parte de Nar Shaddaa, la luna de los contrabandistas que órbita Nal Hutta?

—Exacto. Jabba divide su tiempo entre su hogar en Nal Hutta y una organización de transporte de especia que dirige a través de un planeta remoto llamado Tatooine.

—¿Tatooine? Nunca he oído hablar de ese mundo. Nebl se estremeció.

—Te aseguro que es mejor que no vayas ahí. Tatooine es un montón de basura.

—Lo recordaré. Bien, así que Jabba y Jiliac obtienen la materia prima y la envían aquí para que sea procesada...

—Sí. Pero creo que durante los últimos meses tal vez hayan estado intentando incrementar sus beneficios enviando naves para que se hagan pasar por piratas y haciendo que ataquen a las naves ylesianas que transportan la especia. De esa manera, Jabba y Jiliac consiguen la especia procesada a cambio de nada..., algo que les complacería enormemente.

Han frunció los labios en un silbido silencioso.

—Para que luego hablen de morder la mano que te alimenta...

—Cierto, pero no tengo ninguna dificultad para creer que Jabba y Jiliac son perfectamente capaces de hacerlo.

Han deslizó una mano a través de sus cabellos y suspiró. Había, tenido un día realmente muy largo.

—Sí, a juzgar por lo que he oído decir de ellos, un hutt sería capaz de vender a su propia abuela, eso suponiendo que los hutts tuvieran abuelas, para sacar un crédito de beneficio.

—En consecuencia debes ser muy, muy cauteloso, joven Vykk. Di a Teroenza que necesitas unos escudos más potentes.

—Ya lo hecho.

—Bien. Una mayor potencia de fuego tampoco estaría de más.

—Sí, tienes razón. —Han miró fijamente al sullustano—. Nebl, dado que hemos estado hablando muy francamente... Bueno, dime una cosa. Esta especie de religión que los sacerdotes «venden» a los peregrinos no es más que una mascarada, ¿verdad?

—No lo creo, Vykk, pero no entiendo exactamente qué es la Exultación. No soy creyente, por lo que nunca la he experimentado, pero a juzgar por la forma en que

reaccionan los peregrinos, tiene un efecto más intoxicante que cualquier dosis de especia.

—Oh, sí, puedo asegurarte que es realmente potente —asintió Han—. Pero estoy empezando a pensar que todo este montaje que han organizado en Ylesia no es más que una inmensa estafa para conseguir que los peregrinos procesen su asquerosa especia de la manera más barata posible.

—Ése no es su único motivo, Vykk. ¿Recuerdas que te he dicho que los sacerdotes y los hutts obtienen beneficios de estas colonias de dos formas distintas?

—Sí —dijo Han—. Adelante, amigo: ¿cuál es la segunda forma?

—Esclavos —replicó secamente Nebl—. Esclavos bien adiestrados y dóciles... Los ylesianos exportan a los peregrinos de las factorías de especia en cuanto consideran que ya han terminado su adiestramiento y que se ha eliminado toda voluntad de resistir que pudiera haber en ellos. Son llevados a otros mundos y vendidos. Los puestos que dejan vacantes en las factorías son ocupados por nuevas remesas de peregrinos.

—¿Y ese lavado de cerebro hace que los esclavos no puedan quejarse o decir la verdad sobre Ylesia y lo que les espera a los peregrinos cuando vienen aquí? —preguntó Han.

—Desde luego. Y aun suponiendo que hablaran, ¿quién escucha a un esclavo? Y si el esclavo arma demasiado jaleo... —Nebl deslizó una mano sobre la garganta en un gesto tan repentino como inequívoco—. Reducir al silencio a un esclavo es fácil.

Han estaba pensando en 921. La joven peregrina le había dicho que llevaba casi un año en Ylesia...

—¿Durante cuánto tiempo mantienen aquí a los esclavos antes de exportarlos? ¿Y adonde los envían?

—Normalmente los mantienen aquí durante un año. Envían a muchos de los más robustos a Kessel, para que trabajen en las minas de especia. Ya sabes que nadie sale con vida de Kessel, ¿no? Y los pocos que tienen un rostro hermoso también tienen un poco más de suerte. Acaban siendo danzarinas o bailarines, o van a las casas de placer de los cuarteles. Quizá no sea una existencia muy digna, pero siempre es preferible a trabajar en las minas hasta morir.

Los líquidos y luminosos ojos de Nebl no se apartaban del rostro de Han.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Estás interesado por alguien en particular?

—Bueno..., más o menos —admitió Han—. He conocido a una chica que trabaja en el nivel más profundo de la factoría de brillestim. Ya lleva casi un año aquí.

—Si realmente te importa esa chica deberías sacarla de aquí, Vykk —dijo el sullustano—. El índice de mortalidad entre los trabajadores que manipulan el brillestim es muy elevado. Se cortan con las hebras de la especia y después los hongos se introducen en su torrente sanguíneo, y... —Movi6 los dedos en un gesto de arrojar algo—. Sácala de aquí. Su única esperanza es que la envíen a otro mundo para que sirva de esclava.

—¿A otro mundo...? —Han reprimió una punzada de temor ante la mera idea de que tal vez nunca volviese a ver a la Peregrina 921—. ¿Se supone que he de rezar para que la envíen a alguna casa de placer de los cuarteles, donde se convertirá en un juguete para los soldados imperiales aburridos?

—Mejor eso que una muerte horrible causada por el envenenamiento de la sangre.

Han estaba pensando a toda velocidad, y los pensamientos que pasaban por su cabeza no le gustaban lo más mínimo.

—Oye, Nebl, me alegro mucho de que hayamos podido hablar. Volveré a visitarte en alguna ocasión. Pero ahora... tengo asuntos urgentes que atender.

El alienígena asintió afablemente.

–Lo comprendo, Vykk.

Una vez fuera de la enfermería, Han vio que el corto día ylesiano estaba llegando a su fin. Los peregrinos ya estarían asistiendo a las devociones vespertinas. Si se daba prisa, quizá conseguiría ver a 921 y hablar con ella. Tenía que encontrar alguna forma de sacarla de aquella factoría sin que eso significara su marcha de Ylesia.

Han echó a correr a pesar del húmedo calor y la fina llovizna que caía del cielo, y fue trotando por el ya familiar sendero que atravesaba la jungla. La respiración empezó a arder dentro de su pecho después de los primeros cinco minutos de carrera, pero Han se negó a aflojar el paso. Tenía que ver el rostro de 921 y asegurarse de que seguía en Ylesia.

¿Y si la habían enviado a otro planeta? Entonces nunca la encontraría... ¡Nunca volvería a verla! Han sintió que la fría mordedura del pánico empezaba a roer su mente y se maldijo a sí mismo en todos los lenguajes que conocía. «¿Qué diablos te ocurre, Solo? ¡No puedes perder el control! Las cosas te están yendo muy bien en Ylesia, ¿no? A finales de año tendrás un montón de créditos esperándote en una cuenta de Coruscant. No es el momento más adecuado para perder la cabeza por una loca fanática religiosa. ¡Olvídate de ella!»

Pero su cuerpo y su corazón se negaron a escuchar a su mente. Las zancadas de Han se fueron alargando y se volvieron cada vez más rápidas, y acabaron convirtiéndose en una frenética carrera. Dobló una curva junto a la Llanura de las Flores y estuvo a punto de chocar con el primero de los peregrinos que volvían de sus devociones vespertinas. Los peregrinos avanzaban tambaleándose o arrastrando los pies, con aquella expresión de éxtasis causado por las drogas en sus ojos vidriosos.

Han empezó a abrirse paso a codazos por entre la multitud, sintiéndose como un pez que intentara nadar comente arriba. Escrutó los rostros que pasaban junto a él en la creciente oscuridad, atisbando por debajo de las gorras, buscando, buscando...

¿Dónde estaba la Peregrina 921?

Cada vez más preocupado, Han empezó a agarrar peregrinos del brazo para preguntarles si habían visto a la Peregrina 921. La mayoría le ignoraron o se limitaron a contemplarle estúpidamente, aturcidos y boquiabiertos, pero una anciana corelliana acabó señalando hacia atrás con el pulgar. Han se volvió para ver a 921, rezagada y a una cierta distancia de los demás. Una oleada de alivio inundó todo su ser. Han fue corriendo hacia ella, sudoroso y despeinado y todavía jadeando a causa de su carrera.

–Hola –balbuceó, esperando que 921 no encontrara el saludo tan ridículamente poco original como le estaban diciendo sus oídos que era en realidad.

La joven alzó la mirada hacia él.

–Hola –dijo con un leve titubeo–. Creía que te habías ido.

–He estado en otro planeta –dijo Han, cogiéndola del brazo y empezando a caminar junto a ella–. Tenía que transportar un cargamento.

–Oh.

–Bueno... ¿Qué tal ha ido todo? –preguntó Han.

–Estupendamente –replicó la joven–. La Exultación de esta noche ha sido maravillosa.

–Estoy seguro de ello –asintió Han con expresión repentinamente sombría.

–¿Qué tal fue tu viaje, Vykk? –preguntó la joven después de casi un minuto de silencio.

Han se sintió complacido por su pregunta, ya que era la primera vez que 921 daba alguna muestra de curiosidad acerca de él y de su vida.

–Oh, todo acabó bien –dijo, avanzando por el fangoso sendero con gran cautela para tratar de que sus botas no acabaran todavía peor de lo que ya estaban. Tanto correr había hecho que las salpicaduras le mancharan hasta las rodillas–. Pero unos piratas dispararon contra mi nave.

– ¡Oh, no! –921 parecía bastante preocupada–. ¡Piratas! ¡Podrían haberte hecho daño!

Han le sonrió y deslizó los dedos a lo largo del brazo de la joven hasta que estuvieron andando cogidos de la mano.

–Me encanta saber que te preocupas por mí –dijo con una sombra de su antigua fanfarronería y por un momento pensó que 921 iba a apartarse de él, pero la joven permitió que le sostuviera la mano.

Cuando llegaron al dormitorio ya había oscurecido. Han la acompañó hasta el mismo lugar de la otra vez, a medio camino entre la luz y la oscuridad, y le quitó las gafas infrarrojas.

– ¿Qué estás haciendo? –le preguntó nerviosamente 921.

–Quiero verte –dijo Han–. Ya sabes que estas gafas te tapan los ojos, ¿no? –Le cogió la mano, se la llevó a los labios y le besó el dorso–. Te he echado de menos mientras estaba fuera –murmuró.

– ¿De veras?

Han no pudo saber si la idea le gustaba o la inquietaba. Tal vez se tratara de ambas cosas a la vez.

–Sí. He pensado en ti –siguió diciendo en voz baja y suave, y de repente se dio cuenta de que era la primera ocasión en que hablaba sinceramente de sus sentimientos a una chica. Por una vez en su vida, Han no estaba fingiendo–. No quería hacerlo –añadió, decidido a ser lo más sincero posible–, pero lo hice. Te importo, ¿verdad? Aunque sólo sea un poco...

–Yo... Yo... –balbuceó 921–. No sé...

Intentó retirar la mano, pero Han no se lo permitió. Empezó a besarle los dedos, sus dedos lacerados y cubiertos de cicatrices. El roce de la piel de 921 sobre su boca era tan embriagador como la cerveza alderaaniana. Han derramó un diluvio de suaves besos llenos de ternura sobre los nudillos y las yemas de los dedos de la joven.

–Basta... –susurró 921–. Por favor...

– ¿Por qué? –preguntó Han, haciendo girar su mano entre los dedos para poder besarle la muñeca y descubrir, deleitado, el palpitante de su pulso bajo su boca. Pegó los labios a la palma de 921, sintiendo las pequeñas protuberancias de las cicatrices antiguas y recientes–. ¿No te gusta?

–Sí... No... ¡No lo sé! –exclamó la joven de repente.

Parecía estar al borde del llanto. Apartó la mano de un tirón y esta vez Han permitió que se soltara, pero dio un paso hacia adelante para cogerla de la manga.

–Por favor... –dijo, reteniéndola tanto con los ojos como con la mano–. No te vayas..., por favor. ¿No ves que me importas mucho? Pienso en ti, me preocupa lo que pueda ocurrirte... Me importas mucho, de veras. –Tragó saliva, y sintió un nudo de dolor en la garganta–. Muchísimo...

La joven contuvo el aliento, y un sonido ahogado que casi parecía un sollozo escapó de sus labios.

–No quiero que te preocupes por mí –dijo después con un hilo de voz–. Se supone que no he de pensar en nadie, así que no debes pensar en mí...

–Y ni siquiera quieres decirme tu nombre –concluyó Han, y no pudo ocultar la sombra de amargura que había en su voz.

La joven, sus grandes ojos iluminados por una expresión atormentada, parecía un pájaro asustado a punto de huir.

—Tú también me importas —murmuró por fin. Le temblaba la voz—. Pero no debería sentir eso por ti. ¡Se supone que sólo he de pensar en el Uno y en el Todo! ¡Quieres que rompa mis votos, Vykk! ¿Cómo puedo renunciar a todo aquello en lo que creo?

Oírle admitir que sentía algo por él hizo que el corazón de Han dejara de latir durante un instante.

—Dime cómo te llamas —suplicó—. Por favor...

La joven le miró fijamente, los ojos brillantes a causa de las lágrimas, y acabó hablando en un susurro.

—Me llamo Bria... Bria Tharen.

Y después, sin decir una palabra más, levantó los pliegues de su larga túnica con las manos y entró corriendo en el dormitorio.

Han permaneció inmóvil entre la oscuridad y sintió que una gran sonrisa iba iluminando lentamente su cara. Todo su agotamiento se desvaneció de repente, y se sintió tan ligero como si sus pies estuvieran metidos dentro de un par de botas repulsoras. Empezó a alejarse del dormitorio, todavía sonriendo, y apenas se enteró de que los cielos se abrían sobre su cabeza para dejar caer un torrente de lluvia.

«Le importo... —pensó mientras se abría paso a través del ubicuo barro de Ylesia—. Bria... Qué nombre tan bonito. Suena a música. Bria...»

Al día siguiente, Han fue en busca de Teroenza después de largas horas dedicadas a reflexionar y hacer planes durante una noche en la que apenas si había dormido. Encontró al Gran Sacerdote y a Veratil disfrutando de un rato de descanso en las llanuras fangosas que empezaban en el poco profundo océano ylesiano y se prolongaban casi un kilómetro hacia el interior. Los dos sacerdotes estaban cómodamente recostados, el cuerpo hundido en el caliente barro rojizo que lamía sus gigantescos costados. De vez en cuando uno de ellos se daba la vuelta y se agitaba un poco para volver a tapar un área en la que el barro se había secado.

Los dos guardias gamorreanos que los acompañaban parecían envidiar terriblemente a sus patronos. Han, en cambio, torció el gesto apenas estuvo lo suficientemente cerca del cenagal para percibir las vaharadas de hedor que emitía. «¡Qué asco! Huele como algo que llevara una semana muerto...»

El corelliano agitó la mano para tratar de atraer la atención de Teroenza, manteniéndose en un precario equilibrio sobre la orilla.

—Eh... ¿Señor? Querría hablar con usted, si es posible...

El Gran Sacerdote, obviamente relajado por el baño, estaba de muy buen humor y respondió a las señas de Han agitando uno de sus diminutos brazos.

—¡Nuestro heroico piloto! ¡Únase a nosotros, por favor!

«¿Quiere que me meta en ese lodazal... deliberadamente?», pensó Han, reprimiendo una mueca pero comprendiendo que los t'landa Tils le estaban ofreciendo un gran honor. Han suspiró.

Cuando Teroenza volvió a hacerle señas de que se metiera en el barro, Han sonrió y se las devolvió con gran jovialidad. Se quitó el cinturón-pistolera, permitiendo que el desintegrador que acababa de recuperar cayera al suelo. Después de haberse sacado las botas, abrió el cierre de su mono de piloto y salió de él, lo que le dejó vestido únicamente con sus pantalones cortos. Han colocó cuidadosamente su bolsa-cinturón encima del montoncito de ropa, dejando el extremo abierto vuelto hacia la poza de barro.

Y después, con una mueca que intentó convertir en una sonrisa, el corelliano bajó de la orilla. El barro rojizo ascendió velozmente a lo largo de sus piernas, y durante un segundo Han estuvo a punto de sucumbir al pánico y se imaginó hundiéndose en la poza de barro hasta desaparecer por completo. Agitando la mano y dirigiendo sonrisas a los dos t'landa Tils, Han siguió avanzando con lenta decisión hasta que el barro le llegó a los muslos.

–Es maravilloso, ¿verdad? –preguntó Veratil, cogiendo un enorme puñado de barro y esparciéndolo generosamente sobre la espalda de Han–. ¡No hay nada en toda la galaxia que pueda igualar a un buen baño de barro!

Han asintió vigorosamente.

– ¡Oh, sí! ¡Es soberbio!

–Le sugiero que se revuelque en el barro –dijo Teroenza con su voz de trueno–. Eso siempre me deja considerablemente refrescado después de haber soportado las tensiones de la vida cotidiana. ¡Pruébalo!

– ¡Claro! –dijo Han, sonriendo mientras apretaba los dientes–. ¡Un buen revolcón parece justo la solución ideal para el cansancio!

Se fue introduciendo cautelosamente en el barro y después rodó lentamente sobre sí mismo entre ruidosos chapoteos y salpicaduras, retorciéndose y estirándose a través de la viscosa sustancia rezumante. Ver que el barro estaba habitado por largos gusanos blancos no contribuyó en nada a mejorar su estado de ánimo. Han supuso que no debían de ser carnívoros, ya que de lo contrario los sacerdotes no estarían disfrutando tan aparatosamente de su baño de barro.

«Bria, cariño... Espero que sepas apreciar lo que estoy dispuesto a hacer por ti», pensó mientras completaba el giro y volvía a incorporarse, recubierto de barro desde el cuello hasta los pies.

– ¡Maravilloso! –exclamó–. ¡Y qué..., qué pegajoso está!

–Bien, piloto Draygo... ¿Por qué deseaba hablar conmigo? –preguntó Teroenza, permitiendo que su enorme cuerpo se hundiera un poco más en el barro.

–Bueno, señor, creo que tal vez haya resuelto su problema. Me refiero al problema que supone el no tener a nadie que cuide de su colección, quiero decir...

La gigantesca cabeza de Teroenza giró sobre su casi inexistente cuello.

–¿De veras? ¿Cómo?

–He conocido a una joven peregrina de mi mundo natal y nos hemos hecho amigos. Antes de que viniera aquí en peregrinaje, estaba estudiando para ser conservadora de museo, y sabe muchas cosas sobre los cuidados que requieren los objetos exóticos. Antigüedades, piezas de colección... Entiende mucho de todo eso, y apuesto a que podría catalogar toda su colección y ocuparse de ella como es debido.

Teroenza le había escuchado con gran atención. Después el Gran Sacerdote volvió a sentarse sobre sus cuartos traseros, provocando un suave chapoteo de barro a su alrededor.

–No tenía ni idea de que ninguno de nuestros peregrinos hubiera recibido semejante clase de educación. Quizá decida entrevistarla. ¿Cuál es su designación?

–Es la Peregrina 921, señor.

–¿Y dónde trabaja?

–En la factoría de brillestim, señor.

–¿Cuánto tiempo lleva en Ylesia?

–Casi un año, señor.

Teroenza se volvió hacia Veratil y los dos sacerdotes empezaron a hablar en su lenguaje.

«He de aprender su lengua», pensó Han. Había encontrado un programa de lenguajes para aprender el hutt a un nivel elemental, y ya llevaba casi un mes estudiándolo; pero no había conseguido encontrar ninguna guía de traducción o programa para aprender el lenguaje de los t'landa Tils. Han aguzó el oído con la esperanza de que sería capaz de descifrar lo que estaban diciendo los sacerdotes, pero al parecer el t'landa Til era lo suficientemente distinto del huttés para que le fuese imposible entender ni una sola palabra.

—Esa Peregrina 921... ¿Diría que es atractiva, en el sentido en el que su especie mide el atractivo? —preguntó Veratil, volviéndose nuevamente hacia Han—. Por ejemplo, ¿la encuentra atractiva como compañera sexual en potencia?

Han cruzó los dedos entre el barro.

—¿921? Oh, no señor, 921 es... Bueno, señor, para serle franco, 921 es tan fea que si yo tuviera una mascota con una cara tan horrible, le enseñaría a caminar hacia atrás.

Cuando oyeron las palabras de Han, los dos sacerdotes se echaron a reír y se golpearon el pecho con los brazos, lo que al parecer era la forma de mostrar apreciación ante una frase ingeniosa más empleada por su especie.

—Una respuesta muy aguda, piloto Draygo —dijo Teroenza con su voz de trueno—. No cabe duda de que es usted muy listo, e investigaré a esa hembra humana. —Se agitó delicadamente dentro del barrizal, permitiendo que el fango se agitara alrededor de sus enormes flancos—. Ahhhhhh... —suspiró con gran placer.

—He estado pensando en algo que ha despertado mi curiosidad, Veratil —dijo Han, retorciéndose entre el barro hasta quedar de cara al sacerdot—. ¿Le importa que le haga una pregunta?

—En absoluto —dijo el más joven de los dos sacerdotes.

—¿Cómo consiguen crear esa especie de iluminación que hacen experimentar a los peregrinos cada noche en la devoción? Me refiero a lo que llaman la Exultación... Sea lo que sea, no cabe duda de que tiene unos efectos potentísimos.

—¿La Exultación? —Veratil soltó una risita, una especie de retumbar ahogado—. ¿Ese momento de éxtasis que los peregrinos consideran un Don Divino?

—Exacto —dijo Han—. Nunca he sido capaz de llegar a experimentarlo —admitió.

«Porque me he resistido a él con todas mis fuerzas —añadió en silencio—. Porque lo último que quiero es que un bicho tan horrible como tú estimule mis neuronas del placer a base de descargas...»

—Eso se debe a que posee usted una voluntad muy firme y un gran sentido de la individualidad, piloto Draygo —dijo Veratil—. Nuestros peregrinos vienen a nosotros porque apenas poseen voluntad: son débiles, y están buscando algo que los guíe. Y sus dietas han sido concebidas para hacer que se vuelvan todavía más... maleables.

—La Exultación es un refinamiento de una capacidad que los machos de nuestra especie utilizamos para atraer a las hembras durante la estación de apareamiento —intervino Teroenza—. Creamos una resonancia de frecuencias que estimula los centros del placer del cerebro de quien la recibe. Esa mezcla de zumbido y vibración es producida por el aire que se desliza sobre los cilios de las bolsas de nuestro cuello cuando las hinchamos. Nuestras hembras la encuentran irresistible.

—También poseemos una capacidad de proyección empática de grado reducido —dijo Veratil—. Si nos concentramos en las emociones y sentimientos placenteros y agradables, podemos proyectar esas sensaciones a la multitud de peregrinos. Los dos efectos combinados producen la Exultación.

— ¡Un truco excelente! —exclamó Han con admiración—. ¿Y les resulta muy difícil de conseguir?

–En absoluto –dijo Teroenza–. Lo que nos resulta realmente insufrible es tener que aguantar a los peregrinos durante todas esas oraciones y servicios interminables. En algunas ocasiones he acabado tan harto que estuve a punto de quedarme dormido mientras esperaba a que llegara mi turno de dirigir las devociones.

–El año pasado un sacerdot se durmió –dijo Veratil, emitiendo la estrepitosa versión de la risa de su especie–. Palazidar se quedó tan profundamente dormido que se cayó de espaldas. Los peregrinos se pusieron bastante nerviosos, desde luego...

Los dos sacerdotes disfrutaron del recuerdo. Han también se rió, pero por dentro estaba hirviendo de ira mientras pensaba en los peregrinos que se tambaleaban por el sendero, con la devoción y la fe religiosa brillando en sus ojos. «Este sitio hace que todas las estafas de Garris Alcaudón parezcan bromas inocentes –pensó con un asco infinito–. Alguien debería cerrarles el negocio a estas alimañas codiciosas...»

Durante un momento deseó poder ser quien lo hiciera. Pero Han enseguida se recordó a sí mismo que arriesgar el cuello por los demás era una buena forma de conseguir que tu cabeza y tus hombros quedaran permanentemente separados. «¿Y entonces por qué estás haciendo todo esto por Bria?», le preguntó sarcásticamente su mente traidora.

«Porque la seguridad de Bria se ha vuelto tan importante para mí como la mía propia –le respondió su corazón–. No puedo evitarlo. Las cosas son así, ¿entiendes?»

Han ya había conseguido lo que había ido a buscar, y empezó a pensar en una forma lo más elegante posible (metafóricamente hablando) de salir de la poza de barro y librarse de la compañía de los sacerdotes.

Fue rescatado por la llegada de un hutt, que apareció deslizándose sobre la llanura de barro encima de su plataforma repulsora. Un pelotón de guardias trotaba vigorosamente junto a ella, jadeando bajo el húmedo calor mientras intentaban no quedarse atrás.

–¡Zavval!

Teroenza se había apresurado a incorporarse respetuosamente para saludar a su amo hutt. Sintióse como un idiota, Han le imitó.

Era el primer encuentro realmente próximo del corelliano con un hutt, y Han trató de no observar con demasiada fijeza la enorme silueta acostada de la criatura, los gigantescos ojos hundidos en las bolsas de grasa que parecían perderse entre los pliegues marrones de dura piel coriácea y la viscosa sustancia verde que rezumaba de las comisuras de la boca del ser. «Uf... Los hutts son todavía más feos que Teroenza y sus muchachos», pensó. Se recordó a sí mismo que los hutts probablemente llevaban más tiempo siendo seres civilizados que su propia especie..., pero aun así no consiguió eliminar del todo la repugnancia provocada por su apariencia.

O quizá lo que le asqueaba fuera el saber que habían sido los hutts quienes tuvieron la idea de crear una nueva religión en Ylesia como forma barata de esclavizar a criaturas inocentes. El hutt se inclinó hacia Teroenza.

–He recibido un mensaje de nuestro mundo –dijo en huttés–. Jabba y Jiliac lo niegan todo, y no tenemos pruebas. El consejo del clan se ha negado a... –Han no consiguió oír la palabra–, así que no tenemos ninguna otra forma de... –Terminó con una frase que Han fue incapaz de traducir.

–Lamentable –replicó Teroenza, también en huttés–. ¿Y qué hay de mi solicitud de que nos enviaran más tropas, armamento y escudos más potentes para nuestras naves, excelencia?

–Ha sido aprobada –dijo Zavval–. Todo lo solicitado debería llegar en cualquier momento.

–Excelente –dijo Teroenza, y siguió hablando en básico–. Me gustaría presentarle a Vykk Draygo, nuestro valeroso piloto, que acaba de salvar nuestro cargamento de brillestim.

El gigantesco hutt soltó una risita, una especie de jeh-jeh-jeh tan grave y lleno de ecos que Han no sólo lo oyó, sino que también lo percibió en su piel.

–Saludos, piloto Draygo. Puede contar con nuestra eterna gratitud.

–Gracias, señor...

Teroenza agitó un bracito minúsculo.

–La forma de tratamiento correcta es «excelencia», piloto Draygo.

–Oh, claro... Gracias, excelencia. Me honra poder servirle.

El hutt volvió a soltar una risita y se dirigió a Teroenza en huttés.

–Que joven tan cortés e inteligente..., para ser un humano, claro. ¿Has ordenado que se le entregue una bonificación? Queremos que esté lo más satisfecho posible con su trabajo.

–Sí, excelencia, así lo he hecho –replicó Teroenza.

Han, naturalmente, no hizo nada que pudiera revelar que había entendido aquel rápido intercambio de palabras en huttés.

–Muy bien, muy bien –dijo Zavval.

Han siguió inmóvil dentro de la poza de barro mientras el alienígena hacía virar su plataforma repulsora y se alejaba. Teroenza y Veratil empezaron a salir del barro, chapoteando y resbalando entre gruñidos de esfuerzo. El Gran Sacerdote se dirigió a Han en básico.

–Su excelencia está muy satisfecha de usted, piloto. ¿Le ha informado el capataz de la factoría de cuándo estará preparado el próximo cargamento que deberá transportar?

Han también había empezado a avanzar hacia la orilla.

–Me dijo que estaría listo a finales de semana, señor. Mientras tanto, dos naves llenas de peregrinos llegarán a la estación espacial, la primera mañana y la otra al día siguiente.

–Excelente. No queremos que las factorías anden escasas de mano de obra.

Cuando hubo conseguido regresar a la orilla, Han cogió sus ropas y después se volvió hacia el este y señaló el océano, que quedaba a un kilómetro de distancia.

–Creo que iré a lavarme un poco antes de vestirme –dijo.

–Ah, sí –dijo Veratil–. Los t'landa Tils usamos el barro como agente limpiador, pero no se adhiere a nuestra piel de la forma en que parece hacerlo a la suya. En cuanto estamos secos, basta con que nos sacudamos un poco... –hizo temblar su enorme cuerpo con un violento estremecimiento, y nubes de polvo brotaron de él–, y el fango se desprende enseguida, como puede ver.

–Sí, ya lo veo –dijo Han–. Pero yo tendré que usar agua para quitarme el fango.

–Asegúrese de que no se interna demasiado en el océano, piloto Draygo –le advirtió Teroenza–. Algunos de los moradores de los océanos de Ylesia son bastante grandes y tienen mucha hambre.

–Sí, señor –dijo Han.

Han, descalzo y manteniendo las ropas y sus botas lo más lejos posible de su cuerpo recubierto de barro rojizo, empezó a avanzar cautelosamente hacia el océano. Una hilera de dunas hacía que todavía no pudiera verlo, pero ya podía percibir el olor a sal que brotaba de sus calientes aguas.

Cuando llegó a la playa unos minutos después, entró en el océano con muchas precauciones hasta que el agua le llegó a las rodillas y después se puso en cuclillas para

que el incesante ir y venir del mar pudiera deslizarse sobre su cuerpo. Las olas fluyeron una y otra vez sobre el corelliano, eliminando hasta la última huella del fango rojizo.

Después Han volvió a la playa, encontró una extensión de arena fina y libre de guijarros y se acostó sobre ella para secarse. Podía sentir cómo los rayos del pálido sol ylesiano caían sobre él, secando su cuerpo y dejándole los cabellos enmarañados y tiesos a causa de la sal. «Pero cualquier cosa es mejor que ese barro asqueroso», pensó mientras empezaba a adormilarse.

Han ya casi estaba dormido cuando despertó de golpe y se acordó de algo que había olvidado hacer. Se levantó, fue hasta sus ropas y metió la mano en su bolsa-cinturón. Mirando cautelosamente a su alrededor antes de hacerlo, sacó de ella el diminuto aparato de grabación del tipo bitácora auditiva que había «tomado prestado» del *Sueño de Ylesia* y, viendo que todavía estaba funcionando, lo apagó con un decidido chasquido metálico.

Y en cuanto estuvo seguro de que había conseguido registrar toda la conversación que acababa de mantener con los sacerdotes ylesianos, Han volvió al sitio que había elegido, se acostó sobre las calientes arenas de la playa y disfrutó de una bien merecida siesta.

8

Revelaciones

Durante los tres meses siguientes, Han llevó a cabo muchas misiones para los ylesianos. En varias ocasiones fue capaz, con la complicidad de Muuurgh, de efectuar pequeños «trayectos extra» para mejorar sus capacidades de pilotaje y permitir que Muuurgh practicara con el armamento. Han llevó a cabo con éxito las maniobras de descenso en lunas sin atmósfera y lunas de hielo, e incluso en un asteroide tan pequeño que apenas era un poco más grande que su nave. También aprendió a atracar en una estación espacial, encajando perfectamente las dos escotillas al primer intento.

Como resultado de su encuentro con los piratas, los hutts ylesianos incrementaron el armamento y equiparon a sus naves con escudos más potentes. También reforzaron el sistema de seguridad que protegía las fechas y orígenes de sus envíos, y se negaron a presentarse en ningún otro punto de cita extraplanetario. En vez de tener que acudir a nuevas citas espaciales, Han recibió órdenes de llevar sus cargamentos hasta un planeta e intercambiar la especia procesada por las materias primas en la superficie del planeta. En una zona poblada había menos posibilidades de que se produjera el tipo de juego sucio que podía acabar llevando a una emboscada.

Teroenza dejó muy claro a Muuurgh que Vykk Draygo había conseguido demostrar que era un empleado digno de toda confianza, por lo que Muuurgh ya no se sintió obligado a pasar cada momento de sus horas de vigilia al lado del corelliano. Aun así, el enorme togoriano seguía estando atado por su compromiso de proteger al piloto, y Muuurgh nunca lo olvidaba.

Haciendo honor a su promesa, Teroenza entrevistó a Bria y le asignó el trabajo de conservar y catalogar su colección. Han podía verla cada día que estaba en Ylesia. En cuanto la joven empezó a poder disfrutar de una comida mejor en el comedor y de los efectos benéficos de la exposición al aire fresco y la luz del sol, aquel aspecto pálido, consumido y demasiado flaco se desvaneció y los ojos de Bria se volvieron más luminosos y su paso más rápido, y la sonrisa pronto acudió con más facilidad a sus labios.

Su nuevo trabajo le gustaba porque le encantaba cuidar de las antigüedades y porque le parecía que servir al Gran Sacerdote era un honor sagrado. Bria continuaba asistiendo a las plegarias cada mañana y a las devociones cada noche. Cuando Han estaba en Ylesia, normalmente la acompañaba al servicio tanto a la ida como a la vuelta.

Le ofrecieron una habitación en el Centro Administrativo, pero Bria le dijo a Teroenza que prefería seguir en el dormitorio de los peregrinos. No sólo prefería poder contar con la compañía de los otros peregrinos durante la hora de las plegarias, sino que además descubrió que la idea de ocupar un apartamento en el mismo edificio que Vykk Draygo le resultaba vagamente inquietante. Bria Tharen aún sentía un cierto recelo hacia el joven corelliano, y todavía no estaba dispuesta a responder a las emociones que

su presencia estaba empezando a despertar dentro de ella. Se recordaba constantemente a sí misma que era una peregrina. Su lealtad, su deber y su yo espiritual tenían que estar reservados al Uno y al Todo.

Aun así, no cabía duda de que la compañía de Vykk le resultaba muy agradable. El joven piloto estaba tan vivo y lleno de energía, y era tan encantador y atractivo... Bria nunca había conocido a nadie parecido.

Durante la hora anterior a las devociones vespertinas y una vez terminado su trabajo cotidiano en la colección del Gran Sacerdote, Bria adquirió la costumbre de ir en busca de Vykk y Muuurgh (ya que casi siempre estaban juntos), después de lo cual los tres iban al comedor para tomarse una taza de té estimulante juntos.

Bria avanzaba a través de la jungla y disfrutaba del pequeño alivio del calor que traía consigo el descenso del sol poniente. Una suave brisa llegaba hasta ella desde el océano, que era el lugar al que se dirigía. Caminaba deprisa, sintiendo cómo las faldas de su larga túnica de peregrina rozaban las plantas que crecían junto a los lados del camino. Flores de vivos colores púrpura, escarlata y verde amarillento colgaban de enredaderas que se inclinaban hacia el suelo. Su aroma, intenso y ligeramente astringente, dilataba las fosas nasales de Bria cuando pasaba junto a ellas.

Teroenza, el Altísimo, le había dicho que era libre de ponerse ropas normales en vez de su voluminoso e incómodo atuendo de peregrina, observando que eso haría que le resultara más fácil ocuparse de su colección, pero hasta el momento la muchacha se aferraba a sus ropas de la misma manera en que lo hacía a sus votos.

La joven corelliana llegó a las llanuras de barro y se detuvo para inclinarse ante la poza de fango en la que estaban sumergidos los dos sacerdotes. Tanto Teroenza como Veratil la ignoraron por completo, pero Bria ya estaba acostumbrada a ello. Los sacerdotes prestaban muy poca atención a los peregrinos a menos que necesitaran emitir alguna clase de instrucción referente al trabajo. Eso era perfectamente natural, por supuesto: las mentes de los sacerdotes estaban concentradas en asuntos más elevados, y se movían por planos espirituales a los que los humanoides como Bria no podían esperar llegar.

Cuando les vio revolcarse y chapotear en el appestoso fango rojo por primera vez, Bria se sintió bastante turbada. Ver a los sacerdotes disfrutando de una actividad tan profundamente secular había supuesto una experiencia bastante inquietante para ella. Pero ya llevaba tres meses trabajando para el Altísimo Teroenza, y Bria se había ido acostumbrando al espectáculo.

Se alegraba de que ya no tuviera que trabajar entre la oscuridad de la factoría de brillestim. Trabajar en el Centro Administrativo resultaba mucho más agradable. El clima estaba controlado, la iluminación era buena y la comida... Oh, sí, la comida era mucho mejor. Bria había necesitado casi un mes entero para ser capaz de ingerir una ración normal. Al principio se hallaba tan abatida y falta de energías que se había limitado a picotear su comida, tal como llevaba meses enteros haciendo. El androide médico había tenido que administrarle un tratamiento contra la desnutrición, y también tuvo que eliminar los vestigios de las enfermedades de la sangre inducidas por los hongos ylesianos.

Pero Bria ya se encontraba perfectamente.

Y tenía que admitir que las cosas le iban mucho mejor desde que Vykk entró en su vida. Ah, si sólo...

Bria frunció el ceño y suspiró. Si Vykk también fuera un peregrino, todo sería realmente maravilloso. Entonces podrían participar en el culto juntos, asistir a las horas de plegaria juntos y recibir el sacramento de la Exultación juntos. Pero Vykk no era un

peregrino. Bria no podía pasar por alto el hecho de que no creía en la Exultación, y eso a pesar de que el joven nunca lo hubiera admitido. De hecho, Vykk sólo creía en sí mismo.

Cuando asistían a las devociones juntos, Vykk le cogía la mano o el brazo para sostenerla durante el trayecto de vuelta a su dormitorio. El contacto de su mano hacía que Bria dudara de su devoción al Todo y al Uno, y eso no le gustaba en lo más mínimo. Bria no quería que nada hiciera vacilar su fe o la obligara a dudar de sus votos.

Ya había llegado a las dunas. Tal como esperaba, oyó el quejumbroso chisporroteo envuelto en siseos de un haz desintegrador.

—¡Vykk! —gritó, no queriendo acercarse sin ser vista a un hombre que estaba haciendo prácticas de tiro—. ¡Soy yo, Vykk!

El viento tiró de los pliegues de su túnica e hizo que bailaran alrededor de sus piernas mientras subía a la cima de la duna. Bria tuvo que sujetarse la gorra para evitar que fuera arrancada de su cabeza por el viento que brotaba del océano.

Un instante después pudo ver a Vykk, inmóvil en la playa debajo de ella con las piernas separadas en una postura de tirador y el desintegrador en la pistola suspendida sobre su rodilla. Muuurgh estaba a unos cuantos metros del corelliano y sostenía varios blancos de cerámica negra. De repente el enorme togoriano lanzó dos de los blancos al aire, uno hacia arriba a su izquierda y el otro hacia abajo a su derecha.

La mano de Vykk se convirtió en un torbellino de movimientos tan veloces que los ojos de Bria apenas si pudieron seguirla. Un haz desintegrador hizo añicos primero el blanco de la derecha, y luego el de la izquierda. Minúsculas partículas de cerámica negra llovieron sobre la arena ylesiana agitada por el viento.

Muuurgh lanzó un potente maullido de aprobación. Vykk giró sobre sus talones, disponiéndose a hacer prácticas de tiro con el blanco inmóvil que habían colocado en la playa, y entonces vio a Bria en lo alto de la duna. Enfundó su desintegrador con una sonrisa y un gesto de la mano y fue rápidamente hacia ella.

Como siempre que veía al joven corelliano, Bria se sintió impresionada por su apostura, la regularidad de sus facciones, sus ojos y sus cabellos castaños y su esbelta constitución. El efecto conjunto de todos esos rasgos físicos no convertía a Vykk en un ejemplo de hermosura masculina clásica..., pero ninguna mujer que estuviera expuesta a su sonrisa llegaría a darse cuenta de ello.

—¡Hola! —gritó, echando a correr hacia ella.

Antes de que Bria pudiera impedirselo, Han ya había depositado un beso sobre su frente.

—No, Vykk —dijo la joven, jadeando y sin aliento mientras le apartaba—. Eso va contra mis votos.

—Ya lo sé —dijo Han sin dar ninguna muestra de arrepentimiento—. Pero te juro que algún día me devolverás el beso, cariño.

—Me estaba preguntando si querías ir a tomar una taza de té estimulante antes de las devociones —dijo Bria.

—Hoy no —dijo Han, poniéndose repentinamente serio y mirándola a los ojos—. Hay algo de lo que tenemos que hablar, Bria. He esperado hasta que estuvieras un poco... mejor, porque me temo que va a ser un golpe bastante duro para ti. Aun así, tenías que saberlo más tarde o más temprano.

Bria alzó la mirada hacia él y se preguntó qué estaba ocurriendo.

—¿De qué estás hablando, Vykk?

—Vamos a sentarnos —dijo Han—. Podemos ir a la playa, ¿de acuerdo?

La llevó hasta una zona más lisa de la arena y un instante después Muuurgh fue hacia ellos para preguntar si iban a reunirse con él, y Vykk meneó la cabeza.

—No, amigo. Deja que disfrutemos de un ratito de intimidad, ¿de acuerdo?

El togoriano se alejó duna arriba. Bria contempló cómo su silueta, tan negra que parecía dibujada con tinta, desaparecía detrás de la colina de arena.

El corazón de la joven empezó a latir a toda velocidad en cuanto Vykk sacó un pequeño artefacto de su bolsillo.

—Es la grabadora de bitácora auditiva que cogí del panel de control del *Sueño* —le explicó—. Voy a hacerte oír una grabación que obtuve hace un par de meses, antes de que Teroenza te pidiera que te ocuparas de su colección de obras de arte. Ten un poco de paciencia y escucha, ¿de acuerdo?

—No sé, Vykk... Me parece que esa grabación no me va a gustar nada —murmuró Bria—. Tengo un mal presentimiento.

—Por favor, Bria... —dijo el joven corelliano—. Hazlo por mí. Escúchala.

Bria asintió mientras sus manos se agitaban nerviosamente sobre su regazo. De repente la brisa del océano había dejado de ser agradable, y la hizo temblar a pesar de la presencia del sol que iba descendiendo hacia el oeste.

Vykk conectó la grabadora. Bria escuchó la conversación que brotó de ella: oyó cómo Vykk saludaba a los sacerdotes y oyó cómo éstos le invitaban a disfrutar de un baño de barro. Bria reconoció las voces del Altísimo Teroenza y del sacerdot Veratil mientras hablaban con el piloto. Baños de barro... Le estaban explicando lo relajantes que eran los baños de barro. Bria empezó a removerse nerviosamente, y Vykk alzó un dedo y sus labios articularon un silencioso «Espera».

Bria se obligó a permanecer inmóvil a pesar de que se estaba sintiendo más nerviosa e incómoda a cada momento que pasaba. Los sacerdotes no podían haber sabido que Vykk estaba grabando su conversación. ¡Aquello era mucho peor que un simple escuchar a escondidas, y casi rozaba el espionaje puro y simple!

Y entonces —Bria contuvo el aliento, consternada— oyó cómo Veratil y Teroenza se echaban a reír y hablaban de la Exultación. Estaban diciendo que no era un Don Divino, estaban diciendo que no tenía absolutamente nada que ver con el Uno y el Todo...

Los ojos de Bria se desorbitaron durante un momento para entrecerrarse bajo el peso de la furia un instante después, y la joven se levantó de un salto. El viento le arrancó la gorra de peregrina, permitiendo que sus rizos dorado rojizos quedaran libres, pero Bria no les prestó ninguna atención. Estaba temblando de ira mientras se encaraba con Vykk. Viendo su reacción, el joven piloto apagó la grabadora y se levantó para encararse con ella.

—¿Cómo has podido...? —preguntó Bria en voz baja y temblorosa—. Creía que eras mi amigo.

—Bria, cariño... —dijo él, dando un paso hacia adelante con las manos alzadas en un gesto tranquilizador—. Soy tu amigo. Lo he hecho por ti... Tenías que saber la verdad. Siento que...

La mano y el brazo de Bria parecieron moverse como si tuvieran voluntad propia, subiendo por el aire para girar y descargar una potente bofetada sobre la mejilla de Vykk. El joven piloto retrocedió tambaleándose, una mano sobre la cara.

—¡Estás mintiendo! —gritó Bria—. ¡Mientes! ¡Has falsificado esa grabación para obligarme a quebrantar mis votos! ¡Admítelo!

Vykk bajó la mano y la contempló en silencio, y sus ojos estaban llenos de tristeza y compasión. Después meneó la cabeza en una lenta negativa.

—Lo siento, pequeña —dijo—. No tengo palabras para explicarte cuánto lo siento... Pero no he falsificado la grabación. Lo que has oído es la verdad, y enfurecerte conmigo no cambiará ese hecho. Teroenza y su gente no poseen ningún Don Divino. Han

inventado toda esta estafa con el único fin de conseguir trabajadores para las factorías y esclavos que vender.

La huella dejada por la mano de Bria se estaba oscureciendo sobre la mejilla de Vykk, una marca rojo oscuro allí donde le había golpeado. Bria podía ver las señales de sus dedos. Luchó con el impulso de arrojarle en sus brazos, balbuceando disculpas. ¿Cómo podía haber sido capaz de golpearle de aquella manera?

Y al mismo tiempo, se sentía llena de ira. Bria podía sentir cómo sus rasgos se agitaban espasmódicamente.

—¡No! —exclamó, retorciéndose las manos—. ¡No! ¡No es verdad! Es una falsificación. ¿Acaso eres... télépata? ¿Cómo te has enterado de lo del sacredot Palazidar? ¡Por aquel entonces tú ni siquiera estabas aquí!

—No lo sabía, Bria —dijo él, meneando la cabeza—. No lo sabía, y no he falsificado esta grabación. Voy a demostrártelo ahora mismo —añadió, metiendo la mano en el bolsillo y sacando de él un pequeño recipiente negro.

Bria sabía muy bien qué era.

—¿Brillestim? ¿De dónde lo has sacado?

—Lo cogí de una de las cajas durante una entrega —dijo Vykk—. Ya sabes qué es capaz de hacer, ¿no?

Bria asintió lentamente.

—Es la única forma que tengo de demostrarte que no estoy mintiendo —siguió diciendo Vykk—. Si lo abres, lo expones a la luz y te tragas su contenido, te proporcionará capacidades telepáticas temporales. Podrás leer mi mente, y entonces sabrás que no estoy mintiendo acerca de la Exultación..., y que no he falsificado esa grabación. Toma... —Alargó el brazo y dejó caer el tubito sobre la palma de la mano de Bria—. Vamos, cógelo.

Bria bajó la mirada hacia el tubo.

—Yo... He de pensar en todo esto, Vykk. He de decidir qué voy a hacer.

—Te juro que no te estoy mintiendo, cariño. —Se acercó un poco más a ella y extendió los brazos para cogerle las manos—. Confía en mí.

Bria retrocedió.

—Necesito estar sola durante un rato, Vykk. Ya... Ya te veré más tarde, después de la devoción. Ahora he de irme.

—Puedes saltarte la devoción por una vez, ¿no? —replicó él, mirándola fijamente—. No es como si pasaran lista de asistencia, ¿verdad?

¿No asistir a la Exultación? La mera idea bastó para hacer que Bria se sintiese invadida por una terrible oleada de náuseas, y su reacción la aterrorizó. ¿Y si Vykk estaba en lo cierto? ¿Y si la Exultación sólo era una combinación de vibraciones físicas y mentales producidas por una especie alienígena? Si no había ningún Don Divino presente, entonces los peregrinos sólo eran unos adictos que buscaban su dosis.

Bria alzó la mirada hacia los ojos de Vykk y de repente tuvo el horrible presentimiento de que le estaba diciendo la verdad. Sus dedos se tensaron alrededor del pequeño cilindro negro lleno de brillestim. Su respuesta estaba allí. Aquel tubito por fin le permitiría averiguar la verdad...

Giró sobre sus talones y empezó a alejarse, dejando a Vykk en la playa. Oyó cómo la llamaba a gritos, pero se limitó a agitar una mano y siguió andando. No podía perder mucho tiempo si quería llegar a la devoción antes de que todo hubiera terminado.

Media hora después estaba inmóvil entre las hordas de peregrinos, contemplando cómo el sol se ocultaba detrás del Altar de las Promesas entre un esplendor rojo sangre. Ya sólo faltaban unos momentos para la Exultación. Bria miró a su alrededor y pensó que si iba a hacerlo, más valía que fuera pronto. Sus dedos sacaron

disimuladamente el cilindro negro del bolsillo de su túnica. Luz... Necesitaba un poco de luz para activar el brillestim, pero no podía hacerlo mientras alguien pudiera verla.

Y por fin llegó el momento que había estado esperando, la señal dirigida a los fieles de que la Exultación estaba a punto de empezar.

Bria se había colocado de tal manera que podía ver perfectamente al Gran Sacerdote y a los sacerdotes mientras dirigían a los peregrinos en la devoción. Pero también estaba entre las últimas filas de la multitud, lo suficientemente atrás para que la distancia le permitiera proteger el brillestim con la ancha manga de su túnica y evitar así que su activación fuera percibida por los t'landa Tils. Los otros peregrinos estarían tan absortos en la Exultación que si alguien hubiera disparado un desintegrador entre ellos, probablemente apenas se habrían enterado.

Los peregrinos ya estaban empezando a caer de rodillas a su alrededor. Bria permitió que sus piernas imitaran su reacción, y mientras lo hacía quitó el tapón del recipiente de brillestim. Usando la protección que le ofrecía su cuerpo mientras doblaba la cintura hacia adelante, extrajo la dosis de la droga fibrosa..., y durante un momento de locura y confusión se preguntó si habría sido preparada por sus mismas manos.

Las bolsas de las gargantas de los sacerdotes empezaron a distenderse mientras los peregrinos se prosternaban ante ellos. Cuando los primeros compases del zumbido-vibración resonaron en el aire, Bria alzó el brillestim delante de ella y dejó que los últimos rayos del sol poniente cayeran de lleno sobre la droga.

El brillestim se activó en cuestión de segundos y empezó a despedir chispazos azulados, pero ninguno de los peregrinos se dio cuenta y el efecto quedaba oculto al Gran Sacerdote. Aunque nunca había tomado brillestim con anterioridad, Bria sabía con toda exactitud cuántos segundos debía esperar. Un instante después se metió la dosis en la boca y permitió que su saliva extinguiera el resplandor de la sustancia centelleante.

Siguió humedeciendo el brillestim durante unos momentos antes de engullirlo, y la Exultación empezó en el mismo instante en que se lo tragaba.

Bria se estremeció como si acabara de recibir el impacto de un haz desintegrador. Los efectos del brillestim eran inmediatos. La sangre corrió por las venas de su cuerpo a la velocidad de una nave que entrara en el hiperespacio, y sintió que la cabeza le empezaba a palpar.

Pero los efectos físicos no eran nada comparados con los mentales. Su mente se abrió de una forma que luego nunca sería capaz de describir. Mientras las oleadas de la Exultación caían sobre ella, Bria experimentó el placer de todos los peregrinos que formaban la multitud.

La sensación era tan abrumadora que casi se desmayó. Sólo la ira que había estado hirviendo dentro de ella desde que Vykk le hizo oír aquella grabación le permitió conservar la cordura..., y su propósito.

«He de... abrir los ojos... —pensó—. He de encontrar... un centro, algo que me guíe...»

Jadeando y tosiendo, Bria abrió los ojos y se estremeció bajo las oleadas de placer que atravesaban su ser con una intensidad tan desgarradora que casi rozaba el dolor. Clavó la mirada en Teroenza, obligándose a no desviar la vista y a ir estrechando los confines de su mente hasta limitarlos a la del Gran Sacerdote.

Imágenes que no tenían nada que ver con ninguna de sus experiencias anteriores inundaron la mente de Bria y se grabaron de manera indeleble en su conciencia. Por mucho que deseara olvidarlas, Bria sabía que nunca lo conseguiría. La mente de Teroenza, como las de todos los seres inteligentes, estaba llena de trivialidades superficiales: preguntarse qué cenaría, el aburrimiento provocado por la ceremonia, los pensamientos referentes a las nuevas medidas de seguridad que los hutts le habían

ordenado que adoptara, una pequeña agitación gastrointestinal en la parte central de su cuerpo...

Pero la mente del Gran Sacerdote no contenía ni la más mínima sombra de nada relacionado con la divinidad. Teroenza no creía en el Uno o en el Todo. De hecho, se sentía muy orgulloso de sí mismo por haber sido capaz de inventar el Uno y el Todo para que todos aquellos peregrinos tan crédulos pudieran tener algo en lo que creer.

Bria se sintió invadida por una oleada de náuseas, y el amargo regusto del brillestim inundó su boca. La Exultación hacía que le resultara difícil pensar con claridad, pero se obligó a no romper el contacto con la mente del Gran Sacerdote y la examinó a fondo, queriendo estar absolutamente segura de que lo que estaba haciendo Teroenza era puramente un truco físico y mental, algo que todos los machos de su especie eran capaces de hacer a voluntad.

Y de repente Teroenza se irguió de golpe y miró frenéticamente a su alrededor. Su mente se llenó de sospechas primero y de certeza después. ¡Teroenza sabía que estaba siendo sometido a un examen telepático!

El efecto de la Exultación pareció temblar y después se debilitó de repente cuando el Gran Sacerdote dejó de emitir su vibración. Los sacredots siguieron entonando su coro de disonantes zumbidos de acompañamiento, pero la falta de su líder hizo que la Exultación quedara bruscamente interrumpida. Los peregrinos lanzaron gritos de sorpresa y consternación, y algunos incluso se desmayaron.

Bria liberó su mente de la sintonía telepática que había establecido con Teroenza y se unió a la multitud de peregrinos que gemían y gritaban mientras se tambaleaban de un lado a otro, bruscamente desorientados. Algunos permanecían inmóviles, temblando y gimoteando desesperadamente al mismo tiempo que lanzaban miradas implorantes a los sacerdotes.

Teroenza bajó pesadamente de la plataforma que se alzaba junto al Altar y empezó a abrirse paso entre la muchedumbre. El t'landa Til bajaba la mirada hacia los rostros de los peregrinos y murmuraba distraídamente bendiciones, tratando de ocultar su desesperada búsqueda de la persona que acababa de examinar su mente.

Por suerte Bria estaba entre las últimas filas de la multitud, y se encontraba muy cerca del final del anfiteatro. Dejó que la empujaran hacia atrás hasta que hubo salido del permacreto y sus pies se encontraron encima del blando y húmedo suelo de la jungla. Con un movimiento tan rápido como lleno de decisión, Bria hundió la punta de un pie en un montón de barro y hojas pisoteadas y lo levantó. Sus dedos soltaron el cilindro de brillestim y éste cayó para aterrizar en el centro del agujero.

Bria giró sobre sus talones, y mientras lo hacía su pie volvió a incrustar el montón de barro en el suelo de la jungla. Toda la secuencia de acontecimientos se había desarrollado en cuestión de segundos.

Empezó a abrirse paso a través de la periferia de la multitud, avanzando en dirección al sendero y dejándose arrastrar por la marea de peregrinos aturdidos, insatisfechos y perplejos que chillaban y protestaban.

Una cautelosa mirada hacia atrás le confirmó que Teroenza había abandonado su búsqueda, pareciendo haber comprendido que no lograría dar con la persona que había sondeado sus pensamientos y hasta qué punto aquella conducta tan atípica estaba poniendo nerviosos a los peregrinos. Bria se consoló con la esperanza de que el Gran Sacerdote acabaría atribuyendo toda la experiencia a un peregrino que llevaba relativamente poco tiempo en Ylesia y había decidido hacer un experimento con un recipiente robado de brillestim.

Echó a andar por el sendero, moviéndose con pasos torpes y tambaleantes y sin enterarse de nada de cuanto la rodeaba. Los efectos del brillestim ya se habían

desvanecido lo suficiente para que apenas fuera consciente de las emociones y pensamientos de quienes la rodeaban.

No se sorprendió cuando vio aparecer a Vykk junto a ella. El joven la cogió del brazo, como de costumbre, para ayudarla a mantener el equilibrio. Bria se apoyó en él, agradeciéndole su ayuda, y sintió que el brazo de Vykk le rodeaba la cintura hasta acabar sosteniendo una buena parte de su peso.

Ya habían quedado envueltos por la veloz oscuridad ecuatorial, y Bria apenas podía ver a Vykk. El joven piloto la guió por el sendero, evitando los charcos de barro más profundos. Cuando llegaron al dormitorio, Bria se detuvo.

–Todavía... Todavía no voy a entrar ahí –farfulló–. Necesito... Necesito hablar contigo, Vykk.

El joven asintió, sus rasgos apenas visibles bajo la luz que brotaba de las puertas abiertas.

–De acuerdo. No creo que a nadie le importe que vayamos al comedor para tomarnos una taza de té estimulante. A juzgar por tu aspecto, me parece que no te sentaría nada mal.

Volvieron sobre sus pasos y se adentraron en la oscuridad. Bria se apoyó en Vykk mientras avanzaban por el sendero. Nunca se había sentido tan cansada, e incluso un androide se habría movido con más animación.

Llegaron al comedor y Vykk la dejó sentada en una silla mientras iba a buscar dos tazas de té estimulante y un pastelillo que colocó delante de Bria.

–Anda, cómetelo –dijo–. Me parece que lo necesitas.

La joven mordisqueó obedientemente el pastelillo y tomó un sorbo de té estimulante. No había comido, y el alimento pareció darle nuevas fuerzas y hacer que el mundo volviera a estabilizarse a su alrededor.

Se inclinó hacia adelante, dispuesta a hablar con Vykk, pero el joven sacudió la cabeza en un gesto de advertencia en el mismo instante en que Bria abría la boca.

–Supongo que será mejor que te acompañe a tu dormitorio –dijo en un tono de voz bastante alto–. Esto te enseñará a no saltarte la hora de la comida, 921. Hace unos momentos creí que te ibas a desmayar delante de la puerta.

Bria comprendió lo que quería decirle en realidad, y se levantó sin decir nada y le siguió.

Cuando llegaron al Centro Administrativo, Vykk sacó unas gafas infrarrojas de su bolsillo y se las puso.

–¿Tienes las tuyas?

Bria asintió y se las puso. La noche quedó bruscamente convertida en una serie de fantasmagóricas imágenes negras y de un blanco verdoso. Los rayos infrarrojos le permitieron ver el rostro de Vykk, medio tapado por las gafas.

El brazo del joven volvió a rodearla mientras echaban a andar por el sendero de la jungla, caminando el uno al lado del otro.

–Tomaste el brillestim –murmuró Vykk.

–Sí –dijo Bria, sintiéndose tan aturdida e insensible como si la hubieran dejado inconsciente de una paliza–. Tenías razón. Perdóname por haber dudado de ti...

–Eh, eh –dijo él, intentando hablar en un tono lleno de jovialidad y fracasando miserablemente–. Si hubiera estado en tu lugar, yo también habría querido comprobar mi historia. ¿Fue...? ¿Fue muy duro?

Bria asintió, y las sensaciones volvieron de repente en una marea negra que la dejó temblando y con la respiración entrecortada.

–¡Oh, Vykk! –balbuceó–. ¡Estaba dentro de su mente, dentro de la mente de Teroenza, y era terrible! ¡No había ningún Don Divino, sólo un ser hastiado y lleno de

egoísmo que únicamente quiere acumular más riquezas para poder aumentar su colección!

—Cálmate —dijo Vykk, sujetándola por los hombros para que no perdiera el equilibrio—. Acabas de pasar por una experiencia muy desagradable.

—Me siento... Me siento tan... traicionada —logró decir Bria por entre el castañeteo de sus dientes—. Fue... horrible...

—Eh, cariño, vamos...

La rodeó con los brazos, y aquella muestra de cariñosa simpatía fue demasiado para Bria. La joven empezó a llorar con sollozos tan violentos y desgarradores que iban acompañados por un intenso dolor físico. Vykk la ayudó a quitarse las gafas y después se limitó a seguir abrazándola mientras le acariciaba el cabello, le daba palmaditas en la espalda e intentaba tranquilizarla con murmullos llenos de ternura.

Bria se agarró a la pechera del mono de vuelo de Vykk con las dos manos, retorciendo y estrujando la tela y sollozando con una violencia que la asustó. Nunca había llorado de esa manera antes. La sensación de desolación era terrible.

—Ya no... me queda... nada —balbuceó entre un espasmo de llanto y el siguiente—. Nada... Nada...

—No digas tonterías —murmuró Vykk, besándole cariñosamente la mejilla—. Estamos nosotros, ¿verdad?

—Eh... ¿Nosotros?

—Claro. Vamos a estar juntos, cariño. Vamos a salir de este planeta infernal, y vamos a ser felices.

Bria alzó la cabeza y clavó la mirada en la oscuridad sin poder ver nada, siendo apenas capaz de distinguir la mancha un poco más clara que era el rostro de Vykk.

—Pero nunca dejan marchar a los peregrinos —murmuró—. Lo leí en la mente de Teroenza.

—No vamos a pedirles que nos dejen marchar, cariño. Nos limitaremos a irnos.

—¿Escapar? —susurró Bria.

—Exacto —dijo Vykk—. En cuanto haya conseguido encontrar una manera de hacerlo, tú y yo saldremos de aquí. Ya he empezado a pensar en ello. —Le dio un rápido beso en la mejilla—. Confía en mí. He acumulado una cierta experiencia en esta clase de asuntos. Ya se me ocurrirá algo.

—Pero... Pero tu dinero... —dijo Bria—. Has firmado un contrato, y no puedes romperlo. Si te vas, perderás tu dinero. Me dijiste que necesitabas los créditos que te están pagando para tratar de entrar en la Academia. ¿Cómo puedes renunciar a eso?

—Un crédito es tan bueno como otro —dijo él, encogiéndose de hombros—. Sencillamente tendré que encontrar otra forma de sacarle el dinero a Teroenza.

La mente de Bria estaba enturbiada por el agotamiento y el dolor de la traición, y necesitó un minuto entero para entender de qué estaba hablando Vykk.

—La colección... —murmuró—. Planeas robar la colección de Teroenza y huir con ella.

—Eh, muy bien —dijo él con aprobación—. ¿Seguro que no estás experimentando otro de esos destellos telepáticos provocados por el brillestim?

—No lo creo —respondió Bria en un tono lleno de cansancio—. Pero sé que me has hecho montones de preguntas sobre la colección, y que también me has preguntado cuáles son los objetos más valiosos. ¿Realmente crees que puedes forzar las cerraduras de seguridad y robar la colección?

—No toda, desde luego —dijo Vykk—. Llevarse toda esa colección requeriría una nave de carga más grande que cualquiera de las que hay en Ylesia. Sólo me llevaré las

cosas más pequeñas..., y las más valiosas de entre ellas. –La miró fijamente–. Y tú vas a ayudarme, ¿verdad?

Bria titubeó. Robar antigüedades iba en contra de todo aquello en lo que siempre había creído. Pero las antigüedades de Teroenza no se hallaban en un museo, donde la gente hubiera podido verlas, sino que estaban siendo ocultadas a los ojos de todos por un codicioso coleccionista privado. Si Vykk las robaba volverían a circular por la galaxia, y había bastantes probabilidades de que por lo menos algunas de ellas acabaran siendo exhibidas públicamente en alguna tienda o galería de arte.

–De acuerdo –dijo por fin, tragando aire con una larga y temblorosa inspiración–. Te ayudaré, Vykk.

–Magnífico. Nos haremos con una nave y saldremos de este planeta. Estoy harto del calor y de la humedad, y todavía estoy más harto de estos sacerdotes y su falsa religión.

Bria respiró hondo. «¿Irme de aquí? No volver a asistir a las devociones, no volver a recibir jamás la Exultación... ¿Cómo puedo vivir sin eso?»

Expulsó decididamente la pregunta de su cerebro. Ya se las arreglaría de alguna manera. Quizá pudiera ir deshabituándose gradualmente poco a poco durante la semana siguiente hasta que se fueran de Ylesia.

–Pero hay una cosa más, Vykk –dijo con voz titubeante.

–¿Cuál, cariño?

–Muuurgh... ¿Qué pasa con Muuurgh? Me dijiste que había dado su palabra de honor de vigilarte..., que tiene tanto de guardia como de protector. ¿Qué vas a hacer con él?

Vykk hizo una profunda inspiración de aire, y Bria vio moverse la mancha borrosa de su cara cuando meneó la cabeza.

–Muuurgh es el vrelt en la cocina, desde luego –dijo, usando una vieja expresión corelliana para referirse a un desastre o a la mala suerte–. No sé qué voy a hacer con él. Esa especie de montaña peluda me cae realmente bien, pero... Bueno, Muuurgh me ha hablado de ese código de honor de su pueblo, y me temo que seguirá siendo leal a Teroenza ocurra lo que ocurra.

–Oh, Vykk –murmuró Bria con un hilo de voz–. ¿Qué vamos a hacer? ¿Y si no conseguimos salir de aquí?

–No te preocupes, cariño. Deja que yo me ocupe de eso. –Vykk suspiró–. Si he de hacerlo, me ocuparé de Muuurgh. Soy mejor tirador que él, y puedo desenfundar mucho más rápido.

–¿Dispararías contra él?

–Si he de elegir entre tú y yo y Muuurgh... Sí, lo haría. Ojalá pudiera convencerle de que viniera con nosotros... Si lo hiciera, le llevaría adonde quisiera ir y además le daría los créditos suficientes para que siguiera con su búsqueda.

–¿Su búsqueda?

–Sí. Está buscando a su compañera, y vino aquí pensando que había venido a Ylesia. Pero estaba equivocado. Los togorianos son un pueblo tan poco conocido que yo ni siquiera había oído hablar de ellos hasta que llegué aquí. Si hubiera una togoriana en Ylesia, sería imposible ocultarla.

Bria tragó aire, muy sorprendida.

–Pero... ¡Vykk, es que había otro alienígena de esa especie aquí! Recuerdo haberlo visto hace... Oh, no sé, puede que hace seis meses, o quizá ocho. Sólo pude verlo durante un momento, pero estoy seguro de que había nacido en Togoria.

–¿De veras? ¿Era macho o hembra? ¿Qué aspecto tenía?

—No tengo ni idea de a qué sexo pertenecía —dijo Bria—. Creo que no era tan grande como Muuurgh. Tenía el pelaje blanco con franjas anaranjadas..., creo. Lo vi un anochecer justo después de las devociones, y ya estaba muy oscuro.

—Tendré que decírselo a Muuurgh —murmuró Vykk—. Esos condenados sacerdotes mienten cada vez que abren la boca. Es perfectamente posible que Mrrov, creo que Muuurgh me dijo que su prometida se llamaba así, haya estado en Ylesia durante todo este tiempo, puede que en la Colonia Dos o en la Colonia Tres.

Vykk se calló y Bria permaneció inmóvil, reflexionando en lo que acababa de oír, hasta que no pudo soportar el silencio por más tiempo.

—Oh, Vykk, por favor... —le suplicó—. ¡Dime que no hablabas en serio cuando dijiste que dispararás contra Muuurgh si intenta impedir que robemos la colección de Teroenza! ¡Tiene que haber una forma de evitar eso!

Bria apreciaba mucho a Muuurgh. Había llegado a conocerle un poco durante los dos últimos meses, y admiraba al enorme felinoide.

—Muuurgh va a ser un obstáculo, y haré todo lo que tenga que hacer para impedir que nos detenga —dijo el joven piloto con expresión sombría—. Si no me queda más remedio, dispararé contra él. Pero quizá pueda... aturdido con un disparo a baja potencia, o darle un buen golpe en ese cráneo tan duro que tiene y dejarlo atado para que los sacerdotes no le consideren responsable de lo ocurrido

—Oh, Vykk... —Los ojos de Bria volvieron a llenarse de lágrimas—. Intenta encontrar alguna forma de que Muuurgh no sufra ningún daño. Siempre sabes cómo resolver todos los problemas.

—Lo haré, cariño —dijo él—. Lo haré...

Se inclinó hacia adelante para depositar un rápido beso sobre su frente, y esta vez Bria no le recordó sus votos. «No tengo votos —pensó con abatimiento mientras iniciaban el camino de vuelta a su dormitorio—. No tengo votos ni religión... No tengo absolutamente nada...»

Volvió la cabeza entre la oscuridad.

«Salvo a Vykk...»

Muuurgh emergió de la jungla sin hacer ningún ruido y entró en el sendero. La visión nocturna del togoriano era muy superior a la de un humano, y no tuvo ninguna dificultad para distinguir a la ya distante pareja que caminaba por el sendero. Piloto y Bria casi habían llegado al dormitorio.

El felinoide había estado avanzando por la jungla con exagerada cautela durante los últimos dos minutos, decidido a acercarse lo suficiente para poder oír la conversación que estaban manteniendo en susurros. Sólo había conseguido acercarse lo suficiente para escuchar el final de lo que habían estado discutiendo..., pero eso era suficiente.

Piloto y Bria estaban planeando escapar. Planeaban robar a sus señores. Piloto planeaba «ocuparse» de Muuurgh.

El togoriano, cada vez más preocupado y lleno de dudas, meneó su enorme cabeza. Muuurgh había dado su palabra de honor a quienes estaban por encima de él, y el curso de acción que tenía que seguir hubiese debido estar muy claro. Pero no lo estaba.

Sabía muy bien cuál era su deber. Lo que hubiese debido hacer era ir a ver a Teroenza mañana por la mañana y contarle lo que había oído, o quizá matar a Piloto y explicar al sacerdote por qué había obrado de aquella manera cuando todo estuviese hecho.

Pero siguió inmóvil donde estaba, titubeando. Resultaba obvio que Piloto se hallaba lo suficientemente desesperado para disparar contra Muuurgh a fin de poder escapar. Muuurgh había dado su palabra de honor de vigilar a Piloto.

Pero Piloto también era Vykk..., y Muuurgh había llegado a considerarle un amigo. Vykk estaba decidido a proteger a su hembra, y Muuurgh podía entender esa decisión. Muuurgh haría casi cualquier cosa para proteger a Mrrov..., si consiguiera encontrarla.

Un gruñido gutural brotó de las profundidades de su garganta. Quizá debería fingir que seguían siendo amigos, y esperar a que Piloto le permitiera acercarse lo suficiente para usar sus dientes y sus garras. Muuurgh era un experto cazador: cuando había conseguido hacerse con su presa, ya no había escapatoria posible.

Pero... ¿podría matar a Vykk para no faltar a su palabra de honor?

Volvió a gruñir y regresó a la jungla. Aquella noche cazaría y mataría. Desgarraría la carne de su presa y la devoraría. Eso quizá le aclararía la mente, y así después podría decidir qué tenía que hacer.

Muuurgh se deslizó por entre los gigantescos troncos de la jungla, tan silencioso e invisible como un espectro...

Perdida y encontrada

A la mañana siguiente Han silbó animadamente mientras se duchaba, y ni siquiera el tener que esparcir la viscosa sustancia antifungal de color grisáceo y pestilente olor sobre su cuerpo consiguió deprimirle. El y Bria iban a salir de aquel mundo, y en cuanto hubieran vendido los objetos robados de la colección de obras de arte de Teroenza tendrían montones de créditos. Han podría pagar su nueva identidad y la comida y el alojamiento mientras pasaba los exámenes para entrar en la Academia.

Y cuando saliera de ella sería un oficial, un hombre respetado por todos, y Bria le estaría esperando...

Frotándose los cabellos mojados con una toalla, fue en busca de sus ropas, que había dejado esparcidas al pie de su catre.

No hubo ninguna advertencia. En un momento dado estaba caminando, y al siguiente algo le había agarrado y le había lanzado al suelo con tanta fuerza que el impacto le dejó sin aliento. Han boqueó como un cachalodón varado en la playa, y puntitos luminosos bailotearon delante de sus ojos.

Pero también había algo más, algo que lo mantenía inmovilizado en el suelo, algo que había extendido una mano enorme que le presionaba el pecho. Han reaccionó de manera instintiva quedándose totalmente inmóvil, jadeando para tratar de recuperar el aliento y comprendiendo que aquella mano podía aplastarle con tanta facilidad como si su cuerpo fuera una nuez de dilga.

La negrura onduló delante de sus ojos, pero... No, la negrura era real y peluda, con una mancha blanca en el centro de su pecho y un erizamiento de bigotes blancos. Han consiguió volver a ver con un poco de nitidez.

—¿Muuurgh...? —jadeó con un hilo de voz—. ¿Qué te...?

Y Muuurgh le rugió en la cara, sus enormes colmillos tan cerca de ella que Han pudo ver el brillo de la saliva que los cubría.

—Piloto planea essscapar y llevarse a Bria —gruñó Muuurgh—. Vykk planea robar a sus patronosss ylesianosss. Vykk planea ocuparse de Muuurgh...

—Pero...

La mano ejerció una ligera presión hacia abajo y Han se hundió bajo ella, los ojos desorbitados.

Muuurgh alzó una gigantesca mano-pata y flexionó ligeramente los músculos. Garras tan enormes y afiladas que parecían cimitarras brotaron de las puntas de los dedos.

—Ahora Piloto morirá por traidor —gruñó el togoriano.

—¡No! —Han alzó las manos en un gesto de súplica—. ¡No, por favor! Escucha, Muuurgh...

—Muuurgh essscuchó anoche. Muuurgh oyó mucho —dijo secamente el togoriano.

—¡Eh, colega! —balbuceó Han, imaginándose lo que aquellas garras le harían a la carne indefensa de su garganta—. ¡Creía que éramos amigos!

—A Muuurgh le caía bien Piloto. Muuurgh sssiente tener que matar a Piloto, pero palabra de honor ha sssido dada. Muuurgh no tiene elección.

La enorme y peluda mano empezó a bajar. Han cerró los ojos y aguardó el fin.

Sintió cómo el viento creado por el movimiento de la mano del togoriano le rozaba la mejilla y la garganta, pero nada le tocó. Pasadas varias eternidades, Han volvió a abrir los ojos. Muuurgh le estaba mirando fijamente, claramente desgarrado entre el deber y sus impulsos.

El gigantesco felinoide acabó agarrando a Han por los cabellos y el hombro, lo levantó de un tirón y lo empujó hacia el sitio en el que el corelliano había dejado la ropa.

— ¡Vessstirse! Muuurgh no quiere la sangre de Piloto sobre sus garrasss. Iremossss a contar a Teroenza lo que Piloto y chica están planeando hacer. Sssacerdote dirá a otros guardiasss que maten a traidoresss.

Han se apresuró a ir hasta el catre y empezó a vestirse. Por lo menos no moriría desnudo y empapado.

—Oye, Muuurgh, tienes que escucharme —dijo mientras se iba vistiendo—. Por favor... El que me escuches no le hará daño a nadie, ¿verdad?

—Piloto miente. Muuurgh sssabe que Piloto miente. Muuurgh no... No te escucharé.

«Eh, eso es buena señal. Que se corrija a sí mismo quiere decir que está recuperando el control de sus impulsos... —pensó Han—. Las reglas gramaticales que le he enseñado le están volviendo a la cabeza.»

Cerró el sello delantero de su mono y se sentó sobre el borde del catre para ponerse las botas.

—Tu gente tiene un código del honor, ¿verdad? —dijo, pensando a unas velocidades que nunca había alcanzado anteriormente.

—Sssí.

—Si le das tu palabra de honor a alguien para quien estás trabajando, entonces tienes que mantener tu palabra, ¿no?

—Sssí. Piloto esss capaz de moverse más deprisa. Ponte esasss botasss.

Han metió lentamente el pie derecho en la bota, con los dedos dirigidos hacia abajo, y empezó a tirar de ella.

—Bueno, amigo, entonces supongamos que le has dado tu palabra de honor a alguien para quien trabajas y luego descubres que todo lo que te ha dicho sobre su parte del contrato era mentira. ¿Qué efecto tiene eso sobre vuestro acuerdo? ¿Tienes que seguir siendo fiel a la palabra de honor dada a alguien que te ha mentido y te ha dejado en ridículo?

Muuurgh miró fijamente a Han con evidente suspicacia, pero no dijo nada.

—Vamos, amigo... ¿Qué dice tu código del honor sobre los acuerdos con los mentirosos?

Muuurgh meneó su enorme cabeza, y sus orejas se pegaron al cráneo en una intensa reacción de ira.

—Si un togoriano da palabra de honor a alguien que miente, el contrato no tiene ningún valor. No hay honor en tratar con alguien que miente.

—Perfecto —dijo Han, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo mientras cogía su bota izquierda—. Y ahora escúchame bien, colega: creo que Mrrov está aquí, en Ylesia. Creo que Teroenza te mintió.

Muuurgh contempló en silencio a Han durante unos instantes, y después sus ojos azules se entrecerraron.

—Tú mentiríasss para seguir vivo, Vykk.

–Sí, amigo, lo haría –respondió Han, no queriendo recurrir a las mentiras–. Pero te juro que no te estoy mintiendo en esto.

–¿Jurasss? ¿Qué esss eso?

–Es... Es algo así como una palabra de honor –dijo Han–. Mi pueblo jura por aquello que más le importa en el mundo. Es... Bueno, supongo que tú dirías que es algo sagrado.

– ¿Y entoncesss por qué cosa jura Vykk?

Han estuvo pensando durante un momento antes de responder.

–Lo juro por la vida de Bria –dijo después, hablando muy despacio y lo más claramente posible–. Ya sabes que Bria me importa... mucho. Lo sabes, ¿verdad?

Muuurgh reflexionó en silencio y acabó asintiendo.

–De acuerdo: entonces te juro por la vida de Bria que anoche ella me dijo que había visto a alguien de tu especie aquí, en Ylesia, hace poco más de seis meses. Eso encajaría con la época en la que estabas buscando a Mrrov, ¿verdad?

El togoriano volvió a asentir en silencio.

–Bria vio a alguien de tu planeta, Muuurgh. Pregúntaselo tú mismo. Teroenza y sus secuaces te mintieron cuando te dijeron que Mrrov nunca había venido a este mundo. Probablemente sigue aquí, en Ylesia... Supongo que no estará en la Colonia Uno, ya que eso resultaría demasiado arriesgado, pero hay bastantes probabilidades de que esté en la Colonia Dos..., o quizá incluso en la Tres. Pero la Colonia Dos lleva más tiempo en funcionamiento, así que tiene muchos más peregrinos que la Colonia Tres. En consecuencia, apostaré a que Mrrov se encuentra en la Colonia Dos. Creo que vale la pena comprobarlo, ¿no?

– ¿Qué assspecto tenía esa togoriana? –preguntó Muuurgh, hablando muy despacio.

Durante un momento Han sintió la tentación de mentir y decir que no lo sabía, porque no tenía ni idea de qué ocurriría si estaba equivocado acerca de la identidad de aquella congénere del togoriano. Muuurgh podía dejarse dominar por la ira y matarlo allí mismo. Respiró hondo.

–Bria dijo que era blanca y de algún otro color, y que tenía franjas. Creía que podían ser franjas anaranjadas, pero dijo que estaba tan oscuro que no podía estar segura.

«¡Y espero que Mrrov no fuera de un solo color o tuviera el pelaje moteado!»

Las orejas de Muuurgh se pegaron al cráneo, y el enorme felinoide empezó a sisear como una válvula defectuosa mientras mostraba los dientes en una mueca llena de ferocidad. Han miró desesperadamente a su alrededor en busca de algo con que romperle la cabeza al togoriano, pero no había nada al alcance de su mano. El joven corelliano se resignó en silencio a la espantosa idea de que acabaría partido por la mitad.

Pero de repente el feroz siseo de Muuurgh se convirtió en un angustioso maullido lleno de dolor. El gigantesco alienígena se dejó caer al suelo y se llevó las manos a la cabeza mientras seguía maullando con un estridente gimoteo.

– ¡La hasss descrito! –gruñó por fin–. Oh, por todos los dioses de mis padresss... ¿Acaso esss posible que Mrrov haya estado aquí durante todo este tiempo mientras yo creía a esos mentirososss? ¡Iré ahora mismo a abrirlesss las gargantasss con mis garras, y me comeré sus corazonesss!

–Uf –murmuró Han, mientras pensaba en lo mucho que se alegraba de que aquel recurso desesperado hubiera dado resultado.

Muuurgh se levantó de un salto, obviamente decidido a llevar a la práctica su amenaza.

– ¡Espera! –Han también se levantó de un salto, agarró un enorme brazo y se mantuvo aferrado a él mientras era arrastrado a través del suelo y de la sala hasta que casi hubieron llegado a la puerta. Han hundió los talones en el suelo y se negó a soltar el brazo del felinoide–. ¿Quieres recuperarla, Muuurgh? ¡Pues entonces no des ni un paso más!

Muuurgh empezó a caminar más despacio y acabó deteniéndose.

–Estupendo –dijo Han, jadeando e intentando tragar aire–. Y ahora vamos a hablar de este asunto como dos seres racionales, ¿de acuerdo? Siéntate.

Muuurgh se dejó caer sobre su plataforma de descanso. Han puso un poco de música, y después cogió su maltrecha silla y la dejó tan cerca del togoriano que cuando se inclinó hacia él sus rostros casi se rozaron.

–Habla en voz baja –murmuró, y Muuurgh asintió–. Tengo un plan –siguió diciendo–. Creo que sé cómo llegar hasta ella si todavía está en Ylesia.

«Espero que no la hayan enviado a las minas de especia», pensó, pero no lo dijo en voz alta. A esas alturas, Muuurgh sabía tan bien como él qué les ocurría a los esclavos.

–De acuerdo, Vykk –dijo Muuurgh, hablando en un tono de voz tan bajo como el que había empleado Han–. Cuéntame el plan.

Han reflexionó en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

–Voy a necesitar tu ayuda para algunas de las cosas que quiero hacer. Tengo que ocuparme de ciertos preparativos, y trataré de dejarlo todo en orden antes de irme.

–¿Irte? ¿Vykk se va?

–Sí, pero no estoy hablando de nuestra huida final. Dentro de un par de días tendré que ir a Nal Hutta para entregar un mensaje y un regalo de Zavval a un hutt llamado Jiliac. Se supone que luego he de permanecer allí y esperar una contestación. Nunca he estado en Nal Hutta, y no sé qué tal funcionan las cosas en ese mundo, pero Jalus Nebl sí ha estado allí.

Muuurgh asintió para indicar que le estaba escuchando, y empezó a alisarse nerviosamente sus blancos bigotes.

–El *Sueño* es demasiado pequeño para poder transportar a tres pasajeros. Se lo haré ver a Teroenza y le diré que Nebl quiere volver a volar como mi copiloto. Estoy casi seguro de que Teroenza accederá a permitir que yo y Nebl llevemos a cabo esta misión juntos. Voy a sugerirle que te quedes aquí porque no habrá espacio suficiente a bordo para ti.

Han se levantó y empezó a pasear lentamente de un lado a otro mientras pensaba.

–Los sacerdotes saben que te gusta cazar, ¿verdad? Bueno, pues cuando yo haya conseguido permiso para llevarme a Nebl, deberías pedir que te permitieran pasar un par de días cazando. Eres capaz de moverte bastante deprisa sobre un terreno escarpado, ¿no?

–Muy deprisa –asintió el togoriano–. Lo bastante deprisa para persseguir y matar a la presa.

–¿Crees que podrías llegar hasta la Colonia Dos yendo a pie?

–Sssí –dijo Muuurgh, pareciendo estar totalmente seguro de lo que decía.

–Bueno, pues me parece que ésa es la mejor carta que podemos jugar en este momento. Si Mrrov todavía se encuentra en Ylesia, hay más de un cincuenta por ciento de probabilidades de que esté en la Colonia Dos. Deberías ir allí y explorar la zona para averiguar si realmente está ahí.

– ¡Y rescatarla! –gritó Muuurgh, levantándose de un salto.

– ¡No! –se apresuró a exclamar Han–. Siéntate. Eso sería lo peor que podríamos hacer, porque entonces os empezarían a buscar por todo el planeta. Utilizarían sensores ajustados a las lecturas corporales togorianas para localizaros, y al final os capturarían y probablemente os matarían. O decidirían enviaros a las minas de Kessel, lo que a efectos prácticos sería más o menos lo mismo...

– ¿Entonces quieres que Muuurgh vea a Mrrov pero que no deje que ella le vea?

–Exactamente. Limitate a dar con ella y averigua dónde come, dónde duerme y todas esas cosas. Después, cuando estemos preparados para huir, tú y yo iremos a la Colonia Dos y la sacaremos de allí. Por si no te habías dado cuenta, te diré que he estado haciendo algunas pequeñas exploraciones nocturnas de este lugar.

–Muuurgh ssse había dado cuenta –replicó el togoriano en un tono bastante seco–. Allí donde iba Vykk, Muuurgh essstaba detrás de él observando. ¿Por qué piensasss que sabía que debía ir a escuchar cuando acompañassste a Bria de regresso al dormitorio?

–Bueno, da igual... El caso es que se me ha ocurrido una forma de crear una diversión que mantendrá ocupados a los guardias mientras nos llevamos los objetos más valiosos de la colección. Ah, y también sé dónde está el centro de comunicaciones. Me aseguraré de que las comunicaciones entre las colonias queden interrumpidas cuando salgamos de aquí. Iremos a la Colonia Dos y rescataremos a Mrrov, y luego nos largaremos de este planeta a toda velocidad antes de que puedan enterarse de qué está ocurriendo. Después os llevaré a Togoria, ¿de acuerdo?

Muuurgh miró a Han y sus ojos azules se entrecerraron mientras sus bigotes temblaban bajo los efectos de la emoción.

–¿Haríasss eso por Muuurgh y Mrrov?

–Sí. Lo juro, Muuurgh. Si nos ayudas a robar los objetos más valiosos de la colección de Teroenza, te juro que no nos iremos de aquí sin Mrrov.

El gigantesco togoriano reflexionó en silencio durante un momento interminable, y después alzó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los de Han.

–Lo haré –dijo por fin–. Palabra de honor.

Han asintió.

–Trato hecho, colega.

Han fue a la sala del tesoro de Teroenza esa misma noche para hablar con Bria. Se había estado preguntando si la joven seguiría asistiendo a las devociones después de haber descubierto que todo era una farsa. Han se detuvo delante de la gruesa puerta recubierta de metal y llamó con los nudillos.

–Soy yo –dijo en respuesta a la voz de Bria cuando la oyó preguntar quién era desde el otro lado.

La puerta se abrió y Bria apareció en el umbral. Han puso ojos como platos.

–Eh... ¡Estás magnífica!

Por primera vez desde que la conocía, Bria había prescindido de su voluminosa túnica marrón y de la gorra que ocultaba sus cabellos y se había puesto una sencilla túnica azul y unos pantalones. Aun siendo de una púdica sencillez, las dos prendas revelaban una silueta delgada pero decididamente femenina.

–El Altísimo Teroenza me dijo que podía prescindir de mi atuendo de peregrina mientras me estuviera ocupando de la colección –le explicó Bria. Cuando vio el brillo cariñoso que iluminó los ojos de Han se ruborizó un poco, pero consiguió sonreír–. Temía que algún pliegue de mi túnica se pudiera enganchar en un artefacto valioso y lo tirara al suelo.

–Bueno, pues apruebo su sabia precaución –dijo Han–. ¿Quieres ir a tomar una taza de té?

–Claro.

Cuando estuvieron sentados en el comedor con sendas tazas de té estimulante delante de ellos, Bria alzó la mirada hacia Han y le sonrió tímidamente.

–Bien... ¿De veras te gusta mi aspecto?

–Puedes apostar a que sí –dijo Han–. Eres la chica más bonita de este planeta, y hablo en serio.

Bria sonrió, pero la sonrisa se desvaneció enseguida para ser sustituida por una expresión llena de preocupación.

–Al parecer no eres el único que piensa eso, Vykk...

–¿Qué quieres decir?

–Esta mañana he mantenido la conversación más extraña que te puedas imaginar con Ganar Tos, el mayordomo de Teroenza. Al parecer Ganar Tos nunca había sido capaz de ver más allá de la túnica de los peregrinos, pero cuando me he puesto estas ropas ha empezado a fijarse en mí. Me estuvo siguiendo de un lado a otro durante casi una hora mientras yo intentaba cambiar de sitio algunas piezas de la colección, y no paró de darme conversación..., o de intentarlo. Esos ojos de un naranja rojizo que tiene me dan escalofríos. Es viejo, pero resulta obvio que todavía le queda mucha..., eh..., mucha vida dentro. Además, y no sé si me entiendes, está claro que se trata de vida de la..., de la variedad masculina.

Han se echó hacia atrás.

–¿Intentas decirme que ese condenado vejstorio te estaba... cortejando?

Bria se estremeció.

–Me temo que sí. Quería saber cuántos años tenía, si había estado casada alguna vez, si tenía hijos... Me preguntó por qué había decidido ir a Ylesia para convertirme en una peregrina. ¡Me hizo preguntas muy personales! Se comportó de una manera terriblemente descarada.

Han se inclinó hacia adelante.

–¿Y por qué viniste aquí? –preguntó–. ¿O también me consideras incluido en el grupo de quienes no tienen derecho a que se les hable de asuntos tan personales?

Bria intentó sonreír.

–Por supuesto que no, Vykk. ¿Que por qué vine aquí? Parece que ya hace tanto tiempo de eso que incluso me cuesta recordarlo... Estaba pasando por una mala época. Acababa de terminar mis estudios secundarios, y la idea de ir a la universidad me asustaba un poco. Nunca había tenido que arreglármelas por mi cuenta antes.

»Mi madre siempre había ejercido un estricto control sobre mí, y acabó convenciéndome de que nunca sería capaz de hacer nada bien. Estudiar con aplicación y portarme bien no era suficiente para ella. –Sonrió, pero en su sonrisa había más tristeza que otra cosa–. Mi padre me animó a estudiar una carrera, pero mi madre sólo pensaba en que hiciera una "buena boda". Cuando empecé a salir con Dael, creyó que sus sueños se habían convertido en realidad.

Han sintió una repentina punzada de celos, pero se recordó a sí mismo que había habido otras chicas en su pasado. De hecho, más de unas cuantas...

–Estábamos a punto de comprometernos cuando le sorprendí saliendo con otra chica, así que le dije que todo había terminado entre nosotros –siguió diciendo Bria–. Mi madre se enfadó muchísimo conmigo en cuanto supo que había roto con él. Dael pertenecía a una de las familias más ricas de Corellia, y mi madre ya había empezado a planear la boda. –Bria suspiró–. Me ordenó que fuera a verle y que le pidiera disculpas,

y que insistiera hasta que consiguiese que Dael volviera a aceptarme como futura esposa. Por primera vez en mi vida, le respondí con una negativa.

–Tu madre parece una mujer... muy... decidida –dijo Han, escogiendo sus palabras con mucha cautela.

–«Decidida» no es el término más adecuado. Mi madre me había estado empujando hacia los brazos de Dael desde que estuvimos juntos en la escuela, y yo no tuve el valor necesario para decirle que en realidad no me gustaba lo suficiente para casarme con él. Es curioso... –Sus ojos verdeazulados se empañaron levemente–. Dael no me gustaba mucho, pero en cuanto supe que había estado saliendo con otra chica, me sentí traicionada. Era como si me hubiese roto el corazón... La gente es muy rara, ¿verdad?

Han asintió.

–Continúa –dijo, animándola a seguir.

–Bueno, por aquel entonces oí hablar de un misionero ylesiano que iba a celebrar una especie de acto religioso. Me sentía muy deprimida, porque estaba totalmente convencida de que era incapaz de hacer nada bien. Era como..., como una planta a la que hubieran arrancado de raíz, ¿comprendes? No podía relacionarme con nadie, y estaba totalmente sola en el universo.

»Fui a esa ceremonia. El sacerdote ylesiano terminó su servicio con unos segundos de Exultación y me hizo sentir tan maravillosamente bien, como si por fin hubiera encontrado un lugar entre aquella gente... Bueno, el caso es que fue una experiencia magnífica. Así que vendí mis joyas, me escapé y fui corriendo a la primera nave que partía para Ylesia... –Bria sonrió melancólicamente–. Bien, ésa es mi historia. Y para volver al tema inicial, ¿qué crees que debería hacer para mantener a raya al pobre Ganar Tos?

–Si te molesta demasiado, siempre puedes mencionárselo a Teroenza. Estoy seguro de que el Altísimo no quiere que nada interfiera con tu trabajo, y si Ganar Tos te está molestando, entonces Teroenza se encargará de poner fin a eso.

–De acuerdo –dijo Bria, pareciendo animarse un poco–. Es una buena idea.

–¿Vas a ir a las devociones? –preguntó Han, lanzándole una mirada bastante significativa.

Bria meneó la cabeza.

–No. No quiero ir.

–¿No te echarán en falta cuando no vayas?

–Siempre puedo decir que he tenido dolor de cabeza o que me he quedado a trabajar hasta muy tarde. La mayoría de los peregrinos siempre están esperando el momento de ir a las devociones, así que los sacerdotes no mantienen ninguna clase de control sobre quienes van allí.

–Sí, es verdad... En ese caso, ¿qué te parece si vamos a dar un paseo?

–Claro.

Cuando hubieron salido del comedor, Han esperó a que hubieran llegado a las Llanuras de las Flores para abordar el tema que ocupaba sus pensamientos y, una vez allí, le resumió rápidamente lo que había ocurrido aquella mañana entre él y Muuurgh. Bria se alarmó bastante al enterarse de que Muuurgh había estado escuchando su conversación aquella noche, y así lo dijo.

–Sí, yo también me alarmé bastante –replicó Han–. Esa montaña de pelos puede ser realmente silenciosa cuando quiere. No me extraña que diga que es el mejor cazador de su planeta... Al parecer me ha estado siguiendo todo el tiempo cada vez que me dedicaba a explorar este sitio para averiguar cuál era la mejor manera de poder salir de aquí.

–Será mejor que tengamos muchísimo cuidado cuando estemos discutiendo los planes de fuga –dijo Bria, mirando nerviosamente a su alrededor.

–¿Por qué crees que he querido alejarme tanto del comedor antes de sacar a relucir el tema? En este sitio hasta los árboles tienen orejas, así que en el futuro deberemos ser muy precavidos. La noche pasada sólo se trataba de Muuurgh y eso quiere decir que ahora no corremos peligro, pero podría haber sido uno de esos dermomorfos que usan como guardias en los niveles inferiores de la factoría de brillestim.

La mera idea bastó para hacer que Bria se estremeciese.

– ¿Y qué tenías que contarme?

–Muuurgh va a pedir que le permitan ir de caza mientras Jalus Nebl y yo vamos a Nal Hutta. Ya lo tenemos todo planeado. Hoy Teroenza ha accedido a que Nebl vaya conmigo. Nal Hutta se encuentra a dos sistemas de distancia y estaremos fuera durante cuatro días, puede que cinco. Le prometí a Muuurgh que dispondría de ese tiempo para averiguar si Mrrov todavía sigue ahí, y que si está allí nos la llevaremos con nosotros.

–Eso sería magnífico –dijo Bria–. Tener que dejar a Muuurgh aquí no me gustaba nada. Si Teroenza se enfurecía lo suficiente, probablemente le mataría por haber permitido que escapáramos tanto si Muuurgh era responsable de nuestra fuga como si no.

–Tienes razón. –Han suspiró–. Ojalá pudiera encontrar alguna forma de entrar en los aposentos de Teroenza sin ser visto y registrarlos hasta averiguar dónde ha guardado esos códigos de acceso a las naves y los códigos de las cerraduras de seguridad de la colección, pero de momento no tengo ni idea de cómo conseguirlo. He encontrado una forma de mantener ocupados a los guardias, pero si no consigo echar mano a esos códigos tal vez tenga que acabar alterando mis planes. Quizá me vea obligado a prender fuego al Centro Administrativo o algo por el estilo...

–¿Códigos de seguridad? –Bria frunció el ceño y cerró los ojos–. Códigos de seguridad...

Después respiró hondo y empezó a recitar una retahíla de símbolos, números y letras.

– ¡Eh, eso parece un código de seguridad! –Han estaba tan excitado que la cogió del brazo–. ¿De dónde lo has sacado?

–Estaban en la mente de Teroenza –dijo Bria con una sonrisa temblorosa–. Me temo que han quedado grabados en la mía junto con todo lo demás. Me gustaría poder olvidarlos y olvidar todo el resto de lo que vi en su mente, pero no puedo.

Han la contempló con cara de éxtasis, y después la tomó de los hombros y la sacudió suavemente.

–Bueno, pues no vuelvas a desearlo hasta que hayamos salido de esta poza de barro. Bria, cariño... ¡Esto es magnífico! ¡Me has ahorrado un montón de problemas!

Bria trató de sonreír.

–Tuve que pagar un precio terrible por ello, pero si nos ayuda en algo... Bien, supongo que entonces valía la pena.

–Te aseguro que habrá valido la pena –le prometió Han–. Confía en mí, Bria... Te lo juro, ¿de acuerdo?

Bria asintió.

–Y ahora todo lo que tenemos que hacer es no despertar sospechas hasta que estemos preparados para actuar. Eso me resultará fácil, ya que Nebl y yo estaremos viajando por el espacio. ¿Crees que serás capaz de seguir comportándote como de costumbre hasta que hayamos vuelto?

–Me parece que sí –dijo Bria–. Pero... ¡Vuelve lo más pronto posible!

–Lo haré, cariño –dijo Han.

Bria le lanzó una mirada suplicante.

–Y cuando seamos libres... ¿Podremos ir a Corellia, Vykk? Quiero volver a ver a mi familia. Quiero que sepan que estoy bien.

Han le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

–Claro, cariño. Yo también he de resolver algunos asuntos en Corellia, así que ésa será una de nuestras primeras paradas. ¿Te parece bien?

Bria respondió con una sonrisa radiante.

–Oh, sí...

Cuando Vykk la dejó delante de la puerta de su dormitorio, Bria se dijo que subiría la escalera y echaría una siesta hasta que fuese la hora de ir a cenar. Si alguien le preguntaba por qué no había ido a las devociones, alegaría un dolor de cabeza como excusa.

Pero cuando llegó a su habitación, cogió su túnica y su gorra de peregrina y se quedó contemplándolas. «Mañana... –pensó–. Empezaré mañana. Después de todo, he tenido un par de días muy duros... Nadie puede esperar que deje de asistir a la Exultación de repente, ¿verdad? Necesito un día para decidirme y poder reunir las fuerzas suficientes...»

Y antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Bria se encontró llevando nuevamente su túnica y su gorra y yendo a toda prisa por el Sendero de la Inmortalidad en dirección al Altar de las Promesas...

Dos días después, un Han muy inquieto y un Jalus Nebl lleno de placidez estaban esperando delante de la sala de audiencias del Palacio de Invierno de Jiliac el Hutt. Junto a los pies de Han había una pequeña grabadora holográfica diseñada para proyectar un simulacro visual y auditivo del remitente del mensaje. Nebl mantenía inmóvil una gran caja llena de adornos que reposaba sobre un elevador antigravitatorio. La caja contenía el regalo que Zavval el Hutt enviaba a Jiliac, su socio comercial y rival ocasional.

–Me pregunto cuánto rato tendremos que seguir esperando –murmuró nerviosamente Han mientras empezaba a ir de un lado a otro–. Ya casi ha pasado una hora.

–Para una audiencia con el líder de un clan, eso no es nada –dijo Jalus Nebl–. En una ocasión tuve que esperar durante dos días enteros sólo para poder llegar a la antesala, y tampoco debes olvidar que tenemos que esperar una contestación. Una vez tuve que esperar una semana.

–No me digas eso –gruñó Han–. No quiero oír hablar de todo lo que puede llegar a ir mal, y además sigo sin estar muy seguro de que vayamos a salir de aquí con vida. Supongo que ya sabes que los hutts son famosos por su mal genio, ¿no?

–Ya te he dicho que no corremos ningún peligro –replicó el sullustano.

–Puede que me cueste un poco entender las cosas, y en ese caso te pido disculpas, pero me pregunto cómo puedes estar tan seguro de ello –dijo Han en un tono bastante seco.

–Hace muchos años, durante los primeros días de su llegada a Nal Hutta, los hutts perdieron tantos mensajeros que las comunicaciones entre los clanes quedaron totalmente interrumpidas, y todos los hutts sufrieron graves pérdidas a causa de ello –le explicó Nebl–. Como consecuencia, todos los clanes llegaron a un acuerdo y juraron respetarlo en el futuro: cualquier mensajero enviado por un hutt a otro hutt es sacrosanto. Mientras estemos entregando el mensaje de Zavval y tengamos que esperar

aquí para volver luego con la contestación que nos haya dado, nadie puede hacernos nada ni interferir de ninguna manera con nuestra misión.

—Ya, ya... Bueno, espero que estés en lo cierto —masculló Han mientras echaba un vistazo a la enorme caja—. Creía que Zavval estaba furioso con Jiliac —susurró después—. ¿Cómo es que le envía un regalo?

Nebl meneó la cabeza.

—Los regalos forman parte de la tradición. Si quieres atraer la atención de un hutt, entonces tienes que ofrecerle un regalo o amenazarle directamente. A veces los hutts hacen ambas cosas al mismo tiempo.

Han torció el gesto.

—Qué curioso... ¿Estás seguro de que no tienes ni idea de qué hay ahí dentro? Esa caja es lo bastante grande para contener prácticamente cualquier cosa..., incluso un cadáver, si lo hubieras doblado un poco. Me sentiría mejor si supiera qué hay en ella.

—La caja está sellada —observó Nebl—. Si la abrimos, su excelencia Jiliac lo sabrá. No queremos hacer nada que pueda causarnos problemas, ¿verdad?

—No, desde luego.

Han volvió a torcer el gesto y miró a su alrededor para distraerse un poco de sus preocupaciones.

La antesala tenía un techo muy alto provisto de tragaluces. Había sido construida con una piedra de color claro, y los muros estaban adornados con tapices que habían sido tejidos (o eso se decía) por los enemigos de Jiliac mientras languidecían en sus mazmorras esperando la clemencia de la ejecución. Uno de ellos mostraba el planeta natal original de los hutts, el desolado y estéril mundo de Varl, y otro el gran cataclismo que lo había destruido hacía ya mucho, mucho tiempo. Otro tapiz mostraba la gran diáspora que había llevado a los hutts hasta Nal Hutta, en el sistema de Y'Toub. Han sabía que «Nal Hutta» quería decir «joya magnífica» en huttés.

El último tapiz era un retrato de Jiliac, al que mostraba de cuerpo entero y majestuosamente reclinado sobre un estrado tan elegante como lujosamente equipado.

Han apenas había tenido ocasión de ver Nal Hutta, dado que él y Nebl habían sido rápidamente introducidos en un deslizador de superficie pilotado por un androide y conducidos hacia el sur hasta que llegaron al remoto Palacio de Invierno de Jiliac. El retiro invernal del poderoso hutt se encontraba en una pequeña isla situada cerca del ecuador del planeta. Jalus Nebl había informado a Han de que podía considerarse afortunado, ya que en comparación con el resto de Nal Hutta la isla era prácticamente un «jardín» dentro de aquel mundo de clima tan húmedo y desagradable.

La isla —caliente, húmeda y llena de árboles gigantescos recubiertos de enormes enredaderas que parecían estrangularlos— le había recordado bastante a Ylesia.

Han volvió a centrar bruscamente la atención en su entorno actual cuando se dio cuenta de que Dorzo, el mayordomo rodiano de Jiliac, les estaba haciendo señas.

—Su excelencia suprema Jiliac, líder del clan y protector de los justos, os verá ahora.

Han se apresuró a coger su grabadora, y después él y Nebl entraron en la sala de audiencias.

El recinto era enorme. Han avanzó por el pasillo central que llevaba al estrado, sintiendo el delicioso grosor de una alfombra muy cara debajo de sus botas. La estancia estaba llena de sicofantes de todas clases y de jóvenes danzarinas y bailarines elegantemente ataviados, con una orquesta en una esquina. Una gigantesca mesa en la que había montones de comida procedente de una docena de mundos distintos hizo que las fosas nasales de Han temblaran levemente cuando se acordó de repente de que se había olvidado de almorzar.

Jiliac estaba cómodamente recostado sobre el estrado de las audiencias fumando una sustancia que Han no pudo identificar, pero con la que enseguida estuvo seguro de que no quería tener ninguna clase de contacto. Sólo una casi imperceptible vaharada de humo exhalado llegó a su nariz, pero bastó para que le diera vueltas la cabeza. Jalus Nebl le dio un suave empujón, y el joven corelliano avanzó con paso vacilante.

–Todopoderoso Jiliac –dijo en huttés, haciendo volver a su memoria el discurso que Zavval había ensayado varias veces con él–, nuestro amo ylesiano Zavval el Hutt nos ha enviado para que te entreguemos un mensaje y un regalo. En primer lugar, el regalo...

Le hizo una seña a Nebl y, tal como habían acordado, el sullustano avanzó hacia el estrado.

Jiliac bajó la mirada hacia ellos antes de hablar.

–Abridlo –ordenó en huttés–. Deseo ver qué es lo que Zavval considera digno de mí.

–Sí, excelencia –graznó el sullustano, apresurándose a cortar los sellos y abrir los pestillos de seguridad.

Han contempló con fascinación cómo el sullustano levantaba la tapa de la caja y sacaba de ella dos globos cristalinos provistos de soportes de bronce que colocó en equilibrio el uno encima del otro, para acabar depositando el artilugio así creado sobre una robusta peana curvada de bronce.

Todo el metal estaba adornado con filigranas de oro y plata, y la parte de atrás del globo inferior disponía de una pequeña oquedad que contenía lo que Han pensó parecía ser alguna clase de pila. El joven corelliano contempló el objeto con perplejidad. No tenía ni idea de qué podía ser.

Pero Jiliac sí lo sabía.

– ¡Una combinación de fumadero y acuario de aperitivos! –exclamó con su voz de trueno hablando, naturalmente, en huttés, que Han ya era capaz de entender perfectamente a esas alturas–. ¡Y una que casi es digna de nuestra grandeza! ¡Es justo lo que quería! ¿Cómo lo ha sabido? –Volvió la cabeza hacia los dos mensajeros y siguió hablando en un tono un poco más calmado–. El regalo de Zavval me complace, mensajeros. Esperemos que su mensaje me complazca también. Activa el sistema, humano.

Han se inclinó en una gran reverencia, puso la grabadora encima de una mesita y la conectó. Un simulacro holográfico de Zavval apareció inmediatamente para llenar el vacío delante del estrado de audiencias de Jiliac.

–Mi querido Jiliac... –dijo Zavval, extendiendo una mano hacia Jiliac como si realmente estuviera presente allí y pudiera ver al otro hutt–. Durante el último año, nuestras operaciones de transporte con base en Ylesia se han visto acosadas por el infortunio. Han desaparecido varias naves, y un navío fue atacado. Dado que soy uno de los líderes de nuestro Kajidier, era mi deber descubrir el origen de esas despreciables incursiones.

La expresión complacida de Jiliac se había desvanecido. Han lanzó una mirada llena de nerviosismo al sullustano. «¡Espero que tenga razón en eso de que no corremos ningún peligro!», pensó.

–Hemos descubierto que estos supuestos «piratas» tienen su base en Nar Shaddaa, y mis agentes acaban de capturar e interrogar a uno de los capitanes de esos navíos. Antes de sucumbir a una debilidad congénita del corazón, este infortunado individuo reveló que había sido reclutado y enviado a sus infames misiones por ti, Jiliac, y por tu bisobrino Jabba. Tu enemistad nos hiere profundamente..., y lo que es todavía más importante, disminuye nuestros márgenes de beneficio. Considérate

«Ah, ¿sí? –pensó Han, cada vez más preocupado–. ¡Pero si sólo estamos yo y Neb! Zavval se está tirando un farol... ¡O habrá contratado más pilotos?»

—Acepta nuestro regalo como una oferta de paz o atente a las terribles consecuencias..., de entre las que tu muerte será una de las menos graves. Jiliac, apelo a ti en nombre de la hermandad hutt para que dejes de atacar y aterrorizar a nuestras naves. Trabajemos juntos en vez de enfrentarnos el uno al otro, y así podremos obtener unos beneficios mucho más grandes.

```
-jjjAiiiiieeeeeeeaaaaarrrrrRRGGGGHHHHHHHHHHHHHHHHH!!!
```

Jiliac empezó a reptar hacia ellos, y Han contempló su avance con horrorizada acción. Era la primera vez que veía moverse por sus propios medios a un líder de ts.

Han y Nebl, muy despacio y de bastante mala gana, asomaron la cabeza por encima del borde de la mesa y se pusieron en pie.

—Os envío de vuelta al sitio del que habéis venido para que os presentéis ante esa pestilencia parasitaria infestada de gusanos que se hace llamar Zavval —dijo Jiliac con voz enfurecida, meneando la cola mientras todo su cuerpo oscilaba de un lado a otro—. Decidle que me ha insultado gravemente y que también ha insultado a Jabba, mi pariente. Decidle que su estúpido intento de incitarme a lanzar un ataque temerario y precipitado ha fracasado por completo. Zavval es hutt muerto, pero por el momento y gracias a mi benevolencia, puede fingir que sigue estando entre los vivos. Sólo yo decidiré cuándo ha de morir..., y morirá en el momento que más me convenga. ¿Lo habéis entendido, mensajeros?

– ¡Excelente! Podéis iros. Llevad mi mensaje a Zavval... ¡inmediatamente!

Han nunca se había alegrado tanto de ver al *Sueño de Ylesia* esperándole. El joven corelliano y Jalus Nebl cruzaron corriendo la pista de descenso, subieron a toda prisa por la rampa y se metieron en la cabina de control.

Han no recuperó una parte de su sentido del humor lo bastante grande para ser capaz de dirigir una débil sonrisa al sullustano hasta que estuvieron en el espacio y empezó a bajar la palanca que los haría salir despedidos hacia el hiperespacio.

–Bueno, Nebl... Las cosas no han ido demasiado bien, ¿eh? –murmuró.

El sullustano alzó sus enormes y líquidos ojos hacia el techo de la cabina.

–Sigues sin entenderlo, Vykk –dijo–. Cuando tratas con hutts, siempre hay engranajes dentro de engranajes dentro de engranajes. Es perfectamente posible que Zavval haya enviado ese mensaje precisamente porque somos vulnerables y para impedir que Jiliac atacara de una manera más abierta. No somos más que unos subordinados, y sólo vemos una parte de la imagen total. Lo único que puedes hacer es rezar a los dioses en los que creas y pedirles que nunca hagan enfurecer a un hutt. Quien enfurece a un hutt estaría mucho mejor muerto, y te aseguro que no estoy exagerando.

Han asintió.

–Te creo. Aun así, si fuera Zavval yo no dormiría demasiado bien esta noche..., porque quizá no le quede mucho tiempo de vida.

Muuurgh se deslizaba a través de la jungla entre la penumbra del corto crepúsculo ylesiano. Había necesitado un día y medio para recorrer los ciento cuarenta y siete kilómetros que los separaban de la Colonia Dos. El peligroso cruce del río Gachoogai era el culpable de una parte de la lentitud con la que había viajado. Luchar con aquella rápida corriente había dejado tan agotado al togoriano que tuvo que robarle dos horas a su viaje para cazar y luego otra para dormir. Muuurgh aún no había superado del todo el cansancio de su dura prueba, pero por fin estaba allí.

Aguzó el oído para captar cualquier sonido de cánticos mientras recorría el perímetro del complejo. Por lo que sabía, la Colonia Dos se regía por los mismos horarios de actividad que la Colonia Uno, lo cual quería decir que los peregrinos deberían estar asistiendo a las devociones.

Sus fosas nasales se dilataron mientras investigaba el viento, olisqueando continuamente el aire en busca de cualquier rastro que pudiera indicar la presencia de un togoriano. Muuurgh se puso a cuatro patas en varias ocasiones y avanzó lentamente, olisqueando y absorbiendo los olores dejados por los peregrinos que habían pasado recientemente por allí.

Y cinco minutos después todo su cuerpo vibró tan violentamente como si acabara de ser golpeado con una vara aturdidora. ¡Mrrov! ¡Mrrov había pasado por allí no hacía más de un día! Muuurgh se deslizó cautelosamente por los alrededores de los edificios hasta que localizó el dormitorio comunal en el que dormía Mrrov primero y la factoría en la que trabajaba después.

A continuación siguió el rastro de olor más fresco hasta un sendero que estaba seguro conducía al Altar de las Promesas. Al parecer la Colonia Dos había sido construida siguiendo un plan casi idéntico al de la Colonia Uno.

Sin llevar sus exploraciones más adelante, el togoriano se confundió con la jungla y fue lo más rápidamente posible hacia el lugar en el que se celebraban las devociones. Durante un momento se preguntó si Mrrov podría percibir su olor, pero eso era bastante improbable. El río lo había dejado calado hasta los huesos, y Muuurgh había reprimido deliberadamente el impulso instintivo de frotarse contra cualquier cosa y dejar marcadores olfativos. No quería que Mrrov tratara de seguirle cuando volviera a la Colonia Uno, porque podía acabar perdiéndose en la jungla cuando el rastro de Muuurgh quedara interrumpido por el río.

El togoriano llegó justo a tiempo para resistir automáticamente las oleadas físicas y mentales de la Exultación. Entrecerrando los ojos, Muuurgh examinó las borrosas siluetas que se retorcían delante de él...

...y encontró a Mrrov. La togoriana temblaba, pero no llegaba a retorcerse, y además había algo sutil e indefiniblemente falso en su manera de moverse que le permitió localizarla con sorprendente facilidad.

«Está fingiendo –pensó Muuurgh–. Lo sabía... ¡Estaba seguro de que la voluntad de Mrrov era demasiado fuerte para que estos mentirosos pudieran engañarla durante mucho tiempo!»

Forzó sus ojos al máximo para distinguir cada línea del cuerpo de Mrrov por debajo de su túnica de peregrina, pero lo único que podía ver con claridad era su cabeza, donde las franjas anaranjadas contrastaban vividamente con el blanco. Muuurgh anhelaba ver los hermosos ojos amarillos de su amada, pero se encontraba detrás de ella y a la derecha. Mrrov no podía verle.

Durante un segundo Muuurgh estuvo a punto de olvidarse de la cautela y del juramento que había prestado ante Vykk, y tuvo que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para no correr hacia la multitud de peregrinos, agarrar a su futura compañera y llevársela corriendo a la jungla.

Pero le había dado su palabra de honor a Vykk. Mrrov no debía saber que su prometido estaba allí.

Mientras los peregrinos se levantaban torpemente una vez terminada la Exultación, los ojos de Muuurgh casi se salieron de sus órbitas cuando vio que Mrrov llevaba un cinturón azul..., al igual que unos cincuenta del centenar aproximado de peregrinos que habían asistido a la devoción.

«¡Es el cinturón de los Elegidos! ¡Oh, no!» Muuurgh habría podido sisear de pura frustración y miedo. Llevaba muchos meses en Ylesia, y ya había visto aquellos cinturones anteriormente.

Y, como era de esperar, cuando los peregrinos empezaban a alejarse con paso lento y cansino para perderse entre las tinieblas de la noche, el Gran Sacerdote se levantó para llamarlos con su voz de trueno.

– ¡Que todos los peregrinos que han recibido un cinturón azul en el día de hoy tengan la bondad de quedarse! ¡Vuestro Gran Sacerdote tiene algo que deciros!

Los peregrinos que llevaban el cinturón azul dejaron de caminar hacia el sendero y empezaron a avanzar obedientemente hacia el Gran Sacerdote. Mrrov parecía estar pensando en arrancarse el cinturón de un manotazo y tratar de huir a la carrera, pero finalmente no lo hizo. Muuurgh gimió para sus adentros. «¿Sabe qué significan esos cinturones?»

–Quienes habéis recibido el cinturón azul estáis siendo honrados como Elegidos –dijo el Gran Sacerdote–. Vuestra piedad y vuestra devoción al Uno y al Todo nos han impulsado a seleccionaros para recibir un honor muy singular. Mañana por la noche tendrá lugar vuestra última devoción en este Altar de las Promesas. Al alba de la mañana siguiente una nave espacial os llevará hasta el lugar donde os esperan nuestros misioneros, y cada uno de vosotros será elegido por uno de ellos para que lo acompañe en su labor de difundir la palabra del Uno y el Todo.

Muuurgh oyó los murmullos de nerviosa excitación que surgieron de la multitud, y enseguida comprendió que los peregrinos seleccionados habían acogido con un auténtico éxtasis la promesa de que podrían recibir la Exultación sin tener que compartirla con centenares de peregrinos más.

«Estúpidos... –fue lo primero que pensó–. No valen más que un rebaño de bists o de etelos, que sólo sirven para ser cazados y devorados. Esas naves espaciales los

llevarán a las minas de Kessel o a las casas de placer de los soldados imperiales. No recibirán más Exultaciones, sino que vivirán en la degradación y la miseria, y la mayoría de ellos habrán muerto antes de que transcurra un año...»

Pero el pensamiento que siguió a aquel le erizó el vello del cuello y la columna vertebral. «¡Y sólo falta un día y medio para que se lleven a Mrrov de aquí! Los soldados imperiales sólo quieren humanoides para sus casas de placer, así que eso tiene que significar que Mrrov irá a parar a las minas de Kessel. Piensan que como es togoriana y muy fuerte, aguantará mucho tiempo en las minas...»

Muuurgh dejó caer una mano sobre el tronco de un árbol. «¡Dispongo de muy poco tiempo, malditos sean! Los amos ylesianos indudablemente ordenarán a Vykk o al sullustano que transporten a esos peregrinos hasta la estación espacial para que esperen allí al transporte procedente de Kessel que no tardará en llegar. ¡He de volver a la Colonia Uno para ayudar a Vykk, porque sólo así podremos escapar todos juntos!»

Muuurgh se incorporó de un salto y echó a correr a través de la jungla, sintiendo cómo el miedo expulsaba a la fatiga de su cuerpo. Volvió el rostro hacia el sureste, dirigiéndose hacia la Colonia Uno. No había ni un solo instante que perder, porque la vida de Mrrov estaba en juego.

El togoriano corrió, saltando por encima de troncos y arroyos y agachándose para atravesar los matorrales. El aire entraba y salía de sus pulmones con fluida rapidez, pero Muuurgh sabía que eso no duraría mucho. Ya estaba bastante agotado por el viaje anterior..., pero no podía permitir que eso importara.

Y el togoriano siguió corriendo, una sombra negra perdida en la negrura todavía más oscura de la noche...

Bria acababa de terminar las devociones y se dirigía hacia el sendero que llevaba a su dormitorio cuando Ganar Tos apareció junto a ella. La joven se envaró, manteniendo la cabeza baja y negándose a alzar la mirada hacia el mayordomo. «¡Ojalá Vykk estuviera aquí! Ya lleva tres días fuera... Ganar Tos no me seguiría de esta manera si Vykk estuviese aquí.»

El viejo zisiano extendió la mano para cogerla del brazo, pero Bria se apresuró a apartarse. Ganar Tos sonrió mientras se colocaba delante de ella y le obstruía el paso.

—El Altísimo Teroenza desea hablar contigo ahora mismo, Peregrina 921 —dijo.

«¡Oh, no! —pensó Bria, sintiendo que su corazón dejaba de latir durante un momento para volver a palpar dentro de su pecho un segundo después con tal violencia que temió que Ganar Tos pudiera oírlo—. ¡Teroenza ha descubierto que fui yo quien sondeó telepáticamente su cerebro!»

—¿Qué quiere de mí? —consiguió decir a través de unos labios que se habían quedado súbitamente rígidos, preguntándose si debería tratar de huir y pensando que tal vez pudiera esconderse en la jungla durante un par de días hasta que Vykk hubiera regresado.

—El Altísimo tiene que hablar de cierto asunto contigo —dijo Tos, sonriéndole.

Bria se encogió ante aquella sonrisa, pero decidió que echar a correr no serviría de nada. Los guardias se limitarían a seguir su rastro y la matarían...

Así pues, Bria acabó girando sobre sus talones para volver al Altar de las Promesas.

Cuando se detuvo delante de Teroenza, el Gran Sacerdote bajó la mirada hacia ella mientras la joven hacía la reverencia prescrita. El corazón de Bria latía a toda velocidad dentro de su pecho, y estaba tan asustada que se sentía un poco confusa y mareada.

–Nos has servido fielmente, Peregrina 921 –le dijo Teroenza con su retumbante voz de trueno–, y estoy muy satisfecho de ti. También estoy muy satisfecho de Ganar Tos, mi leal sirviente. Deseo recompensaros a ambos.

Bria lanzó una rápida mirada de soslayo al zisiano, cuyos ojos anaranjados prácticamente relucían de felicidad. «Oh, no –pensó–. Esto me huele mal...»

Teroenza señaló al mayordomo.

–Ganar Tos me ha pedido tu mano en matrimonio, y me complace poder acceder a su petición. Colocaos delante de mí y pronunciaré las palabras que te convertirán en su esposa.

Bria jadeó y se preguntó si podía permitirse perder el conocimiento. Se sentía como si fuera capaz de hacerlo: le zumbaban los oídos, y veía puntitos negros que bailoteaban delante de sus ojos. Un instante después se sintió envuelta por una oleada de placer tan exquisito que casi se desmayó. El placer era tan intenso y tan cálido y estaba tan delicadamente lleno de amor que Bria habría accedido a prácticamente cualquier cosa con tal de que continuara.

Pero en el mismo instante en que se disponía a asentir como si fuera una muerta viviente carente de voluntad, el rostro de Vykk apareció de repente ante sus ojos. La columna vertebral de Bria se tensó de golpe, y su mentón se irguió en un gesto lleno de decisión. No se atrevía a perder el conocimiento..., porque si lo hacía probablemente despertaría para descubrir que estaba siendo llevada a su lecho nupcial después de haberse casado con Ganar Tos. La mera idea bastó para provocarle un acceso de náuseas, y las vibraciones placenteras del Gran Sacerdote perdieron todo el poder que habían estado ejerciendo sobre ella. Una repentina y vivida imagen en la que se veía compartiendo una cama con Ganar Tos invadió la mente de Bria, y durante un horrible segundo temió que iba a vomitar.

«¡Contrólate! –se ordenó a sí misma–. ¡Piensa!»

–Pero es que he hecho votos de castidad, Altísimo... –murmuró tímidamente, obligándose a mantener los ojos púdicamente clavados en el suelo–. No puedo casarme con nadie.

–Tu piedad dice mucho en favor de ti, peregrina –replicó Teroenza con su voz de trueno–. Aun así, el Uno y el Todo bendicen las uniones fructíferas de la misma manera en que bendicen el estado del celibato. Te concedo una dispensa especial para que puedas contraer matrimonio con Ganar Tos y educar a vuestros hijos dentro de la fe al Uno y al Todo.

«Viejo monstruo astuto... –pensó Bria, odiando a Teroenza como nunca había odiado a nadie en toda su vida–. No hay forma de rebatir sus argumentos sin caer en el pecado de blasfemia.»

Hizo una larga y profunda inspiración de aire, tratando de ganar un poco de tiempo para pensar.

–Muy bien, Altísimo –dijo después, hablando con toda la docilidad de que fue capaz–. Si me decís que ésa es la voluntad del Uno y del Todo, entonces debo inclinarme ante ella. Seré una buena esposa para Ganar Tos –añadió y, rechinando los dientes para sus adentros, se obligó a poner la mano sobre la piel verdosa y llena de verrugas del brazo del mayordomo.

– ¡Bravo, peregrina! –exclamó Teroenza, levantando los brazos para iniciar la ceremonia.

–Pero antes de que pueda considerarme legalmente casada debo seguir las costumbres de mi pueblo, Altísimo –dijo Bria, alzando ligeramente la voz–. Son muy sencillas, y resulta muy fácil obedecerlas –siguió diciendo, hablando a toda prisa antes de que el Gran Sacerdote pudiera rechazar su petición–. Sólo pido un día para

purificarme y poder meditar sobre el sagrado estado del matrimonio. Además, en Corellia también es tradicional que una mujer lleve un vestido verde durante su boda. Puedo pedir al androide-sastre que me tenga preparado uno para mañana por la noche.

Bria contuvo el aliento mientras Teroenza titubeaba. Finalmente, el Gran Sacerdote debió de decidir que en realidad no le estaba pidiendo gran cosa.

–Muy bien, Peregrina 921 –dijo con su voz de trueno, y Ganar Tos puso cara de consternación–. Mañana por la noche tú y Ganar Tos quedaréis unidos delante de toda la congregación. Que la bendición del Uno y del Todo descienda sobre vosotros.

Teroenza trazó un rápido signo en el aire, y después se dio la vuelta y se alejó con su lento y pesado caminar.

Ganar Tos fue hacia Bria con una expresión repentinamente decidida en el rostro.

–Te acompañaré a tu dormitorio –dijo.

–Muy bien –asintió Bria, pero retrocedió cuando el mayordomo intentó rodearle la cintura con un brazo–. El prometido no debe tocar a la novia durante el día anterior a la ceremonia –canturreó, mintiendo descaradamente–. Es otra tradición corelliana. Estoy segura de que serás capaz de esperar un día más, futuro esposo mío...

Ganar Tos asintió con una seca inclinación de cabeza.

–Muy bien, futura esposa –dijo–. Te juro que seré un buen esposo. Lo que más deseo en este mundo es que seamos bendecidos con muchos hijos.

–También es mi mayor deseo –dijo Bria con dulzura mientras se apresuraba a cruzar todos los dedos de ambas manos dentro de las voluminosas mangas de su túnica.

«Vuelve, Vykk, por favor... –pensó desesperadamente–. ¡Date prisa!»

¿Adiós al paraíso?

Han y Nebl no se encontraron con ningún obstáculo durante el viaje de regreso, y Han guió el *Sueño de Ylesia* a través de las nubes hacia el lado nocturno del planeta. Vieron varias células de tormentas realmente espectaculares iluminadas desde dentro por los rayos, pero cuando se posaron sobre la pista de la Colonia Uno aproximadamente una hora después de la medianoche del corto período nocturno ylesiano, un milagro había hecho que no estuviera lloviendo. Jalus Nebl se volvió hacia Han.

–Excelente descenso –comentó–. No puedo decir que yo lo hubiera hecho mejor.

Han sonrió ante el elogio, y todavía estaba sonriendo con satisfacción cuando bajaron por la rampa hasta la pista de descenso. Tanto él como el sullustano tuvieron que apresurarse a ponerse sus gafas infrarrojas: la noche era de una negrura total, y no había ni una sola estrella visible.

–Bien, muchacho, voy a ver si duermo unas cuantas horas –dijo el sullustano mientras se volvía para ir hacia la enfermería, donde seguía siendo sometido a tratamiento aunque ya no necesitaba respirar aire filtrado–. Buenas noches.

–Buenas noches, Nebl –replicó Han.

Después, bostezando, fue hacia el sendero que llevaba al Centro Administrativo. «Mi catre me va a parecer terriblemente acogedor –pensó–. Creo que dormiré un buen rato y luego...»

Y de repente algo enorme lo agarró por detrás y una peluda mano-pata cayó sobre su boca para ahogar su grito de sorpresa. Han jadeó mientras era alzado en vilo del sendero y transportado unos cuantos pasos hacia la jungla. Un instante después una voz familiar empezó a murmurar en su oreja.

–Muuurgh ssiente tener que hacer esto, pero Vykk iba a chillar. No debemoss hacer ruido.

El togoriano volvió a dejar al corelliano sobre sus pies y Han respiró hondo, preparándose para dejar bien claro al enorme alienígena que no debía ir por ahí asustando a la gente en una noche tan oscura. Muuurgh meneó la cabeza y algo en su expresión, que Han podía ver gracias a las gafas infrarrojas, hizo que se olvidara de la reprimenda.

–¿Qué ocurre? –preguntó en voz baja.

–Encontré a Mrrov –dijo Muuurgh–. Piloto ssserá dessspertado al amanecer para ir a la Colonia Dosss y llevarla a ella y a otro cargamento de peregrinosss a la estación espacial para que esperen nave que vendrá a recogerlosss. Nave tiene que venir de

Kessssssel, así que no hay tiempo que perder... Debemosss escapar ahora mismo, o ssse llevarán a Mrrov.

Han meneó la cabeza. Estaba terriblemente cansado: llevaba cuatro noches durmiendo muy pocas horas, y el agotamiento había empezado a pasarle factura.

– ¿Escapar? ¿Esta noche?

– ¡Sssí! –El nerviosismo de Muuurgh era contagioso, y Han pudo sentir cómo la adrenalina empezaba a correr por sus venas–. ¡Debemosss escapar! ¡Di a Muuurgh qué ha de hacer! Faltan casi dosss horasss para el amanecer. ¡A la salida del sol Mrrov estará esssperando con los demásss en el Altar de las Promesas, y Vykk y Muuurgh deben estar listosss con la nave!

–De acuerdo, amigo, de acuerdo... Cálmate, ¿quieres? –Han intentó decidir qué era lo primero que debían hacer–. Me has pillado por sorpresa, y necesitare unos momentos para poner en marcha mi cerebro. Empecemos por el principio, ¿eh? Necesitaremos unos cuantos desintegradores, algo así como cinco o seis... Antes vivías en los barracones de los guardias, ¿verdad? ¿Crees que podrías entrar allí y conseguir las armas que necesitamos?

Muuurgh asintió.

–Sssí... Conseguiré cinco o seisss desintegradoresss.

–Si estuviera en tu lugar, se los quitaría a los gamorreanos. Son tan idiotas como una caja de rocas, y duermen como troncos.

Los largos bigotes de Muuurgh vibraron con un suave temblor de diversión.

–Sssí...

–Perfecto. Reúnete conmigo delante del Centro Administrativo dentro de media hora.

Muuurgh desapareció entre la espesura con una última inclinación de la cabeza.

Han fue hacia el Centro Administrativo. Lo primero que tenía que hacer era dejar fuera de servicio las unidades de comunicaciones de la colonia. No quería que nadie hiciera venir refuerzos de las otras colonias del planeta, o que las advirtiera de que estaban teniendo problemas.

Cuando llegó al centro de comunicaciones, Han sacó de su bolsillo la tirilla de plastipapel que le había entregado Bria y en la que estaban anotados todos los códigos de seguridad que había adquirido durante su incursión en la mente de Teroenza. La tirilla contenía el código de los aposentos privados de Teroenza, y el código de la sala de la colección. También contenía el código de las pantallas visoras de seguridad de la base, el taller de reparaciones de androides, los depósitos de armas, la unidad de comunicaciones y el centro de operaciones que albergaba los generadores de la colonia.

Han avanzó de puntillas por los silenciosos pasillos, preguntándose si conseguiría ver a Muuurgh mientras llevaba a cabo su misión, pero no percibió ni el más mínimo destello de movimiento. A esas alturas ya conocía lo suficientemente bien los sistemas de seguridad de la Colonia Uno para evitar automáticamente a los aburridos guardias nocturnos que, de todas maneras y a juzgar por lo que había visto durante sus exploraciones anteriores, muy probablemente estarían durmiendo en sus puestos de vigilancia.

Han pareció tardar una eternidad en llegar al centro de operaciones, pero por fin se encontró allí introduciendo el código de Bria. La puerta se abrió con un suave zumbido electrónico.

–Buena chica –murmuró Han mientras cruzaba sigilosamente el umbral.

Sabía que habría un guardia vigilando el centro, y enseguida se encontró con él. Era un twi'lek y estaba dormido en su silla, con los pies apoyados en la consola de la

unidad de comunicaciones y las colas cefálicas colgando detrás de él como dos cuerdas de pálida carne. Los potentes ronquidos del guardia resonaban en el silencio de la sala.

Han desenfundó su desintegrador, ajustó el control de potencia en ATURDIR y apretó el gatillo. Un estallido circular de energía azulada brotó del arma y envolvió al guardia. El twi'lek sufrió una breve convulsión y después se derrumbó en el asiento tan fláccidamente como un montón de carne carente de huesos, teniendo exactamente el mismo aspecto que antes..., con la única diferencia de que los ronquidos habían cesado.

–Bueno, no cabe duda de que estamos mejor sin ellos –murmuró Han, enfundando su arma.

Fue hasta la unidad comunicadora, sacó la pequeña multiherramienta que la mayoría de pilotos metían automáticamente en su bolsillo al vestirse y empezó a desprender la placa protectora. Han tenía intención de inutilizar la unidad volviendo a colocar la placa en su sitio después, para que quien tratara de usarla tardara algún tiempo en darse cuenta de que había sido sabotada.

Unos instantes después ya había acabado de quitar la placa y la dejaba en el suelo. Sus ojos se desorbitaron ante la miríada de cables, circuitos, transductores, cables e hileras tras hileras de compartimientos idénticos sin etiquetar. Han dejó escapar un gemido ahogado.

–¿Cómo se supone que voy a saber cuál de estos sistemas alimenta el generador de energía? –murmuró.

Escogió un cable al azar y lo cortó con el pequeño soplete láser de la multiherramienta. El indicador de energía siguió en la posición de ENCENDIDO. Han cortó otro cable, y luego otro más. Con creciente frustración, agarró un puñado de circuitos y los arrancó de un tirón.

Seguía sin haber ningún resultado visible.

Mascullando juramentos, Han arrancó, desgarró y usó implacablemente el haz láser hasta que estuvo jadeando a causa del esfuerzo..., ¡y el indicador de energía seguía encendido!

–Maldito tablero estúpido... –gruñó.

Desenfundó su desintegrador, lo puso a máxima intensidad y lanzó una descarga sobre el centro de las tozudas entrañas de la consola. Hubo un estallido de llamas y una erupción de chispas, y el olor del aislamiento chamuscado le hizo cosquillas en las fosas nasales...

...y el indicador de energía se oscureció.

–Eso está mejor –masculló Han con expresión sombría.

Después disparó otra descarga aturdidora contra el twi'lek, sólo por si acaso, giró sobre sus talones y se fue.

Una vez fuera del Centro Administrativo, se puso las gafas infrarrojas y echó a trotar por el sendero de la jungla. Sus zancadas se fueron acelerando cada vez más hasta que casi estuvo corriendo a toda velocidad, y sólo una caída de bruces en un charco de barro consiguió frenarle. Goteando y soltando maldiciones, Han se incorporó y reanudó la marcha.

Los otros edificios ya estaban delante de él, el dormitorio de Bria entre ellos. Han ya había inspeccionado los dormitorios hacía tiempo y había averiguado que, a diferencia del Centro Administrativo y las factorías de especia, no estaban vigilados durante la noche. Después de todo, a los t'landa Tils les daba igual que alguien pudiera hacer daño a sus esclavos: los esclavos podían ser sustituidos con facilidad.

El angosto catre de Bria estaba en el segundo piso. Una lucecita nocturna de escasa potencia brillaba en el rellano de la escalera. Han subió los peldaños de puntillas, con el desintegrador ajustado en la posición de aturdir listo para hacer fuego, pero no se

tropezó con nadie. Después de la Exultación de cada noche, los peregrinos se hallaban sumidos en un estado de euforia tan grande que nada podía despertarlos.

Han no estaba muy seguro de cuál era el catre que ocupaba Bria. Examinó la sala a través de sus gafas infrarrojas y avanzó sin hacer ruido por el pasillo central, echando rápidos vistazos a los rostros de los durmientes acostados sobre los distintos tipos de camastros, almohadillas para dormir y catres preferidos por cada especie.

De repente un tablón crujió ruidosamente debajo de su pie, y Han se quedó inmóvil y contuvo el aliento. Una silueta que llevaba un camisón blanco sin mangas se irguió en uno de los catres usados por los humanos.

—¿Vykk? —murmuró.

Han asintió y la llamó con un apremiante gesto de la mano.

—¡Date prisa! —siseó.

Para sorpresa suya, Bria ya llevaba puestos los pantalones. La joven cogió su túnica y sus sandalias y fue hacia él, andando de puntillas y esquivando automáticamente el tablón que crujía.

Bajaron cautelosamente por la escalera sin hacer ruido, cruzaron el vestíbulo y salieron a la negrura de la noche. Bria se puso sus gafas.

—Vamos —dijo Han, cogiéndola de la mano antes de que la joven tuviera tiempo de decir palabra—. ¡Hemos de darnos prisa!

Echó a correr y Bria, obedientemente, corrió junto a él. Pero sus zancadas no tardaron en acortarse, y Han se dio cuenta de que la joven estaba intentando resistir las punzadas de dolor que le atravesaban el costado. Frenando su carrera hasta dejarla reducida a un caminar rápido, la remolcó hacia el sendero de la jungla. Bria respiraba con demasiada dificultad para poder hablar, pero Han, que estaba en mejor forma física, recuperó rápidamente el aliento.

—Ésta va a ser la gran noche —le dijo—. Necesito que tú y Muuurgh empecéis a ocuparos de la colección de Teroenza ahora mismo mientras yo me encargo de quitarnos de encima a los guardias. ¿Crees que podrás hacerlo?

Bria asintió, jadeando y con la respiración entrecortada.

—Ganar Tos... —logró decir.

—Olvídate de él —dijo secamente Han—. Con un poco de suerte, nunca volverás a verlo.

—Pero él... y Teroenza... —Bria se rindió a los insistentes tirones de Han y reanudó la carrera—. Teroenza iba a obligarme a... contraer matrimonio con... su mayordomo...

Han puso ojos como platos.

—¿Que Ganar Tos quería casarse contigo? ¡Por los Esbirros de Xendor! ¡Bien, me alegro de que vayamos a largarnos de aquí!

Bria, incapaz de volver a hablar, se limitó a asentir.

Cuando llegaron al Centro Administrativo, la respiración de la joven ya se había normalizado un poco. Siguió a Han mientras éste la precedía por los pasillos sumidos en la penumbra hasta que llegaron a la puerta de la sala de tesoros de Teroenza. Muuurgh les estaba esperando con un montón de desintegradores junto a sus pies. Bria los contempló con cara de perplejidad.

—¿Para qué son?

—Para crear una diversión —dijo Han—. Bien, y ahora usemos este código de anulación... —Introdujo rápidamente el código y la puerta se abrió tal como había hecho antes. Los tres entraron de puntillas en la enorme sala tenuemente iluminada. Han fue hasta el escritorio de Bria, sacó una potente varilla luminosa de un cajón, la activó y

paseó la intensa claridad por la sala—. ¿Crees que podemos atrevernos a encender las luces?

Bria asintió.

—Todo el recinto está muy bien protegido. Me aseguré de ello la semana pasada. Desde los apartamentos de Teroenza no se puede ver absolutamente nada.

Han encendió las luces del techo, y de repente la sala quedó totalmente iluminada.

Después de haber asumido las labores de mantenimiento de la colección, Bria había alterado por completo el aspecto de la sala. Las vitrinas de exhibición relucían, las estanterías estaban mucho menos atiborradas de objetos y los colores de los tapices brillaban, liberados de su película de polvo. Los tres pilares blancos de sustentación que se alzaban en el centro de la sala habían sido pintados hacía poco.

—Bien, y ahora tú y Muuurgh vais a empezar a coger las piezas que has seleccionado —murmuró Han—. Volveré dentro de unos quince minutos, ¿de acuerdo?

Bria asintió.

—Pero ¿dónde los meteré?

—La semana pasada escondí una mochila detrás de las espaldas de las dos ninfas de la fuente de jade blanco —dijo Han, señalando el enorme artefacto—. Puedes empezar con ella. Si encuentro algo que pueda sernos útil, lo traeré conmigo cuando vuelva.

—De acuerdo —susurró Bria.

Muuurgh estaba examinando una colección de dagas enjoyadas a un par de metros de ellos. Bria titubeó, el rostro lleno de angustia. Han le puso las manos sobre los hombros.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Vykk... ¡Nunca he hecho nada parecido anteriormente! —Se mordió el labio y señaló los desintegradores que había traído Muuurgh—. ¡Armas, robar...! Alguien podría resultar herido..., ¡incluso morir! Podrían matarnos...

Todo su cuerpo estaba temblando incontrolablemente.

Han la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él.

—Tenemos que irnos esta misma noche, Bria —dijo, aunque tuvo que hacer un considerable esfuerzo para ocultar su impaciencia y hablar en un tono lo más suave posible—. Mañana enviarán a Mrrov a las minas de Kessel. ¡La nave que viene a llevársela probablemente entrará en órbita en cualquier momento! Es ahora o nunca, amor mío...

—Y... Y además... —Bria se aferraba a la pechera del mono de vuelo de Han con las dos manos—. Oh, temo lo que será de mí cuando me vaya de Ylesia. Sin la Exultación... ¿Cómo podré vivir sin eso?

—Me tendrás a mí —le recordó Han—. Estaremos juntos. Estaré contigo... cada minuto del día y de la noche. Todo irá bien, ya lo verás...

Bria tragó saliva y asintió, pero dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Han intentó animarla con una gran sonrisa.

—Eh... Estoy un poquito mejor que Ganar Tos, ¿no? —dijo.

Bria consiguió emitir una débil carcajada, y después le dirigió una sonrisa acuosa.

Han agarró los desintegradores, salió a toda prisa por la puerta, se aseguró de que quedaba cerrada detrás de él y empezó a avanzar por el pasillo.

No tardó en descubrir que transportar seis desintegradores en un brazo no resultaba nada fácil, y acabó metiéndolos debajo de la pechera de su mono y en su cinturón. Las armas estorbaban un tanto sus movimientos, pero esa solución siempre

sería preferible a ir haciendo malabarismos con ellas y temer que una o más cayeran al suelo con un ruidoso estrépito metálico.

La noche seguía igual de oscura, pero Han sabía que ya no podía faltar más de una hora para el amanecer. Consiguió iniciar un torpe trotecillo por el fangoso sendero, con los desintegradores incrustándose en sus piernas y rebotando sobre su pecho.

Necesitó casi siete minutos para llegar a la primera factoría de brillestim, y dos más para acercarse lo suficiente al guardia, un gigantesco gamorreano, para poder dejarlo aturdido con una descarga de baja intensidad. En cuanto vio hasta qué punto era enorme aquella criatura de aspecto porcino, Han le administró un disparo extra para que siguiera inconsciente durante todo el tiempo que iba a tardar en hacer lo que le había llevado hasta allí.

Después giró sobre sus talones, entró en la factoría y fue directamente al turboascensor, donde el peso de los desintegradores extra estuvo a punto de hacerle caer cuando se metió por el hueco de la puerta de rejilla metálica. Pulsó el botón del último piso y soportó el largo descenso hasta el frío nocturno y la oscuridad absoluta.

Cuando llegó al último nivel, aquel en el que había trabajado Bria, fue hacia la derecha y siguió andando hasta llegar al sitio en el que había visto los contenedores de brillestim que serían repartidos entre los trabajadores para que los procesaran.

Descolgó cinco desintegradores de su cinturón (conservando el sexto como repuesto, ya que no había encontrado una forma de asegurarse de que el suyo estuviera cargado al máximo para la fuga de aquella noche) y los colocó encima del brillestim, formando un elegante dibujo de «sol irradiado» con ellos. Después fue abriendo rápidamente todas las placas de los depósitos de energía y, ayudado por sus gafas infrarrojas, ajustó las potentes armas en la posición de SOBRECARGA. Un tenue gemido estridente llenó el aire y se fue volviendo más intenso, creando ecos que resonaron en aquel espacio cavernoso a medida que más y más gemidos se unían al primero en las húmedas profundidades de la factoría.

—Bueno, con eso debería bastar —murmuró Han para sí mismo y, sabiendo que sólo disponía de unos minutos para salir de allí antes de que todo aquel lugar estallara, echó a correr hacia el turboascensor.

La corriente de aire que caía sobre su rostro sudoroso era deliciosa. Han salió de un salto del turboascensor, atravesó corriendo el primer piso de la factoría, saltó por encima del gamorreano tumbado en el suelo, que estaba empezando a removerse entre resoplidos y bufidos, y se perdió en la noche.

Ya había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba del Centro Administrativo cuando sintió que el suelo temblaba bajo sus pies y se volvió para ver un chorro de llamas amarillentas que se alzaban hacia el cielo nocturno. Unos instantes después los chispazos azules del brillestim hirvieron y sisearon como fuegos artificiales, creando cintas resplandecientes que se perdieron en las alturas.

Han apenas podía imaginarse cuántos créditos convertidos en humo estaba viendo desaparecer. El espectáculo era capaz de deprimir a cualquiera.

Oyó una conmoción repentina por delante de él que procedía del Centro Administrativo, y unos instantes después tuvo que abandonar el sendero de un salto y seguir avanzando a través de la jungla cuando un grupo de guardias que no paraban de gritar estuvo a punto de pasarle por encima.

Resbalando en el blando y viscoso suelo de la jungla, Han consiguió seguir avanzando a buen ritmo mientras corría durante el resto del trayecto. Sus botas dejaron huellas embarradas sobre los escalones del Centro Administrativo cuando subió corriendo por ellos, y después siguió corriendo por los pasillos que llevaban a la sala del tesoro de Teroenza.

Ya había guardias por todas partes, gritando y aullando preguntas, pero ninguno detuvo o interrogó a Han. El joven corelliano llegó a la puerta de la sala en la que se guardaba la colección, miró a ambos lados y después entró.

Bria y Muuurgh alzaron la mirada, le vieron y se relajaron visiblemente.

—¿Qué tal va todo? —murmuró Han.

—Bien —replicó Bria en voz baja—. Ya casi hemos terminado con la lista A.

—Estupendo.

—¿Qué haber hecho Vykk? —preguntó Muuurgh.

—Vykk acaba de volar la factoría de brillestim —dijo Han con satisfacción—. Un montón de peregrinos acaban de quedarse sin trabajo.

—¡Oh, Vykk! Si nos cogen...

El rostro de Bria estaba tan blanco como la tiza.

—No nos cogerán —dijo Han—. Lo tengo todo controlado.

Alargó la mano hacia una escultura tallada en lápiz del tamaño de su puño que representaba a un torsk de Alzoc III, y tiró de ella para atraerla hacia él cuando la escultura demostró pesar bastante más de lo que había imaginado.

La escultura se inclinó para revelar un amasijo de cables y balizas emisoras. Una alarma empezó a sonar estridentemente en los apartamentos personales de Teroenza.

Han contempló la escultura durante unos momentos y después volvió la mirada hacia sus compañeros de latrocinio.

—Oh, oh...

Velocidad de escape

Bria, aterrorizada y llena de furia, miró a Han.

–¡Oh, estupendo! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Han pensó a toda velocidad.

–Vamos a salir de aquí. Con la lista A tenemos más que suficiente, ¿de acuerdo? Coge la mochila, Bria..., y toma esto también. –Han sacó el desintegrador de repuesto de su cinturón, se lo alargó y le enseñó cómo apuntar y dónde estaba el gatillo activador–. Quizá tengamos que luchar para poder salir de aquí.

–Maravilloso –dijo Bria con amargura–. Lo tenías todo controlado, ¿eh, Han? ¡No había nada de qué preocuparse!

Han sólo pudo encogerse de hombros en un gesto de impotencia. Esta vez no cabía duda de que era culpable.

– ¿Por dónde? –quiso saber Muuurgh, siempre práctico–. ¿Por la puerta del sssacerdote, o por la puerta principal?

Han reflexionó durante unos momentos, pero no llegó a tener que tomar una decisión..., porque las dos puertas se abrieron de golpe.

Teroenza apareció en el umbral de sus apartamentos, soltando resoplidos de rabia. Zavval y un pelotón de guardias ocupaban el hueco de las grandes puertas dobles.

Han agarró a Bria y se lanzó detrás de la gigantesca fuente de jade blanco, mientras que Muuurgh buscaba refugio detrás de uno de los pilares centrales de la sala.

– ¡Acabad con ellos! –aulló Zavval, avanzando rápidamente sobre su plataforma repulsora mientras Teroenza se lanzaba a la carga como un animal enloquecido, la cabeza baja y el largo cuerno preparado para embestir.

Han disparó su arma, vio el haz azulado de la descarga aturdidora y maldijo mientras aumentaba la intensidad hasta la lectura de MÁXIMO con el pulgar. El haz aturridor ni siquiera redujo la velocidad del ataque de Teroenza. Muuurgh apuntó y disparó, y derribó a un guardia sullustano.

Han volvió a apretar el gatillo, pero el haz desintegrador rebotó en la plataforma de Zavval y chocó con el pilar de sustentación más cercano a la puerta, consumiendo la mitad de su grosor. El pilar se estremeció, pero no llegó a ceder.

Mientras Teroenza se lanzaba sobre Muuurgh, el enorme togoriano se levantó de un salto y agarró al Gran Sacerdote, sujetándolo por el cuerno y con una presa alrededor del cuello. Muuurgh hundió los talones en la alfombra y tensó todos los músculos para resistir el movimiento hacia adelante del Gran Sacerdote. La inercia adquirida por el t'landa Til hizo que su descomunal cuerpo «chasqueara el látigo», y sus gigantescos

cuartos traseros giraron por los aires para acabar estrellándose contra el pilar central con un tremendo retumbar ahogado.

El suelo tembló, y moléculas de polvo cayeron del techo. Las patas traseras de Teroenza resbalaron sobre las baldosas, y el Gran Sacerdote cayó. El suelo volvió a temblar.

Han apuntó y disparó, y un gamorreano aulló y fue lanzado al pasillo por el impacto. Bria se asomó por un lado de la fuente con el desintegrador preparado, pero uno de los guardias abrió fuego sobre ella antes de que pudiera disparar. La joven gritó y se apresuró a agacharse mientras un haz desintegrador arrancaba un trozo de la fuente, esparciendo un diluvio de fragmentos de jade por los aires. Teroenza, que estaba tratando de levantarse, dejó escapar un angustioso aullido de protesta.

Otro haz desintegrador pasó siseando junto a Han, deslizándose tan cerca de él que el joven corelliano sintió cómo le chamuscaba los cabellos. Han se dejó caer al suelo, rodó sobre sí mismo y lanzó dos disparos más contra la parte inferior de la plataforma de Zavval. Tal como había pretendido, los haces desintegradores dieron de lleno en la carcasa de la unidad repulsora. Pero en vez de derribar a la plataforma, lo que consiguió con ello fue que los controles de velocidad y dirección dejaran de funcionar.

Con Zavval haciendo vanos intentos de controlarla, la gran plataforma salió disparada hacia adelante a máxima velocidad. Unos segundos después chocó contra el muro del fondo y rebotó en él. Derribando todo cuanto hallaba en su camino, la plataforma recorrió la sala de exhibiciones en una enloquecida travesía, con Zavval como pasajero impotente.

Un guardia rodiano que estaba tratando de darle a Han no la vio venir y fue derribado entre una rociada de sangre. La plataforma atravesó una vitrina de exposición, y Teroenza aulló al ver cómo su preciada colección de jarrones antiguos quedaba reducida a polvo.

El hutt chocó contra la pared opuesta, y toda la sala tembló. Una lluvia de polvo y cascotes cayó del techo. Han y Bria se arrojaron al suelo mientras la plataforma, lanzada a toda velocidad, chocaba con una de las ninfas de jade y la hacía añicos.

Zavval estaba gritando frenéticamente, y a esas alturas la mayoría de los guardias ya habían demostrado que eran lo suficientemente listos para huir a toda prisa.

Y entonces la plataforma, con el enorme peso de Zavval encima de ella, fue en línea recta hacia el pilar central de la sala. La columna de sustentación se bamboleó y gimió, y luego se fue doblando por la mitad hasta partirse..., y después el pilar que Han había dejado parcialmente vaporizado cedió del todo.

Con un último y agónico gemido, la plataforma repulsora descendió lentamente hacia el suelo y dejó de funcionar.

Han, paralizado por el horror, vio cómo la mitad del techo gruñía, se abultaba y se llenaba de grietas, todo ello tan despacio que parecía ocurrir a cámara lenta, para acabar disgregándose en una confusión de enormes fragmentos que se precipitaron hacia el suelo. Se recuperó justo a tiempo para apartar a Bria de la trayectoria de un gigantesco trozo de recubrimiento de piedra que caía sobre ellos desde el nivel superior. Han arrojó a la joven al suelo debajo del cuenco de la fuente de piedra y después se lanzó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo.

Zavval dejó escapar un estridente alarido mientras gruesos cascotes caían sobre él, dejándolo atrapado entre los restos destrozados de su plataforma. El polvo se elevó bajo la forma de una nube asfixiante. Han, tosiendo y atragantándose, se arrastró hacia un lado para salir de encima de Bria tan pronto como estuvo seguro de que el techo había dejado de derrumbarse. Volvió la mirada hacia el sitio en el que había estado

Zavval, pero lo único que pudo ver del líder hutt enterrado fue una cola que se agitaba en una terrible serie de sacudidas espasmódicas.

Teroenza se había pegado al suelo bajo la protección que le ofrecía una enorme mesa antigua, y estaba relativamente ileso. Cuando los cascotes dejaron de caer, el Gran Sacerdote salió a rastras de debajo del polvo y los fragmentos acumulados encima de su mesa, que había quedado llena de grietas. Teroenza fue tambaleándose hacia Han, Bria y Muuurgh –el togoriano había buscado refugio en la entrada de los aposentos del sacerdote– y aulló, babeando de pura rabia. Obviamente todavía decidido a vengarse, el t'landa Til bajó la cabeza, dejando el cuerno dirigido hacia adelante, y se lanzó a la carga.

Han apuntó y disparó un haz de energía contra su flanco derecho, haciendo que el Gran Sacerdote cayera al suelo con un alarido. El repugnante olor de la carne quemada impregnó el aire. Un haz desintegrador disparado por uno de los guardias volvió a hacer impacto en la fuente, y diminutas astillas de piedra que crujía y siseaba pasaron volando junto al rostro de Han. Una de ellas se enterró en su cuello, y cuando se la arrancó sus dedos quedaron cubiertos de sangre.

Han tomó puntería a lo largo del cañón de su desintegrador y disparó, y el último guardia cayó al suelo.

– ¡Vamos! –gritó, agarrando a Bria y la mochila mientras le hacía señas a Muuurgh–. ¡Tenemos que salir de aquí!

Resbalando sobre los cascotes y tropezando con los cuerpos, los tres ladrones fueron hacia las puertas dobles. Cuando llegaron a ellas, Han hizo retroceder a sus camaradas con un gesto y asomó cautelosamente la cabeza por el canto de la puerta..., para verse recompensado con la repentina aparición de un haz desintegrador que estuvo a punto de dejarle sin oreja.

– ¡Lleva a Bria hacia el otro lado, Muuurgh! –ordenó–. Id por la puerta de Teroenza, y así podremos pillarlos en un fuego cruzado. ¡Contad hasta cincuenta y empezad a disparar!

El togoriano asintió, y él y Bria volvieron a deslizarse a través de las ruinas de la sala del tesoro para pasar junto a Teroenza, que gemía y se quejaba, y desaparecer por la puerta de los aposentos del Gran Sacerdote.

Han fue contando en silencio. Cuando llegó al quince, sacó la mano por el hueco de la puerta y disparó cuatro veces en rápida sucesión, obteniendo un aullido de agonía.

«Uno menos...»

Esperó, jadeando y tratando de no toser a causa del polvo que aún saturaba la atmósfera.

«Cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve... ¡Cincuenta!»

Han saltó por el hueco de la puerta, aterrizó en el pasillo rodando sobre sí mismo y disparó. Haces desintegradores de energía rojiza surcaron el aire junto a sus piernas y atravesaron el vacío allí donde había estado su cabeza, pero su disparo consiguió acabar con otro guardia, un wífido. Tal como habían planeado, Bria y Muuurgh ya estaban disparando desde detrás de los guardias, y dos más cayeron al suelo.

Los dos guardias restantes, un gamorreano y un devaroniano, echaron a correr y huyeron de Muuurgh y Bria, saltando por encima del cuerpo todavía postrado de Han mientras huían.

Han logró levantarse justo a tiempo de oír cómo Muuurgh dejaba escapar un ensordecedor rugido de batalla y empezaba a luchar con... ¿Con quién estaba luchando? ¡Han no podía ver a nadie!

Se preguntó si Muuurgh se habría vuelto loco, pero un instante después logró distinguir un ojo de color naranja rojizo y una boca llena de dientes y oyó un estridente silbido. Vio cómo un desintegrador oscilaba, aparentemente suspendido en el vacío, y de repente pudo ver a una criatura de piel pálida, verrugosa y cubierta de escamas. «¡Un dermomorfo!»

Muuurgh gruñía y rugía mientras atacaba salvajemente al aar'aa. El togoriano le llevaba una ventaja de altura tan grande a su oponente que Muuurgh casi se había doblado sobre sí mismo. Han no pudo evitar torcer el gesto mientras el togoriano caía de rodillas sin soltar a su enemigo. La criatura reptiliana era de un color idéntico a las paredes y el suelo de tonos pálidos del pasillo tenuemente iluminado. Con un movimiento tan vertiginoso como el de una víbora-gral lanzada al ataque, el togoriano hundió sus colmillos en la garganta de la criatura y desgarró su carne. Chorros de sangre rojo anaranjado saltaron por los aires.

Muuurgh retrocedió de un salto y Han, fascinado, vio cómo el aar'aa se tambaleaba durante unos momentos para acabar cayendo al suelo con pesada lentitud. Mientras la criatura se quedaba inmóvil, la pálida coloración que había adquirido fue esfumándose poco a poco hasta volver al color natural de su piel, que era de un marrón grisáceo. Han no necesitó mirarla dos veces para tener la seguridad de que estaba muerta.

Bria estaba contemplando con los ojos llenos de horror la silueta inmóvil del aar'aa muerto que yacía en el pasillo.

–Estuvo a punto de matarme... –murmuró–. Si no hubiera sido por Muuurgh...

– ¿Cómo conseguiste verle, colega? –preguntó Han, enfundando su desintegrador–. ¡Yo no podía ver absolutamente nada!

–No le vi. Le olí –dijo Muuurgh, como si lo que había hecho fuera lo más natural del mundo–. Los togorianosss cazan mediante la víssta y el olfato. Muuurgh es un cazador, ¿recuerdasss?

–Gracias, amigo –dijo Han, y rodeó a Bria con un brazo–. Te debo una. Y ahora será mejor que...

– ¡Cuidado! –gritó Bria.

Han se agachó instintivamente. El haz del desintegrador de Bria, ajustado en la modalidad aturdidora, pasó justo por encima de su cabeza, haciendo que le zumbaran los oídos. Han se irguió justo a tiempo de ver cómo Ganar Tos caía lentamente al suelo mientras un desintegrador se escurría de entre sus dedos verdosos.

Han fue hasta el viejo mayordomo, cogió el desintegrador y se lo metió debajo del cinturón. Bria se reunió con él.

–No dejo de pensar en que si no hubieras vuelto, esta noche me habría convertido en su esposa –murmuró, y se estremeció tan violentamente que Han la envolvió en un abrazo tranquilizador.

–Me alegro de que sólo le hayas dejado inconsciente –dijo–. Quizá fuera un asqueroso viejo verde, y lo digo en todos los sentidos del término, pero... Bueno, ¿cómo puedo reprocharle que se sintiera atraído por ti? –murmuró, sonriendo mientras clavaba los ojos en el rostro de la joven.

Bria bajó la mirada, y sus facciones empezaron a recuperar el color que habían perdido.

–No quería casarme con él, pero aun así me alegro de que no esté muerto.

–Bueno, cariño... Te debo una –dijo Han.

–No –replicó Bria–. Estamos en paz. De no ser por ti, ahora estaría enterrada debajo de aquel techo, igual que ese hutt.

–Sí, me temo que el viejo Zavval ya no está con nosotros –dijo Han–. Y me imagino que los hutts me culparán de lo que le ha ocurrido.

Durante un momento Han se acordó de Teroenza, que seguía vivo y sólo estaba herido. Quizá sería conveniente que rematara al t'landa Til, pero... No, la idea de plantarse delante de una criatura inteligente que estaba totalmente indefensa y pegarle un tiro a sangre fría no le parecía nada atractiva.

–Salgamos de aquí –dijo haciéndole una seña a Muuurgh, que se estaba quitando la sangre del aar'aa de las patas con meticulosos lametones y visible repugnancia–. Venga, Muuurgh... Siempre puedes acabar de peinarte los bigotes más tarde. Acuérdate de que Mrrov nos está esperando.

Cuando salieron corriendo del Centro Administrativo, pudieron ver que la factoría de brillestim continuaba lanzando chorros de chispazos azules hacia las alturas. Pero el cielo ya no era negro, sino casi azul.

–No falta mucho para que amanezca –dijo Han–. ¡Vamos!

Los tres echaron a correr por el sendero de la jungla. Cuando llegaron al final, Han indicó con una seña de la mano a Muuurgh y Bria que debían permanecer ocultos mientras él examinaba cautelosamente la pista de descenso. No vio ningún guardia: al parecer todos seguían ocupados combatiendo el incendio o estaban en el Centro Administrativo.

Aun así avanzaron lo más cautelosamente posible, con los desintegradores preparados y todos los sentidos alerta para captar cualquier sonido o movimiento.

Cuando llegó al *Talismán*, Han introdujo rápidamente en la cerradura el código de acceso que le había proporcionado Bria y los tres subieron por la rampa.

El *Talismán* era un poco más grande que el *Sueño de Ylesia*, y tenía forma de lágrima con una protuberancia que se prolongaba a lo largo de su quilla. Pero en vez de por el espacio de carga, la mayor parte de su interior estaba ocupado por las comodidades y los opulentos camarotes para pasaje. Todo había sido diseñado y construido pensando en las dimensiones de los t'landa Tils, por lo que sólo la cabina del piloto contenía asientos al estilo humano. Había una sola litera de proporciones humanas en una cabina para un guardia, pero el resto de los camarotes de pasaje estaban equipados con las «hamacas» para dormir que tanto gustaban a los t'landa Tils.

Una vez dentro, Han le señaló el asiento del copiloto a Bria con un gesto de la mano y le dijo a Muuurgh que fuera a una de las literas de pasaje y se pusiera el arnés de seguridad.

Nunca había tenido ocasión de pilotar aquel modelo de nave durante su estancia en Ylesia: Teroenza había estado demasiado preocupado por los ataques de los piratas para correr el riesgo de viajar antes de que los técnicos hubieran terminado las operaciones de mejora del armamento y los escudos.

Han se familiarizó rápidamente con los controles. El *Talismán* no tenía tanto armamento como el *Sueño* y sus escudos no eran tan potentes, pero para ser un yate particular, no cabía duda de que estaba potentemente armado y muy bien protegido.

–Comprobaciones anteriores al despegue terminadas. Estamos listos para remontar el vuelo. Bien, amigos... ¡Nos largamos de aquí! –gritó Han, y despegó.

El *Talismán* respondía perfectamente a sus órdenes y parecía una nave fácil de controlar, aunque no demasiado veloz.

–Y ahora a por Mrrov –dijo Muuurgh, lleno de excitación–. ¿Verdad, Vykk?

–Así es, amigo –dijo Han–. Deberíamos llegar allí hacia el amanecer. ¿Dónde reúnen a los peregrinos que viajarán en la nave de Kessel?

–En el Altar de las Promesas –replicó Muuurgh.

–El Altar de las Promesas Rotas –le corrigió Bria en un tono lleno de amargura–. Me pregunto si Teroenza sobrevivirá...

–No lo dejé tan malherido –dijo Han–. Apuesto a que en este mismo instante va hacia la enfermería y el androide médico. –Siguió pilotando la nave sin apartar los ojos del mapa–. Oh, por cierto... Creo que hay algo que debería deciros.

–¿Qué? –preguntaron Bria y Muuurgh al unísono.

–No me llamo Vykk Draygo. Mi verdadero nombre es Han Solo, y me gustaría que empezara a usarlo a partir de ahora.

–¿Te llamas Han? –murmuró Bria–. ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

–Porque si lo hacía temía que pudieras llamarme «Han» en algún momento de descuido, y entonces Teroenza y sus matones habrían caído sobre mí –replicó despreocupadamente Han–. Pero siempre he querido que lo supieras, así que te lo he dicho tan pronto como me ha sido posible.

–¿Vykk era un alias?

–Sí. Uno entre varios, de hecho.

–Muuurgh tendrá que acostumbrarse a esto –dijo el togoriano–. ¿A qué distancia estamos..., Han?

–Deberíamos llegar allí aproximadamente en cinco minutos –replicó Han.

–¿Y cómo vamos a hacerlo? –preguntó Bria–. Quiero decir... Bueno, allí también habrá guardias, ¿no?

–No lo sé –dijo Han–. Pero ya se me ocurrirá algo.

Concentró toda su atención en los controles, y cuando llegaron a la Colonia Dos hizo que el *Talismán* sobrevolara el campamento a baja altura sobre las copas de los árboles en una trayectoria de sur a norte.

–Dijiste que se supone que los peregrinos deben congregarse delante del Altar de las Promesas, ¿no? –le preguntó a Muuurgh.

–Sssí.

–De acuerdo. Me pregunto si tendremos espacio suficiente para hacer lo que estoy pensando... –murmuró.

Echó un vistazo a la pantalla visera que mostraba la zona que estaban sobrevolando, y examinó los diagramas que indicaban los rasgos topográficos y los edificios del campamento. La Colonia Dos estaba separada de la Colonia Uno por las Montañas de la Fe, una cordillera que se extendía a lo largo de la costa noroeste de Zoma Gawanga, el océano de aguas poco profundas que rodeaba todo el continente del este.

–Sí, creo que podemos hacerlo –dijo por fin–. Espero que los repulsores de esta monada estén en buenas condiciones. Tendremos que descender y soltar un cable, porque no creo que haya sitio suficiente para que podamos posarnos. Muuurgh, ve a la escotilla central y mira si hay algún cable que podamos desenrollar. Me parece que la mayoría de naves de este modelo cuentan con equipo de emergencia, y un cable y un cabrestante deberían formar parte de él.

Muuurgh desapareció, y Han volvió a concentrar toda su atención en la tarea de describir un lento circuito de la colonia. Bria echó un vistazo a la pantalla visora.

–¡Ya los veo! –exclamó de repente–. ¡Hay una gran multitud delante del Altar!

–Estupendo –dijo Han sin prestarle mucha atención.

Muuurgh reapareció.

–Sssí, tenemos un cable. También hay un arnés que puede ser unido a él.

–Perfecto, amigo. Voy a explicaros qué es lo que haremos. Llevaré este cacharro hasta el anfiteatro e iré descendiendo muy, muy despacio. Después ajustaré los haces repulsores para que nos mantengan inmóviles encima del anfiteatro. Mrrov no tiene

ninguna razón para saber quiénes somos, así que supongo que tendrá que verte para que decida echar a correr hacia la nave, ¿verdad?

–Sssí.

–Pues entonces tendrás que bajar suspendido del arnés y permitir que Mrrov te vea. Tú controlarás el cable, Bria.

–Muy bien..., Han –dijo la joven.

–Manteneos lo más alerta posible. Puede que disparen contra nosotros. Los deflectores de la nave deberían protegernos de las armas de pequeño calibre, pero cuando estéis fuera ya no podréis contar con ellos. ¿Lo has entendido, Muuurgh?

–Entiendo.

–Si los guardias se ponen demasiado agresivos, siempre puedo lanzarles una andanada con el cañón láser ligero de la nave –dijo Han–. Apuntaré por encima de sus cabezas porque no quiero herir a los peregrinos, pero eso debería bastar para que se calmaran.

–Muuurgh esstá preparado, Han.

–De acuerdo. Bien, allá vamos...

Han pilotó cautelosamente el *Talismán* hasta dejarlo encima del anfiteatro, deseando disponer de un poco más de tiempo para acostumbrarse al «tacto» de aquellos controles. Describió un círculo sobre el anfiteatro y conectó las holocámaras de la quilla para poder echar un vistazo al lugar. Han era consciente de que todos los peregrinos estaban mirando hacia arriba, y de que les señalaban con el dedo a medida que iba descendiendo un poco más con cada nueva pasada. Finalmente estuvo lo suficientemente cerca para poder conectar los haces repulsores, con lo que el *Talismán* quedó suspendido en el aire a unos doce metros por encima del permacreto.

Podía ver a varios sacredots y un grupo de guardias detrás de la inquieta multitud de peregrinos. Sabía que los sacredots debían de estar preguntándose por qué se había decidido usar el yate personal del Gran Sacerdote para transportar peregrinos hasta la nave de los traficantes de esclavos de Kessel.

–¡No puedo descender más sin perder el control de la nave! –gritó–. ¡Ve bajando a Muuurgh, Bria!

Han mantuvo un dedo suspendido sobre los controles que harían descender el cañón láser, pero no quería ser el primero en iniciar una acción agresiva. Podía oír cómo Bria y Muuurgh hablaban entre ellos, sus voces ahogadas por la distancia. Volvió la mirada hacia la pantalla que mostraba las imágenes de las holocámaras ventrales justo a tiempo para ver cómo Muuurgh empezaba a descender, con el desintegrador todavía enfundado.

Aquellas cámaras no disponían de conexión auditiva, pero Han vio que Muuurgh abría la boca y comprendió que debía de estar llamando a Mrrov.

Los guardias todavía no tenían muy claro qué ocurría, pero resultaba obvio que estaban inquietos. Todo aquello era altamente irregular, y estaban empezando a sospechar que ocurría algo raro. Un guardia humano se abrió paso a codazos y empujones a través de la multitud, de peregrinos. Cuando llegó a la primera fila del gentío, ya había desenfundado su desintegrador y estaba exigiendo a Muuurgh que se identificara y explicase qué pretendía hacer.

–¡Ten cuidado, Bria! –gritó Han, volviendo la cabeza con mucho cuidado para asegurarse de que su movimiento no afectaba a los controles de la nave–. Parece que van a...

Y entonces dos cosas ocurrieron simultáneamente: una silueta muy alta que vestía una túnica de peregrino surgió repentinamente de entre la multitud y echó a correr hacia la figura suspendida de Muuurgh..., y el guardia alzó su desintegrador.

Han tuvo un atisbo de franjas anaranjadas sobre un pelaje blanco, y comprendió que la silueta que corría debía de ser Mrrov. Una fracción de segundo después vio cómo un chorro de fuego desintegrador brotaba del arma del guardia y era respondido dos veces, en rápida sucesión, por Bria y por Muuurg.

Dos guardias más desenfundaron sus desintegradores y dispararon. La multitud sucumbió al pánico y echó a correr en todas direcciones, con los peregrinos pisoteándose unos a otros y aplastando a los guardias.

Han bajó el cañón láser, agradeciendo los ataques piratas que habían hecho que Teroenza decidiera reforzar los escudos de la nave y su capacidad armamentística. Disparó una ráfaga, asegurándose de que dirigía los haces de energía por encima de las cabezas de la multitud que huía entre gritos y alaridos.

Los guardias abrieron fuego de nuevo..., ¡y Han oyó un tenue maullido de dolor! Volvió la mirada hacia la pantalla y vio que Muuurg se encogía dentro de su arnés y se sujetaba un costado, aunque seguía empuñando su arma. Mrrov llegó corriendo un segundo después y saltó para envolver a su compañero con sus brazos y sus piernas, agarrándose firmemente a él.

Bria no paraba de disparar, y Han vio caer a un gamorreano. El cable ya estaba ascendiendo, girando lentamente bajo el peso de su carga desequilibrada. Mrrov arrancó el desintegrador de Muuurg de entre sus flácidos dedos y disparó por encima del hombro de su compañero. Han no pudo ver si había dado en el blanco.

Vio que la mayoría de peregrinos ya se habían dispersado, y que en los alrededores del Altar de las Promesas sólo quedaban guardias y sacerdotes. Muchos guardias habían huido junto con los peregrinos, pero algunos seguían junto a los sacerdotes y continuaban disparando. Han centró el Altar de las Promesas en sus miras, se aseguró de que había apuntado perfectamente el sistema de localización y volvió a disparar el cañón láser.

El Altar de las Promesas se volatilizó con una explosión tan potente que Han pudo oírla desde dentro del *Talismán*. Chorros de polvo salieron disparados hacia el cielo, y un diluvio de piedras cayó sobre el suelo. Los sacerdotes se dispersaron, huyendo al galope en todas direcciones. Han se sorprendió al ver lo rápidos y maniobrables que eran los inmensos cuerpos cuadrúpedos de los t'landa Tils. Los guardias se habían esfumado.

El silencio se adueñó repentinamente de toda la zona. Los segundos fueron transcurriendo uno detrás de otro, pero afuera nada se movía. Unos cuantos cuerpos, tanto de guardias como de peregrinos, yacían inmóviles allí donde habían sido pisoteados durante el pánico general.

— ¡Ya los tengo! —oyó gritar a Bria desde los niveles inferiores de la nave—. ¡Salgamos de aquí!

Han comprobó que las compuertas de la bodega de carga estaban cerradas e hizo que el *Talismán* ascendiera a toda velocidad. Las holocámaras de la quilla le mostraron una vertiginosa panorámica del anfiteatro empequeñeciéndose en la lejanía. Han las desconectó mientras describía un círculo y examinaba las condiciones climatológicas para su vector de escape más próximo.

Irónicamente, tendría que poner rumbo hacia la Colonia Uno para llegar a la mejor «ventana» de alejamiento de Ylesia. Han dio más potencia a los motores del *Talismán* y llevó a la nave hacia el sur y cada vez más y más arriba.

«Ya casi lo hemos conseguido —pensó, sintiéndose invadido por una oleada de excitación—. Casi somos libres...»

Muuurgh reprimió un gemido cuando su hombro chocó con el costado del *Talismán*. Sintió las manos de Bria sobre su cuerpo, y un instante después oyó la voz de Mrrov hablando en básico.

–Ayúdame. Puedo levantarlo.

Muuurgh se aferró al arnés con su mano buena y sintió que el cuerpo de Mrrov rozaba el suyo mientras era introducida en el *Talismán*, que seguía suspendido encima del anfiteatro. La herida de su costado era como la lanzada de llamas infligida por las garras de un demonio de la noche. Muuurgh tuvo que recurrir a todas sus reservas de voluntad para respirar sin hacer ruido. Era un cazador, y los cazadores sabían cómo guardar silencio.

Los disparos de desintegrador habían cesado. Muuurgh abrió los ojos mientras el arnés giraba lentamente y vio que el Altar de las Promesas había quedado hecho pedazos. Quizá ésa había sido la potente explosión que había oído, aunque en aquel momento había creído que se estaba produciendo dentro de su cabeza.

La herida de desintegrador había empezado a palpar con terribles oleadas de dolor. Muuurgh hizo desesperados esfuerzos para no perder el conocimiento mientras Bria y Mrrov le agarraban por los brazos y tiraban de su arnés hasta introducirlo en el *Talismán*. Un instante después fue vagamente consciente de que la escotilla de la bodega de carga se cerraba detrás de él.

– ¡Ya los tengo! –oyó que gritaba Bria–. ¡Larguémonos de aquí, Han!

Muuurgh yacía inmóvil sobre la cubierta y respiraba con jadeos entrecortados, pero estaba empezando a recuperar una pequeña parte de sus fuerzas. El cazador togoriano pudo oír cómo Mrrov hablaba con Bria.

– ¿Hay un equipo de auxilios médicos a bordo?

– ¡Voy a ver si lo encuentro!

La humana desapareció entre un susurro de telas, dejándole a solas con Mrrov. Muuurgh logró abrir los ojos.

Cuando vio que alzaba la mirada hacia ella, Mrrov se inclinó sobre Muuurgh y le restregó cariñosamente la mejilla con la suya, intercambiando sus olores.

–Mi cazador... –murmuró en su lengua mientras le lamía el rostro con una inmensa ternura–. Seguiste mi rastro. ¡Eres el cazador más grande que jamás haya conocido nuestro pueblo!

–Mrrov... –consiguió murmurar Muuurgh.

–Silencio –dijo ella–. No intentes hablar. Tu herida es grave, aunque creo que se curará con el tiempo. ¡Oh, Muuurgh! Cuando te vi bajar del vientre de esa nave, no podía creer que fueras tú... Durante todos estos días y semanas no he parado de preguntarme si conseguirías encontrarme alguna vez..., ¡y lo has logrado!

– ¿Sabías que estaba aquí? –Muuurgh se sentía muy confuso–. Si lo sabías, ¿entonces por qué...?

Una nube de preocupación ensombreció los hermosos rasgos surcados por franjas anaranjadas de Mrrov mientras volvía a restregar sus mejillas contra las de Muuurgh. Sus bigotes se enredaron, y Muuurgh dejó escapar un suspiro de placer a pesar del dolor de su herida.

–Llevaba muy poco tiempo aquí cuando comprendí que todo este lugar era un fraude. Yo buscaba verdades, pero aquí sólo hay mentiras. Les dije a los sacerdotes que quería irme. ¡Y entonces me enseñaron un holocubo tuyo, Muuurgh! ¡Me dijeron que si intentaba marcharme te matarían!

– ¿Y por eso te quedaste? ¡Tendrías que haberles rajado las gargantas! –protestó Muuurgh.

– ¿Al precio de tu vida? –Mrrov meneó la cabeza, sus ojos enormes y vividamente dorados–. No, mi futuro compañero. No me atrevía a correr ese riesgo. Tuve que conformarme con la esperanza de que algún día me encontrarías, y de que dispondrías de una nave. Y ahora..., ahora ese día por fin ha llegado.

Muuurgh asintió con una inclinación casi imperceptible de su enorme cabeza.

–Gracias... a Vykk..., a Han.

Bria entró corriendo en el compartimiento de carga.

– ¡Lo encontré!

Unos instantes después el dolor que había torturado a Muuurgh ya se estaba disipando, y Mrrov y Bria habían empezado a vendar la herida de su costado.

–Te va a quedar una cicatriz tremenda, Muuurgh –dijo Bria, pareciendo muy preocupada.

–En Togoria los cazadores muestran sus cicatrices con orgullo –dijo Mrrov–. Muuurgh se curará, y tendrá una cicatriz que todos envidiarán.

Una repentina vibración recorrió la nave.

– ¿Qué ha sido eso, Han? –gritó Bria.

– ¡Alguien está disparando contra nosotros! –gritó Han desde el puente–. ¡Que alguien suba aquí para encargarse del armamento! ¡Necesito a Muuurgh!

Muuurgh intentó incorporarse.

–No –dijo Mrrov–. Entre mi gente, las hembras son las expertas en todas las cuestiones técnicas. Yo lo haré. Soy ingeniero. Sabré qué hay que hacer.

Muuurgh abrió los ojos y vio la expresión dubitativa de la joven humana.

–Créela –dijo–. De todas maneras, Muuurgh no era muy buen tirador. Pregunta a Piloto...

Después cerró los ojos, sintiendo que la negrura acechaba detrás de sus párpados. No podía resistirse por más tiempo a su avance..., y, con un suspiro, Muuurgh se dejó engullir por ella.

Han volvió la mirada hacia la alta silueta togoriana que acababa de ocupar el asiento del copiloto junto a él y dio un respingo de sorpresa.

– ¡Tú no eres Muuurgh!

–Soy Mrrov –se presentó la togoriana. Se había quitado la túnica de peregrina, y su magnífico pelaje blanco surcado por franjas anaranjadas parecía llamear–. Manejaré el armamento mientras tú pilotas la nave. Ponme al corriente de cuáles son las armas de que dispones, por favor. Descubrirás que soy un oficial de armamento mucho mejor que Muuurgh. En nuestra especie, las hembras se encargan de todo lo relacionado con la técnica y los instrumentos –Miró a Han, y el joven corelliano vio que sus ojos de pupilas verticales eran de un intenso color amarillo–. Y además Muuurgh está herido, y no se encuentra en condiciones de manejar las armas.

– ¿Se pondrá bien? –preguntó Han, sintiendo una punzada de preocupación.

–No debería tardar mucho en recuperarse. Mi pueblo es muy fuerte y resistente. Bria... ¿Se llama así? –Han asintió– Tu Bria está con él. Muuurgh está descansando.

–De acuerdo –dijo Han–. Esta monada no tiene demasiado armamento, pero disponemos de unos cuantos cohetes de alta potencia y de un cañón láser ligero. Los controles del cañón láser están a tu derecha, y los lanzadores de los cohetes se encuentran a tu izquierda. El ordenador de puntería está justo delante de ti.

–Muy bien. –Mrrov asintió después de haber dedicado unos momentos a inspeccionar el tablero que había delante de ella–. Puedo hacerlo. ¿Quién ha disparado contra nosotros?

–Eso es lo que estoy intentando averiguar –dijo Han con la voz enronquecida por la tensión mientras estudiaba las lecturas de sus paneles–. No creo que los sacerdotes dispongan de sistemas de armamento superficie-aire, pero que me cuelguen si...

Se interrumpió bruscamente para dejar escapar una ruidosa carcajada en el mismo instante en que el *Talismán* volvía a estremecerse. Mrrov miró a Han, que seguía riendo, como si estuviera loco.

–Todo va bien –dijo Han.

Mrrov señaló la lectura técnica de sus alrededores. El diagrama mostraba varias células de tormenta que se encontraban lo suficientemente alejadas de su vector de escape para que no supusieran ningún peligro, pero también mostraba una pequeña nave con forma de lágrima que se estaba aproximando rápidamente al *Talismán*.

– ¿Qué quieres decir con eso de que todo va bien? ¡Alguien nos persigue y dispara contra nosotros, y cada vez se encuentra más cerca!

–Ahhhh... No es más que el viejo Jalus Nebl a bordo del *Sueño de Ylesia* –dijo Han, agitando una mano despreocupadamente–. Los sacerdotes deben de haberle ordenado que suba hasta aquí y que nos derribe.

Volvió a soltar una risita.

El *Talismán* se bamboleó ligeramente. Han volvió a reír.

Mrrov le estaba mirando fijamente, y su expresión dejaba muy claro que se preguntaba si la mente del joven corelliano había sucumbido a la tensión.

–No lo entiendes, ¿eh? –dijo Han, obsequiándola con una sonrisa llena de jovialidad.

–No –admitió Mrrov–. ¿Te importaría explicármelo?

–Desde luego que no. Jalus Nebl y yo somos amigos. Sería tan incapaz de derribarme como yo de derribarle a él, así que está disparando su cañón láser..., pero fallando por los pelos a cada andanada y consiguiendo que parezca como si estuviera haciendo todo lo posible para acabar con nosotros. Vamos ganando velocidad a cada minuto que pasa y pronto habremos salido de la atmósfera, y unos cinco minutos después de que eso haya ocurrido estaremos fuera del pozo gravitatorio del planeta. Todo va maravillosamente, Mrrov. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Un suave temblor hizo vibrar los bigotes de Mrrov.

–Creo que estoy empezando a entenderlo. Tu amigo Jalus Nebl sólo finge que intenta derribarnos, ¿verdad? Eso quiere decir que no hay ningún motivo de preocupación, ¿no?

–Exacto –replicó alegremente Han–. Ya casi hemos salido de la atmósfera, y si Nebl tiene un gramo de sentido común, mi pequeño amigo de gordas mejillas caídas y expresión eternamente melancólica usará el *Sueño de Ylesia* para largarse lo más lejos posible de Ylesia. O quizá haya decidido seguir con los sacerdotes y pedir un aumento de sueldo, claro... Ahora sólo les queda un piloto, así que estarán desesperados.

Otra andanada que falló su blanco por muy poco hizo vibrar el *Talismán*.

–Ésa ha pasado bastante cerca –murmuró Han mientras comprobaba el casco y los sistemas de la nave–. El muy desgraciado se está exhibiendo...

Siguió observando la trayectoria del *Sueño de Ylesia* mientras les perseguía a través de las últimas capas de la estratosfera y hasta los tenues gases de la ionosfera. Por delante de ellos se extendía la sombra casi impalpable de la exosfera, el límite superior de la atmósfera.

Mientras continuaban ascendiendo a toda velocidad, Han concentró su atención en el ordenador de navegación y comprobó la programación para su salto al

hiperespacio. Todavía tardarían unos cuantos minutos en salir del pozo gravitatorio de Ylesia, pero quería estar preparado para cuando llegara ese momento.

—Veo un vehículo en nuestros sensores —dijo Mrrov—. Está por encima de nosotros, y se encuentra en nuestra trayectoria.

—Oh, no es más que la estación espacial de los sacerdotes. Describe una órbita sincrónica con la Colonia Uno —dijo Han sin levantar la vista de los controles—. La usan como punto de descarga para los peregrinos cuando los traen las naves. Tuviste que estar a bordo de ella.

—No, Han. —La voz de Mrrov había adquirido un tono repentinamente apremiante—. Me acuerdo muy bien de ella, pero esta lectura no puede corresponder a la estación. Eso no es ninguna estación espacial... ¡Es una nave espacial, y muy grande!

Finalmente alarmado, Han alzó la mirada..., y empezó a maldecir en seis lenguajes distintos.

—¡Es una corbeta corelliana! ¿Qué está haciendo aquí?

Sus manos volaron sobre los controles mientras iniciaba una serie de maniobras evasivas, incrementando la velocidad y alejándose de la gigantesca nave. Una parte de la mente de Han tomó nota de que el puntito que indicaba la posición del *Sueño* se alejaba a toda velocidad en dirección opuesta.

Y de repente una violenta sacudida hizo temblar el *Talismán*. Los motores empezaron a gemir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mrrov en el mismo instante en que Bria entraba corriendo en la cabina.

—¿Qué ha ocurrido, Han? —preguntó la joven.

Han conectó la potencia auxiliar y sintió cómo el yate ylesiano intentaba seguir adelante, pero... no... iba... a... ser... suficiente...

—¡No! —gritó, frustrado y al borde del pánico—. ¡No, no podemos volver ahí abajo!

Sus pasajeros le contemplaron con los ojos desorbitados por el miedo mientras Han empezaba a desconectar los motores para evitar que se quemaran.

Mientras lo hacía, una voz surgió repentinamente de la unidad de comunicaciones.

—Atención, *Talismán*: aquí el capitán Ngyn Reeos, al mando de la corbeta corelliana *Grillete del Helot* procedente de Kessel. Le aconsejamos que apague sus motores. Se encuentra dentro de nuestro rayo tractor.

— ¡Ya lo sé! —chilló Han sin molestarse en activar su unidad de comunicaciones—. ¡Muchas gracias por decírmelo!

El capitán Reeos prosiguió inexorablemente.

—Les hemos detenido porque las autoridades planetarias nos han informado de que se han llevado el *Talismán* sin autorización. Esas mismas autoridades planetarias nos han pedido que los llevemos de vuelta a Ylesia para que se enfrenten a las acusaciones que les esperan allí. Prepárense para ser abordados. Cualquier intento de resistencia será aplastado inmediatamente mediante el uso de la fuerza.

Han contempló el navío de esbelta cintura con sus dieciséis gigantescos tubos reactores. La corbeta tendría fácilmente veinte veces el tamaño de su nave, y Han vio que había sido modificada para proporcionarle un muelle de atraque.

—Esa nave es enorme —murmuró Bria—. Estamos siendo remolcados hacia ella, Han.

—No puedo hacer nada, cariño —dijo Han con voz átona—. Nos han atrapado..., y no podemos soltarnos.

– ¿Cuántos tripulantes hay a bordo de esa nave? –preguntó Mrrov, contemplando la nave de los traficantes de esclavos, la nave que había venido para llevarla a ella y a otros peregrinos a un terrible destino en las minas, como si estuviera totalmente fascinada por su enormidad.

–Con una dotación de la Armada a bordo, el número total asciende a ciento sesenta y cinco. Pero en este caso estamos hablando de una corbeta modificada, claro... Esa nave ha sido alterada para que pueda llevar a cabo maniobras de atraque en el espacio, probablemente para que le resulte más fácil recibir cargamentos o esclavos. Probablemente tenga unos cuarenta o cincuenta tripulantes.

–Demasiados para luchar –dijo Bria con un hilo de voz.

–No me van a capturar sin tener que pelear antes –dijo Han. Desenfundó su desintegrador y las miró fijamente–. ¿Quién está conmigo?

Bria se limitó a menear la cabeza.

– ¿Nosotros tres... contra cuarenta enemigos? ¡Tienes más valor que sentido común, Han!

Han meneó la cabeza y volvió a enfundar su desintegrador con un gesto lleno de repentina ferocidad.

–Supongo que tienes razón. Pero eso no quiere decir que deba gustarme, ¿verdad?

Y entonces un repentino chisporroteo de una frecuencia distinta invadió la cabina de control. Una voz habló con el rapidísimo tableteo típico de los sullustanos.

–Impulsión a máxima potencia. Viraje a babor. Siete segundos... ¡Contando!

–¿Qué...?

Los dedos de Han se movieron automáticamente mientras daba más energía a los motores, utilizando hasta el último átomo de potencia que podía extraer de la propulsión principal y los sistemas auxiliares. El sonido del terrible esfuerzo de los motores hirió sus oídos mientras éstos aceleraban su ritmo de funcionamiento, debatiéndose inútilmente contra el inexorable rayo tractor.

El *Talismán* ya casi había sido atraído hasta las fauces del muelle de atraque de la corbeta, y las dos naves sólo estaban separadas por unos cuantos centenares de metros.

Han programó sus controles para un brusco viraje a babor y su mano quedó suspendida sobre el panel, lista para introducir la orden. Los motores seguían gimiendo y gruñendo, y sólo tardarían unos momentos en quemarse.

– ¿Qué demonios pretende hacer ese loco...?

Han se interrumpió con un jadeo de sorpresa cuando el *Sueño de Ylesia* salió disparado hacia ellos, moviéndose a una velocidad terrible.

Todos los ocupantes de la cabina de control del *Talismán* se agacharon mientras el pequeño carguero pasaba vertiginosamente por encima de sus cabezas y se desviaba bruscamente hacia estribor. Jalus Nebl hizo que el *Sueño de Ylesia* pasara por entre el *Talismán* y el *Grillete de Helot* en un rapidísimo vector de máxima velocidad. La distancia era tan reducida que el pequeño piloto sullustano tuvo que inclinar el *Sueño* hasta dejarlo de costado para poder pasar por entre los dos navíos.

– ¡Adelante! –gritó Han–. ¡Vamos, Nebl!

Activó los controles, haciendo que el *Talismán* virase hacia babor en un giro lo más brusco posible. Cuando el *Sueño* pasó por entre las dos naves, interrumpió la acción del rayo tractor durante unos cuantos segundos preciosos. La nave de Han, repentinamente liberada, se alejó de la corbeta corelliana tan deprisa como un haz desintegrador, lanzándose hacia la izquierda mientras que Jalus Nebl se alejaba a toda velocidad hacia la derecha.

– ¡Yiiiiihah! –gritó Han, aullando de pura exultación mientras sentía cómo su nave se alejaba del *Grillete de Helot*.

Cuando pasaron junto a la gigantesca corbeta Han, decidido a asegurar todo lo posible su huida, lanzó dos cohetes de alta potencia explosiva contra el colector solar y la aleta estabilizadora del *Grillete*, que ocupaba una posición dorsal en el casco de la nave.

Y un instante después contempló con la boca abierta cómo el primer cohete volatilizaba el escudo de mínima potencia que había sido la única protección de la aleta, permitiendo así que el segundo cohete estallara con una potencia mortífera que destruyó la mayor parte de la estructura.

– ¡Esos idiotas habían desconectado sus escudos de alta potencia! –chilló, loco de alegría–. ¡Creían que nos tenían atrapados, así que dejaron esa aleta casi sin protección!

Han sabía que la corbeta aún podía suponer una seria amenaza para ellos, por lo que no redujo la velocidad. Jalus Nebl tampoco lo hizo. El pequeño sullustano todavía estaba acelerando cuando unos minutos después los sensores de Han le informaron de que había conseguido efectuar el salto al hiperespacio.

–Y ahora nos toca a nosotros –dijo Han, dirigiendo una sonrisa a Bria–. Despidete del paraíso, cariño...

Extendiendo el brazo en un aparatoso gesto melodramático, Han dejó que su mano cayera sobre los controles que los llevarían al hiperespacio, y acogió con una sonrisa de éxtasis el repentino incremento de la energía impulsora que los sacó del espacio real para sumergirlos en un resplandor salpicado por las rayas deslumbrantes de las estrellas repentinamente alargadas.

–Libres al fin –murmuró mientras se hundía en su asiento, finalmente consciente de lo terriblemente agotado que estaba.

Bria le sonrió y le apretó la mano. Mrrov restregó su mejilla contra la suya.

–Gracias –murmuraron las dos.

Han nunca se había sentido tan maravillosamente bien...

12 Togoria

Han despertó para oír unos suaves sollozos ahogados. Había estado durmiendo en el suelo de la suite de Teroenza, encima de un montón de caras alfombras que había colocado allí después de insistir en que Bria se quedara con el único lecho para humanos que había a bordo. Dado que Mrrov era la única que había podido descansar un poco durante la noche anterior, se había ofrecido a dormir en el asiento del piloto por si se producía alguna alarma, aunque una vez dentro del hiperespacio ya no había muchas cosas que pudieran ir mal.

Han se incorporó con un gemido, sintiéndose dolorosamente envarado. El día anterior había sido muy duro, y Han por fin se acordó de que no había comido nada. Aun así, la sed era todavía peor que el hambre. Se puso en pie, fue con paso tambaleante hasta el dispensador de agua de la sala y bebió varios vasos.

Mientras lo hacía su mano rozó su cara, y Han frunció el ceño cuando se acarició el mentón y percibió un generoso grosor de barba. Se había olvidado de afeitarse desde antes de que llegaran a Nal Hutta.

Los sonidos de llanto humano habían cesado. Han cogió su ropa y fue a la lujosa unidad de aseo, alegrándose de que estuviera dotada de artículos para prácticamente todas las especies. Incluso consiguió encontrar una rasuradora.

Unos minutos después, vestido y sintiéndose considerablemente mejor, fue en busca de Bria.

La encontró en el minúsculo camarote del guardia, sentada sobre la pequeña litera con los brazos alrededor de las rodillas y el rostro pegado a ellas.

—Eh... —murmuró Han—. ¿Qué te sucede? ¿Qué ha ocurrido?

La joven no alzó la cara, y se limitó a agitar la mano.

—No, por favor... Déjame a solas. Ya... se me pasará. No quiero que me veas... así. —Sorbió aire por la nariz—. Estoy... horrible.

Han se sentó junto a ella, pero no la tocó.

—Yo también estoy horrible —dijo—. Creo que un poco de ropa limpia no nos iría nada mal a ninguno de los dos. Eh, por lo menos me he librado de la barba —bromeó, intentando conseguir que Bria le mirase—. Eso ya es una gran mejora.

Bria alzó la cabeza e intentó sonreír. Su nariz y sus ojos estaban enrojecidos, pero a Han seguía pareciéndole muy hermosa.

—Sí —dijo la muchacha—. Anoche tenías un aspecto un poco... descuidado.

Han se irguió, fingiendo sentirse muy ofendido.

– ¿Quién, yo? ¡Imposible! –Deslizó delicadamente un brazo alrededor de la cintura de la joven–. Bria, cariño... ¿Qué ocurre? Cuéntamelo.

Bria empezó a temblar.

–Es la Exultación, Han. Al despertar me di cuenta de que los peregrinos se estarán reuniendo para las devociones en este mismo instante. Y entonces comprendí que nunca volveré a asistir a las devociones..., ¡que nunca volveré a experimentar esas sensaciones tan deliciosas!

Han no sabía qué decirle, y comprendió que Bria estaba echando de menos las sensaciones físicas y emocionales que acompañaban a la Exultación de la misma manera en que un adicto echaría de menos su dosis de droga. Aquello le asustó muchísimo, y Han se preguntó si Bria sería capaz de enfrentarse a aquella dependencia y vencerla..., o si pasaría el resto de su vida llorando lo que había perdido.

–Bueno, creo que eso es muy natural –dijo cautelosamente, no queriendo asustarla expresando en voz alta sus verdaderos pensamientos–. Es lógico que la echas de menos durante un día o dos, puede que incluso durante una semana. Pero todos te ayudaremos a superarlo, cariño. Tienes mucha voluntad, y lograrás superarlo. Y después... –Movi6 la mano en un gesto que abarcó cuanto les rodeaba–. La galaxia es muy grande, cariño, y ahora es toda nuestra. Venderemos las obras de arte de Teroenza, y luego venderemos el *Talismán*...

– ¿Vender el *Talismán*? –le interrumpió Bria.

–Sí. Me temo que es demasiado reconocible. Llevaré a Muuurgh y a Mrrov a su hogar, y luego buscaremos un sitio donde podamos vender esta nave. Creo que conozco uno. He estado pensando en un tipo de Tralus, en el sistema corelliano, que compra y vende naves usadas... Una vez allí no tendremos ninguna dificultad para encontrar una nave que nos lleve hasta Corellia.

Le apretó afectuosamente los hombros.

–Y además eso tiene una gran ventaja –siguió diciendo–. ¿Sabes cuál? Pues que ya no tendré que dedicar ni un solo minuto más a mi trabajo de piloto. Podrás contar con toda mi atención... –La besó suavemente en la mejilla–. Sí, cariño, pienso dedicarte absolutamente toda mi atención...

Bria tragó saliva y se ruborizó. Han empezó a inclinarse sobre ella, pero la joven retrocedió de manera casi imperceptible, y Han enseguida comprendió el significado de aquella reacción.

Bria se mordió el labio. Sus ojos verde azulado ardían con el brillo de la desesperación.

–Oh, Han... ¿Y si no consigo superar este..., este anhelo? Han, Han... –Se retorció las manos en un gesto convulsivo–. ¡Es mucho peor que un anhelo! ¡Todo mi ser pide a gritos ser Exultado! ¡Me siento como si alguien me hubiera abierto un agujero enorme en el pecho y se hubiera llevado una parte de mí!

Empezó a estremecerse violentamente. Han la atrajo hacia él, la rodeó con sus brazos y le acarició los cabellos mientras murmuraba palabras de consuelo. Pero su mente estaba funcionando a toda velocidad, y un instante después se dio cuenta de que él también estaba asustado ante la intensidad de lo que sentía por aquella muchacha. Han se había trazado algunos planes bastante claros respecto a Bria, y sus planes consistían básicamente en que cada uno pasara grandes cantidades de tiempo en los brazos del otro.

«Pero Bria no está preparada para eso –comprendió con repentina consternación–. Necesita un amigo, no un amante.»

¿Cuánto tardaría Bria en recuperarse?

Sólo el tiempo lo diría.

–Ya estamos llegando a Togoria –dijo Han–. ¿Dónde he de aterrizar?

–Nuestra ciudad más grande es Caross –le explicó Mrrov, señalándole el área en un diagrama del planeta–. Desde Caross podremos enviar un mensajero al margrave de Togoria, el gobernante de todos los cazadores. Hay una pista justo en las afueras de Caross. Los togorianos no tenemos naves, pero comerciantes y navíos de pasajeros de otros mundos visitan nuestro planeta de vez en cuando.

–Muy bien. Entonces iremos a Caross –dijo Han.

Pilotó con extremada delicadeza el Talismán en un suave descenso hasta efectuar un aterrizaje impecable en el centro de la pista. No había ninguna otra nave visible.

– ¿Teméis alguna posible represalia por parte de los t'landa Tils o de los hutts, Muuurgh? –preguntó después mientras ponía al día su bitácora de vuelo.

–No demasssiado –replicó Muuurgh, flexionando ostentosamente sus garras–. Mrrov y yo nos casaremos en cuanto hayamosss reunido a nuestras tribus. Despuésss es tradicional entre nuestra gente que una pareja de recién casados disfrute de una larga... ¿Cómo lo llamáisss vosotros? –preguntó, gruñendo una palabra de su lenguaje a Mrrov, que dominaba el básico mucho mejor que él.

–Luna de miel –tradujo Mrrov.

–Sí, una larga luna de miel juntoss. Recordad que en nuestro mundo los machosss y las hembrasss viven separados durante una gran parte del año. Cuando nuesstra luna de miel haya terminado, Mrrov y yo sólo nos veremoss aproximadamente un mes cada año. Pero antes... –el gigantesco togoriano restregó su mejilla contra la de su futura compañera–, pasaremoss mucho tiempo juntos en las montañas, solosss los dosss. Los hutts y los ylesianosss no nos encontrarán, y nuestro pueblo no consssentirá que nos busquen. Cualquier piloto que llegue a Togoria y haga preguntas sobre Mrrov o Muuurgh será considerado como una molestia a la que habrá que... eliminar.

Los labios de Mrrov se curvaron en una sonrisa de fiera que mostró muchos dientes muy afilados y tan puntiagudos como agujas.

–No hay muchas especies que sean lo suficientemente valientes para atreverse a irritar a los togorianos. Creo que la mayoría de cazadores de recompensas preferirán perseguir otras presas... más fáciles.

–Lo creo, lo creo –dijo Han, y no mentía–. Bien, ya estamos aquí. ¿Y ahora qué? ¿Vais a alejaros hacia el crepúsculo, cogiditos de las garras?

Sonrió a Bria y la joven intentó devolverle la sonrisa. El descanso le había devuelto una parte de sus fuerzas, pero Han sabía que aún estaba luchando con sus anhelos y demonios interiores.

–Si Han debe irsse, Muuurgh y Mrrov lo entenderán –dijo el gigantesco togoriano–. Pero si Han y Bria pudieran quedarse un día o dosss, entonces podrían asistir con nosotross a la ceremonia que nosss convertirá en una pareja. Es lo que vosotross llamaríais una «boda».

Han miró a Bria.

–Bien... Parece que nos acaban de invitar a una boda, cariño. ¿Quieres quedarte aquí un par de días? Me parece que a los dos nos iría muy bien un pequeño descanso.

–Claro –dijo Bria, y sonrió a los togorianos–. Nada podría complacerme más.

Un contingente de togorianas, entre las que había unos cuantos machos que habían venido de visita, se estaba aproximando a la nave. Han y los demás bajaron por

la rampa. Mrrov y Muuurgh quedaron inmediatamente rodeados por la multitud, desapareciendo entre rugidos, maullidos y potentes ronroneos de felicidad.

Han, que se había detenido al pie de la rampa, cogió a Bria de la mano y miró a su alrededor, contemplando Togoria.

—Un planeta muy bonito —dijo—. Después de Ylesia, este lugar sí que parece un verdadero paraíso.

—Es muy hermoso, desde luego —asintió Bria.

Y no cabía duda de que Togoria era un mundo realmente hermoso. Un cielo muy azul en el que había unas cuantas nubes blancas se curvaba sobre sus cabezas. El azul contenía un tenue matiz verde, lo cual hacía que se volviera casi índigo hacia el horizonte. Grandes picachos montañosos brillaban con destellos blancos en la lejanía, y las manchas oscuras de los bosques servían de telón de fondo a un lago azul rodeado por praderas. Exóticas flores blancas ribeteadas de verde de cuyos tallos brotaban hojas color escarlata se balanceaban bajo la suave brisa.

Han miró hacia arriba y vio a una enorme criatura alada, y comprendió que debía de ser uno de los mosgoths de los que le había hablado Muuurgh y que eran el medio de transporte más utilizado en Togoria. Los mosgoths eran gigantescos lagartos alados de gran inteligencia, y los togorianos los habían domesticado hacía ya mucho tiempo. Las dos especies trabajaban en estrecha colaboración para protegerse mutuamente de reptiles alados todavía más grandes, los mortíferos lifones, que robaban tanto cachorros togorianos como huevos de mosgoth.

Mientras Han lo contemplaba, el mosgoth describió un par de círculos por encima de la pista antes de iniciar el descenso. Han vio al togoriano instalado sobre la espalda de la bestia alada, a la que guiaba mediante una combinación de arnés y bridas, y quedó impresionado ante el estrecho vínculo que parecía existir entre la montura y el jinete.

La atmósfera togoriana era una de las más limpias y tonificantes que Han hubiera respirado jamás. Mrrov ya le había explicado que toda la tecnología togoriana se basaba en la energía solar, única y precisamente por aquella razón. Los togorianos reverenciaban su mundo y no sentían ningún deseo de ensuciarlo o contaminarlo en el nombre del progreso, tal como habían hecho otras muchas especies de la galaxia.

Han se atrevió a dar un par de pasos y después flexionó las piernas, subiendo y bajando sobre las puntas de los pies. Se sentía tan ligero que casi tenía la impresión de que podía flotar. Era lógico, naturalmente, ya que la gravedad de Togoria era un poco inferior a las de Corellia e Ylesia.

La multitud se abrió repentinamente ante ellos y Muuurgh, todavía vendado pero caminando con unas largas zancadas que ya casi habían recuperado su decidida confianza habitual, apareció con Mrrov a su lado.

—Nuestrosss clanes están siendo llamadosss para la ceremonia de apareamiento y la celebración que tendrá lugar a continuación —dijo—. Sssois nuestros invitados, y os damos la bienvenida. Ssseguidnos, por favor.

Han y Bria así lo hicieron.

Caross resultó ser una ciudad muy hermosa. Los togorianos habían usado la piedra blanca típica del planeta para construir casas con terraza que se alzaban sobre las laderas. Las hembras estaban muy ocupadas con sus proyectos o cuidaban a los cachorros, que siempre estaban jugando y alborotando. Muuurgh les explicó que los cachorros permanecían con sus madres hasta que entraban en la edad adulta, y que luego los machos volvían al clan con sus padres para aprender los secretos de la existencia del cazador.

Durante los dos días siguientes, Han y Bria descansaron, disfrutaron de comidas deliciosas (aunque ambos insistieron en que su carne debía estar asada) y dieron largos paseos por los parques y los jardines. Han también recibió lecciones de vuelo de un macho joven llamado Rrowv, que le enseñó cómo cabalgar sobre un mosgoth y qué había que hacer para controlarlo. Su osadía y sus rápidos reflejos permitieron que Han no tardara en dirigir su montura muy por encima de las copas de los árboles, gozando con la maravillosa sensación de las robustas alas membranosas que subían y bajaban detrás de él mientras permanecía sentado sobre la pequeña silla de montar colocada encima de los hombros del mosgoth.

Los mosgoths resultaron ser criaturas muy afectuosas a las que les encantaba que les frotaran el pecho y les rascaran las diminutas orejas en forma de aleta.

Durante todo el día siguiente a su llegada fueron apareciendo mosgoths montados por machos procedentes de todos los rincones de Togoria. La nueva de que Muuurgh el cazador acababa de regresar se había difundido con enorme rapidez, y todos sus parientes de clan se estaban reuniendo para darle la bienvenida al hogar y asistir a su boda con Mrrov.

Muuurgh y Mrrov estuvieron muy ocupados relatando sus aventuras entre las estrellas a diversas audiencias de su pueblo. Mrrov nunca se cansaba de repetir la historia de lo que le había ocurrido, pues quería evitar que alguna otra incauta togoriana fuese engañada por las promesas de un «paraíso» ylesiano.

La «ceremonia» nupcial se celebró durante el crepúsculo de su tercer día en Togoria. Han y Bria permanecieron inmóviles al lado de Muuurgh y Mrrov mientras éstos se encaraban solemnemente con sus clanes reunidos. Su pelaje brillaba gracias a horas de meticuloso cepillado, y sólo el pequeño vendaje blanco que cubría el costado de Muuurgh empañaba un poco su reluciente perfección. Los togorianos rara vez llevaban ropa cuando estaban en su mundo natal, ya que el clima era tan suave que casi nunca resultaba necesario taparse.

La pareja que iba a contraer matrimonio siguió contemplando a sus clanes durante unos momentos más, y después los prometidos empezaron a girar lentamente sobre sus talones para que todos pudieran ver sus caras. Han y Bria retrocedieron hasta reunirse con la multitud de espectadores.

Muuurgh y Mrrov siguieron girando hasta quedar el uno de cara al otro. Han parpadeó, muy sorprendido, cuando oyó la mezcla de maullido y gruñido ahogado que empezó a emanar de sus gargantas. Los dos togorianos se mostraron los dientes e intercambiaron bufidos. Sus garras brotaron de repente.

Y después, moviéndose tan deprisa que el ojo apenas pudo seguir sus movimientos, se lanzaron el uno contra el otro y cayeron al suelo, aferrándose mutuamente la garganta con los dientes. Gruñendo, maullando y rugiendo, Muuurgh y Mrrov rodaron por el suelo, atacándose ferozmente con sus manos-patas delanteras. Sus pies también estaban muy ocupados, ya que cada uno intentaba hundirlos en el peludo estómago del otro.

Han miró a Bria, y vio que estaba un poco alarmada. Pero en la multitud nadie parecía hallar nada extraño en lo que estaba ocurriendo. «Bueno, supongo que la galaxia es tan grande que acabas encontrando de todo...», pensó Han.

Finalmente los dos combatientes se separaron, gruñendo y jadeando. A pesar de la aparente ferocidad de sus ataques, no había ni una gota de sangre visible sobre sus pelajes. Muuurgh y Mrrov empezaron a moverse en lentos círculos, y sus salvajes maullidos se fueron debilitando gradualmente hasta convertirse en suaves ruiditos llenos de delicadeza. Después se quedaron inmóviles, lo suficientemente cerca el uno del otro

para que pudieran restregarse las caras durante un buen rato. Han podía oír sus ásperos ronroneos desde su lugar entre la multitud.

Y de repente Mrrov bufó y siseó, y le lanzó un nuevo golpe a Muuurgh. Su compañero saltó sobre ella, y un instante después los dos volvían a estar en el suelo, rodando de un lado a otro mientras se arañaban y se mordían.

Han le apretó suavemente la mano a Bria.

–Romántico, ¿verdad? –murmuró con una sonrisa.

– ¡Shhhh! –replicó ella.

Unos momentos después los dos prometidos estaban ronroneando y se restregaban el uno contra el otro, los ojos entrecerrados por el placer.

La multitud estaba cada vez más excitada. Han pudo oír un vibrante ronroneo que parecía surgir de todos lados. Muuurgh y Mrrov volvieron a enfrascarse en su falso «combate».

Pero esta vez cuando llegaron a la etapa de restregarse las mejillas el uno contra el otro, Muuurgh agarró a Mrrov por los pliegues de piel de la parte de atrás de su cuello. Aferrándola con sus dientes y sus poderosos brazos, alzó a su compañera y llevó su peludo cuerpo, un poco más pequeño que el suyo, a través del círculo. La multitud se separó ante ellos, abriéndose como una puerta.

Muuurgh desapareció en la oscuridad, todavía llevando en brazos a su compañera. Unos momentos más tarde dos potentes maullidos llenos de un triunfo extasiado rompieron la calma de la noche..., y después todo volvió a quedar en silencio.

La multitud expresó su aprobación ante la finalización del rito con un suave murmullo. Han estuvo a punto de acabar en el suelo cuando los parientes de Muuurgh empezaron a darle palmadas en los hombros y le aseguraron que acababa de asistir a una de las bodas más soberbias de cuantas habían tenido el privilegio de presenciar.

La celebración se prolongó hasta bien entrada la noche. Han y Bria se escabulleron para dar un paseo por el parque bajo las dos diminutas lunas de Togoria. Las estrellas llameaban encima de sus cabezas.

–Bien, ¿qué tal ha ido todo hoy? –preguntó Han–. ¿Empieza a resultarte un poco más fácil?

Bria asintió con una casi imperceptible inclinación de la cabeza.

–Un poco. A veces consigo pasar toda una hora sin echarlo de menos, Han. Pero en otros momentos me parece como si los minutos transcurrieran infinitamente despacio y me estuviera aferrando a la cordura con uñas y dientes.

–Bueno, pues he planeado algo muy especial para mañana –dijo Han, sonriéndole–. Prepárate para disfrutar de un poco de diversión. Ya lo tengo todo organizado.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Bria.

–Si te lo cuento estropearía la sorpresa –bromeó Han–. Tú límitate a estar preparada para levantarte con los pajaritos, ¿de acuerdo?

–En Togoria no hay pájaros –le recordó Bria–. Sólo tienen lagartijas voladoras.

–Cierto –admitió Han–. Pero de todas maneras levántate temprano, ¿eh?

–Muy bien.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Bria no pudo encontrar a Han en ningún lugar de las habitaciones que formaban su suite. Pero sí encontró una cesta llena de fruta, un jarro con zumo de frutas, unas cuantas tiras de carne ahumada y una hogaza de pan encima de una bandeja. La bandeja también contenía una tira de plastipapel sobre la que estaban escritas las siguientes palabras: «Vístete, come y sal fuera. Te estaré esperando. H».

Bria leyó la nota y enarcó las cejas, y después hizo lo que se le pedía. Su curiosidad era tan fuerte que incluso logró apagar el continuo anhelo de la Exultación. A veces el deseo llegaba en oleadas tan intensas que Bria temía enloquecer, pero esos momentos se iban haciendo más raros a medida que transcurrían los días.

Bria rezaba a todos los dioses verdaderos del universo para que algún día no volvieran jamás.

Cuando llegó al patio que rodeaba el edificio en el que los habían alojado, se encontró con que Han la estaba esperando. El joven corelliano estaba sentado a horcajadas encima de un mosgoth, con una pequeña mochila y una manta sujetas detrás de la silla de montar. Mientras Bria le contemplaba sin saber muy bien qué hacer, Han se inclinó hacia ella y le ofreció una mano.

– ¡Vamos! ¡Anda, sube!

Los ojos de Bria fueron de Han al mosgoth, y acabaron alzándose hacia el azul infinito del cielo togoriano.

– ¿Quieres que vuele contigo encima de..., de esta criatura? –preguntó. Volar a bordo de una nave espacial o de un deslizador de superficie era una cosa, pero subir a la grupa de un gigantesco reptil para surcar el cielo parecía algo muy distinto.

– ¡Claro! –Han se inclinó hacia adelante para dar unas palmaditas al cuello de su montura–. Se llama Kaydiss y es realmente encantadora. ¿Verdad que eres una monada, chica?

El mosgoth, que estaba claro disfrutaba con las caricias, arqueó su delgado y nervudo cuello y una larga lengua bifurcada entró y salió rápidamente de su boca. Bria respiró hondo. –De acuerdo –dijo.

«Después de todo, lo peor que puede ocurrir es que caigamos del cielo y nos matemos –pensó–. Y entonces ya no tendría que seguir preocupándome por la Exultación, ¿verdad?»

Bria se agarró a la mano que le ofrecía Han y puso un pie sobre la pata del animal, que enseguida se inclinó obedientemente. Un rápido tirón bastó para que se encontrara sobre su grupa, sentada delante de Han. Los brazos del joven corelliano la rodearon, haciendo que se sintiera tan protegida como si llevara puesto un arnés de seguridad. Bria dejó escapar un jadeo ahogado y después cerró los ojos mientras Han agitaba las riendas y animaba a Kaydiss con unos cuantos chasquidos de la lengua.

Un par de enormes saltos-zancada y un empujón de las potentes alas del mosgoth bastaron para que Han y Bria se encontraran en el aire y ascendiendo rápidamente. Bria abrió los ojos para ver que ya estaban muy por encima de los tejados de los edificios. El viento pasaba velozmente junto a su cara, agitándole los cabellos y llenándole los ojos de lágrimas.

– ¡Oh! –exclamó–. ¡Han, esto es maravilloso!

–Sí –dijo Han, con una muy disculpable sombra de orgullo satisfecho en la voz–. Y espera a que veas el sitio al que te llevo.

Bria se agarró a la parte delantera de la silla de montar (con ellos dos compartiendo el escaso espacio disponible hasta quedar pegados el uno al otro, la posibilidad de caerse no la preocupaba demasiado) y disfrutó la sensación de lo que realmente era volar.

Los bosques y los ríos fluían por debajo de ellos. Bria bajó la mirada para contemplar los campos, los pueblos y los lagos, sonriendo extasiada. No se había sentido tan bien desde... Bueno, desde su última Exultación.

Pero por el momento incluso la Exultación parecía haber perdido su poder sobre ella. Bria se inclinó hacia adelante y abrió la boca, bebiendo el viento creado por su

veloz avance. Sintió deseos de agitar los brazos y ponerse a gritar, pero resistió la tentación, no queriendo correr el riesgo de desequilibrar al mosgoth.

–¿No se cansará demasiado al tener que llevar el doble de carga de lo habitual? –le gritó a Han.

La voz de Han resonó casi en su oído, y Bria pudo sentir el calor de su aliento.

–Está acostumbrada a transportar machos togorianos. Tú y yo juntos no llegamos a pesar tanto como Muuurgh, y ni siquiera alcanzamos el peso de los machos más pequeños. Kaydiss no tendrá ningún problema para llevarnos.

Media hora después, el cauce del caudaloso río que habían estado siguiendo se fue ensanchando y acabó convirtiéndose en un gran delta. Han hizo que el mosgoth se desviara hacia el norte, y unos minutos después Bria vio las curvas blancas de las olas que chocaban con una playa de arenas color oro y plata.

Se volvió hacia Han para dirigirle una sonrisa llena de excitación.

– ¡La playa!

–Me prometí a mí mismo que algún día iríamos a una playa de verdad –dijo Han–. Quería ir a un sitio en el que pudiéramos nadar sin tener que preocuparnos de que se nos comieran.

Han había empezado a dirigir al mosgoth en un lento descenso, y la criatura alada acabó posándose sobre la arena. Han le puso las sujeciones de las alas, dejó que fuera a buscar comida en la ciénaga de aguas saladas cercana y fue a reunirse con Bria, trayendo consigo la manta y su almuerzo.

– ¿Qué quieres hacer primero? –preguntó–. ¿Nadamos o comemos?

Bria contempló el oleaje blanco y sintió el tirón de las aguas. Su familia tenía una casa en una de las playas de Corellia, y desde que fue lo bastante mayor para poder caminar siempre le había encantado nadar.

–Nademos –dijo.

Alegrándose de haberse puesto unas mallas ceñidas al cuerpo debajo de la camisa y los pantalones, Bria se quitó las prendas exteriores y entró corriendo en el agua. Han, que se había quedado en pantalones cortos, la siguió.

Y Bria, para gran sorpresa suya, no tardó en descubrir que Han no sabía nadar.

–Nunca tuve ocasión de aprender –admitió Han, un poco avergonzado–. Siempre estaba trabajando, y cuando no estaba trabajando estaba compitiendo en las carreras de barredoras o haciendo cualquier otra cosa. Ya te dije que no había visto tanta agua junta hasta que puse los pies en esa playa de Ylesia.

–Bueno, pues hoy vas a aprender a nadar –dijo Bria con firmeza–. Eres joven y fuerte, y tienes buenos reflejos y una excelente coordinación muscular. Ya verás como aprendes enseguida.

Han demostró ser un alumno muy dotado. Bria se asombró ante la profundidad de su concentración y la exactitud con que iba siguiendo sus instrucciones sobre cómo mover los brazos y las piernas, en qué instantes tenía que respirar, etcétera. Cuando lo comentó en un momento dado, Han sonrió sardónicamente.

–Los pilotos aprenden a seguir las instrucciones que les dan –dijo–. Si no lo hacen, acaban convertidos en pilotos muertos.

Antes de que salieran del agua para comer, Han ya se desplazaba sin temor de un lado a otro por entre las olas y había empezado a ser capaz de coordinar su respiración con las brazadas y los movimientos de las piernas.

–Eres un alumno magnífico –le elogió Bria mientras se sentaban sobre la manta para contemplar el mar.

–Gracias –replicó Han–. Y tú eres una buena maestra.

Compartieron las provisiones que Han había traído, y después pasearon por la playa cogidos de la mano. En un momento dado un lagarto minúsculo pasó volando sobre sus cabezas, brillando con un sinfín de destellos verde y oro. Bria extendió una mano y la mantuvo totalmente inmóvil, y la diminuta criatura se posó sobre sus dedos y se quedó allí, moviendo lentamente las alas bajo la brisa. Han miró a Bria y le sonrió.

–Estás... preciosa –dijo.

–Me siento como si todo este planeta me perteneciera –replicó Bria, hablando medio en serio y medio en broma–. Este día... Siempre lo recordaré, Han.

–Bueno, pues puedes considerarte dueña de esta playa –dijo Han, bajando la mirada hacia ella y sonriendo–. Te la regalo. Es tuya..., por hoy.

El lagarto, que seguía sin dar ninguna señal de miedo, remontó el vuelo y se alejó.

Mientras paseaban por entre las olitas, Han le contó algunas cosas más sobre su decisión de entrar en la Academia Imperial.

–La gente admira a los oficiales imperiales –dijo–. Hasta ahora nadie me ha admirado por nada de lo que he hecho, pero si consigo entrar en la Academia... Bueno, entonces todo eso cambiará. Podré dar un giro completo a mi vida, Bria. Nunca tendré que volver a robar, hacer contrabando o estafar a nadie.

El apasionamiento que había en su voz hizo que los ojos de Bria se llenaran de lágrimas. Alzó la mano y le acarició suavemente la mejilla.

–A veces siento una compasión tan grande por ti, Han –murmuró–. Has conocido tanta crueldad, tantas traiciones...

Han le devolvió la caricia y sus ojos castaños se clavaron en el rostro de Bria. El viento le agitaba los cabellos.

–Pero también tuve a una persona que me amó –dijo–. Deja que te hable de Dewlanna...

Siguieron caminando lentamente, cogidos de la mano, y Bria le escuchó mientras Han le hablaba de la wookiee que había sido su mejor amiga durante toda su infancia. Cuando volvieron al sitio en el que habían dejado la manta, estaban andando en silencio.

–Creo que Garris Alcaudón se encontraría como en su casa en Ylesia –dijo Bria por fin.

–Probablemente acabaría gobernando todo el planeta –asintió Han con áspera sequedad. Se sentó sobre la manta, los brazos curvados encima de las rodillas, para contemplar el mar con expresión repentinamente ensombrecida–. Tendría que haberle matado cuando tuve ocasión de hacerlo, Bria. Pero... No lo hice.

Bria se sentó junto a él.

–Eso se debe a que eres una persona decente, Han –dijo con repentino apasionamiento–. Crees que eres duro, y lo eres..., pero también eres decente. No eres un asesino capaz de matar a sangre fría como Alcaudón. Si hubieras disparado contra él, entonces no serías mejor que Alcaudón.

Han se volvió hacia ella y la contempló en silencio durante unos momentos. Su expresión se había vuelto muy seria y solemne.

–Tienes razón –murmuró por fin–. A veces todo parece volverse terriblemente confuso, y entonces haces que vuelva a verlo todo claro..., con sólo unas cuantas palabras. Eres una mujer... muy... sabia...

Bria permaneció totalmente inmóvil mientras Han se inclinaba hacia adelante y la besaba delicadamente en la mejilla. Los labios del joven corelliano estaban deliciosamente calientes. Han ya había empezado a retroceder cuando Bria le puso la mano en la mejilla.

–No...

Han volvió la cabeza, y sus labios encontraron la boca de Bria y paladearon el sabor de la sal marina. Bria cerró los ojos, y el tiempo pareció detenerse.

Han acabó echándose hacia atrás después de una eternidad. Bria abrió los ojos para verle escrutando su rostro.

– ¿Qué tal ha estado eso? –preguntó Han en voz baja y suave, respirando un tanto más deprisa de lo habitual–. ¿Estuvo bien?

Si la respiración de Han se había vuelto un poco entrecortada, Bria estaba jadeando.

–Mejor que bien –murmuró, deslizando los brazos alrededor del cuello de Han y sintiendo el calor que el sol había ido depositando sobre sus hombros desnudos. Los brazos de Han la rodearon, estrechándola contra su pecho–. Mucho, mucho mejor...

Le devolvió el beso, y después transcurrió un buen rato antes de que volvieran a hablar.

13

Regreso a Corellia

Al día siguiente Muuurgh y Mrrov se prepararon para empezar su «luna de miel», y Bria y Han se prepararon para iniciar su viaje hacia el sistema corelliano.

Cuando llegó el momento de despedirse, Muuurgh agarró a Han por los hombros y lo sacudió con gran delicadeza.

–Te echaré de menosss –dijo, en su básico titubeante pero considerablemente mejorado–. ¿Debesss irte? Dijiste que Togoria te gustaba. Sin ti, yo nunca habría encontrado a Mrrov. El margrave de toda Togoria me ha pedido que te diga que tú y Bria podéis quedarosss aquí para ssiempre si queréis. Puedes cazar con nosotrosss, Han. Puedes volar sssobre los mosssgoths. Ssseríamos felices.

– ¿Y ver a Bria sólo una vez al año? –replicó Han, alzando la mirada hacia el enorme alienígena y sonriendo–. Me temo que los humanos no hacemos las cosas de esa manera, colega. Pero gracias por la invitación, Muuurgh. Puede que algún día decida volver para ver qué tal os van a las cosas a ti y a Mrrov.

–Han hacer essso, y pronto –dijo Muuurgh, con su básico desintegrándose rápidamente bajo el influjo de la emoción mientras envolvía al joven corelliano en un tremendo abrazo que lo levantó en vilo del suelo y que Han intentó devolver a su vez.

Bria y Mrrov también se despidieron cariñosamente la una de la otra.

–Superarás tu necesidad de la Exultación –le dijo Mrrov con voz emocionada–. Yo lo hice. Me obligué a resistirla durante mucho tiempo, y sufrí de una manera terrible. Pero después de que pasaran muchos días el anhelo se fue debilitando poco a poco, y ahora ya no lo siento. Permití que la ira que sentía hacia esos traficantes de esclavos borrara el anhelo de mi espíritu.

–Espero que sea capaz de ser tan fuerte como tú, Mrrov –dijo Bria.

–Ya lo eres –le aseguró la togoriana–. Lo único que ocurre es que todavía no te has dado cuenta.

Una vez a bordo del *Talismán*, Han sintió una desgarradora punzada de pena mientras hacía que el yate ylesiano ascendiera hacia los limpios cielos de Togoria.

–Es un buen mundo –le dijo a Bria, que estaba sentada junto a él en el asiento del copiloto–. Y los togorianos son buena gente.

–Sí –dijo Bria, asintiendo con la cabeza–. No cabe duda de que han sido muy buenos con nosotros. Aunque viva cien años, nunca olvidaré el día de ayer.

Han le sonrió.

–Yo tampoco, cariño. Si hay algo que he querido durante toda mi vida, es ir a la playa y poder comportarme como un ciudadano normal: nada de estafas, no tener que preocuparse por las fuerzas de seguridad, ningún artículo de contrabando «caliente» ardiendo dentro de mi bolsillo... Gracias a ti, ahora sé qué se siente siendo una persona normal.

Bria le sonrió con tanta ternura que Han se inclinó sobre ella y la besó.

–Bria... Yo... –dijo Han con voz titubeante, y después respiró hondo y acabó meneando la cabeza.

Irguió los hombros, se volvió hacia los controles y concentró toda su atención en la tarea de pilotar la nave. Bria siguió inmóvil en su asiento y se dedicó a contemplarle, sin apartar los ojos de él ni un solo instante mientras Han calculaba su salto al hiperespacio e introducía las coordenadas que había elegido en el ordenador de navegación.

Cuando las estrellas se estiraron a su alrededor para convertirse en trazos luminosos y el salto hubo concluido con éxito, Bria hizo girar su asiento hasta dejarlo encarado hacia el de Han y le puso la mano en el brazo.

–¿Sí? –murmuró–. Sigue, Han... ¿Qué era lo que me estabas diciendo?

Han intentó poner cara de inocencia y no lo consiguió.

–¿Eh? ¿Qué quieres decir?

–Estabas a punto de decirme algo y de repente te dedicaste a pilotar la nave, ¿no? Bueno, pues ahora ya estamos en el hiperespacio y no corremos ningún peligro, así que no hay ninguna razón por la que no puedas explicarme de qué se trata. –Sus labios se curvaron en una leve sonrisa–. Estoy esperando.

–Bueno, es sólo que estaba pensando que..., que tengo hambre –dijo Han, concluyendo la frase con sospechosa premura–. Sí, realmente me muero de hambre. Vamos a comer algo.

–Comimos antes de despegar, y apenas hace una hora de eso –le recordó Bria. Después extendió los brazos, le tomó una mano y la sostuvo entre las suyas mientras le contemplaba con afable ternura–. ¿Qué es lo que quieres decirme, Han? –murmuró.

–Eh... –Han se encogió de hombros–. Te estoy diciendo que vuelvo a tener hambre.

–¿De veras? –preguntó Bria en voz baja y suave.

–Yo... –Han meneó la cabeza, sintiéndose visiblemente incómodo–. Eh... No. Yo... Bria, cariño... Este tipo de cosas no se me dan nada bien...

–Hay algunas cosas que se te dan muy bien –dijo Bria, sonriendo maliciosamente.

–¿Como cuáles? –la interpeló Han, devolviéndole la sonrisa.

–Como... el pilotar. Y el luchar. Y el rescatar gente.

–Sí, supongo que sí. –Volvió a mirarla, y la fachada de fanfarronería se esfumó tan deprisa como había aparecido–. Bria... Lo que estaba intentando decirte era que... –Carraspeó–. Esto no me resulta nada fácil.

–Lo sé –dijo Bria–. Lo sé, Han... –Se llevó su mano a los labios y la besó–. Han... Yo también te amo –murmuró después.

Han pareció tan sorprendido como complacido.

–¿Sí?

–Sí. Ya hace mucho tiempo que te amo. Creo que me enamoré de ti ese día en el refectorio, cuando te negabas a irte sin importar lo que te dijera.

–¿De veras? Yo no lo supe hasta... Bueno, la verdad es que no sé en qué momento lo supe. Pero cuando lo comprendí... Me asustó mucho, Bria. Nunca me había ocurrido antes.

– ¿Amar a alguien o que te amaran?

– Las dos cosas. Salvo por Dewlanna, claro. Supongo que ella me quería... Pero eso era distinto.

– Sí. – Los ojos de Bria brillaban suavemente. – Esto es distinto. Sólo espero que podamos estar juntos, Han.

Esta vez le tocó el turno a Han de tomar las manos de Bria entre las suyas.

– Pues claro que estaremos juntos – dijo. – No permitiré que nada nos lo impida. Puedes estar segura de ello, cariño.

Han trazó un curso que conduciría al *Talismán* lejos del espacio de los hutts y que terminaría llevándolos al sistema corelliano después de un plácido viaje de tres días. Estaba prolongando deliberadamente el tiempo que él y Bria podrían pasar a solas juntos, porque en su fuero interno Han temía el momento en que volverían a Corellia y tendría que conocer a la familia de Bria. No sabía prácticamente nada sobre cómo vivían los «ciudadanos», y estaba seguro de que tendría bastantes problemas para adaptarse a esa clase de existencia.

También sabía que debería empezar a moverse en cuanto llegaran a Tralus. Han ya estaba preparado para cambiar de identidad en cuanto llegaran a Corellia. Pero los t'landa Tils y los hutts también andarían detrás de Bria, y conocían su verdadero nombre. Lo primero que había planeado hacer tan pronto como tuviera suficientes créditos disponibles era equipar a Bria con una falsa identidad.

Además, estaba intentando proporcionarle el máximo de tiempo posible para que se curara. Han sabía que Bria todavía echaba de menos la Exultación, aunque ya no sufría ataques de pánico ni prorrumpía en sollozos. Pero en varias ocasiones despertó durante la noche para descubrir que Bria había desaparecido.

Cuando la buscaba, normalmente la encontraba en la cabina de control, sentada en el asiento del copiloto y contemplando las estrellas con los ojos llenos de un anhelo tan profundamente melancólico que Han sentía una punzada de celos.

«¿Por qué no puedo ser suficiente para ella? ¿Por qué no le basta con nuestro amor?», se preguntaba. Han quería ser suficiente para Bria, y quería que la joven fuese feliz y que estuviera contenta..., pero se daba cuenta de que no era así. Eso le apenaba, y también le enfurecía.

En un momento dado, Han intentó hablar con ella de aquel asunto.

– ¡Ya casi han pasado diez días! ¿Por qué sigues echándola tanto de menos? – preguntó, percibiendo la sombra de ira que había en su voz y sintiéndose incapaz de reprimirla. – Explícamelo, Bria. ¡Haz que lo entienda!

Bria le miró fijamente, con sus ojos verde azulados llenos de una tristeza infinita.

– No puedo explicarlo, Han. Es como si me hubieran robado un trozo de mi ser, como si hubiera perdido un fragmento de mi espíritu. No se trata meramente de que eche de menos la Exultación en sí, el placer y el calor... No, eso ya lo estoy superando. Lo que echo de menos es... – titubeó, y se quedó callada.

Han estaba sentado junto a ella en el asiento del piloto, y estiró los brazos y le cogió las manos. Estaban frías, y Han se las calentó cariñosamente entre las suyas.

– Sigue... – murmuró. – Estoy aquí. Te escucho, Bria.

– Tanto Mrrov como Teroenza se equivocaban cuando dijeron que sólo las personas de voluntad débil caen en la trampa de la religión ylesiana – dijo Bria, hablando muy despacio y escogiendo sus palabras con mucho cuidado. – Oh, admito que algunos peregrinos tal vez sean personas descontentas que nunca han triunfado en la

vida y que están buscando una forma de escapar de las responsabilidades. Pero la inmensa mayoría no son así. Conocí a muchos peregrinos, Han.

–Sí, por supuesto –dijo Han, animándola a seguir hablando.

–La mayoría de los peregrinos ylesianos eran... Bueno, supongo que tú emplearías la palabra idealistas. Eran personas que creían que había algo mejor, que la vida tenía algún significado. Buscaron ese significado en los lugares equivocados, y se dejaron engañar y acabaron creyendo todas esas mentiras sobre el Uno y el Todo que contaban los sacerdotes..., pero eso no hace que su meta, su aspiración de creer en un poder superior se convierta en una simple estupidez.

Han asintió, y vio cómo las lágrimas se acumulaban en los hermosos ojos de Bria y empezaban a deslizarse a lo largo de sus mejillas. Se sentía tan preocupado que no pudo seguir conteniéndose ni un instante más.

–Bria, cariño... ¡No te tortures de esa manera! El mero hecho de que esa religión acabara resultando ser un fraude no significa que la vida no sea digna de vivirse. Nos tenemos el uno al otro. Vamos a tener dinero. Todo irá bien.

–Han... –Bria le rozó suavemente la mejilla, le acarició el rostro y le dirigió una sonrisa llena de amor–. Eres el prototipo del pragmático, ¿eh? Si no están disparando contra ti o no te encuentras atrapado en un rayo tractor, entonces la vida es maravillosa, ¿verdad?

Han meneó la cabeza, sintiéndose un poquito dolido.

–Soy un tipo bastante sencillo, desde luego, pero eso no significa que no pueda entender de qué estás hablando, Bria. Que hubiera alguna clase de poder superior sería estupendo, naturalmente, pero da la casualidad de que no creo que exista..., y no puedo soportar verte sufrir.

–Han, Han... ¿No entiendes que la única persona de la que realmente puedes cuidar y a la que realmente puedes proteger eres tú mismo, que...?

–También puedo cuidar de ti, Bria –la interrumpió Han–. No lo olvides ni por un instante. Somos un equipo, cariño.

–Sí –dijo Bria–. Somos un equipo. Pero me resulta bastante difícil conformarme con tener dinero o con que nadie esté disparando contra mí. Quiero algo más, Han.

–Quieres que siempre haya alguna razón para todo lo que ocurre. Quieres esforzarte para conseguir que tus ideas se conviertan en realidad –dijo Han.

–Sí –admitió ella–. Pero también puedo comprender que tú no permites que preguntas como el significado de la vida te torturen. Probablemente eres el más inteligente de los dos, Han.

–¿Inteligente? –Han frunció el ceño–. No soy idiota, desde luego. Eso ya lo sé, pero nunca me las he dado de filósofo.

–Exacto. No vas por el mundo obsesionándote con la injusticia, la corrupción y la maldad. Aceptas las cosas tal como son, y siempre consigues encontrar alguna forma de salvar los obstáculos. ¿Me equivoco?

Han reflexionó en silencio durante unos momentos y después acabó asintiendo.

–No, supongo que no –dijo por fin–. Hace mucho tiempo tal vez tuviera algunas ideas sobre cómo podría llegar a convertirme en alguien que le pateaba el trasero a los malos y eliminaba las injusticias, pero... –Suspiró, y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de tristeza–. Creo que ya me habían quitado esas ideas de la cabeza a base de golpes cuando todavía era un crío. Cuando vivías bajo las reglas de Garris Alcaudón, no tardabas en comprender que nadie iba a cuidar de ti salvo tú mismo..., y que arriesgar el cuello por cualquier otra persona era una buena forma de conseguir que te lo rebanaran.

–¿Qué me dices de Dewlanna? –preguntó Bria.

–Sí, ya sabía que acabarías sacando a relucir el tema... –Han deslizó una mano por entre sus cabellos y torció el gesto–. Dewlanna era distinta. Cuidábamos el uno del otro, cierto. Pero fue la única, Bria... Dewlanna fue la única persona a la que le importaba aunque sólo fuese el trasero de un vrelt si yo vivía o moría. Saber eso... Bueno, supongo que el saberlo ha acabado convirtiéndome en un pragmático.

–Por supuesto –dijo Bria–. Me parece que es algo totalmente natural.

–Pero sigue –la apremió Han–. Me estabas explicando que los peregrinos eran unos... idealistas. ¿Y tú? ¿También eres una idealista?

Bria asintió.

–Creo que sí, Han. Durante toda mi vida siempre he querido ser más, ser mejor..., convertir el universo en un sitio mejor meramente porque yo vivía dentro de él. Cuando descubrí la religión ylesiana, pensé que por fin había encontrado lo que andaba buscando. Pensé que bastaría con creer y tener fe para poder llegar a cambiar el universo. –Sonrió melancólicamente y se encogió de hombros–. Está claro que escogí la creencia equivocada.

–Sí –murmuró Han mientras daba vueltas a lo que acababa de oír–. Pero hay otras cosas en las que creer, Bria. Puede que algunas de ellas sean reales. Quizá lo único que has de hacer es llegar a descubrir cuáles son reales.

Bria se levantó y fue hacia él, y después se inclinó para depositar un beso sobre su coronilla. Han se levantó y la rodeó con los brazos, estrechándola contra su pecho.

–Ya he encontrado una de esas cosas –dijo Bria–. Tú eres real, Han. Eres la persona más real y más llena de vida que he conocido jamás...

Han la besó en la mejilla y Bria apoyó la cabeza sobre su hombro. Permanecieron inmóviles en esa postura durante un minuto, sin hablar. Han acabó rompiendo el silencio.

–Dewlanna me contó algunas cosas sobre sus creencias –dijo por fin–. Me dijo que creía en una especie de fuerza vital compartida por todas las criaturas y todas las cosas. Ella creía en eso. Me juró que era real, que existía...

–Quizá debería ir a Kashyyyk –dijo Bria–. Tal vez debería hacer una peregrinación a ese mundo.

–Claro –dijo Han–. Algún día iremos allí. Me gustaría mucho verlo. Dewlanna decía que era un planeta muy hermoso. Los wookies viven en las copas de los árboles.

–Eso sería realmente magnífico –dijo Bria, hablando como en sueños–. Tú y yo solos en la copa de un árbol... ¿Qué haríamos para no aburrirnos?

–Se me ocurre una cosa –dijo Han, y se inclinó sobre ella para besarla con tanta pasión que incluso las estrellas parecieron girar alrededor de Bria en un enloquecido torbellino de estelas luminosas y sintió un estridente pitido en los oídos.

Pero un instante después comprendió que no era el beso de Han lo que había causado aquella reacción, sino que estaba oyendo la alarma que les informaba de que habían salido del hiperespacio. Han torció el gesto.

–Ese condenado trasto ha sabido elegir el momento menos oportuno, cariño. Pero... Más tarde, ¿de acuerdo? –preguntó.

Bria sonrió.

–Más tarde... Te lo recordaré.

Han ya había vuelto a su asiento para comprobar las coordenadas, pero interrumpió su tarea durante un momento para dirigirle una sonrisa que hizo que el corazón de Bria acelerase sus latidos.

–Me muero de impaciencia...

Han posó el *Talismán* en una pista privada de Tralus.

– ¿Qué clase de sitio es éste? –preguntó Bria, siguiéndole rampa abajo y contemplando lo que les rodeaba con visible perplejidad. Había naves de todos los tamaños y formas estacionadas a su alrededor. Algunas eran poco más que cascarones oxidados y otras parecían prácticamente nuevas, pero ninguna tenía nombres o códigos de identificación. Todos los emblemas de los cascos habían sido borrados mediante sopletes láser—. Casi parece un..., un cementerio de naves o algo por el estilo.

–Sí. Las viejas naves espaciales nunca mueren, cariño. Lo único que les ocurre es que acaban en el Depósito de Naves Usadas del Honrado Toryl –dijo Han—. Cuando necesitas una nave, o cuando quieres librarte de una, y no quieres dejar un... rastro..., entonces vienes aquí.

Bria puso ojos como platos.

– ¿Todas esas naves son... robadas?

–La mayoría –dijo Han—. La nuestra también, ¿recuerdas?

Bria hizo una mueca.

–Sigo tratando de olvidarlo.

Han volvió la mirada hacia el pequeño despacho que se alzaba en el centro de la vasta pista.

–Y aquí llega el Honrado Toryl en persona –dijo.

El Honrado Toryl era un durosiano, un humanoide alto y delgado de piel azulada. Totalmente calvo, su rostro era prácticamente humano salvo por la ausencia de nariz, una característica que le proporcionaba un aspecto francamente lúgubre y tristón. Han fue hacia él con la mano extendida.

–Que tengas un buen día, viajero Toryl. –A los durosianos les gustaba tanto viajar que la palabra «viajero» era su tratamiento honorífico preferido—. Me llamo Keil d'Tana y esta joven es mi socia, Kyloria m'Bal. Es un placer conocerte.

–Lo mismo digo –replicó Toryl—. Saludos, viajeros. ¿Tenéis tiempo para beber algo y compartir unas cuantas historias?

Los durosianos eran famosos en toda la galaxia por sus maravillosas dotes de narradores. Un durosiano poseía una memoria casi fotográfica en lo referente a todas las historias que había oído. La mayoría de durosianos «coleccionaban» historias, y al parecer Toryl no era una excepción a esa regla.

–Lo siento, pero tenemos un poco de prisa –dijo Han—. Hemos de coger un transporte de pasajeros, y...

–Lo entiendo, lo entiendo –dijo el durosiano—. Dado que vais a usar un medio de transporte público, me imagino que habéis venido no a comprar una nave sino a venderla.

–Exacto, viajero –dijo Han—. Se trata de un precioso yate de recreo que se encuentra en perfecto estado. Unas cuantas modificaciones insignificantes bastarán para convertirlo en el vehículo ideal para una rica familia corelliana que quiera obsequiar a sus niños con las vacaciones ideales.

– ¿Un yate? –Bria tuvo la impresión de que la voz de Toryl se volvía un poco más seca al pronunciar esa palabra, pero no pudo estar totalmente segura de ello—. Le echaré un vistazo y te ofreceré un precio, viajero d'Tana.

Han les precedió hasta el *Talismán*. Las facciones del durosiano, ya normalmente lúgubres de por sí, adquirieron un aspecto todavía más sombrío en cuanto vio la nave ylesiana.

–Permíteme que te enseñe el interior –dijo Han, señalando la rampa.

El durosiano meneó su calva cabeza azulada.

–No es necesario –dijo—. Puedo ofrecerte cinco mil créditos. Es mi última oferta.

Han contempló al alienígena con la boca abierta, tan sorprendido que por una vez perdió su habitual confianza en sí mismo.

– ¿Eh? –balbuceó–. ¿Cómo? ¡Pero eso es una locura! ¿Cinco mil créditos por una nave como ésta? ¡Me la estás pagando a precio de chatarra!

El durosiano se inclinó ante él en una reverencia casi imperceptible.

–Cierto, viajero Draygo –dijo, repitiendo la reverencia ante Bria–. Viajera Tharen... Estoy de acuerdo en que tener que convertir una nave tan hermosa en un montón de chatarra es realmente lamentable –siguió diciendo, señalando el *Talismán* con una mano–, pero es lo único que puedo hacer con ella. Los hutts están buscando esta nave, y de una manera muy enérgica. De la misma manera en que están buscando a Vykk Draygo, el piloto tan astuto como lleno de recursos que la robó...

Han le dio la espalda al durosiano y Bria vio cómo sus labios se movían para articular un juramento silencioso, pero cuando se volvió nuevamente hacia el Honrado Toryl ya había recuperado la compostura.

–Comprendo –dijo–. Cinco mil créditos al contado, ¿eh?

–Sí. Claro que si tú y tu acompañante me contarais vuestras historias, tal vez se me podría persuadir para que subiera ligeramente el precio... –añadió Toryl en un tono esperanzado.

–Lo siento, amigo, pero es imposible –dijo Han, y se encogió de hombros–. De acuerdo, nos conformamos con los cinco mil. En efectivo, ¿eh?

–En efectivo –dijo el Honrado Toryl.

Unas horas después «Janil Andrus» y «Drea Andrus», su esposa, subieron a una lanzadera intrasistémica con rumbo a Corellia. Al principio Bria no creía que hacerse pasar por marido y mujer fuera muy buena idea, pero Han le había asegurado que el boletín de ALERTA DE SEGURIDAD emitido por los hutts indicaba que ninguno de los dos estaba casado. En su fuero interno, le preocupaba la posibilidad de que los hutts trataran de seguir su pista, dado que conocían el apellido de Bria, pero también era consciente de que los hutts no querían que se produjera un escándalo ni que la estafa a gran escala que habían organizado en Ylesia fuera revelada al público. Tendría que conformarse con la esperanza de que eso impediría que actuaran de manera abierta para tratar de que los arrestaran. Han no planeaba permanecer mucho tiempo en Corellia.

La pareja llegó a su mundo natal mediada la tarde y subió a una lanzadera transcontinental que iba al continente sur, en el que se hallaba el hogar de los Taren. Cuando llegaron a la estación, que Bria dijo se encontraba lo suficientemente cerca de su casa para que pudieran ir hasta ella a pie, estaban cansados y un poco desaliñados, y no tenían ninguna forma de cambiarse de ropa. Su único equipaje era la mochila que contenía los tesoros de Teroenza.

–Bien... –murmuró Han, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro mientras volvía la mirada hacia uno de los ventanales de la estación para contemplar la suave llovizna envuelta en neblina que caía del cielo–. ¿Y ahora qué? ¿Encontramos un sitio donde esperar hasta mañana, o deberíamos llamar a tus padres para decirles que estamos aquí?

–Creo que será mejor que les llame –dijo Bria, que tampoco parecía saber muy bien qué debían hacer–. Espérame aquí.

La joven fue a hablar con el jefe de estación para pedirle que le dejara usar su comunicador, y volvió unos minutos después.

Han enseguida vio lo cansada y tensa que estaba, y la rodeó con un brazo.

–Bien... ¿Qué tal ha ido todo? –preguntó.

Bria intentó sonreír.

—Mi madre casi se desmayó, y luego empezó a gritarme. —Suspiró—. Sé que me quiere, pero a veces la forma en que lo demuestra consigue que yo también sienta deseos de ponerme a gritar. Quiere lo mejor para mí..., ¡siempre que eso coincida con su idea de qué es lo mejor para mí!

Han asintió, y por primera vez en su vida pensó que en cierta forma quizá podía considerarse afortunado por no haber tenido que tratar nunca con unos padres.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó—. ¿Nos vamos?

Bria meneó la cabeza.

—No. Mi padre vendrá a recogernos en el deslizador. Estará aquí de un momento a otro.

Aún no había acabado de hablar cuando un deslizador de un modelo muy caro se detuvo delante de la estación. Un hombre apuesto de constitución robusta, cabellos grises y aspecto distinguido estaba sentado delante de sus controles.

Mientras Han y Bria iban hacia el vehículo, el hombre salió a toda prisa del deslizador y abrazó a su hija, llorando y riendo al mismo tiempo. Después de unos momentos que parecieron eternos, se volvió hacia Han para estrechar su mano.

—Es un placer conocerle —dijo—. Bria me ha explicado que la salvó de... Bueno, de cosas terribles. Lo único que puedo decir es... gracias. Gracias..., eh...

—Me llamo Han Solo, señor —dijo Han—. Pero llámeme Han.

El apretón de manos de Tharen era firme y seguro de sí mismo.

—De acuerdo, Han..., y llámeme Renn, por favor.

—Sí, señor.

El trayecto hasta la casa de Bria fue corto. Dejaron atrás unas puertas de seguridad reforzadas y después avanzaron por un camino en el que no parecía haber ninguna otra casa. Han volvió la cabeza a un lado y a otro y vio unas vallas muy altas, casi idénticas a aquellas de las que había solido burlarse durante sus días de ladrón.

—Parece que no hay demasiada gente viviendo por aquí —observó.

—Oh, toda esta tierra es nuestra —dijo Renn Tharen despreocupadamente—. La compré hace años para que sirviera como colchón protector entre nosotros y nuestros vecinos. Me gusta disfrutar de mi intimidad.

Dirigió el vehículo hacia un pequeño sendero cerrado por otra puerta, igualmente reforzada pero de una modalidad más ornamental. Han vio la casa que se alzaba más allá de ella y masculló una virulenta maldición en huttés. «Bria, pequeña... —pensó sombríamente—. ¿Por qué no me dijiste que tu familia era lo suficientemente rica para comprar y vender la mitad de Corellia?»

La casa era inmensa: tenía varias alas y torres modificadas, y estaba rodeada por unos jardines de las dimensiones correspondientes a semejante estructura. La mansión de los Tharen hacía que la casa del primo Thrackan pareciese una cabaña. Bria se volvió hacia Han y le sonrió temblorosamente.

—Bueno, ya hemos llegado.

—Sí —dijo Han, empleando deliberadamente un tono de voz lo más neutro posible.

Ya se había dado cuenta de que Bria estaba tan nerviosa que le faltaba muy poco para perder el control de sí misma, y no quería preocuparla más de lo que ya estaba. El que los padres de Bria fueran ricos por lo menos tenía una ventaja: los hutts nunca se atreverían a tratar de capturarla mientras estuviera en casa de sus padres. Eso causaría con toda seguridad un incidente interestelar de grandes proporciones, y los hutts preferían trabajar clandestinamente.

La señora Tharen salió corriendo por la puerta principal antes de que pudieran llegar a ella. Llevaba un traje ondulante hecho con montañas de tela que Han sólo fue capaz de definir con la palabra «caro».

– ¡Querida! –jadeó, rodeando a Bria con los brazos.

Han se mantuvo discretamente a un lado, alegrándose de poder ocupar un segundo plano hasta que Bria y sus padres hubieron terminado su intercambio de saludos.

El hermano de Bria volvió a la mansión en algún momento del torbellino de besos, recriminaciones, lágrimas, abrazos y preguntas y respuestas tartamudeadas con voz temblorosa. Han se acordó de que Bria le había dicho que su hermano se llamaba Pavik. A diferencia de su hermana, Pavik Tharen se parecía mucho a su madre: era esbelto y no muy alto, y tenía los cabellos oscuros y los ojos verdes. Era un joven muy apuesto, y parecía sentir un sincero afecto por su hermana.

Bria tardó bastante en conseguir escapar a las atenciones de su familia el tiempo suficiente para poder presentar a Han. Con los ojos brillantes, la joven le tomó de la mano y le presentó a su madre, Sera Tharen, y a su hermano.

–Encantado de conocerla, señora Tharen –dijo Han, estrechando manos y recurriendo a sus mejores modales–. Me alegro de conocerte, Pavik.

El apretón de manos de la madre de Bria fue tan flácido como carente de entusiasmo. La señora Tharen observó en silencio a Han durante unos momentos, y el joven piloto enseguida tuvo la impresión de que no le gustaba demasiado lo que estaba viendo. Han suspiró para sus adentros. «Todo esto me huele cada vez peor.»

–Bien, entremos –dijo Sera Tharen–. Vamos a sentarnos. Debo decir que esto ha sido toda una sorpresa para nosotros. Nunca pensé que volvería a ver a mi pequeña... Bria, querida, ¿cómo has podido hacernos esto?

Sera Tharen echó a andar por delante de ellos, todavía murmurando recriminaciones.

Cuando Han llegó a la sala de la mansión y todos se sentaron tuvo que reprimir el impulso de levantarse de un salto y salir corriendo. «Éste no es mi sitio –pensó–. Lo sé, y ellos lo saben.»

Eso le enfureció. Negándose a permitir que su incomodidad se hiciera visible, Han siguió sentado y apoyó la espalda en los mullidos cojines con una deliberada exhibición de relajada tranquilidad, fingiendo sentirse muy a gusto. Miró a su alrededor, y sus expertos ojos de profesional del robo calcularon automáticamente el valor en créditos que todos aquellos adornos y objetos de arte tendrían para un perista.

–Tienen una casa preciosa –dijo afablemente.

–Bueno... Eh... –empezó a decir Sera.

–Han. Llámeme Han, señora Tharen –dijo Han.

–Muy bien, Han –dijo la madre de Bria en un tono bastante envarado–. Supongo que debemos agradecerle el que Bria haya vuelto con nosotros.

Sus ojos no se apartaban del desintegrador de Han, y el joven corelliano cayó en la cuenta de que, como era habitual en la mayoría de ciudadanos, ninguno de los familiares de Bria iba armado. «Pues lo siento mucho, señora –pensó–. No prescindo de mi desintegrador ni por usted ni por nadie, así que vaya acostumbrándose.»

–Bueno... He intentado ayudarla en todo lo posible, señora Tharen –replicó–. Pero nunca podría haberlo conseguido sin Bria. Cuando quiere puede ser una chica realmente dura... Sabe cómo arreglárselas en una pelea.

La señora Tharen se puso rígida, y Han enseguida comprendió que la dueña de la casa no consideraba que lo que acababa de decirle fuera precisamente un cumplido.

—Oh, cielos... —murmuró—. Bria, querida, ¿por qué no vas a cambiarte de ropa antes de sentarte? ¿De dónde has sacado esa vestimenta tan horrible? Realmente, querida, me temo que no tienes remedio...

—Me la hizo el androide-sastre de la colonia ylesiana —se apresuró a decir Bria, y lanzó una mirada llena de súplica a Han, como preguntándole si sería capaz de aguantar todo aquello mientras iba a cambiarse.

Han la tranquilizó con un gesto de la mano.

—Ve a cambiarte, cariño.

La señora Tharen volvió a ponerse rígida ante aquella muestra de afectuosa intimidad. Bria sonrió a Han, lanzó una mirada dubitativa a su madre y su hermano y salió rápidamente de la sala.

—Bien, Han... ¿A qué se dedica? —preguntó Pavik Tharen.

Le estaba mirando fijamente, y sus ojos le evaluaban de una manera que hizo que el joven piloto se sintiera bastante incómodo.

—Oh, la verdad es que acepto cualquier trabajo que me ofrezcan y que me permita ganarme la vida —replicó Han en un tono lleno de jovialidad—. Pero básicamente soy piloto.

—¿Sirve en la Armada Imperial? —preguntó la señora Tharen, y su expresión se volvió ligeramente menos sombría—. ¿Es oficial?

—No. Piloto cargueros, señora. Puedo pilotar prácticamente cualquier nave y llevarla a prácticamente cualquier sitio. Por eso estaba en Ylesia. Me dedicaba al con...

—Han se interrumpió bruscamente, recordando por primera vez en mucho tiempo que comerciar con especia era altamente ilegal—. Bueno, digamos que me contrataron para transportar cargamentos de un lado a otro.

—Oh —murmuró la señora Tharen. Resultaba obvio que no había entendido nada y, al mismo tiempo, que eso no impedía que la respuesta de Han no le gustara demasiado—. Qué interesante.

—Sí. Tiene sus momentos —dijo Han.

—Yo también empecé siendo piloto, hace ya muchos años —dijo Renn Tharen, con una nota de aprobación en la voz—. Cuando tenía más o menos su edad, Han... Empecé desde abajo, y luego fui subiendo poco a poco hasta que acabé siendo propietario de toda la empresa de transportes. Así fue como gané mi primer millón.

Durante un momento Han sintió la tentación de explicarle que planeaba entrar en la Academia Imperial, pero la costumbre de no revelar ninguna información de naturaleza personal estaba demasiado enraizada en él. El joven corelliano se limitó a sonreír y asintió con la cabeza.

—El espacio era realmente emocionante por aquel entonces, señor —dijo—. Supongo que había montones de piratas, ¿verdad?

Renn Tharen sonrió.

—Tuve unos cuantos tropiezos con ellos. Me imagino que usted también los habrá tenido.

Han le devolvió la sonrisa.

—Sí, de vez en cuando...

Los ojos de Sera Tharen, que parecía sentirse un poco inquieta, fueron del uno al otro.

—Oh, cielos. Eso suena... peligroso.

—Forma parte del trabajo, señora Tharen —dijo Han.

—¡Pero estoy olvidando mis deberes de anfitriona! —exclamó la señora Tharen—. ¿Puedo ofrecerle alguna bebida o algo de comer, capitán Solo?

—No me importaría tomar una cerveza alderaaniana —dijo Han—, y un poco de pan con carne y queso. Hemos estado viajando durante todo el día.

—Hablaré con nuestra cocinera —dijo la señora Tharen—. Es selonianana, ¿sabe?

Han quedó asombrado al comprender que la «cocinera» era un ser vivo en vez de un androide. Esa nueva prueba de riqueza le impresionó más que cualquiera de las anteriores.

Cuando Bria volvió a aparecer, Han ya estaba comiendo en el comedor. Han la vio entrar y se detuvo a mitad de un mordisco.

Bria llevaba un sencillo vestido verde azulado que hacía juego con sus ojos. La tela desprendía una suave iridiscencia, y se pegaba a su cuerpo en los lugares más adecuados; y, por primera vez desde que Han la conocía, los cabellos de Bria estaban atractivamente peinados y habían sido meticulosamente cepillados hasta quedar convertidos en un halo de delicados rizos dorado rojizos. La joven parecía tan diferente de la ladrona armada con un desintegrador de hacía unos días que era como si acabara de surgir de otro universo.

«Me alegro de que Ganar Tos no pueda verla ahora», pensó sardónicamente.

—Estás preciosa, cariño —dijo—. Llevas un traje muy bonito.

Han era lo suficientemente sofisticado para comprender que aquel vestido probablemente costaba más créditos de los que ganaba un piloto espacial en una semana. La han educado para que tenga tantas cosas... —pensó con creciente inquietud—. ¿Cómo reaccionará cuando tenga que vivir con el sueldo de un cadete imperial primero y de un oficial imperial después?

Bria sonrió y se sentó junto a él.

—¿Podría comer algo yo también, madre? ¡Me estoy muriendo de hambre!

Mientras Han y Bria consumían su tardía cena, la familia de la joven se sentó a la mesa y se dedicó a tomar sorbos del carísimo destilado de enredadera de cofina en frágiles tazas de porcelana de Levier, mientras que el mayordomo, también nativo de Selonía, atendía sus peticiones.

—Bien, capitán Solo... ¿Es usted corelliano? —preguntó la señora Tharen, enarcando una delicada ceja para indicar que estaba prácticamente segura de ello mientras Han, que todavía estaba masticando, asentía y tragaba.

—Sí, señora.

—Y su familia... ¿Es usted un Sal-Solo, quizá? —preguntó la señora Tharen con una sombra de esperanza en la voz—. Tengo entendido que tienen una propiedad realmente preciosa y una mansión muy antigua. He visto al hijo en unas cuantas ocasiones, pero la señora Sal-Solo lleva una existencia muy solitaria. Parece ser que su salud no es muy buena.

—No, señora Tharen —replicó Han—. No somos parientes.

—¡Oh! —exclamó la señora Tharen, visiblemente desilusionada—. ¿A qué rama de la familia pertenece entonces?

Han se dio cuenta de que Bria estaba empezando a sentirse muy incómoda, pero de momento no tenía muy claro si sufría por él o a causa de él.

—Pues no lo sé, señora Tharen —dijo sinceramente—. Lo más probable es que sea huérfano. Unos comerciantes me encontraron vagando por un callejón en los muelles del espaciopuerto de la capital cuando era muy pequeño, y me recogieron y me criaron. He pasado la mayor parte de mi vida en el espacio.

Una parte de su mente extrajo un perverso placer de la manera en que la señora Tharen reaccionaba a aquella información.

—Qué extraño —dijo Pavik Tharen—. Su aspecto me resulta tan familiar que estoy seguro de que le he visto en alguna ocasión anteriormente. No sé dónde pudo ser...

Quizá fuera en una barbacoa. Tengo una imagen mental de haberle visto durante la barbacoa que celebraron después de una gran competición de barredoras.

Han se envaró por dentro. Las palabras de Pavik acababan de hacer que Han también se acordara de él. Pavik probablemente tendría dos o tres años más que Han, y el hermano de Bria había competido con bastante frecuencia en algunas de las carreras de barredoras. La diferencia de edad había impedido que llegaran a enfrentarse, pero Han se acordaba de haberlo visto.

Y, naturalmente, cada vez que había tomado parte en alguna gran carrera de barredoras, Han formaba parte de una «unidad familiar» creada por Garris Alcaudón para despojar a los corellianos más ricos de su dinero mediante la estafa.

–Lo siento, pero no me acuerdo de usted –dijo en el tono más tranquilo y despreocupado de que fue capaz–. He estado fuera de Corellia durante los últimos años, y me temo que no he asistido a una barbacoa corelliana desde que era pequeño.

–Pero lo recuerdo con toda claridad... –dijo Pavik, entrecerrando los ojos y contemplando a Han con creciente suspicacia–. Usted estaba apoyado en una barredora y comía unas costillas de traladón asadas. Sí, ahora mismo estoy viendo la imagen con toda claridad...

–Es sorprendente, ¿verdad? –dijo Han, recostándose en su asiento con una sonrisa–. La gente siempre me está diciendo ese tipo de cosas. Debo de tener una de esas caras tan..., tan corrientes que montones de personas me confunden con otros tipos.

–Pues yo no creo que tengas un aspecto corriente, Han –dijo Bria, no entendiendo lo que ocurría pero tratando de ser leal–. De hecho, me parece que quien te haya conocido ya no podrá olvidarte jamás. Eres... único. –Le sonrió–. Y también eres muy guapo.

Han respiró hondo y consiguió dirigir una afable sonrisa a la familia Tharen.

–Gracias, cariño –dijo–. Pero en realidad sólo soy un tipo de lo más corriente.

Bria por fin captó la sutil indirecta y no dijo nada más. Pavik Tharen siguió estudiando a Han con suspicacia.

–Bueno, estoy segura de que los dos estarán muy cansados –dijo Sera Tharen en un tono excesivamente jovial–. Haré que Maronea le prepare una de las habitaciones para los invitados, capitán. Obviamente tú querrás volver a dormir en tu habitación, Bria, y ya verás que no he cambiado absolutamente nada, querida. ¡Sabía que algún día recuperarías la cordura y volverías con nosotros!

–La verdad es que no bastó con que tomara la decisión de marcharme –dijo Bria en voz baja y suave–. Cuando has puesto los pies en Ylesia, ya no te dejan marchar. No hay naves, y tienen guardias armados. Si no hubiera sido por Han..., nunca habría podido escapar de allí.

–Oh, querida... –dijo la señora Tharen.

Se la veía muy preocupada, y parecía no saber qué debía creer. Han tuvo la impresión de que su único contacto con el lado oscuro de la vida probablemente se reducía a lo que veía en las series de acción y aventura de la trivisión.

–Ya lo he entendido, Bria –dijo Renn Tharen, haciendo que sus ojos se encontraran con los de Han–, y nunca lo olvidaré. Han es un héroe, Sera, y la deuda que hemos contraído con él es tan grande que nunca podremos saldarla. De no haber sido por él, nunca habríamos vuelto a ver a Bria. Probablemente le salvó la vida.

–Oh... Oh, cielos...

Aquellas alusiones al peligro que había corrido su hija estaban poniendo cada vez más nerviosa a la señora Tharen. Pavik Tharen, por su parte, parecía cada vez más escéptico.

Han siguió a Maronea, la doncella seloniana, hasta una habitación situada al otro lado de la casa. Le divirtió ver que su habitación se encontraba lo más lejos posible de la de Bria y que la gran suite ocupada por sus padres se interponía entre las dos habitaciones. Al parecer, la madre de Bria había decidido eliminar de raíz cualquier posibilidad de que su invitado y su hija mantuvieran cualquier clase de contacto social a horas intempestivas.

«No sé si podré aguantar hasta que vendamos los tesoros de Teroenza y salgamos de aquí –pensó mientras se desnudaba y se metía en la cama–. El padre de Bria no está mal y tengo la impresión de que de joven fue un buen tipo, pero su madre y su hermano...»

Suspiró y cerró los ojos. Aquella noche, por lo menos, la señora Tharen podía dormir tranquila. Han estaba tan cansado que sólo podía pensar en dormir, y antes de quedarse dormido se sorprendió pensando que dos horas en compañía de la familia de Bria le habían dejado más agotado que toda la huida de Ylesia.

La madre de Bria entró en su habitación para desearle que pasara una buena noche y darle un último abrazo antes de que se quedara dormida. Tanto la madre como la hija derramaron muchas lágrimas, y se abrazaron y lloraron hasta calmarse..., y después volvieron a abrazarse una vez más.

–Me alegro tanto de haber recuperado a mi niñita... –murmuró la señora Tharen.

–Y yo me alegro de haber vuelto, madre –dijo Bria.

En aquel momento no podía ser más sincera, aunque no cabía duda de que la velada había estado bastante llena de tensión. «Pero las cosas mejorarán. Tienen que mejorar –pensó, intentando tranquilizarse a sí misma–. Han es tan tremendamente irresistible... Mamá tendrá que acabar sucumbiendo a su encanto, y entonces comprenderá lo maravilloso que es.»

–Ese joven al que has traído a casa... –dijo entonces su madre, casi como si estuviera leyendo los pensamientos de Bria–. Resulta francamente obvio que sois algo más que... amigos, querida. ¿Podrías explicarme exactamente qué..., qué tipo de relación hay entre vosotros dos?

Bria sostuvo la mirada de su madre sin vacilar.

–Amo a Han, madre, y él me ama. Quiere que siga a su lado. Hasta el momento nadie ha hablado de matrimonio, pero no me sorprendería que el tema saliera a relucir bastante pronto.

Su madre tragó aire de golpe, como si sus peores temores acabaran de ser confirmados. Pero un algo indefinible en las palabras que había elegido Bria la puso en estado de alerta, y se lanzó sobre ello igual que un vrelt hambriento.

–Comprendo. Bien, parece un joven muy agradable, aunque yo diría que todavía le falta... pulirse un poco. Pero acabas de decir que Han quiere que sigas a su lado. ¿Es eso lo que tú quieres?

Bria inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento, y después la sacudió en una lenta negativa y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no echarse a llorar. La joven se encogió de hombros, sintiéndose terriblemente confusa.

–No estoy segura, madre. Sé que le amo. Estoy realmente enamorada de él, pero... Todo esto ha sido muy duro para mí. Me refiero a irme de Ylesia y descubrir que la religión en la que creía y a la que estaba dedicando toda mi vida sólo era una mentira. Eso me dolió... muchísimo. Me siento como si hubiera perdido una parte de mi ser, madre. Y también tengo la sensación de que no puedo comprometerme a seguir al lado de Han mientras no esté... entera.

– ¿Y sabe Han que tú sientes esas dudas? –preguntó su madre mientras le alisaba los cabellos con delicada ternura.

A la joven no le pasó desapercibido el fugaz chispazo de felicidad que había iluminado los ojos de su madre cuando le habló de sus incertidumbres y de los temores que le inspiraba la idea de seguir al lado de Han,

«No quiere que Han y yo sigamos juntos –comprendió de repente, sintiendo el sordo dolor de las expectativas que acababan de convertirse en realidad–. Ya sabía que iba a reaccionar de esta manera. ¡Es tan injusto! ¡La única razón por la que no estoy segura de si he de seguir adelante con Han es lo que me ha ocurrido, y no mis sentimientos hacia él! Pero mi madre no lo entiende... Es incapaz de entenderlo.»

–Han y yo hemos hablado del tema –dijo Bria, decidida a no hacerle nuevas confidencias a su madre después de lo que ya le había revelado–. Y no consigo imaginarme la vida sin Han, así que voy a hacer cuanto esté en mis manos para seguir a su lado y ser una ayuda para él.

Su madre parecía bastante preocupada, pero no dijo nada más. Bria se acostó e intentó dormir. Estar en su antigua cama era una auténtica delicia después de haber dormido sobre los duros catres ylesianos y a bordo de la nave, pero echaba de menos el calor del cuerpo de Han. Su cama parecía estar muy fría. Bria empezó a revolverse, pensando en Han y preguntándose qué debía hacer.

«Han se merece a alguien mejor –pensó con tristeza–. Sí, Han se merece a alguien que pueda estar presente al cien por cien en su vida...»

Desahogó su frustración dando un puñetazo a la almohada y sintió que las lágrimas volvían a inundar sus ojos. «¿Por qué nada puede ser nunca SENCILLO? He encontrado a un hombre al que puedo amar y que me ama... ¿Por qué no puede ser suficiente con eso?»

Pero no lo era. Bria, sola en la oscuridad de la habitación de su infancia, no podía negar esa terrible realidad.

La joven empezó a llorar suavemente, devastada por el dolor. Estuvo llorando durante mucho rato, y al final acabó quedándose dormida...

Al día siguiente Han salió de la mansión de los Tharen poco después de desayunar y fue a coger la lanzadera a la ciudad más próxima. Llevaba consigo la mochila que contenía las piezas de colección que él y Bria le habían robado a Teroenza. Después de los decepcionantes ingresos obtenidos con la venta del *Talismán*, Han sabía que tenía que conseguir un precio lo más elevado posible a cambio de su pequeño tesoro.

Bajó de la lanzadera en la ciudad portuaria de Tyrena y fue a un edificio de alquiler de consignas, del que salió con unos cuantos centenares de créditos y un conjunto de identificaciones «limpias» a nombre de Jenos Idanian. Después fue a una sucursal del Banco Imperial y abrió una cuenta, usando los créditos y las identificaciones.

Una vez dado ese primer paso, inició la búsqueda de una tienda de antigüedades y objetos artísticos que recordaba de escapadas anteriores. Ya habían transcurrido varios años desde su última visita a ella y, por lo que sabía Han, la tiendecita muy bien podía estar cerrada.

Pero seguía donde siempre, y estaba abierta. El letrero colocado encima de la puerta emitía su mensaje en elegantes luces holográficas que brillaban con suaves resplandores opalescentes sobre la lisa piedra gris de la fachada. Han entró en la tienda con su mochila. Al abrir la puerta pudo oír un delicado campanilleo en las profundidades del local.

Vio que había una dependienta seloniana detrás del mostrador, pero Han no le prestó ninguna atención. Lo que hizo fue avanzar en una trayectoria lo más recta posible por los laberínticos senderos que serpenteaban entre las mercancías hasta llegar a una puertecita muy discretamente situada en la parte de atrás de la tienda. Aquella entrada estaba tapada por un viejo tapiz que mostraba la fundación de la República, y sólo ciertos «clientes» llegaban a descubrir que la puerta se encontraba detrás de él.

Una vez allí, Han miró a su alrededor para asegurarse de que se hallaba solo y de que no estaba siendo observado y después llamó enérgicamente con los nudillos, siguiendo un ritmo preestablecido. Esperó, y pasado un minuto oyó el sonido de una cerradura electrónica desactivándose al otro lado de la puerta. Han levantó el tapiz, se deslizó por debajo de él y entró en la habitación contigua.

El propietario de la tienda era un hombre muy, muy viejo pero todavía activo y que aún parecía estar lleno de energías a pesar de su cuerpo encorvado, cara llena de arrugas y vaporosos cabellos blanco amarillentos. Galidon Okanor siempre había tenido exactamente el mismo aspecto durante los cinco años transcurridos desde que Han lo vio por primera vez. El anciano alzó la mirada y le sonrió.

—Vaya, pero si es... Eh... ¿Quién eres hoy, hijo?

Han sonrió.

—Hoy soy Jenos Idanian, señor. ¿Qué tal se encuentra?

El hombrecillo, que era a la vez un tasador y evaluador de obras de arte muy respetado y un perista muy competente y digno de confianza, siempre le había caído bien.

—Oh, no puedo quejarme, no puedo quejarme —respondió el hombrecillo—. Porque si lo hiciera ¿de qué me serviría? —añadió, dejando escapar una risita jadeante.

—En eso tiene razón —dijo Han.

Okanor se sentó en un taburete colocado delante de una mesa iluminada por una lámpara especial del tipo que utilizaban los joyeros y tasadores, cuidadosamente orientada en ángulo bajo la luz para que ésta mostrara las taras de las piedras preciosas y las grietas o defectos de las antigüedades, y señaló el taburete que había delante del suyo.

—Siéntate, Jenos Idanian, siéntate... ¿Qué es lo que me has traído hoy?

—Montones de cosas —dijo Han—. Me gustaría que me ofreciera un precio por todo el lote, y que los créditos fueran ingresados inmediatamente en el Banco Imperial de Coruscant.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Okanor, restregándose sus viejas manos llenas de venas—. Normalmente tienes muy buen gusto, Jenos. ¡Bien, vamos a ver qué me has traído!

—Claro —dijo Han.

Empezó a vaciar la mochila, y fue colocando cada objeto encima de la mesa y debajo de la luz. Pero decidió conservar su tesoro favorito, una diminuta estatuilla moldeada en oro pálido. Era muy hermosa, y sus ojos eran dos gemas de fuego keralianas que no tenían absolutamente ningún defecto.

Okanor contempló las obras de arte con avidez dejando escapar algún que otro «Oh» y «Ahhh» en voz muy baja, pero no habló hasta que Han hubo terminado. Después fue cogiendo cada una de las piezas con muchísimo cuidado y la estudió con gran atención, a veces a través de una lupa de joyero, para acabar dejándola nuevamente encima de la mesa antes de coger la siguiente.

—Notable, realmente notable —dijo por fin—. Voy a quebrantar una de mis reglas y te preguntaré de qué negro abismo de la galaxia has sacado todo esto. ¿De un museo, quizá? Ya sabes que no apruebo los robos a los museos.

Han meneó la cabeza.

—No lo he sacado de un museo.

— ¿Una colección privada? —Okanor frunció los labios—. Estoy realmente impresionado, muchacho. El coleccionista en cuestión es una criatura dotada de un gusto exquisito y de un discernimiento magnífico. También te diré, jovencito, que no es muy quisquilloso en lo tocante a sus fuentes de suministro. Basándome en sus descripciones, yo diría que por lo menos la mitad de estas piezas han aparecido en los boletines de obras de arte robadas. Algunas llevan años en las listas de objetos buscados.

—Eso no me sorprende —dijo Han—. Y usted se las venderá a los museos, ¿verdad?

—La mayor parte, sí, la mayor parte —asintió Okanor.

—Oh, eso me parece muy bien —dijo Han, pensando que aquello complacería a Bria—. Es el sitio en el que deberían estar. Bueno... ¿Cuánto?

Okanor recitó una cifra.

Han le lanzó una mirada llena de desprecio y alargó la mano hacia su mochila.

—En Kolene hay un tipo al que le encantará poder echar un vistazo a esta mercancía. Ahora me doy cuenta de que tendría que haberle ido a ver a él en primer lugar —dijo, alargando la mano hacia el colmillo de bantha tallado de Tatooine.

Okanor respondió con otra cifra más alta. Han empezó a meter los tesoros robados en la mochila sin decir palabra.

Okanor suspiró como si acabara de exhalar su último aliento y recitó otra cifra, considerablemente más elevada que la anterior.

—Y es mi última oferta —añadió.

Han meneó la cabeza.

—Más vale que no lo sea, Okanor. Necesito por lo menos cinco mil más.

Okanor se llevó las manos al pecho y contempló con ojos llenos de angustia cómo Han seguía guardando los objetos en la mochila. Finalmente, y cuando Han ya extendía el brazo hacia el último, la estatuilla de hielo viviente, no pudo seguir conteniéndose.

— ¡No! —graznó—. ¡No lo hagas! ¡Me estás matando! ¡Me dejarás en la ruina! Jenos, mi querido muchacho... ¡Acabaré desnudo en las calles! ¿Serías capaz de hacerle eso a un viejo?

Han le obsequió con una sonrisa de fiera.

—Sin pensármelo dos veces, Okanor. Sé muy bien qué es lo que necesito sacar de este negocio y tengo una idea bastante aproximada de lo que vale esta mercancía, y no voy a aceptar ni un crédito menos. —Clavó los ojos en el rostro del anciano—. Y si quiere que le sea franco, Okanor, no puedo permitirme aceptar ni un crédito menos de lo que merezco que se me pague porque he de gastarme ese dinero en algo muy importante. Si mi plan da resultado, no volverá a verme. Si todo sale bien, podré abandonar esta clase de vida para siempre.

Okanor asintió.

—Muy bien —murmuró—. Me has arruinado, Idanian. Te daré lo que pides.

—Estupendo —dijo Han, y fue sacando nuevamente las obras de arte de la mochila.

Salió de la tienda con una sonrisa de satisfacción en los labios, y guardó cuidadosamente sus identificaciones a nombre de Jenos Idanian y la clave bancaria en su bolsa para los créditos. Viajaría bajo otras identidades y dejaría a Jenos Idanian «limpio», limitándose a utilizar aquel nombre para retirar el dinero del banco. Han

pensaba guardar la estatuilla de oro pálido en un escondite muy seguro que conocía. Tener una pequeña reserva escondida para las emergencias nunca estaba de más...

Sabiendo que los créditos de Okanor le estarían esperando en el mundo-capital del Imperio, Han fue calle abajo hacia la estación de lanzaderas, silbando alegremente.

Cuando dejó atrás las puertas de la propiedad de los Tharen, Han vio un pequeño deslizador de superficie de un carísimo modelo deportivo flotando sobre las losas del patio. Fue hacia la puerta de la casa y vio a un joven en el centro del vestíbulo. Pavik Tavik y su madre estaban hablando con él. Cuando Sera Tharen vio a Han, su rostro se ensombreció de repente. «Creías que habría salido corriendo y que nunca volverías a verme, ¿eh?», pensó Han con amargura.

—Hola, señora Tharen —la saludó—. ¿Y Bria? ¿Está por aquí?

El joven, que tendría quizá un año más que Han, se volvió hacia él. Era bastante apuesto, e iba sobria pero elegantemente ataviado para disfrutar de una tarde de balón-red.

—Hola —dijo afablemente, ofreciéndole la mano—. Me llamo Dael Levare, y usted es... —Sus ojos se clavaron en el rostro de Han—. ¡Eh, un momento! —exclamó antes de que Han pudiera abrir la boca—. ¡Ya decía yo que su aspecto me resultaba familiar! Tallus Bryne, ¿verdad?

A Han no se le ocurrió ninguna maldición lo suficientemente terrible. Intentó sonreír y le estrechó la mano.

—Hola —balbuceó—. Es un placer conocerle.

—Pero si... —empezó a decir Sera Tharen, y se calló de repente cuando su hijo le dio un nada delicado codazo.

Dael Levare, que seguía estrujando la mano de Han, no se había enterado de lo que estaba ocurriendo entre madre e hijo.

— ¡Esto es un gran honor! Todavía me acuerdo del día en que estableciste aquel récord, ¡y lo hiciste volando a través del túnel de la Gran Meseta en vez de por encima de ella! ¡Todo el mundo pensaba que nunca saldrías vivo de allí, pero lo conseguiste! —Se volvió hacia Pavik—. ¿Quieres decir que no le has reconocido? ¿Y éste es el nuevo pretendiente de Bria? ¡Pero si es nada menos que el gran campeón de las carreras de barredoras de toda Corellia! Tu récord sigue sin ser superado, Bryne. ¿O puedo llamarte Tallus?

—Por supuesto —replicó Han, con un encogimiento de hombros mental.

«Oh, sí —pensó—, no cabe duda de que ahora sí que tenemos un vrelt suelto por la cocina...»

La llegada de Bria supuso una interrupción muy bienvenida. Han intentó atraer su mirada y avisarla de que debía tener mucho cuidado, pero toda la atención de la joven estaba concentrada en su inesperado visitante.

— ¡Dael! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tu madre me invitó a venir —dijo Dael—. Estás realmente maravillosa, Bria. Me alegra tanto ver que has vuelto sana y salva..., ¡y con una escolta tan distinguida! ¡He querido estrechar la mano de este hombre desde que ganó el campeonato de carreras de barredoras el año pasado!

Bria se volvió hacia su madre.

— ¿Le invitaste a venir, madre? —preguntó—. Qué detalle tan encantador por tu parte...

A Han no le pasó desapercibido el filo cortante que había adquirido su voz, y tampoco se le escapó el destello de culpabilidad que brilló en los ojos de Sera Tharen.

«Ya lo entiendo –pensó con irritación–. Mamá quería que Bria me viera al lado de este ricachón ex novio suyo porque pensaba que así conseguiría dejarme en ridículo.»

–Eh... Bueno, sí, querida... –balbuceó Sera Tharen sin poder ocultar su nerviosismo–. Sabía que Dael podría ponerte al corriente de todas las novedades que ha habido entre la juventud...

Bria frunció los labios y le dio la espalda a su madre para sonreír a Dael.

–Bueno, Dael, pues has sido muy amable al venir a verme. Quizá podríamos reunimos para almorzar algún día. ¿A quién estás viendo últimamente?

Mientras hablaba la joven fue hacia Dael y, con un solo y fluido movimiento, le cogió del brazo y empezó a llevarlo hacia la puerta. Han sonrió para sus adentros. «Perfecto, Bria... Lo has hecho de maravilla, cariño.»

–Ahora estoy saliendo con Sulen Belos –dijo Dael–. A ella también le encantaría conocer a Tallus. No se pierde una sola carrera de barredoras.

–Tal... –Bria se recuperó inmediatamente y se echó a reír–. ¡Bueno, a Sulen siempre le han gustado mucho las carreras! –Le lanzó una mirada burlona a Han–. Tendré que vigilarte, ¿verdad, Tallus? Sulen Belos es muy guapa, y nunca ha sido capaz de resistirse a un corredor de barredoras.

Han le sonrió afablemente. «Estupendo, sencillamente estupendo... Vamos de mal en peor.»

–Tú también tendrías que tratar de conocer un poco mejor a los corredores de barredoras, cariño –dijo–. Ya sabes que sólo vivimos para el peligro.

Dael Levare, que ya estaba en el umbral, se echó a reír como si Han hubiera hecho un comentario muy gracioso.

–Bueno, te llamaré. ¡Ha sido un placer conocerte, Tallus!

–Lo mismo digo –replicó Han.

–Y que no se te olvide llamar –le apremió Bria, y después cerró la puerta detrás de Levare y se apoyó en ella.

Hubo un prolongado silencio.

Han nunca había oído un silencio tan profundo, ni siquiera cuando estaba moviéndose por el vacío dentro de un traje espacial. Sus ojos fueron rápidamente de Bria a Pavik y Sera. Los tres le estaban contemplando con expresiones bastante sombrías. Han carraspeó para aclararse la garganta.

–Creo que voy a dar un paseo –anunció–. Quiero tomar un poco de aire fresco.

Y se fue sin mirarlos a los ojos.

Bria sentía deseos de empezar a gritar o de prorrumpir en sollozos, pero intentó no perder el control de sí misma. La situación ya era lo suficientemente grave sin necesidad de que sucumbiera a la histeria. La joven estaba paseando nerviosamente de un lado a otro por el tocador de su madre. Pavik estaba sentado en un diván, agitando los brazos y levantando la voz, y su madre estaba sentada en un sillón tapizado con brocado rosa, alternando las exclamaciones ahogadas del tipo «¡Oh, cielos!» con comentarios como «¡Bria, tu hermano tiene razón y creo que debemos hacer algo!».

– ¡Ya oíste lo que dijo anoche! –estaba gritando Pavik–. ¡Negó haber tomado parte en las carreras de barredoras, y además nos dio un nombre falso! Han Solo... ¡Oh, claro! ¿Quién sabe cuál es su verdadero nombre?

– ¡Basta! –gritó Bria–. ¡Su verdadero nombre es Han Solo!

– ¿Y entonces cómo es que Tallus Bryne ganó el campeonato de carreras de barredoras de Corellia el año pasado? –replicó Pavik–. No puede ser los dos a la vez, Bria. Admítelo de una vez, hermana... ¡Ese tipo está usando un alias, y la única razón que puede explicar ese comportamiento es que tiene cosas que ocultar! ¿Y éste es el

hombre al que quieres que aceptemos con los brazos abiertos, meramente porque tú nos lo pides?

– ¡Oh, cielos! –murmuró Sera, retorciéndose nerviosamente las manos.

Bria tuvo que morderse el labio para no empezar a chillar.

–Y hay algo más –dijo Pavik–. Estoy empezando a acordarme de ciertas cosas, y Tallus Bryne no ha sido el único alias empleado por Solo. Ese momento del que me acordaba y del que le hablé antes tuvo lugar hace unos tres años. Él sólo era un muchacho, y estaba comiendo unas costillas asadas después de una carrera. Por aquel entonces Solo era Keil Garris, hijo de Venadar Garris. ¿Te acuerdas de él? ¡Era el tipo que estuvo vendiendo acciones de ese asteroide de aleaciones ultraduras durante todo un verano, y luego resultó que todo había sido un fraude! ¡No era más que una estafa!

Bria se acordaba, desde luego.

–Pero aun suponiendo que el tal Garris fuera un estafador, eso no significa que Han...

Pavik alzó los brazos en un gesto de exasperación.

–Hermana, ¿es que ya no te acuerdas de que los padres de un par de amigos nuestros casi acabaron en la ruina por haber comprado un montón de acciones de ese asteroide inexistente que no valían ni un solo crédito? –Soltó un bufido–. La maldita familia Garris no era más que una pandilla de estafadores y timadores..., ¡y eso incluye a tu nuevo novio, Bria!

– ¡Esto es terrible! –exclamó Sera Tharen–. ¡Quizá deberíamos hacer algo!

Tanto Bria como Pavik ignoraron a su madre.

–Pero por aquel entonces Han no era más que un niño –observó Bria, intentando no sucumbir al llanto–. Tú mismo lo has admitido. No se le puede considerar responsable por lo que dices que hicieron sus padres.

–Pero es que no tiene padres... ¡O eso es lo que nos dijo!

Bria le fulminó con la mirada.

–Bueno, tal vez eran sus padres y ha decidido renunciar a ellos porque eran unos canallas –dijo–. ¡Pavik, Han es una buena persona! Ya sé que ha tenido una vida muy dura y que acabó teniendo que hacer cosas que no le gustaban para sobrevivir. ¡Pero ha decidido cambiar! ¡Está intentando llegar a ser algo, y tú te niegas a darle esa oportunidad!

Pavik dejó escapar un resoplido claramente despectivo.

–Suponiendo que fueran sus padres, claro –dijo–. Oh, hermana... ¡No te dejes cegar por su apostura y por el hecho de que te rescatara! Tienes que admitirlo: ¡puede que te haya cortejado meramente porque hizo averiguaciones sobre nuestra familia y descubrió que papá tiene mucho dinero!

– ¡Oh, cielos! –exclamó Sera–. ¿Quieres decir que ese muchacho es un ladrón?

–Eso es exactamente lo que os estoy diciendo, madre –replicó Pavik.

–Me parece que debería ir a ver si falta algo –jadeó Sera Tharen–. Oh, cielos, oh, cielos... ¿En qué habitación he de ponerlo esta noche?

–Esta noche ya no estará aquí, madre –dijo Pavik–. Voy a llamar a los de seguridad. Estoy seguro de que le buscan por toda clase de cosas.

– ¡Ni se te ocurra! –chilló Bria–. ¡Si llamas a seguridad, nunca volveré a dirigiros la palabra! ¡Estás equivocado respecto a Han! Cuando nos conocimos, él no tenía ni idea de que mi familia fuera rica. ¡No se lo dije hasta que llegamos aquí!

–Esa clase de personas siempre tienen fuentes de información a las que recurrir –observó Pavik–. Probablemente hizo investigaciones sobre ti a los pocos días de conoceros y se enteró de todo lo que necesitaba saber.

– ¡No lo hizo!

—Bria... ¡No estoy intentando ser un ogro! —dijo Pavik—. Sólo intento hacerte entrar en razón. ¡No quiero que te hagan daño, y no quiero que tengas nada que ver con alguien que vive en el lado equivocado de la ley!

— ¡Han no es esa clase de hombre! —exclamó Bria, y un instante después respiró hondo y se corrigió a sí misma—. De acuerdo, admito que en el pasado probablemente lo haya sido. Pero ahora ha cambiado. Va a entrar en la Academia Imperial y llegará a ser oficial. ¿Es que ni siquiera podéis darle una oportunidad? ¡Está intentando cambiar su vida!

—Eso es lo que él te ha dicho, Bria, pero esa clase de hombres se ganan la vida mintiendo —replicó Pavik—. Voy a llamar a los de seguridad.

— ¡Oh, cielos!

— ¡No!

Bria miró fijamente a su hermano, y por una fracción de segundo deseó llevar encima un desintegrador. ¡No podía permitirle que hiciera aquello!

La mano de Pavik ya estaba encima del botón CONEXIONES del comunicador cuando una voz que venía del umbral le detuvo.

—No lo hagas, Pavik. Te lo prohíbo.

Todos se volvieron para ver a Renn Tharen inmóvil en el hueco de la puerta.

—Pero papá, tú no sabes... —empezó a decir Pavik.

—Sí que lo sé —le interrumpió Renn Tharen—. He estado en mi estudio, y la puerta estaba abierta. He estado escuchando toda esta lamentable escena, Pavik, y te repito que no vas a llamar a seguridad.

—Pero Renn... —dijo Sera Tharen.

Su esposo se volvió hacia ella y la fulminó con la mirada.

—Estoy harto de que intentes usar a nuestra hija como herramienta para satisfacer tus ambiciones sociales, Sera. Eres una gran parte de la razón por la que se escapó el año pasado, así que... basta. ¡Basta! ¿Me has entendido?

— ¡Renn! —jadeó Sera Tharen—. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?

—Me atrevo a hablarte de esta manera porque estoy muy, muy furioso, Sera —casi rugió el padre de Bria—. ¿Cómo puedes estar tan ciega? ¿Acaso no entiendes el peligro que corrió nuestra hija en Ylesia? ¡Mira!

Renn Tharen agarró a Bria de una mano y tiró de ella hasta llevarla delante de su madre. Después tomó sus manos y las colocó delante de los ojos de su esposa.

— ¡Mira, Sera! ¿Ves sus manos? ¿Ves estas cicatrices? Esa gente maltrató a Bria y la convirtió en una esclava. De no ser por Han podría haber muerto, Sera. ¡Le estoy muy agradecido, aunque tú no seas capaz de comprenderlo! Han es un buen chico, y yo digo que Bria podría haber elegido mucho peor.

—Pero... —murmuró su esposa, retorciéndose las manos y empezando a llorar—. Oh, Bria, querida, tus pobres manos...

—Ni una palabra más, Sera. Te prohíbo que sigas hablando.

Sera Tharen se hundió en su sillón y empezó a sollozar suavemente.

Renn Tharen giró sobre sus talones para encararse con su hijo.

—Pavik, me temo que has acabado convirtiéndote en una criatura tan engreída y satisfecha de su elevada posición social como tu padre. También estoy harto de ti. —Renn miró fijamente a su joven hijo—. Estás hablando de un hombre que arriesgó su vida para salvar a Bria de la esclavitud. Cuando os explicó los motivos por los que Han quería entrar en la Academia Imperial, Bria tenía toda la razón. Han Solo es un tipo decente. Me recuerda a mí mismo cuando tenía su edad... Hay algunos incidentes de mi pasado de los que yo tampoco me siento muy orgulloso. Han merece una oportunidad, no la cárcel. Merece nuestra gratitud, y no una llamada a la Corporación de Seguridad.

Cuando Renn Tharen dejó de hablar, el silencio reinó en el tocador durante unos momentos. Después Bria corrió hacia su padre, llorando y sollozando, para rodearle con los brazos.

– ¡Gracias, papá!

Han había atravesado toda la propiedad de los Tharen y ya iba hacia la mansión cuando vio que alguien venía hacia él por el sendero. Era Bria, y llevaba una gran bolsa de viaje al hombro.

Un instante después Han vio su expresión y se detuvo.

– ¿Qué ocurre?

– Démonos prisa, Han –dijo Bria–. Tenemos que salir de aquí antes de que me echen de menos. Creo que Pavik es capaz de llamar a los de seguridad a pesar de que papá se lo ha prohibido.

Han se volvió hacia la estación de transporte.

– ¿Te has ido sin decirles nada?

– Les dejé una nota –respondió Bria, un tanto a la defensiva–. ¿Transferiste el dinero a Coruscant?

– Sí, y todo ha salido estupendamente –dijo Han.

Siguieron andando en silencio durante unos minutos hasta que Bria volvió a hablar.

– Algún día me gustaría saber toda la verdad. Odio esa clase de sorpresas, Han.

Han suspiró.

– Tendría que habértelo contado. Te lo contaré, Bria... Te prometo que te lo contaré todo. Es sólo que... Bueno, no tengo costumbre de confiar en nadie.

– Ya me había dado cuenta de ello –replicó Bria en un tono bastante seco.

– Tu padre se portó muy bien al defenderme de esa manera.

– Papá dice que le recuerdas un poco a cómo era él durante su juventud de piloto.

– Los labios de la joven se curvaron en una tenue sonrisa–. Supongo que durante algunos años llevó una existencia bastante movida en el Borde.

Han asintió, y después alargó cautelosamente la mano hacia su bolsa de viaje.

– Siento muchísimo todo esto, Bria... ¿Me dejas que la lleve?

Bria suspiró y le entregó la bolsa.

– De acuerdo. Venir aquí probablemente ha sido una mala idea de todas maneras.

– Pasados unos momentos extendió el brazo y le cogió de la mano–. Todo vuelve a ser como antes, ¿eh? Tú y yo solos...

Han asintió.

– Y lo prefiero así, cariño.

Catástrofe en Coruscant

El viaje a Coruscant transcurrió sin incidentes dignos de mención. Haciendo honor a su promesa, Han le relató su historia a Bria sin ocultarle ningún detalle y sin embellecerla. Tener que admitir muchas de las cosas que había hecho en el pasado no le resultó nada agradable, pero se tomaba muy en serio la promesa que le había hecho a Bria y fue todo lo honesto que podía ser.

Al principio le preocupó que Bria pudiera sentirse asqueada por todas las cosas que había llegado a hacer durante su oscuro pasado, pero la joven le tranquilizó diciéndole que saber la verdad había hecho que le amara todavía más que antes.

Los cinco días del viaje a Coruscant se hicieron bastante largos. Cuando el navío de pasajeros atracó en una de las gigantescas estaciones espaciales que canalizaban el tráfico destinado a la colosal ciudad-mundo imperial, Han ya empezaba a sentirse bastante aburrido.

Los pasajeros fueron informados de que un servicio de pequeñas lanzaderas los trasladaría desde la estación espacial hasta el espaciopuerto. Han se sorprendió al descubrir que no había prácticamente ningún lugar de aquel enorme planeta en el que se pudiera ver o tocar el suelo natural.

—Eso sólo es posible en la Plaza del Monumento —les explicó su auxiliar de vuelo del navío de pasajeros *Resplandor*—. Allí los ciudadanos pueden tocar la cima de la única montaña del planeta que todavía perdura. Unos veinte metros de la cumbre se elevan sobre el suelo metálico de Coruscant, y todo el resto está escondido debajo de los edificios.

Al parecer Coruscant era un gigantesco amasijo de edificios, rascacielos, torres, tejados y más edificios, todos contruidos unos encima de los otros hasta formar una descomunal y laberíntica confusión. Han levantó la mano cuando el auxiliar de vuelo preguntó si alguien tenía alguna pregunta que hacer.

—Acaba de decir que los tejados más altos se encuentran a un kilómetro por encima de las calles de los niveles inferiores, ¿no? ¿Qué hay ahí abajo?

El auxiliar de vuelo del *Resplandor* meneó la cabeza en un gesto de advertencia.

—Le aseguro que es mejor que nunca llegue a saberlo, señor. Los niveles inferiores jamás ven el sol. Se encuentran tan por debajo de la atmósfera limpia que están saturados de humedad y olores fétidos, y tienen sus propios sistemas climatológicos. Lluvias contaminadas gotean por las paredes de los edificios. Los callejones están infestados de orugas del granito, gusanos del duracreto, percebes de las

sombras... y además, y esas son las peores criaturas de su fauna, también sirven de morada a los restos degenerados de quienes en tiempos muy lejanos eran seres humanos. Esos trogloditas de piel pálida se alimentan de carroña y basuras, y son repugnantes en todos los aspectos.

–Vaya, vaya... Parece el sitio ideal para mí –le murmuró Han a Bria.

– ¡Oh, basta! –siseó la joven, intentando reprimir una sonrisa–. Siempre tienes que tomártelo todo a broma.

–Oh, sí. –Han se recostó en su asiento y soltó una risita–. Soy imposible. No sé cómo me aguantas.

–Yo tampoco –dijo Bria, sonriendo sarcásticamente.

Los dos jóvenes fueron hasta uno de los miradores de la estación para pasar el rato mientras esperaban la llegada de la lanzadera «de superficie» que los llevaría al mundo-capital.

–Es como una hermosa gema dorada –murmuró Bria–. Todos esos edificios iluminados...

–Parece una joya corusca –dijo Han, contemplando el planeta con expresión pensativa–. Supongo que su nombre deriva de ellas.*

Se habían puesto a la cola y estaban esperando el momento de entrar en la lanzadera cuando un funcionario de aduanas fue hacia ellos y señaló el arma de Han.

–Lo siento, señor, pero tendrá que entregarme su desintegrador. Las armas no están permitidas en Coruscant.

Han tardó un momento en reaccionar y después se encogió de hombros, desabrochó la tira de sujeción que le rodeaba el muslo y abrió la aparatosa hebilla que sujetaba su cinturón-pistolera. Enrollando el cinturón alrededor de la pistolera y el arma, Han se lo entregó al funcionario imperial y recibió una pequeña ficha numerada a cambio.

–Entréguesela al encargado de aduanas antes de subir a su transporte de regreso y recibirá su arma, señor –dijo el funcionario.

Han y Bria volvieron a la cola. Han torció el gesto al notar lo ligera que sentía la pierna derecha sin el peso que estaba acostumbrado a soportar encima de su muslo.

–Me siento desnudo –le dijo a Bria–. Es como si estuviera atrapado en una de esas pesadillas en las que tienes que acudir a una cita muy importante, y de repente te das cuenta de que te has olvidado de ponerte los pantalones.

La idea hizo que Bria empezara a reír.

–No sabía que los hombres también tuvieran ese tipo de sueños.

–No los tengo muy a menudo –replicó Han con expresión sombría.

–Bueno, si nadie va armado, entonces todo el mundo está en igualdad de condiciones –observó Bria, siempre razonable.

Han la miró fijamente mientras empezaban a avanzar por el pasillo de la lanzadera.

–No seas ingenua, cariño. Este planeta tiene todo un submundo escondido debajo de los niveles de la legalidad, y puedes apostar a que allí todos van armados.

Bria le miró mientras se abrochaban las tiras de los arneses de seguridad de sus asientos.

– ¿Cómo lo sabes?

* Coruscant: brillante, resplandeciente, coruscante. El nombre del planeta-capital imperial no fue traducido en las primeras novelas de la serie, y desde entonces se ha seguido manteniendo sin traducir por razones de coherencia interna. (*N. del T.*)

—Les eché un vistazo a los guardias imperiales. Todos iban armados. Vi guardias de seguridad en Alderaan, y ni uno solo de los que vi iba armado. Así pues, estoy dispuesto a apostar que, fueran cuales fuesen las personas contra las que tuvieran que enfrentarse, ellas tampoco irían armadas. Pero estos imperiales llevan armas, y además también llevan coraza. Tiene que haber una razón para ello.

Bria se encogió de hombros.

—He de admitir que tu razonamiento tiene sentido.

—Me sentiré un poco raro cuando entre en ese banco mañana sin llevar un desintegrador colgando de la cadera —dijo Han, lanzando una mirada llena de tristeza a su muslo vacío.

—Vamos, Han... —murmuró Bria—. ¡Si hay un sitio en el que no te vayan a dejar entrar armado, seguramente tiene que ser un banco!

—¿Y por qué razón? —replicó Han—. Después de todo, nadie les va a robar sus créditos. En los bancos apenas hay discos de crédito o monedas. Todo se reduce a entradas de datos electrónicos basadas en identificaciones personales. Es un buen sistema, desde luego... —añadió con voz pensativa—. Eso les ahorra mucho dinero en guardias.

—No vale la pena que sigamos discutiendo ese tema, ya que de todas maneras no podrás llevarte tu desintegrador —dijo Bria, contemplando cómo la ciudad-mundo iba creciendo en el visor y viendo que ya no tardarían en entrar en la atmósfera.

—Sí, claro. Oye, Bria... Supongo que éste es un momento tan bueno como cualquier otro para hablar de planes de emergencia —dijo Han.

—¿A qué emergencias te refieres? —preguntó ella, un poco alarmada—. ¿Esperas que haya problemas?

—No levantes la voz —le advirtió Han—. No, no espero que haya ninguna clase de problemas. Va a ser muy sencillo, y todo debería ir sobre ruedas. Jenos Idanian está limpio, porque sólo lo he usado para abrir la cuenta e ingresar el dinero. Debería ser una identidad a prueba de láser. Pero... Bueno, pequeña, hace mucho tiempo aprendí que siempre debes tener preparado un plan de reserva por si surgen problemas.

—De acuerdo —dijo Bria—. ¿Y para qué clase de problemas quieres hacer planes?

—Una ciudad tan grande, un mundo tan grande... —Han señaló el visor en el mismo instante en que la lanzadera entraba en contactarlo con las capas superiores de la atmósfera—. Si ocurre algo y acabamos separándonos, quiero que tengamos un punto de reunión preparado de antemano.

—De acuerdo, Han. Eso tiene bastante sentido... ¿Dónde podemos reunirnos?

—La única dirección que conozco, porque me aprendí de memoria las coordenadas hace mucho tiempo, es un bar llamado La Araña Resplandeciente. Ahí es donde estableceré contacto con Nici el Especialista.

Han estaba hablando en un tono de voz muy bajo, pero no llegaba a susurrar. Ya hacía años que Han había descubierto que los susurros atraían la atención, mientras que una conversación en voz baja pasaba desapercibida.

—¿Te refieres a ese tipo que es capaz de proporcionarte identificaciones tan perfectas que ni siquiera los imperiales pueden descubrir que son falsas?

—Sí. Tiene contactos entre los funcionarios de los departamentos imperiales que emiten las identificaciones. Son perfectas, créeme... Bien, así que iré a ver a Nici el Especialista a ese bar porque Nici suele ir allí. ¿Lo has entendido?

—Nici el Especialista. La Araña Resplandeciente —repitió Bria—. ¿Dónde está?

—Nivel 132, megabloque 17, bloque 5, subbloque 12 —recitó Han—. Apréndetelo de memoria. Este mundo es un auténtico laberinto, Bria.

Bria se repitió en silencio las coordenadas una y otra vez hasta estar segura de que no se le olvidarían.

–Ya está.

–Perfecto.

Cuando llegaron a la «superficie» –la pista instalada en un tejado sobre la que se posó la lanzadera–, Han dejó a Bria con su escaso equipaje para ir a un centro automatizado de atención al turismo a fin de conseguir información y algunos datos sobre Coruscant. Necesitaban un sitio que no fuese muy caro en el que alojarse mientras Han se preparaba para los exámenes de entrada en la Academia, y había planeado alquilar una habitación barata en la que vivir durante ese período de tiempo.

Cuando volvió a reunirse con Bria, la joven vio que Han sostenía en la mano un ordenador-localizador del tamaño de su palma.

– ¿Cuánto te ha costado eso? –preguntó contemplándolo con una cierta preocupación, ya que los fondos obtenidos mediante la venta del yate ylesiano estaban empezando a agotarse.

–Sólo veinte créditos –dijo Han–. Me parece que en este mundo resulta demasiado fácil perderse. Lo único que he de hacer es introducir nuestro destino, así... –Empezó a teclear, el ceño fruncido por la concentración–. Nivel 86, megabloque 4, bloque 2, subbloque 13...

–¿Qué dirección es ésa?

–La del sitio en el que nos espera una habitación para esta noche –respondió Han sin levantar la vista–. Y... ¡Ya está!

Las instrucciones que debían seguir para llegar allí desde su situación actual aparecieron en la pantalla.

–En primer lugar, tenemos que coger el turboascensor para bajar hasta el nivel 16... –murmuró Han, mirando a su alrededor–. ¡Ahí está!

Fueron hacia el letrero en el que estaba escrito TURBOASCENSOR.

Una vez dentro de la cabina, Bria no pudo reprimir un jadeo de sorpresa ante la rapidez del descenso. Cayeron..., y cayeron...

–Es como estar en el espacio –dijo Han, un poco inquieto–. Casi me recuerda a la caída libre.

–A mi estómago no le está gustando nada –dijo Bria, tragando saliva.

Afortunadamente, el turboascensor fue reduciendo la velocidad a medida que se aproximaba a su destino, Bria salió de la cabina con paso tambaleante, la piel del rostro ligeramente vercosa.

–Y ahora a ver si encontramos el megabloque 4... –murmuró Han, que seguía concentrado en su pequeño artilugio–. Después volveremos a bajar...

Bria empezó a mirar a su alrededor tan pronto como hubieron salido del turboascensor, sintiendo un gran asombro y una creciente claustrofobia. Los edificios se alzaban por todas partes, alcanzando tales alturas que tuvo que estirar el cuello para poder ver sus tejados. El tejado de muchos de ellos sostenía otro tejado, probablemente idéntico a aquel en el que se encontraban.

La pista de descenso había estado iluminada por una brillante claridad diurna (aunque a pesar de ello hacía bastante frío), pero toda aquella zona estaba oscura y bastante recalentada. Ni una sola ráfaga de aire parecía moverse por los desfiladeros de duracreto y transpaciacerro que se extendían entre los edificios. Bria oyó el retumbar distante del trueno, pero ni una gota de lluvia llegó hasta allí, y no tenía forma alguna de saber si la tormenta se encontraba encima o debajo de ella.

Conductos y pozos de ventilación carentes de barandillas de protección interrumpían ocasionalmente el permacreto del tejado, y a unos cien metros de distancia Bria pudo ver la línea de demarcación que indicaba el brusco final del pavimento. Estaba claro que había alguna clase de camino que atravesaba los niveles inferiores.

Fue hasta uno de los conductos para echar un vistazo y retrocedió tambaleándose después de una breve ojeada, sintiendo que le daba vueltas la cabeza y notando el escozor del vértigo en las palmas de sus manos. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Bria se puso a cuatro patas y se arrastró lentamente hasta el conducto para echar una nueva ojeada, pensando que el mareo no sería demasiado serio siempre que no estuviera de pie.

Llegó al borde del conducto, se agarró a él con las dos manos y miró hacia abajo.

El conducto seguía..., y seguía..., y seguía. Imaginar su cuerpo cayendo por aquel abismo aparentemente sin fondo, girando y retorciéndose impotentemente en el aire, era un pensamiento tan asombroso como aterrador.

Bria siguió mirando hacia abajo, temblando y estremeciéndose. Si se inclinaba un poquito más hacia adelante, sólo un poco, caería por aquel conducto. El acto no requeriría ningún esfuerzo. No tendría que saltar, desde luego. Bastaría con... inclinarse... y si lo hacía, ya nunca más tendría que volver a sentir las dolorosas punzadas de la nostalgia de la Exultación. Quedaría libre del dolor y del anhelo. Sería libre...

Atraída y repelida a la vez, Bria se bamboleó, inclinándose cada vez más y más cerca del borde..., aproximándose más..., más...

– ¿Qué estás haciendo?

Una mano la agarró por el hombro y tiró de ella, obligándola a retroceder y alejándola de aquella gigantesca caída hacia la nada. Bria alzó los ojos, perpleja y aturdida, para ver a Han mirándola fijamente con los rasgos ensombrecidos por la preocupación.

– ¡Bria, cariño! ¿Qué estabas haciendo?

Bria se llevó la mano a la cabeza y la sacudió, intentando despejarse.

– Yo... No lo sé, Han. Me sentía tan... extraña.

Jadeó, viendo puntitos negros que bailoteaban delante de sus ojos, e intentó no perder el conocimiento ni ponerse a vomitar.

Han le bajó la cabeza hasta dejársela entre las rodillas y después se arrodilló junto a ella, viendo cómo empezaba a temblar. Le acarició los cabellos y la estrechó entre sus brazos a medida que sus estremecimientos se intensificaban. Bria estaba temblando de pies a cabeza.

– Cálmate... Calma, cariño... Tranquilízate...

Finalmente Bria alzó la mirada hacia él, sintiendo que sus temblores se volvían un poco menos violentos.

– No sé qué me ha ocurrido, Han. Durante un momento me sentí tan rara... Creo que estuve a punto de caerme...

– Así es –dijo Han con expresión sombría–. Se llama vértigo, cariño. He visto cómo le ocurría a otras personas antes, en el espacio, cuando miraban «hacia abajo» y perdían todo el sentido de la orientación. Vamos. Ya sé hacia dónde hemos de ir. Viajaremos en un tubo horizontal durante un rato.

Una vez dentro del tubo, Bria se pegó a Han y él la abrazó cariñosamente. Los temblores de la joven se fueron disipando poco a poco.

– ¿No te molesta, Han? –preguntó Bria–. Me refiero a este mundo... Lo encuentro opresivo. Es fascinante, pero también me parece opresivo.

–No olvides que crecí en el espacio –le recordó Han–, y que allí no puedes permitirte el lujo de padecer vértigo o claustrofobia. Debo de haberme adaptado hace ya mucho tiempo, porque este sitio no me afecta. Pero tú... Tú creciste en Corellia, con un cielo encima de tu cabeza en todo momento. No me extraña que perdieras el control de ti misma.

–Trataré de no volver a mirar hacia abajo –dijo Bria.

–Buena idea.

Después de unos cuantos descensos en turboascensor más, llegaron al pequeño albergue en el que Han había reservado una habitación que había pagado con dinero en efectivo de sus cada vez más reducidos fondos.

–¿Cuándo irás a sacar tu dinero del Banco Imperial? –preguntó Bria, dejándose caer sobre la cama y estirándose con un suspiro de cansancio.

–Será lo primero que haga mañana por la mañana –dijo Han–. Oye, cariño, pareces agotada... Iré a buscar algo de comida y volveré enseguida. Nos acostaremos temprano.

–Pero ¿no quieres hacer un poco de turismo? –preguntó Bria, pensando para sus adentros que aquel plan era la mejor idea que había oído en todo el día.

–Ya habrá tiempo de sobras para eso. Ahora sólo quiero comer y luego dormir. Puede que vea la trivisión durante un rato para hacerme una idea de qué clase de propaganda está emitiendo la Ciudad Imperial actualmente.

–De acuerdo –dijo Bria, reprimiendo un bostezo de agotamiento–. Me gusta tu plan.

A la mañana siguiente Han dejó a Bria masticando un pastelillo en su habitación y tomando sorbos de té estimulante.

–Volveré aproximadamente dentro de una hora –le dijo–. En cuanto tenga el dinero, iremos en busca de ese bar del que te hablé. ¿Cómo se llama?

–La Araña Resplandeciente –repitió Bria obedientemente.

–¿Y dónde está?

Bria recitó su situación.

–Estupendo –dijo aprobadoramente Han–. Si me pierdo, puedes encontrarme allí.

Bria soltó una risita.

–¿Intentas decirme que orientarse en este sitio es más difícil que navegar por el espacio?

–En algunos aspectos sí –replicó Han, besándola entre los ojos–. Volveré lo más pronto posible.

–Muy bien, Han. Hasta luego.

Han desapareció después de agitar jovialmente la mano por última vez. Bria se recostó en la cama con un suspiro. «Bueno, quizá me levante tarde», pensó, estirándose plácidamente.

El Banco Imperial ocupaba tres pisos de un monstruoso rascacielos del nivel superior de Coruscant. Han fue hasta las puertas y echó un vistazo al interior. El vestíbulo era enorme, una inmensidad de gresina ahumada, mármol y duracreto negros y transpariacero que resplandecía con suaves destellos.

Respirando hondo, y todavía echando de menos el peso de su desintegrador, Han entró en el edificio y fue hacia el reluciente mostrador. El vestíbulo estaba repleto de ciudadanos y tipos con aspecto de hombres de negocios, y Han parecía y se sentía muy

fuera de lugar allí con su viejo mono de piloto, que había sido despojado de todas sus insignias, y su vieja chaqueta y sus gastadas botas. Pero cuanto más incómodo se sentía, más orgullosamente erguido procuraba mantenerse.

Tuvo que hacer cola durante varios minutos, pero acabó encontrándose delante de una empleada del banco. Era joven y bonita, pero su mirada era impersonal..., hasta que Han la obsequió con la mejor sonrisa torcida de todo su repertorio. Casi contra su voluntad, la empleada le devolvió la sonrisa.

—Buenos días —dijo Han—. Hace algunos días abrí una cuenta en Corellia con vistas a mi estancia aquí. Me gustaría retirar los fondos que ingresé.

—¿Desea cancelar su cuenta?

—Sí.

—Muy bien, señor. ¿Puede enseñarme su tarjeta de identificación? Transferiremos los fondos al documento, y a partir de entonces podrá tener acceso a ellos a través de cualquier terminal de crédito de Coruscant o de cualquiera de los mundos de los sistemas interiores. ¿Le parece una solución satisfactoria, señor... Idanian? —añadió después de que Han hubiera deslizado la tarjeta de identificación por debajo de la barrera de glasina.

—Oh, sí —dijo Han, teniendo que reprimir el impulso de pedir que le entregaran todo el dinero en monedas y certificados de crédito porque sabía que un comportamiento tan inusual sería visto con suspicacia.

La cajera examinó la tarjeta, y sus cejas se enarcaron de manera casi imperceptible en cuanto vio las cifras registradas en la cuenta. «No esperaba que un tipo como yo dispusiera de esa clase de fondos», comprendió Han, sarcásticamente divertido.

—Esta suma supera la cantidad que estoy autorizada a abonar sin contar con la aprobación de mi supervisor. Si tiene la bondad de esperar un momento, obtendré esa autorización y después transferiré los fondos a su tarjeta.

No había gran cosa que Han pudiera hacer salvo asentir.

Después de que la cajera le dejara esperando delante de la barrera, Han reprimió el impulso de empezar a removerse nerviosamente y obligó a sus ojos a mirar fijamente hacia adelante, impidiendo que se dedicaran a recorrer el enorme vestíbulo en busca de guardias o agentes de seguridad.

«Tómatelo con calma —se ordenó a sí mismo—. Ya sabías que con una retirada de fondos tan enorme tendrían que obtener una autorización previa, ¿no? Por lo menos ahora ya sé que Okanor transfirió el dinero de la forma en que le dije que lo hiciera...»

Vio que la cajera hablaba rápidamente con un hombre alto y corpulento que llevaba un elegante traje de ejecutivo. El hombre asintió, cogió la tarjeta de identificación de Han y fue hacia él por el lado de la barrera en el que estaba esperando el joven piloto.

—¿Jenos Idanian? —preguntó cortésmente.

Tenía el rostro regordete y sonrosado, ojos azul pálido y una gran calva rodeada por unos cuantos mechones de cabellos blancos.

—Sí —dijo Han.

—Soy Parq Yewgeen Plancke, el director-gerente de esta sucursal. He autorizado su retirada, señor, pero antes de que pueda devolverle su tarjeta desearía ver alguna otra clase de identificación..., puramente como formalidad, por supuesto. —Plancke sonrió educadamente—. Me temo que las instituciones financieras están sometidas a este tipo de reglas. ¿Tendría la bondad de acompañarme a mi despacho?

Señaló un cubículo delimitado por paredes de glasina. Han sintió que se le erizaba el vello de la nuca, pero podía ver todo el interior del despacho y no había nadie más allí dentro, y tampoco había guardias visibles por parte alguna.

–Muy bien –dijo–, pero tengo un poco de prisa, así que espero que no tardemos demasiado.

–Sólo será un segundo –le aseguró Plancke, apartándose para que Han pudiera pasar delante.

El joven corelliano entró en el despacho con paso rápido y seguro de sí mismo, pero todos sus sentidos se hallaban en estado de alerta y cada músculo se había tensado para entrar en acción. El despacho de Plancke tenía una atmósfera general delicadamente tranquilizadora: el cubículo contenía un escritorio de mármol de aspecto muy caro encima del que había un punzón de escritura y un cuaderno electrónico, con un arreglo floral ultramoderno de lorquídeas negras adornando una de las esquinas. Había dos sillones para las visitas y el sillón de cuero negro clonado de Plancke, tan caro como el escritorio.

–Siéntese, señor Idanian –dijo Plancke, señalando un sillón. Han tomó asiento en él–. Y ahora, si me proporciona otra fuente de identificación, la examinaré y podrá marcharse enseguida.

Han sacó la identificación sin hacerse de rogar, pero no se perdió ni uno solo de los movimientos de Plancke. «Si alguien me ofreciera aunque sólo fuesen dos créditos, saldría corriendo de aquí –pensó–. Esto me huele mal...»

Plancke cogió la identificación y la introdujo en un lector.

–Oh, vaya –dijo, no pareciendo ni sorprendido ni apenado–. Me temo que tenemos un problema, señor. Me han ordenado que congele su cuenta. No puedo darle ni un solo crédito de su dinero.

Han ya se había levantado de un salto.

–¿Qué? Pero... Por toda la galaxia, ¿qué está pasando aquí?

Plancke meneó la cabeza.

–Sólo sé que el inspector Hal Horn, que pertenece a la Corporación de Seguridad, se ha puesto en contacto con el Banco Imperial; Se sospecha que sus fondos han sido obtenidos de manera ilegal, y permanecerán congelados hasta que hayan sido concienzudamente investigados por las agencias de seguridad corelliana e imperial.

Han no malgastó el aliento intentando discutir con Plancke y se limitó a ir hacia la puerta, sintiendo como si unas tenazas gravitatorias le estuvieran aplastando el pecho. «No... Esto no puede terminar así...»

Estaba a sólo un metro de la gruesa puerta de glasina ahumada cuando oyó un suave chasquido electrónico.

–Lo siento, señor. Me temo que se me ha pedido que le retenga aquí hasta que lleguen las fuerzas de seguridad imperiales –dijo Plancke, quien parecía estar disfrutando enormemente su oportunidad de ser un héroe–. Siéntese.

Han giró sobre sus talones y sus ojos se clavaron en el gordo gerente. Plancke sonreía afablemente, y sus redondas mejillas sonrosadas hacían que pareciese un alegre duendecillo surgido de un cuento infantil.

–También he llamado a nuestro guardia. Debería llegar en cualquier momento. Por favor... Siéntese mientras espera a que le arresten.

La rabia se adueñó de Han, dándole una fortaleza que no sabía que poseyera.

– ¡Antes tendrán que matarme! –rugió, saltando hacia adelante.

Han voló por encima del escritorio, cogiendo el punzón de escritura de Plancke mientras pasaba sobre él. Chocó con el asombrado gerente y lo empujó hacia atrás en su

caro sillón. Un segundo después la afilada punta del punzón estaba colocada justo detrás del rosado lóbulo de una de las orejas de Plancke.

—Un empujoncito —dijo Han rechinando los dientes—, y esto se deslizará por entre el hueso de su mandíbula y su cráneo y se hundirá en su cerebro, Plancke. Suponiendo que tenga uno, claro... ¿Tiene usted un cerebro dentro de esa cabeza, Plancke?

—Sí...

—Estupendo. Pues entonces úselo, ¿de acuerdo? Ya estoy muy furioso..., así que no haga que me enfade todavía más.

Han pudo sentir cómo todos los músculos de la garganta de Plancke se contraían mientras tragaba saliva. Cuando respondió, lo hizo con un hilo de voz agudizada por el miedo.

—Sí...

—Magnífico —dijo Han—. Y ahora me apartaré, y usted se levantará y volverá a sentarse en su precioso sillón. Cuando llegue su guardia, dejará que entre como si no hubiera absolutamente ningún problema. ¿Me ha entendido?

—Sí...

Plancke hizo exactamente todo lo que se le había dicho que hiciera. Han se agazapó detrás de su sillón, y la mano que empuñaba el punzón avanzó hasta que la afilada punta del instrumento pinchó la espalda del gerente.

—Yo entiendo mucho de estas cosas, Plancke, así que créame cuando le digo que si le hundo esto en el riñón le causaré un dolor realmente horrible —murmuró Han—. De hecho, incluso podría matarle. ¿Quiere correr ese riesgo?

—No...

—Estupendo. Aquí viene su guardia. Déjele entrar.

—Sí...

La cerradura de la puerta se desactivó con un chasquido y el guardia entró. Un segundo bastó para que Han se pusiera de pie y volviera a presionar la garganta de Plancke con la punta del punzón.

—¡Dígaselo!

—No se mueva —dijo Plancke con desesperación—. ¡Me matará!

—Exacto —dijo Han con una sonrisa de fiera—. Y además disfrutaré haciéndolo. Y si quiere cobrar su sueldo cuando llegue el próximo día de paga, ahora usted hará exactamente lo que yo le diga. Ponga su desintegrador encima del escritorio de Plancke, y muévase realmente despacio mientras lo hace. ¿Me ha entendido?

El guardia extrajo el desintegrador de su pistolera con cautelosa lentitud y lo dejó encima de la losa de mármol negro. Han estiró el brazo izquierdo y lo cogió.

—Métase debajo del escritorio —ordenó—. No salga de ahí hasta que yo se lo diga.

—Sí, señor.

Han apoyó el cañón del desintegrador en la sien de Plancke, manteniendo el gordo cuerpo del gerente pegado al suyo.

—Y ahora vamos a salir de este banco —dijo con la voz enronquecida por la tensión—. Vamos a salir de aquí, despacio y sin prisas, y nos dirigiremos hacia el turboascensor. Cuando llegue allí, le dejaré marchar..., a condición de que haya sido un director de banco muy bueno y obediente durante todo el trayecto. ¿Comprendido?

—Sí...

—Estupendo.

Consiguieron atravesar la mitad del vestíbulo antes de que alguien se diera cuenta de que estaba ocurriendo algo raro. Un hombre gritó y otro dejó escapar un chillido de terror, y una mujer empezó a soltar alaridos.

Han alzó el desintegrador hacia el techo y apretó el gatillo. Una lluvia de restos envueltos en llamas se esparció sobre el suelo del vestíbulo.

– ¡Todo el mundo al suelo! –gritó.

Su orden era innecesaria. Todos los ciudadanos se habían apresurado a encogerse sobre la cara alfombra.

–Muy bien, Plancke... Y ahora, despacio y con calma.

Avanzaron juntos hacia las puertas y salieron a la calle. Han aflojó ligeramente la presa con la que había estado sujetando a Plancke, preparándose para arrojar al suelo al gordo gerente de un empujón y entrar de un salto en el turboascensor. ¡Se negaba a pensar en lo que haría después! «Cada cosa a su tiempo –se advirtió a sí mismo–. Cada cosa a su tiempo...»

Siguió mirando a su alrededor mientras él y Plancke iban hacia el turboascensor, y eso le permitió ver al pelotón de soldados de las tropas de asalto imperiales antes de que éstos le vieran a él. Han tiró de Plancke hasta dejarlo pegado a su cuerpo y apoyó el cañón del desintegrador sobre su cabeza.

– ¡No disparen! –balbuceó Plancke mientras los soldados alzaban sus armas–. ¡Soy el que les ha llamado! ¡Soy el director del banco!

Han empezó a retroceder hacia el turboascensor, remolcando el pesado cuerpo de Plancke delante de él. Un rápido vistazo a las luces del indicador de situación le informó de que la cabina ya se dirigía hacia aquel nivel.

– ¡Va a escapar! –gritó uno de los soldados.

Han se había quedado inmóvil delante de la puerta, sudando, con el cuerpo en tensión y sintiéndose lo bastante nervioso para salir disparado de un salto fuera de la atmósfera de Coruscant en cuanto ocurriera algo. Pero consiguió ocultar todo eso y se limitó a esperar, protegido detrás de la temblorosa y corpulenta silueta del director de la sucursal.

Un instante después oyó cómo las puertas del turboascensor se abrían detrás de él.

– ¡No le dejen escapar! ¡Abran fuego! –gritó el oficial de las tropas de asalto.

– ¡Noooooooo! –aulló Plancke mientras el aire vibraba con el siseo de los haces desintegradores.

Han saltó hacia atrás, oliendo a carne quemada y arrastrando consigo el cuerpo de Plancke, que ya había empezado a caer, hasta el interior de la cabina. Tuvo el tiempo justo de hacer un disparo antes de que las puertas del turboascensor se cerraran, y después dejó caer el puño sobre el último botón de la hilera de pisos.

El turboascensor de alta velocidad cayó como una piedra.

Han, tosiendo y jadeando, consiguió levantarse. Una sola mirada le bastó para ver que Plancke estaba muerto. Han lo sintió por él. Si aquellos soldados no hubieran tenido tantas ganas de apretar el gatillo, le habría dejado marchar.

Han sintió una sucesión de chasquidos en las orejas mientras el turboascensor continuaba bajando vertiginosamente. Se apresuró a sacar su mapa-conexión y comprobó su situación. Si el sistema cartográfico no mentía, aquel ascensor le llevaría unos ciento cincuenta niveles más abajo, y después tendría que coger otro.

Han salió de un salto de la cabina tan pronto como las puertas se abrieron ante él. El joven corelliano había llevado a rastras el cuerpo de Plancke hasta el rincón más oscuro del turboascensor para que no pudiera ser visto desde la entrada. Han también se

había guardado el desintegrador debajo de la chaqueta de cuero, pero su mano reposaba sobre su culata, preparada para empuñarlo.

Sus ojos se encontraron con una escena que no podía ser más apacible. Los ciudadanos paseaban por un camino que serpenteaba entre edificios, y se oía una música suave que procedía de algún lugar no muy lejano.

Han echó un rápido vistazo a su mapa-conexión mientras caminaba. «He de girar a la derecha por aquí...»

Y allí estaba el siguiente turboascensor. Han decidió olvidarse de él por considerarlo demasiado obvio, y fue a coger un tubo horizontal para ir hasta el megabloque siguiente. Después vino otro trayecto de bajada en un turboascensor, esta vez de doscientos niveles de longitud.

Mientras buscaba el siguiente turboascensor, asegurándose de que sus giros y vueltas eran decididos por el azar, Han vio que las calles cada vez estaban más sucias. Volvió a bajar. Ya había descendido quinientos niveles. Las calles se volvieron todavía más oscuras y sucias.

En un momento dado un grupo de chicos fue hacia él mientras Han pasaba rápidamente junto a ellos.

—No lo hagáis —dijo Han mientras sacudía la cabeza a modo de advertencia.

—¿No? —se burló el líder, un chico enorme de piel oscura con una negra melena grasienta— Ooooooh, ¿qué le pasa al hombretón? ¿Tiene miedo? Cuando hayamos acabado con él, nuestro hombretón sabrá lo que es el miedo...

Los destellos de seis hojas vibratorias se esparcieron sobre la mugre que cubría las paredes de los repugnantes callejones en que se habían convertido las calles. Han suspiró, puso los ojos en blanco y empuñó su desintegrador.

La banda se evaporó tan deprisa como si un enjambre de halcones-murciélago hubiera caído sobre ella y se hubiera llevado a los chicos suspendidos de sus garras. Han siguió inmóvil, el desintegrador en la mano, hasta que estuvo seguro de que todos se habían ido.

Unos cuantos transeúntes sobresaltados le miraron fijamente y después se apresuraron a alejarse, decididos a ocuparse de sus asuntos y con toda una variedad de expresiones del tipo «¿No he visto nada!» en la cara.

Han volvió a esconder el desintegrador debajo de la chaqueta y trotó calle abajo en dirección al siguiente turboascensor.

Cien niveles más, y luego otros cien. Había descendido setecientos niveles, y su mapa-conexión ya no le servía de nada. «¿Hasta qué profundidades llega este sitio?», se preguntó mientras subía a otro ascensor horizontal. La cabina apestaba a efluvios humanos y alienígenas.

Ochocientos niveles... Ochocientos cincuenta...

A esas alturas Han ya estaba avanzando por calles donde la iluminación se reducía a los tenues rayos de luz que brotaban de los conductos de ventilación, o al débil resplandor de las lámparas de brillo adheridas a los viejos edificios medio en ruinas. El permacreto que había bajo sus botas solía estar recubierto por líquidos viscosos y malolientes. Una llovizna contaminada caía lentamente, y gruesas capas de hongos crecían sobre las piedras.

No había ciudadanos visibles, sólo siluetas escurridizas que se movían demasiado deprisa y demasiado furtivamente para poder ser identificadas. Han pensó que algunas de ellas quizá fueran alienígenas, y sabiendo hasta donde llegaba la desconfianza y el odio que el Emperador sentía hacia los alienígenas —y que Palpatine

nunca había tratado de ocultar—, no le sorprendió encontrarlos acechando en las profundidades de Coruscant.

Mil niveles... Mil cien...

Empezó a buscar otro ascensor, pero no consiguió encontrar ninguno. Lo que encontró fue una serie de escaleras de caracol que siguieron llevándolo cada vez más abajo.

Ya casi había descendido dos mil niveles, y se encontraba a unos tres mil seiscientos metros por debajo del nivel superior del Banco Imperial en el que había entrado a primera hora de la mañana.

Han estaba jadeando a pesar de que iba cuesta abajo. En aquellos niveles el aire estaba saturado de humedad y olía muy mal, como si se encontrara en el fondo de un túnel.

No había ni rastro de persecución. «Los he despistado», pensó Han mientras caminaba sin rumbo de un lado a otro. Tuvo un fugaz atisbo de algo que corría rápidamente junto a la fachada de uno de los viejos edificios que parecían estar a punto de derrumbarse, algo que se movía con el cuerpo encorvado, como un animal, pero que caminaba sobre sus patas traseras. Unos jirones de tela harapienta apenas ocultaban su pálida piel moteada por lesiones y llagas que rezumaban pus. La criatura le lanzó un gruñido desde detrás de la sucia cortina de sus lacios cabellos, revelando una boca llena de dientes convertidos en restos podridos.

Han se sintió incapaz de decidir si aquella cosa era o había sido humana.

La criatura se alejó, bufando y siseando como un vrelt, mitad sobre sus pies y mitad usando las cuatro extremidades mientras corría.

Han, horrorizado, sacó el desintegrador de debajo de su chaqueta y se lo metió debajo del cinturón, decidiendo llevarlo a la vista con la esperanza de que su presencia mantendría alejada a cualquier otra criatura como la que acababa de ver que pudiera estar rondando por los alrededores.

Pasó por delante de la entrada de otro callejón y allí, entre la basura y los líquidos viscosos, vio a varios trogloditas que estaban haciendo pedazos algo, desgarrándolo y metiéndose trozos de aquel lo que fuese en sus bocas manchadas de rojo. Han, asqueado, empuñó su desintegrador, hizo un disparo por encima de sus cabezas y vio cómo huían.

No se acercó ni un centímetro más a la presa de los trogloditas, pero tragó saliva con temblorosa dificultad cuando vio que unas costillas de forma humana sobresalían del pecho destrozado. «Por los Esbirros de Xendor... ¿Qué clase de lugar es éste?»

Los músculos de sus piernas ya empezaban a estar muy cansados. Han no llevaba cronómetro, pero cuando pasó por debajo de un conducto de ventilación echó la cabeza tan hacia atrás como pudo y alzó la mirada hacia aquellas vertiginosas alturas. Un cuadrado de pálida y tenue luz era visible al final del conducto. «Ya está empezando a oscurecer. Cuando haya conseguido llegar al punto de cita, será de noche...» Por primera vez en horas, Han pensó en Bria, y se alegró enormemente de no haberla llevado consigo al banco aquella mañana.

Sabía que Bria estaría muy preocupada. Con un suspiro, Han localizó otra escalera e inició el largo, largo ascenso.

Cuando por fin llegó a un nivel que disponía de lujos como los parques y, dentro de ellos, bancos en los que sentarse, Han sentía calambres en las piernas y estaba temblando de agotamiento. Se dejó caer en un banco, y se preguntó por primera vez qué iba a hacer.

Estaba tan cansado y abatido que su mente giraba en círculos como un animal atrapado dentro de un tonel que rodara cuesta abajo. «He de pensar –se dijo–. No puedo permitir que Bria me vea en este estado...»

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió encontrar ninguna solución a su dilema actual. Se levantó y fue con paso tambaleante hacia el turboascensor más próximo, sintiéndose como uno de los trogloditas apenas humanos que había visto.

Cuando echó un vistazo a su localizador, descubrió que volvía a funcionar y empezó a seguir sus indicaciones para llegar a las coordenadas que le había dado a Bria.

«Nivel 132, megabloque 17, bloque 5, subbloque 12...», se repetía a sí mismo una y otra vez. Mientras iba ascendiendo por los niveles y se acercaba a aquellos en los que le parecía que se podía vivir, su estómago empezó a gruñir al captar vaharadas de deliciosos olores procedentes de los cafés y los restaurantes ante los que pasaba.

Y por fin acabó viendo un letrero que iluminaba la noche en una sección de los barrios bajos pegada al enclave alienígena. La silueta de una gigantesca araña peluda devaroniana dibujada con chillonas luces verdinegras de cuyos colmillos goteaba veneno colgaba de una telaraña de colores carmesíes tan intensos que herían la vista. «La Araña Resplandeciente. Al fin...»

Las calles estaban llenas de ruidos y de agitación, y muchos de los transeúntes habían abusado de la bebida o de las drogas. Han pasó por delante de la entrada de un callejón y vio que alguien activaba una luz, y un instante después vio el destello azul y oyó el siseo que acompañaban a la ignición de una dosis de brillestim.

Se detuvo en un pequeño portal delante de la cantina y se preguntó si Bria le estaría esperando dentro o fuera. Esperaba que no hubiera entrado sola..., ¿o habría tratado de establecer contacto con Nici el Especialista? Han suspiró, se quitó el sudor de la cara con una mano y sintió que la cabeza le daba vueltas a causa del agotamiento, la sed y el hambre.

Mientras titubeaba, sintió que alguien le cogía del brazo. Han giró sobre sus talones, llevándose la mano a la chaqueta para coger el desintegrador escondido, y se quedó inmóvil en cuanto vio a Bria.

– ¡Cariño! –jadeó, abrazándola tan apasionadamente que la joven empezó a debatirse pasados unos segundos mientras Han se maravillaba ante la deliciosa sensación de tenerla entre sus brazos y se preguntaba cómo podía oler tan bien.

– ¡Han! –protestó Bria–. ¡No puedo respirar!

Han aflojó ligeramente su abrazo e intentó no tambalearse. Bria le apartó los cabellos de la frente y alzó la mirada hacia sus ojos para contemplarle con visible preocupación.

– ¡Oh, Han! –preguntó–. ¿Qué ha ocurrido?

Han sintió que un nudo de dolor y pena le oprimía la garganta, y durante un momento pensó que iba a pasar la mayor vergüenza de su vida porque estaba a punto de echarse a llorar como un bebé. Pero respiró hondo y meneó la cabeza.

–Aquí no –dijo–. Vamos a buscar un sitio donde podamos dormir y un poco de comida. Apenas me tengo en pie.

Media hora después estaban encerrados en su habitación en un sucio hotel barato. Han había estado en sitios peores, pero le dolía ver cómo Bria hacía un valeroso intento de fingir que no estaba horrorizada ante la suciedad, los olores y los insectos que correteaban de un lado a otro. Pero el hotel era barato, y parecía un lugar seguro.

Lo primero que hizo Han fue lavarse y beber varios vasos de agua. Aún se sentía un poco mareado, pero el olor de la comida para llevar le revivió un poco. Se sentó en el borde de la desvencijada cama, y él y Bria se turnaron para comer del único recipiente.

La comida devolvió un poco de energía al cuerpo agotado de Han. Tragó el último bocado y se echó hacia atrás para contemplar a Bria con ojos nublados por el cansancio mientras se preguntaba por dónde debía empezar.

—Tienes que contármelo, Han —dijo la joven—. Puedo ver por tu expresión que las cosas han ido mal. No conseguiste el dinero, ¿verdad?

Han meneó la cabeza y después, poco a poco y con voz vacilante y entrecortada, le fue contando lo que había ocurrido. Los ojos de Bria se llenaron de lágrimas mientras permanecía inmóvil, escuchándole. Finalmente Han llegó al final de su relato y se calló..., o quizá fuera que se había quedado sin palabras.

—Y volví aquí —concluyó unos momentos después—. El resto... El resto ya lo sabes, cariño. —La miró, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta—. Bueno, así están las cosas. No hay nada que podamos hacer al respecto. La única forma de seguir adelante es usar los últimos créditos que nos quedan para tratar de salir de Coruscant. Después... Después podemos trabajar. Puedo conseguir un empleo de piloto. Sé que puedo hacerlo.

Han suspiró y enterró la cabeza en sus manos.

—Yo tengo la culpa de todo lo que ha ocurrido, pequeña —siguió diciendo unos momentos después—. Tendría que haberme imaginado que los hutts llevarían a cabo una búsqueda completa de mis pautas retinianas en todos los sistemas, y que acabarían descubriendo todas mis identidades falsas. Creía haber sido muy listo..., pero he sido más idiota que una caja de rocas. Oh, Bria... —Dejó escapar un gemido y se volvió hacia ella, envolviéndola con los brazos mientras apoyaba la cabeza en su hombro—. ¿Podrás perdonarme?

Bria le besó en la frente.

—No hay nada que perdonar —le dijo con dulzura—. No ha sido culpa tuya. Si no hubieras hecho lo que hiciste, ahora estaría en una casa de placer donde me harían pasar de un soldado de las tropas de asalto a otro. Nunca olvides eso, Han. Eres un héroe. Me salvaste, y te amo.

—Yo también te amo —dijo Han, mirándola a los ojos—. Antes no era capaz de decirlo, pero... Quiero que lo sepas. Te amo, Bria.

La joven asintió, y una lágrima logró escapar y empezó a bajar por su mejilla. Han se la limpió con la yema de un dedo.

—No llores —le dijo—. Admito que hace un rato estuve a punto de darme por vencido, pero he estado pensando y... Bueno, si conseguimos marcharnos de este condenado planeta, sé que podremos salir adelante. Podemos conseguir que lo nuestro funcione. Crearemos una vida para los dos... Sé que podemos hacerlo. —Titubeó, y después siguió hablando a toda prisa—. Incluso podríamos casarnos, cariño. Si tú quieres, claro...

Han vio que Bria había quedado profundamente conmovida por su torpe manera de declararse, pero un instante después la joven meneó la cabeza.

—Tus sueños, Han... No puedes renunciar a ellos. Nos quedaba tan poco camino por recorrer... Tenemos que encontrar alguna forma de conseguirlo. Ibas a ser oficial de la Armada Imperial, ¿recuerdas?

Esta vez le tocó el turno a Han de menear la cabeza.

—Ya no, Bria. Eso se acabó. He de pensar en qué voy a hacer con mi vida.

—¡Oh, Han! —exclamó Bria, y se echó a llorar—. ¡No puedo soportar verte tan triste!

—Estoy bien —insistió Han, aunque era una mentira.

Bria apoyó la cabeza sobre su pecho y le rodeó con los brazos.

—Esta noche no corremos peligro —dijo Han—, pero mañana tendremos que hacer bastantes planes.

Y un instante después Bria le estaba besando —en la boca, en el mentón, en la mandíbula—, derramando sobre él un desesperado diluvio de besos tan suaves que apenas le rozaban la piel. Han la estrechó contra su pecho y capturó su boca, besándola y acariciándole la mejilla, deslizando sus dedos por entre sus cabellos, anhelando desesperadamente tocarla y ser curado por su contacto.

La pequeña habitación llena de suciedad se esfumó, y Han sólo pudo pensar en lo mucho que se alegraba de estar junto a Bria...

Bria Tharen estaba sentada en la minúscula y no muy limpia unidad de aseo, en aquel mundo donde el día y la noche significaban muy poco para quien no llevara una opulenta existencia de «nivel superior», mientras la noche se iba preparando para esfumarse ante la llegada de la luz diurna. Sus manos sostenían un punzón de escritura, y ante ella había una hoja de plastipapel y un gran montón de créditos.

Podía oír los suaves ronquidos de Han, que llegaban tenuemente hasta ella desde el dormitorio. Han estaba tan agotado que no la había oído levantarse y salir de la habitación y, horas después, tampoco la había oído cuando volvió.

Bria luchaba con el punzón y la hoja, dejándolos caer a cada momento para limpiarse las lágrimas que le nublaban la vista y hacían que le resultara casi imposible escribir. Había borrado el plastipapel seis o siete veces para volver a empezar, pero el tiempo seguía transcurriendo, y no podía estar allí cuando Han despertara..., porque Bria sabía que en ese caso nunca sería capaz de marcharse.

Por eso, una vez más, estaba escogiendo la escapatoria del cobarde. Los sollozos formaron un nudo de lágrimas en su garganta, y Bria se apretó el pecho con las manos. Durante un momento se preguntó si su corazón iría a dejar de latir a causa del dolor que sentía, pero después meneó la cabeza y se dijo a sí misma que debía dejar de perder el tiempo. «Lo siento muchísimo —se obligó a escribir—. Por favor, perdóname que te haga esto...»

Aquella noche, y por primera vez, Bria había comprendido que Han tal vez no consiguiera convertir en realidad el sueño de toda su vida si seguía al lado de ella. Llevaba semanas suponiendo una carga y un obstáculo para él, pero no había querido admitirlo. Pero aquella noche, al ver la angustia que había en sus ojos y la tensión temblorosa de su voz... Bria no había podido soportar un espectáculo tan terrible.

Y por eso había salido sigilosamente de la habitación y había encontrado un bar cuyo propietario aceptó unos cuantos créditos a cambio de dejarle usar su unidad de comunicaciones, y había llamado a su padre. Bria le había pedido ayuda, tanto para ella como para Han. El montón de certificados de crédito que había en el suelo era el resultado de esa petición. Renn Tharen era un hombre que sabía cómo conseguir que se hicieran las cosas, y no había desperdiciado ni un segundo. El dinero había llegado a las manos de Bria a través uno de los socios comerciales de su padre en Coruscant, quien le entregó los créditos sin permitir que la joven le diera las gracias y desapareció entre la oscuridad, visiblemente aliviado al poder salir de aquella taberna de los barrios bajos que permanecía abierta durante toda la noche.

Durante su breve conversación, el padre de Bria la había advertido de que no debía volver a casa. Renn Tharen le dijo que unos inspectores de la Corporación de Seguridad se habían presentado en la mansión de los Tharen poco después de que Bria y Han se fugaran, y que habían preguntado dónde podían encontrar a Bria.

—No les dije nada —le había explicado su padre—. Y ahora tu hermano y tu madre no me dirigen la palabra, porque he decidido no entregarles su asignación de fondos habitual durante un mes a pesar de que juran que ellos no avisaron a la Corporación de Seguridad. Ten mucho cuidado, querida...

—Lo tendré, papá —le prometió Bria—. Te quiero, papá. Gracias...

«También le he hecho daño a él —pensó Bria—. ¿Por qué siempre acabo haciendo daño a las personas que más quiero?»

Una oleada de desesperación invadió todo su ser, pero Bria se negó a dejarse dominar por ella. Lo único que podía hacer por Han, si realmente le amaba, era dejarle. «Sé fuerte, Bria», se ordenó a sí misma.

Aferrando el punzón con más fuerza, Bria se limpió las lágrimas y después se obligó a terminar la carta más difícil que había escrito en toda su vida...

Han supo que algo iba mal antes de abrir los ojos. No había ni el más mínimo sonido, y todo estaba en silencio.

—¿Bria? —murmuró. «¿Dónde está?» Se levantó de la cama y se vistió—. Bria, cariño...

No hubo respuesta.

Han respiró hondo y le ordenó a su corazón desbocado que se calmara y dejara de latir tan deprisa. «Probablemente habrá salido a comprar unos cuantos bollos y un poco de té estimulante para el desayuno», se dijo. Era una suposición razonable, dadas las circunstancias..., pero algo le decía que se equivocaba.

Cerró el sello de la pechera de su mono y cogió su chaqueta. Sólo entonces se dio cuenta de que la bolsa de viaje de Bria había desaparecido.

Vio algo blanco que sobresalía del bolsillo de su chaqueta y dejó escapar un ronco gemido lleno de angustia. Sacó aquella cosa blanca..., y se encontró sosteniendo una pequeña bolsa llena de certificados de crédito de la categoría máxima. Y también había algo más...

Era una nota escrita sobre una tira de plastipapel doblada y llena de arrugas. Han cerró los ojos, sosteniendo la nota en la mano, y después transcurrió casi un minuto entero antes de que consiguiera obligarse a abrir los ojos y a leerla.

Queridísimo Han:

No mereces que te ocurra esto y lo único que puedo decir es que lo siento. Te amo, pero no puedo seguir a tu lado...

15

Prueba de fuego

El primer pensamiento que pasó por la mente de Han fue que Bria volvería, y el segundo que la había perdido. Recorrió frenéticamente la habitación con la mirada, sintiendo que iba a estallar si no HACÍA algo, lo que fuese. Lanzó su chaqueta contra la pared con una sonora maldición y después arrancó las almohadas de la cama y las lanzó detrás de la chaqueta. No era suficiente, y Han se preguntó si estaría enloqueciendo. Su cabeza parecía haberse vuelto demasiado pequeña para poder contener su mente y se sintió invadido por una incontenible necesidad de pregonar a gritos su angustia y su dolor, igual que un wookie.

– ¡AAAAHHHHHHHHH! –aulló.

Cogió la vieja y desvencijada silla, uno de los tres únicos muebles que había en el cuarto. Han la hizo girar sobre su cabeza y la estrelló contra la puerta, impulsándola con todas sus fuerzas. Un sonoro juramento de su vecino de al lado siguió al impacto. La silla había quedado inmóvil sobre el recubrimiento deshilachado del suelo, entera y sin haberse roto. La puerta también continuaba estando intacta.

Han se derrumbó sobre la cama y se quedó inmóvil durante varios minutos, con la cabeza enterrada en los brazos. El dolor llegaba y se desvanecía en oleadas. Le dolía el pecho, y el mero hecho de respirar ya resultaba doloroso. Lo único que demostró ser capaz de aliviar su dolor fue el extraño embotamiento que acabó adueñándose de todo su cuerpo.

Y, de alguna manera inexplicable, esa falta de sensación era lo más horrible de todo.

Pasado un buen rato, Han se dio cuenta de que aún no había terminado de leer la carta de Bria. Era lo único que le quedaba de ella aparte del montón de certificados de crédito, por lo que se incorporó en la cama y entrecerró los ojos bajo la tenue claridad para leer las palabras escritas con trazos temblorosos sobre la hoja de plastipapel:

Queridísimo Han:

No te mereces que te ocurra esto y lo único que puedo decir es que lo siento. Te amo, pero no puedo seguir a tu lado...

A cada día que pasa me pregunto si sucumbiré al anhelo y volveré a Ylesia en la primera nave que salga para allí. Me temo que no soy lo suficientemente fuerte para resistir esa tentación..., pero debo hacerlo. Debo enfrentarme al hecho de que me he convertido en una adicta a la Exultación, y de que debo luchar contra esa adicción. Me

temo que necesitaré todas las energías de que dispongo para librar esa batalla y triunfar. Hasta ahora he estado confiando en tu fortaleza para que me sostuviera, pero eso no es bueno para ninguno de los dos. Tú necesitas todas tus fuerzas y toda tu decisión para superar esas pruebas e ingresar en la Academia.

Te ruego que no abandones tu sueño de llegar a ser oficial, Han. No temas emplear el dinero que te he dejado. Mi padre nos lo ha dado sin poner ninguna clase de condiciones, porque le caes bien y porque te está muy agradecido. Al igual que yo, sabe que me salvaste la vida. Acepta su regalo, por favor. Los dos queremos que alcances la meta que te has fijado.

He aprendido muchas cosas de ti. Me has enseñado cómo amar y cómo ser leal y valiente. También he aprendido de ti qué he de hacer para encontrar personas que me ayuden a cambiar mi identidad, así que no hace falta que te molestes en buscarme. Me marchó, y voy a vencer esta adicción. Lo conseguiré aunque tenga que invertir en ello hasta el último átomo de valor y energía que poseo...

Tú has sido libre durante toda tu vida, Han..., y fuerte. Te envidio por eso. Algún día yo también seré libre y fuerte.

Puede que entonces volvamos a encontrarnos.

Intenta no odiarme demasiado por lo que estoy haciendo. Pero si lo haces, no te culparé por ello. Quiero que sepas que te amo y que siempre te amaré.

Con todo mi amor,

Bria

Han se obligó a leer la carta hasta la última línea y cada palabra quedó grabada en su cerebro para siempre, como si estuviera siendo trazada en ella de manera indeleble por la llama de un soplete láser. Cuando acabó, decidió volver a leerla desde el principio, porque estaba intentando retrasar todo lo posible el momento en el que tendría que volver a pensar y sentir. Mientras estuviera leyendo la hoja de plastipapel que le había dejado Bria, sería como si la joven siguiera allí. Casi podía oír su voz. Han sabía que Bria volvería a esfumarse tan pronto como dejara de leer su carta.

Pero esta vez, aunque forzó la vista al máximo y entrecerró los ojos, no consiguió distinguir las palabras. Estaban demasiado borrosas.

—No deberías haber hecho esto, cariño —le susurró a la carta, con la garganta tan oprimida por el dolor y el peso de las lágrimas que apenas si consiguió articular las palabras—. Éramos un equipo, ¿recuerdas?

Han se dio cuenta de que acababa de hablar en pasado y se estremeció, temblando tan violentamente como si tuviera un acceso de fiebre. Se levantó y empezó a ir y venir de un lado a otro. Moverse parecía ser lo único que podía ayudarle a soportar todo aquello. Las oleadas de ira y frustración se alternaban con momentos de una pena tan profunda que la locura parecía ser la única escapatoria posible a ella.

«Me mintió. En realidad nunca me ha amado. Era una niña rica y presuntuosa, y lo nuestro sólo fue una simple aventura, un capricho, nada más... Me usó para escapar, me usó hasta que acabó aburriéndose de mí. La odio...»

Han gimió y meneó la cabeza. «No, no la odio. La amo. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Decía que me amaba. ¡Mentirosa! ¿Mentirosa? No... Era sincera. No intentes rehuir la verdad, Han: Bria lleva mucho tiempo sufriendo, y tú lo sabes. Bria tenía problemas, estaba confusa, llena de dolor...»

Sí, Bria había sufrido mucho. Han se acordó de todas las noches en las que la había encontrado sollozando y él la había abrazado, tratando de consolarla. «Pequeña, pequeña... ¿Por qué? Me esforcé tanto por ayudarte... No deberías estar sola. Tendrías

que haberte quedado a mi lado. Entre los dos habríamos conseguido acabar encontrando una solución...»

La posibilidad de que su adicción pudiera hacer que Bria volviese a Ylesia le aterrorizaba. Han no se hacía ninguna clase de ilusiones sobre cómo reaccionaría Teroenza en ese caso. El t'landa Til era incapaz de sentir piedad o de ser misericordioso. Si algún día volvía a tener a Bria delante de él, el Gran Sacerdote no vacilaría en ordenar que la mataran.

Los ojos de Han recorrieron la pequeña y miserable habitación sin verla. Parecía imposible que sólo hubieran transcurrido unas horas desde anoche, cuando los dos habían estado allí, el uno en brazos del otro. Bria le había abrazado con todas sus fuerzas, estrechándolo apasionadamente contra su pecho. Han por fin entendía cuál era la razón oculta detrás de aquella pasión. Bria sabía que le estaba abrazando por última vez.

Meneó la cabeza. ¿Cómo era posible que las cosas cambiaran de manera tan irrevocable en sólo unas cuantas horas?

«Haz retroceder el tiempo –murmuró una parte de su mente que aún vivía en la infancia–. Haz que el AHORA vuelva a ser el ENTONCES. El AHORA no me gusta. Quiero que volvamos al ENTONCES...»

Pero eso era una estupidez, naturalmente. Han tragó aire, y la inhalación se convirtió en un sonido entrecortado y lleno de dolor que casi parecía un sollozo.

Y de repente no pudo soportar seguir allí, viendo aquel espantoso cuartito, ni un solo segundo más. Metió sus escasas pertenencias ni su bolsa de viaje y repartió puñados de certificados de crédito por sus bolsillos interiores y sobre su piel. Después recogió su vieja chaqueta y escondió el desintegrador debajo de ella.

Salió de la habitación, fue por el pasillo y dejó atrás a la mujer de aspecto sucio y descuidado del mostrador de recepción.

Y siguió andando...

Estuvo caminando durante todo el día, moviéndose como un androide a través de las sucias e inquietantes multitudes de aquella zona, que era uno de los distritos fronterizos «de luces rojas» que intersectaban uno de los enclaves habitados por los no humanos. No probó bocado, porque se sentía incapaz de enfrentarse a la mera idea del alimento.

No hubo ni un solo momento en el que no fuera consciente del peso del desintegrador robado escondido debajo de su chaqueta. Con una parte de su mente, Han casi esperaba que alguien tratara de robarle. Eso le proporcionaría una excusa para estallar de una vez y dar rienda suelta a su furiosa pena, para herir o matar. Han quería destruir algo..., o a alguien.

Pero nadie interrumpió su deambular. Quizá estaba proyectando alguna clase de aura, algún lenguaje corporal que advertía a los demás de que sería mejor que se mantuvieran prudentemente alejados de él.

Su mente seguía librando una desesperada batalla con su corazón. Han repasó una y otra vez todo lo que habían llegado a hacer y decir. ¿Había hecho algo mal? ¿Era Bria una hermosa joven, con problemas pero básicamente buena y sincera, que luchaba con una adicción letal..., o sólo era una niña rica, insensible y demasiado mimada, que había estado jugando a un juego muy cruel? ¿Le había amado realmente alguna vez?

Y de repente se encontró en una esquina, inmóvil entre dos gigantescos montones de cascotes. Sus manos sostenían la hoja de plastipapel que le había dejado Bria, y sus ojos intentaban leerla bajo la luz parpadeante del letrero de un burdel. Han parpadeó. «Debe de estar lloviendo...» Tenía el rostro mojado.

Alzó la mirada hacia el cielo, pero naturalmente no había cielo, sólo un tejado perdido en las alturas. Extendió una mano con la palma vuelta hacia arriba. No llovía.

«Fuera lo que fuese Bria, se ha ido –acabó decidiendo, e irguió los hombros–. No va a volver, y he de dejar de comportarme como un estúpido. Lo primero que haré mañana por la mañana será buscar a Nici el Especialista en la Araña Resplandeciente.»

Un instante después se dio cuenta de que ya era noche cerrada. Llevaba doce o trece horas vagabundeando por las calles. Afortunadamente, en aquel distrito había algunos sitios que nunca dormían. El joven corelliano comprendió que necesitaba alimento y reposo: estaba tan vacío y agotado que le daba vueltas la cabeza.

Volvió lentamente por donde había venido, con cada nuevo paso que daba trayendo consigo la dolorosa sensación de estar caminando sobre arenas abrasadoras. Las plantas de sus pies estaban enrojecidas y llenas de ampollas, y cojeaba.

El dolor de sus pies era una distracción muy bienvenida.

«A partir de ahora únicamente voy a pensar en Han Solo», se dijo, deteniéndose y alzando la mirada hacia el cielo nocturno, que apenas si era visible al final de un conducto de ventilación.

Una estrella –¿o sería una estación espacial?– parpadeaba sobre la negrura. La declaración mental de Han tenía toda la convicción de un juramento.

«No me preocuparé por nadie más, y no pensaré en nadie más. A partir de ahora, nadie se acercará a mí. Se acabaron las mujeres, y me da igual lo bonitas, listas o dulces que sean. Nada de amistades, y nada de amores... Nadie se merece esta clase de dolor. A partir de ahora sólo estaré yo..., Solo.» Una parte de su mente fue consciente de la terrible ironía que encerraba su involuntario juego de palabras, y Han dejó escapar una risita hueca. A partir de aquel momento, su nombre sería su persona. Su nombre había llegado a representar todo lo que era, y lo que había dentro de él.

«Solo... A partir de ahora. Únicamente yo. La galaxia y todos los que la habitan pueden irse al infierno. Soy Han Solo, ahora y para siempre...»

Los últimos rasgos de blandura juvenil se habían esfumado de los rasgos de Han, y sus ojos habían adquirido una nueva y helada dureza. Siguió andando por entre las tinieblas de la noche y los tacones de sus botas golpearon el permacreto con secos chasquidos, tan duros e implacablemente rígidos como el caparazón que había surgido alrededor de su corazón.

Una semana después Han Solo avanzó con paso rápido y decidido hacia la Sala de Admisiones de la Academia Espacial del Imperio. El edificio era una gigantesca estructura del nivel superior, enorme y al mismo tiempo delicadamente discreta, sólidamente majestuosa en su elegante diseño.

La luz del pequeño sol blanco de Coruscant le hizo parpadear. Han llevaba mucho tiempo sin ver la luz del sol, y sus ojos todavía estaban muy sensibles y se irritaban con facilidad.

Conseguir que te alterasen las pautas retinianas era posible, como acababa de demostrar Han, pero la experiencia no había sido nada agradable. Han había pasado por la cirugía láser y la remodelación celular, y luego había estado un día entero metido dentro de un tanque bacta, curándose poco a poco. Después había tenido que llevar un visor bacta durante tres días más, que había pasado acostado en una pequeña habitación de la «clínica» de Nici.

Pero había sabido aprovechar su inactividad forzosa, y había pasado horas escuchando textos de historia enlatada y grabaciones literarias, preparándose para los exámenes que esperaba poder iniciar dentro de poco. Han no se hacía ilusiones respecto

a las pruebas de la Academia, y sabía que no resultarían nada fáciles. En el mejor de los casos, su educación sólo podía considerarse parcial y llena de lagunas.

Nici el Especialista se había ganado hasta el último crédito de sus exorbitantes honorarios. Han Solo ya existía dentro de la base de datos imperial, junto con sus pautas retinales y demás señas de identificación. (La mayoría de aquellas cicatrices eran muy recientes, y habían sido cuidadosamente distribuidas sobre su cuerpo por los androides médicos de Nici. Han había hecho que le borrarán la mayor parte de las antiguas.)

El nuevo Han Solo disponía de identificaciones que no podían ser distinguidas de las que poseía cualquier ciudadano leal del Imperio. Por primera vez en más de una década, Han estaba totalmente «limpio». Han Solo no estaba siendo buscado por nada, y nadie le seguía la pista. Ya no tenía que lanzar miradas culpables por encima del hombro o tratar de que le crecieran ojos en la nuca. No tenía que mantenerse en continua alerta para detectar el destello traicionero del cañón de un desintegrador súbitamente revelado. Todavía se tensaba cuando oía un ruido inesperado, pero eso sólo era un reflejo.

Han Solo era un ciudadano respetable, no un fugitivo acosado.

Todavía conservaba las identificaciones de Vyk Draygo y Jenos Idanian, que estaban a buen recaudo dentro de una caja de créditos, pero ya sólo esperaba una buena ocasión para librarse de ellas. El rostro de Han nunca había aparecido en un cartel de SE BUSCA o en una base de datos, ya que la ley sólo conocía sus pautas retinianas originales..., y éstas habían sido borradas y ya no existían.

Han subió los peldaños de piedra de la escalera que llevaba a la Sala de Admisiones con paso rápido y decidido. Fue hasta el oficial de reclutamiento humano sentado detrás del escritorio y le sonrió educadamente.

—Buenos días —dijo—. Me llamo Han Solo, y deseo presentar una solicitud de admisión en la Academia Imperial. Siempre he querido ser oficial de la armada.

El oficial de reclutamiento no le devolvió la sonrisa, pero le trató con cortesía.

—¿Puedo ver su identificación, señor Solo?

—Desde luego —dijo Han, y la dejó encima del escritorio.

—Siéntese, por favor. Será un momento.

Han se sentó, sintiendo una cierta tensión interior pero diciéndose a sí mismo que no tenía nada que temer. Los créditos de Renn Tharen se habían asegurado de ello.

Unos minutos después el oficial de reclutamiento le devolvió la identificación y le ofreció una sonrisa distante.

—Todo correcto, Solo. Puede iniciar el proceso de presentación de la solicitud y evaluación hoy mismo. ¿Sabe que más del cincuenta por ciento de los candidatos no son aceptados, y que el cincuenta por ciento de los que son aceptados nunca llegan a terminar el curso en la Academia?

—Sí, señor —dijo Han—. Pero estoy decidido a intentarlo. Soy un buen piloto.

—El Emperador necesita buenos pilotos —dijo el oficial de reclutamiento, y durante un instante su sonrisa se volvió realmente cálida y benevolente—. Bien, empecemos...

La semana siguiente fue una pesadilla cuidadosamente calculada. El primer paso consistió en un largo examen físico, más concienzudo y detallado que ninguno de los que Han había experimentado hasta aquel momento. Los androides médicos inspeccionaron todo su cuerpo e introdujeron sus sondas y sensores en lugares tan íntimos que Han tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no empezar a patearles los circuitos, pero lo aguantó todo estoicamente.

Han estuvo muy tenso durante todo el examen ocular, pero el androide de Nici era un auténtico experto. El androide médico imperial no encontró ninguna irregularidad.

Han superó el examen físico con la máxima calificación posible. Su tiempo de reacción y sus reflejos no tenían nada que envidiar a los primeros porcentajes de la tabla de evaluación.

Y después llegó la parte más difícil...

Día tras día, un grupo de candidatos a cadetes que se iba reduciendo continuamente fue repartido entre varias salas de exámenes. En cada una había un androide examinador, que formulaba las preguntas a los candidatos, iba registrando sus puntuaciones y computaba las tabulaciones de sus pruebas.

Cada noche Han volvía a su pequeño cubículo en otro hotel de mala muerte y se quedaba dormido, exhausto, para pasar toda la noche soñando con los exámenes de la Academia y con preguntas cada vez más difíciles.

—Voy a mostrarle cuatro tipos de armadura corporal, candidato a cadete Solo. ¿Cuál de estos cuatro tipos fue utilizado por las fuerzas mandalorianas durante el siglo pasado?

«Candidato a cadete Solo, ¿en qué año ocupó la Presidencia del Senado Imperial nuestro glorioso Emperador? ¿Qué acontecimiento histórico precedió a su elección?

»Preste atención, candidato a cadete Solo. Si un Destructor Estelar de la clase Victoria zarpa del Centro Imperial en el momento especificado transportando la masa y el peso de armamento, cargamento y tropas que está mostrando la pantalla, ¿qué curso y vector de aproximación al sistema dedaloniano producirá la máxima eficiencia en el consumo de combustible? Tenga preparadas las cifras y cálculos en que basa su respuesta para que sean examinados.

«Candidato a cadete Solo, ¿qué batalla de la Crisis Nooliana dio como resultado final la liberación del Sector Bothano? ¿En qué fecha se libró?

En lo que concernía a Han, las preguntas «culturales» eran las peores de todas. Se esperaba que cada cadete sería un oficial y un caballero (o una dama), y eso requería una cierta cantidad de bagaje cultural. Han se fue abriendo paso poco a poco a través de un laberinto de preguntas como «Candidato a cadete Solo, va a oír tres piezas musicales de tres mundos distintos. Tenga la bondad de identificar el planeta de origen de cada composición».

Irónicamente, Han demostró ser mucho mejor respondiendo preguntas sobre arte que sobre música. Su pasado de ladrón y estafador había hecho que estuviera bastante familiarizado con la Historia del Arte y el Arte Moderno galáctico.

Cuando, después de tres días de ser examinado implacablemente, Han descubrió que seguía figurando en la lista de CANDIDATOS A CADETES del videotablero de anuncios de la gigantesca Sala de Admisiones, se sintió tan sorprendido como extasiado.

Los dos últimos días de la semana que abarcaba el proceso de selección estuvieron dedicados a las pruebas de pilotaje. Durante esa parte del proceso, la experiencia que Han había adquirido pilotando naves para los sacerdotes ylesianos le resultó muy útil. Los candidatos eran llevados al espacio en grandes naves de transporte que los conducían a bases imperiales cercanas. Sólo una pequeña parte de las pruebas de colocación avanzadas se llevaba a cabo en Coruscant.

Cada día, los candidatos hacían prácticas de pilotaje dentro de una amplia gama de situaciones diferentes. Han obtuvo excelentes resultados, y enseguida supo que había superado las pruebas. Sólo hubo un momento algo incómodo para él: uno de los

oficiales que supervisaban sus exámenes (durante esa fase se utilizaban instructores humanos) comentó a los otros instructores en un tono bastante desabrido que le parecía que la puntuación de «tiempo más reducido en trayecto asignado» obtenida por Han debía ser invalidada, ya que era altamente irregular que un candidato a cadete pilotara una lanzadera a través del Arco de Triunfo del Emperador Palpatine en el Centro Imperial en vez de pasar por encima de él.

– ¡Aterrorizó a varios miles de ciudadanos imperiales! ¡Hemos recibido centenares de quejas! –exclamó el oficial, visiblemente enfurecido.

El jefe de examinadores se encogió de hombros.

–No hubo heridos, ¿verdad?

–No, señor.

–Pues entonces la puntuación obtenida por el candidato a cadete Solo es válida. A esos ciudadanos no les sentaría nada mal experimentar alguna emoción fuerte de vez en cuando. Eso es bueno para la circulación –declaró el jefe de los examinadores.

Han se mantuvo impasible, y no dio ninguna señal de que hubiera oído la conversación.

El joven corelliano sabía que aunque había obtenido magníficos resultados en los exámenes de pilotaje, había estado a punto de no superar las pruebas concernientes a otras materias.

Hubo varias ocasiones en las que el tablero mostró un «insuficiente» junto a su nombre, lo cual indicaba que Han tendría que cursar estudios suplementarios dentro de esa área de conocimientos en el caso de que acabara superando el proceso de selección y fuera aceptado en la Academia.

Una de esas áreas era «Música», lo cual no tenía nada de sorprendente, y Han también tuvo problemas con «Historia Antigua Prerrepública», «Física Cuántica Interespacial» y «Geometría No-lineal Hiperespacial».

Estudiaba cada noche y se quedaba dormido con los sonidos de las «grabaciones de efecto intensivo» murmurando resmas de información en sus oídos durante el sueño. En realidad, a Han no le importaba pasar cada noche soñando con los exámenes.

Eso siempre era preferible a soñar con Bria.

Finalmente, llegó el día en el que Han se plantó delante del tablero de anuncios y buscó su nombre en la lista de CANDIDATOS DESCALIFICADOS..., y no consiguió encontrarlo.

Con el corazón latiendo a toda velocidad y casi sin atreverse a concebir tales esperanzas, fue al otro lado de la Sala para examinar la lista de CANDIDATOS ACEPTADOS.

Han Solo.

Su nombre estaba allí, escrito en letras luminosas. Han lo contempló, incapaz de pensar y sin osar creer lo que estaba viendo.

Pero allí estaba. Han pasó una hora dando vueltas por la Sala y volvió al tablero en tres ocasiones, y su nombre estaba allí en cada una de ellas. Finalmente, y después de la tercera visita al tablero, Han se permitió murmurar un «¡Sí!» casi inaudible y alzó el puño en un gesto de triunfo.

Bajó la escalera de peldaños de piedra y salió a la enorme plaza del nivel superior, sintiendo la caricia de la fresca brisa del atardecer de Coruscant, tan agradable como una rociada de agua fresca después de un día de calor.

«Esto hay que celebrarlo», pensó exultante.

Han se obsequió a sí mismo con una cena en uno de los elegantes restaurantes del nivel superior, no muy lejos de la Sala de Admisiones. Pidió medallones de nerf con salsa especiada de redor, un plato de tuberos fritos y una ensalada variada. También

pidió una cerveza alderaaniana que bebió a pequeños sorbos, paladeando su delicioso sabor.

Mientras cenaba recorrió con la mirada el hermoso local, contemplando la magnífica escultura de metal y hielo viviente, el trío de músicos que tocaban piezas de jazz suavemente melódicas y los camareros humanos. Entre la clientela había algunos oficiales imperiales de alto rango acompañados por atractivas mujeres vestidas con soberbios trajes de noche. Han alzó su jarra de cerveza en un discreto brindis dirigido a sí mismo.

—Lo he conseguido, Bria —murmuró—. Ojalá estuvieras aquí para compartir todo esto conmigo, cariño...

Después de haber pagado el exorbitante precio de la cena sin lamentarlo ni un solo instante, Han salió del restaurante y decidió dar un paseo por la espaciosa y elegante plaza. El deflector climático instalado a gran altura por encima de ella eliminaba la mayor parte de la fuerza del viento, por lo que Han casi tenía calor mientras caminaba. El joven corelliano selló el cierre de su vieja chaqueta para protegerse del frescor de las ráfagas ocasionales.

Podía ver los pináculos y tejados de los edificios más altos elevándose a su alrededor y perdiéndose en el cielo. Aquella plaza se encontraba justo debajo del nivel más alto de esa sección de Coruscant. Largas rampas con forma de sacacorchos llevaban hasta el último nivel, al que también se podía llegar mediante los ubicuos turboascensores.

En cuanto hubo salido de la zona donde la iluminación era más potente, Han se acodó en una barandilla e intentó ver las estrellas. Escogió un par de las más brillantes, pero el horizonte dejaba totalmente oscurecidos los cielos. Auroras rojas y verdes brillaban y parpadeaban con resplandores iridiscentes, pareciendo haber sido pintadas encima de la negrura por algún colosal artista enloquecido. El panorama era realmente impresionante.

«¡Lo he conseguido!»

Han sonrió...

Y un instante después se quedó totalmente inmóvil cuando algo pequeño, duro y redondo se incrustó en su espalda. Era el cañón de un desintegrador. Una voz que Han reconoció inmediatamente a pesar de que habían transcurrido cinco meses desde que la había oído por última vez habló junto a su cabeza.

—Eh, Han. Me alegro de volver a verte, muchacho. He de admitir que has resultado muy difícil de encontrar.

«Esto no puede estar ocurriendo —pensó Han—. ¡No ahora! ¡No es justo!»

—Han, Han... —dijo aquella voz afable y jovial que encerraba la sombra de una risita—. ¿Por qué no te das la vuelta muy despacito para que podamos hablar cara a cara?

Han fue girando muy lentamente sobre sus talones y, tal como había sabido que ocurriría, se encontró cara a cara con Garris Alcaudón. El capitán del *Suerte del Comerciante* había sustituido su abigarrado uniforme por la maltrecha chaqueta de cuero, los pantalones y la túnica de lana de nerf alderaaniano ceñida al cuerpo que constituían su antiguo atuendo de cazador de recompensas, pero por lo demás tenía exactamente el mismo aspecto que la noche en que Han lo había dejado inconsciente sobre las planchas de la cubierta.

«No... —pensó Han—. Hay algo distinto...»

Y pasado un momento comprendió que tenía que inclinar la cabeza ligeramente hacia abajo para mirar a Alcaudón. «Y ese algo distinto soy yo. He crecido un poco. Ahora soy más alto que él...»

Alcaudón le examinó en silencio durante unos instantes.

–Vaya, vaya... Estás muy guapo, muchacho –dijo después–. Es una pena que no puedas volver conmigo al *Suerte* para dejar que algunas de las damas te echaran un vistazo. Estoy seguro de que te convertirías en el favorito de todas las chicas.

Han por fin recobró la voz.

–¿Qué quieres, Garris? –preguntó en un tono helado.

–Oh, oh... Así que ahora soy Garris, ¿eh? Te consideras mi igual, ¿verdad? –Garris Alcaudón le cruzó la cara con una feroz bofetada. Cuando Han se dispuso a reaccionar, el cañón del desintegrador se hundió amenazadoramente en su estómago. Sin decir palabra, el joven corelliano se limpió la sangre del labio inferior partido–. Bueno, pues no eres mi igual, y no lo olvides. Para mí sólo eres el montón de créditos que los hutts me entregarán a cambio de que les traiga a Vykk Draygo con vida.

–¿Los hutts me están buscando? –preguntó Han, intentando ganar tiempo.

–Están buscando a Vykk Draygo y a Jenos Idanian, y al resto de tus identidades falsas, muchacho. Pero ahora eres Han Solo, ¿verdad? Y yo soy prácticamente la única persona en toda la galaxia que sabe que Han Solo también ha sido Vykk Draygo y todos los demás... Así pues, cuando vi el anuncio que publicaron los hutts decidí abandonar mi retiro para dedicarme única y exclusivamente a buscarte. No puedo desperdiciar la oportunidad de ganar tantos créditos.

–Comprendo –murmuró Han.

Alcaudón volvió a echarle la cabeza hacia atrás con otro violento bofetón.

–No, Han, no lo entiendes. No sabes que las cosas no le han estado yendo muy bien al *Suerte* últimamente, y tampoco sabes que Larrad nunca ha vuelto a ser el mismo desde que aquella condenada arpía wookie le dislocó el brazo. Esos créditos de los hutts nos sacarán de muchos problemas.

–¿De veras? –preguntó Han–. No veo en qué va a cambiar vuestra suerte por el mero hecho de que me hayas capturado. Sería mejor que intentaras organizar alguna estafa en Gamorr. Y me temo que no puedo tomar parte en ese pequeño plan tuyo..., Garris.

Mientras hablaba Han había empezado a bajar la voz poco a poco, empleando un tono cada vez más suave. De manera inconsciente, Alcaudón se fue inclinando ligeramente hacia adelante para poder oírle...

...justo cuando Han saltaba sobre él lanzando un salvaje alarido. Un brazo subió velozmente en un movimiento de bloqueo, apartando el brazo de Alcaudón, y Han alzó la rodilla casi en el mismo instante para incrustarla en la ingle del capitán del *Suerte del Comerciante*. Mientras Alcaudón se doblaba sobre sí mismo con un gruñido gutural, Han le lanzó un feroz puñetazo a la mandíbula. El capitán cayó al suelo.

El desintegrador cayó de la mano de Garris, que intentó recuperarlo. Han lo apartó de una patada, enviándolo hacia las negras sombras que parecían dibujadas con trazos de cuchillo. Después saltó por encima del cuerpo encogido de Alcaudón y echó a correr hacia la rampa que llevaba al tejado más alto. Una vez allí, podría esconderse y escapar en un tubo horizontal o un turboascensor.

Han todavía no podía creer que hubiera conseguido derribar a Alcaudón en una pelea. De niño primero y de adolescente después, toda su vida había transcurrido bajo el terror que le inspiraban la ira del capitán y sus temibles puños.

Llegó a la rampa y empezó a subir por la espiral con el ímpetu incontenible de una nave lanzada a plena potencia. Cuando llegó al final de la rampa, Han se detuvo y miró a su alrededor. El tejado repleto de las sombras dobles creadas por las dos pequeñas lunas de Coruscant parecía pertenecer a otro universo, un cosmos

fantasmagórico en el que todo estaba definido por el centelleo de una blancura dolorosamente intensa y por bandas de color gris que se sumergían en una oscuridad impenetrable.

Mientras Han empezaba a atravesar el tejado, buscando un turboascensor con la mirada, un haz azulado surgió de la oscuridad a su derecha. El disparo había venido de la entrada de un turboascensor. «¡Un desintegrador ajustado para aturdir! –pensó Han, echando a correr de nuevo en un frenético zigzag–. ¿Alcaudón? ¿Cómo puede haber llegado aquí arriba tan deprisa?»

Otro haz aturdidor.

Han cruzó el tejado tan deprisa como un vrelt que huyera delante de un rayo desintegrador, corriendo como jamás había corrido antes en toda su vida. Pasó por delante de la entrada de otro turboascensor, se detuvo y fue hacia ella. Estaba llegando a la puerta cuando ésta se abrió y Alcaudón apareció detrás de ella, silueteado en el umbral con el desintegrador en la mano.

Han patinó unos centímetros sobre la fría superficie de permacreto hasta detenerse e invirtió la dirección de su huida. «¿Alcaudón aquí? ¿Quién ha hecho esos otros disparos entonces?»

Pero estaba demasiado ocupado corriendo frenéticamente por el tejado para poder tratar de encontrar una respuesta a esa pregunta.

El desintegrador de Alcaudón escupió un haz de energía que hendió las sombras con su resplandor verde azulado. El nivel superior estaba reservado básicamente a las parejas de enamorados, y no se hallaba muy bien iluminado. La única fuente de claridad existente en la zona era la luz de las dos pequeñas lunas de Coruscant.

La respiración de Han era claramente visible en la oscuridad mientras corría por el tejado, saltando por encima de los muretes y los conductos descubiertos que sobresalían del permacreto. Los pináculos superiores de varios edificios asomaban del permacreto como grotescas coníferas de piedra. Han saltó por encima de uno y patinó sobre una capa de escarcha cuando sus pies volvieron a entrar en contacto con el suelo. Aquella zona quedaba fuera de la protección del deflector climático, y hacía mucho frío. Su chaqueta de cuero apenas podía protegerle.

– ¡Detente o te freiré el trasero! –chilló Alcaudón, y otro haz aturdidor atravesó la noche.

Han alargó todavía más sus zancadas, huyendo como un animal acosado y decidido a escapar como fuese. Se atrevió a mirar por encima del hombro y vio la oscura silueta de Alcaudón, tenuemente iluminada por los destellos reflejados de otro haz aturdidor.

Volviendo nuevamente la cabeza hacia adelante, Han corrió todavía más deprisa... ¡para verse obligado a detenerse de golpe, tambaleándose al borde del abismo allí donde terminaba el permacreto!

Han se echó hacia atrás, manoteando frenéticamente. Tuvo un fugaz atisbo de la plaza magníficamente iluminada que se extendía a diez o doce niveles por debajo de él, con el elegante restaurante en el que había cenado en el centro, e incluso pudo distinguir las hermosas estatuas, el verdor de las plantas y las flores exóticas a través de la iridiscencia creada por los deflectores climáticos.

Parecía como si hubiese transcurrido toda una vida desde que cenó en él.

Han torció hacia la derecha, resbalando unos centímetros sobre el permacreto, y siguió corriendo. Otro haz aturdidor pasó junto a él. El aliento le ardió en los pulmones mientras jadeaba, intentando tragar bocanadas de aquel aire helado.

Saltó por encima de otro pináculo y sintió cómo le rozaba la parte interior de la pernera del pantalón, pero logró dejarlo atrás y siguió corriendo, metiéndose en una zona de sombras para esquivar otro haz aturdidor.

¡Y las sombras fueron sustituidas repentinamente por el vacío más absoluto cuando un conducto de ventilación apareció ante él!

Han iba demasiado deprisa para poder detenerse. Saltó hacia adelante, impulsándose con todas sus fuerzas mientras lanzaba un alarido de terror...

...y consiguió salvar el abismo que bostezaba debajo de él. Aterrizó pesadamente al otro lado, cayó y rodó sobre sí mismo, jadeando y sin aliento mientras intentaba levantarse. Han patinó sobre el permacreto helado y manoteó frenéticamente en el mismo instante en que un haz aturdidor rebotaba en su cuerpo y se esparcía sobre el suelo junto a él.

Todo el costado derecho de Han quedó insensible de repente.

El joven corelliano volvió a caer sobre el permacreto con un gruñido agónico. Permitió que su cuerpo quedara fláccidamente relajado y aguardó, esperando poder recuperar el uso de su costado derecho a tiempo de hacer algo. Dependiendo de cuál fuera el nivel de intensidad que había usado Alcaudón, eso podía requerir dos minutos..., o tal vez diez.

Respirar era una tortura, pero Han ignoró el dolor y siguió llenándose los pulmones con bocanadas de aire. Necesitaba recuperar el aliento por si la sensibilidad regresaba a su costado derecho.

Unos pasos se aproximaron desde la izquierda. Era Alcaudón, contorneando el conducto de ventilación sobre el que había saltado Han. El joven corelliano siguió inmóvil. Sólo el pequeño penacho blanco de su aliento revelaba que aún vivía.

Los pasos se detuvieron junto a él y después describieron un círculo. Han podía ver borrosamente la silueta de Alcaudón a través de sus pestañas. Un instante después una bota le pateó salvajemente la pierna derecha. El dolor le arrancó un jadeo ahogado.

—Escoria miserable —siseó Alcaudón—. Te mereces que arroje tu asqueroso pellejo al vacío por lo que acabas de hacer.

El hecho de que Han pudiera sentir dolor en el sitio donde le había golpeado la gruesa bota de Alcaudón era una buena noticia, porque significaba que la parálisis provocada por el haz aturdidor ya se estaba disipando. Pero Han no se movió y permaneció fláccidamente inactivo mientras Alcaudón lo agarraba por el cuello de la chaqueta y lo arrastraba sobre el permacreto, tirando de él hacia el turboascensor más próximo entre golpes y sacudidas.

El capitán mercante no paraba de soltar maldiciones y juramentos y, sintiendo un destello de satisfacción, Han vio que caminaba con una marcada cojera. El joven corelliano intentó obligarle a cargar con un peso muerto lo más grande posible mientras era arrastrado a lo largo del tejado, sintiendo los gélidos arañazos del permacreto. Un instante después notó un cosquilleo en la mano derecha mientras estaba siendo arrastrado, lo cual era otra buena noticia.

Alcaudón le soltó el cuello de la chaqueta en cuanto llegaron al turboascensor. Dejarse caer sin reaccionar resultaba bastante difícil, pero Han consiguió que el efecto general fuera bastante bueno sin necesidad de golpearse la cabeza con demasiada violencia. El rostro de ojos relucientes de Alcaudón, con un morado oscureciéndole la mandíbula, apareció en su campo de visión.

—Ahora bajaremos en este ascensor y te portarás bien, mi pequeño vrelt. Tú y yo vamos a comportarnos como dos grandes amigos, ¿eh? Diré que somos compañeros de juerga y que has bebido demasiado.

Han ya podía oír acercarse el turboascensor. Flexionó los músculos de su brazo derecho y su pierna derecha. Los músculos respondieron, si bien con mucha lentitud y torpeza. Han no disponía de mucho tiempo...

–Bien, Han, cuéntame... ¿Has conseguido entrar en la Academia Imperial? – preguntó Alcaudón, como si Han pudiera hablar–. Supongo que ésa es la razón por la que decidiste obsequiarte con un pequeño banquete esta noche, ¿eh?

Se rió.

–Los imperiales deben de sentirse realmente desesperados si están dispuestos a aceptar a un perdedor como tú.

Escupió, y un chorro de saliva caliente se esparció sobre el ojo derecho de Han. El joven corelliano evitó mostrar cualquier clase de reacción. El turboascensor ya estaba muy cerca. Cuando aquellas puertas se abrieran, Alcaudón se distraería durante unos cuantos segundos preciosos, y entonces..., entonces Han actuaría.

Han flexionó imperceptiblemente los dedos de la mano derecha, y éstos respondieron a la orden de su cerebro. Alcaudón seguía hablando sin parar.

–Esos imperiales... No saben pilotar una nave, no saben luchar y no son capaces de acertarle a un planeta aunque lo tengan delante de las narices. Todavía no entiendo cómo se las arregla el viejo Palpatine para levantarse de la cama cada mañana. No son más que una pandilla de perdedores...

Las puertas del turboascensor se abrieron. Alcaudón alzó la mirada hacia ellas en el mismo instante en que Han se levantaba de un salto.

El elemento de sorpresa le ayudó durante un momento. Han consiguió volver a arrancar el desintegrador de la mano de Alcaudón, pero un instante después Garriss ya había caído sobre él. Manos duras como el hierro se tensaron alrededor de la garganta del joven. Los ojos de Han se abultaron en las órbitas mientras pasaba una pierna por detrás del cuerpo de Alcaudón y ejercía presión, haciendo que el capitán cayera hacia atrás. Alcaudón no aflojó su presa y Han cayó con él, y los dos se desplomaron en un confuso montón de brazos y piernas que lanzaban puñetazos y patadas.

Han hundió un puño en el estómago de Alcaudón y le oyó lanzar un gruñido de dolor. Los dedos que rodeaban su garganta se aflojaron durante un momento..., y después Alcaudón apartó las manos del cuello de Han e intentó sacarle un ojo.

El capitán había elegido el ojo derecho, y el pulgar que hurgaba salvajemente en la cuenca de Han resbaló sobre la saliva del propio Alcaudón. Han volvió la cabeza y le lanzó una feroz dentellada de animal. Sus dientes se cerraron sobre el pulgar de Alcaudón e intentaron unirse. Alcaudón aulló mientras Han le desgarraba la carne. El joven corelliano sintió el sabor de la sangre en su boca.

Han aprovechó el momento de distracción del capitán para elevar su rodilla hacia el estómago de Alcaudón. El aire fue expulsado de los pulmones de Alcaudón bajo la forma de una pestilente nube blanca que se disipó en la gélida atmósfera nocturna.

Han se irguió, quitándose a Alcaudón de encima. El capitán perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Han estiró frenéticamente el brazo hacia el sitio en el que había oído caer el desintegrador..., y sus dedos lo encontraron.

Alcaudón ya se había levantado y estaba avanzando decididamente hacia el joven corelliano cuando Han, arrodillado sobre el suelo, se incorporó, le apuntó con el desintegrador y desplazó el nivel de intensidad del arma hasta la lectura máxima con el pulgar, asegurándose de que el capitán veía lo que hacía.

–Ahora te toca a ti quedarte quieto, Alcaudón –dijo.

Hablar provocó un espasmo de tos y una punzada de dolor que desgarró la maltratada garganta de Han, pero consiguió alzar el arma hacia Alcaudón y apuntarle con ella.

Alcaudón se rió y empezó a avanzar más despacio, pero no se detuvo. Estaba a unos seis metros de distancia de Han.

–Vamos, hijo... –dijo con voz melosa–. El viejo capitán Alcaudón sólo se estaba divirtiendo un poquito contigo, nada más. No iba a entregarte a esos hutts, oh, no. ¿Sabías que mataste a uno de ellos, muchacho? Y a los hutts no les gustan nada esas cosas, desde luego. Quizá no lo sepas, pero ahora ya nunca dejarán de buscar a su querido Vykk Draygo.

–No des ni un paso más –dijo Han.

El temblor que oyó en su voz le horrorizó. Nunca había disparado a sangre fría contra nadie..., y menos contra alguien a quien conociera. ¿Sería capaz de hacerlo?

Alcaudón sonrió como si pudiera leerle la mente.

–Venga, Han... Ya sabes que no vas a disparar contra mí. No puedes hacerlo. En realidad, casi se podría decir que soy tu papaíto.

Han meneó la cabeza y replicó con una obscenidad en huttés tan devastadora que Alcaudón enarcó las cejas.

–Oh, vaya... Veo que tu manera de hablar ha empeorado considerablemente durante estos meses, muchacho.

El capitán había seguido moviéndose, y ya sólo había unos cuatro metros de distancia entre ellos. Han tensó los dedos sobre la culata del desintegrador, pero le horrorizó ver que el cañón subía y bajaba con un lento temblor.

–Bajemos y hablemos de esto, Han –dijo Alcaudón, suavizando repentinamente la voz–. No te haré daño. Tienes mi palabra.

– ¿Tu palabra? –Han rió, y después tosió–. Oh, muy gracioso. Tu palabra no vale ni un escupitajo.

–Puedes confiar en mí. Además..., si me matas nunca sabrás la verdad sobre tus padres, muchacho. No sabrás quiénes eran..., ni por qué acabaste abandonado en esos callejones repletos de basura en los que te encontré.

Han clavó la mirada en el rostro del capitán.

– ¿Sabes quiénes eran mis padres? ¿Sabes por qué fui abandonado? –Tragó saliva, y una nueva oleada de dolor recorrió su garganta–. Habla y tal vez te deje vivir.

Alcaudón ya casi estaba lo bastante cerca para poder coger el desintegrador, y sólo había un metro escaso de distancia entre ellos. Han sabía que debía disparar y que no se podía confiar en Alcaudón..., pero aun así seguía titubeando.

– ¡Cuéntamelo, Alcaudón!

–Te lo diré todo cuando me des el desintegrador –replicó Alcaudón–. Lo sabrás todo, Han... Tienes mi palabra.

«¡Dispara de una vez! ¡Vamos, dispara ya!», aullaba desesperadamente la mente de Han.

Y entonces un haz desintegrador se esparció sobre el pecho de Garris Alcaudón, bañándolo con una oleada de luz rojiza. El capitán alzó las manos y una mueca de dolor y terror contorsionó sus facciones. Después cayó hacia atrás, precipitándose en el vacío como una piedra, y ya estaba muerto antes de que chocara con el permacreto.

Han bajó la mirada hacia su mano sin entender nada. Su dedo estaba encima del gatillo del desintegrador, pero no lo había movido... ¿o sí lo había hecho?

Y un instante después comprendió que el disparo había venido de detrás de él.

Han se volvió, todavía de rodillas, para encontrarse ante otro hombre. El recién llegado era humano, joven, de estatura mediana y constitución esbelta. La claridad de las lunas teñía sus cabellos oscuros con un blanco de escarcha. Empuñaba un desintegrador, y llevaba las palabras «cazador de recompensas» escritas en cada rasgo de la cara.

—De acuerdo, chico, se acabó —dijo, descolgando unas esposas de su cinturón—. Levántate. Vas a venir conmigo.

«¡Esos dos primeros disparos! —pensó Han—. Debió de ser él. Me había seguido hasta aquí arriba y luego estuvo esperando entre las sombras a que Alcaudón me llevara abajo, para poder intervenir en ese momento y capturarme.»

—Sabía que el viejo Alcaudón te encontraría —añadió el cazador de recompensas, casi como si hubiera estado leyendo los pensamientos que desfilaban por la mente de Han—. Los hutts no tienen fotos o grabaciones tuyas, así que seguí a Alcaudón porque él prácticamente te había criado, ¿no, Vykk? Sabía que me llevaría hasta ti.

«¡No! —aulló la mente de Han—. ¡No ahora! ¡No puede volver a ocurrir!»

Todavía estaba envarado a causa de la parálisis, y el combate con Alcaudón le había dejado agotado y dolorido. Todos los músculos de su cuerpo vibraban de puro dolor y cansancio.

El cazador de recompensas movió el desintegrador.

—Deja caer tu arma o te soltaré una descarga aturdidora en la cabeza y te dejaré los sesos hechos puré, muchacho —dijo—. Los hutts te quieren vivo, pero no dijeron nada de que tuvieras que estar en tu sano juicio. Déjala caer.

Han, temblando, permitió que el desintegrador se desprendiera de sus dedos entumecidos. Intentó levantarse con un gruñido de esfuerzo, pero la pierna derecha se le dobló debajo de él.

—Mi pierna... —farfulló—. La pierna derecha no quiere aguantar mi peso... Alcaudón me pateó.

—Sí, vi cómo lo hacía. No fue demasiado profesional por su parte, pero el viejo Alcaudón siempre tuvo muy mal genio —dijo el cazador de recompensas—. Voy a echarte una mano para ayudarte a levantarte —añadió, dando un paso hacia adelante—. No intentes...

Dejando escapar un aullido de fiera enloquecida, Han saltó hacia el estómago del cazador de recompensas con la cabeza por delante.

Aquel hombre era más joven que Garris Alcaudón, y también era más fuerte y rápido. Pero Han estaba luchando como un loco, con la fuerza nacida de la desesperación más absoluta. No tenía nada que perder, y lo sabía.

El cazador de recompensas se desplomó hacia atrás con un chillido de sorpresa. Han se lanzó sobre él y empezó a golpearle. El cazador de recompensas, que ya se había recuperado, dejó caer el cañón de su desintegrador sobre la sien de Han.

La sangre brotó de la herida y empezó a deslizarse hacia el ojo izquierdo de Han, pero el joven corelliano no permitió que eso le frenara ni un solo instante. Fue subiendo frenéticamente por el cuerpo del cazador de recompensas como si éste fuera una liana de la jungla y le golpeó con la cabeza, estrellando su frente contra la nariz del cazador de recompensas. Han oyó y sintió cómo el cartílago se rompía bajo el hueso de su cráneo. El estridente alarido del cazador de recompensas resonó en la noche.

Maldiciendo, el cazador de recompensas inició un salvaje cuerpo a cuerpo con Han, golpeándole en la espalda y en los riñones con el desintegrador. Han le agarró el brazo y estrelló su mano contra el permacreto, una vez..., y otra más. El desintegrador cayó de los dedos del cazador de recompensas. Han volvió a golpearle la cara con la

frente, ignorando el dolor que sintió cuando su piel se desgarró bajo la violencia del impacto.

—¡No me llevarás contigo! —gritó, estrellando repetidamente su cabeza contra el rostro de su enemigo.

El cazador de recompensas, el rostro convertido en una máscara rojiza por la sangre que brotaba de su nariz rota y sus labios partidos, se lanzó sobre Han, una furia asesina ardiendo en sus ojos.

Han esperó hasta el último segundo y después esquivó el ataque. Cuando el cazador de recompensas pasaba junto a él, Han descargó todo el peso de su cuerpo encima de su hombro.

La cabeza del cazador de recompensas chocó contra la estructura de piedra con un crujido cuyos ecos parecieron resonar por toda la gélida oscuridad de la noche.

El cazador de recompensas sufrió un espasmo, y después su cuerpo se aflojó y empezó a resbalar pared abajo hasta quedar inmóvil encima del permacreto.

Haciendo esos, mordiéndose el labio y tragando bilis, Han logró incorporarse y fue tambaleándose hacia el hombre. Dos dedos colocados sobre su garganta le confirmaron que el cazador de recompensas estaba tan muerto como Garris Alcaudón, quien yacía a unos cuantos metros de distancia, la cabeza alzada hacia las lunas gemelas como si quisiera contemplarlas con dos ojos enturbiados que ya no eran capaces de ver nada.

Han se dejó resbalar pared abajo hasta que acabó sentado en el suelo, mareado y exhausto y sintiendo que le daba vueltas la cabeza. Empezó a temblar, y la crisis de estremecimientos duró casi un minuto.

«He de recuperar el control de mí mismo —se dijo—. He de pensar. Vamos, piensa...»

Se levantó, fue nuevamente con paso tambaleante hacia el cazador de recompensas y se quedó inmóvil junto a él, mirándole fijamente. Aquel hombre tenía más o menos su talla, y también tenía los cabellos castaños. Su cabellera era un poco más oscura que la de Han, pero quizá no se dieran cuenta de ello.

Su aliento envolvió el rostro de Han en una nubécula blanca mientras tiraba de las botas del hombre hasta sacárselas. Después, lenta y metódicamente, fue desnudando al cazador de recompensas.

Cinco minutos después Han se incorporó, tambaleándose pero vestido con las ropas del cazador de recompensas. Luego empezó a vestir el cadáver con sus ropas: su gastado mono gris de piloto, su vieja chaqueta de piel de lagarto, sus botas... Metió el desintegrador del cazador de recompensas en su pistolera. Finalmente, cogió un puñado de créditos y todas sus identificaciones falsas y las metió en el bolsillo interior de su chaqueta, sellando el cierre. Después selló el cierre delantero de la chaqueta.

Cojeando y tambaleándose, Han fue en busca del desintegrador de Alcaudón. Buscó por el tejado hasta encontrarlo y fue hasta el cadáver. Torciendo el gesto, puso el arma a máxima potencia, dirigió el cañón hacia el cadáver y después, volviendo la cabeza hacia un lado, disparó un haz desintegrador contra su cara. Cuando se obligó a mirar, el muerto ya no tenía cara..., ni ojos.

Y tampoco tenía retinas.

Han recorrió unos cuantos metros con paso tambaleante antes de ser presa de las náuseas. Pensar en lo que le había costado aquella cena hizo que sintiera todavía más deseos de vomitar.

Con un gruñido de esfuerzo, agarró el cuerpo del cazador de recompensas por debajo de los brazos y lo arrastró a través del permacreto helado, de la misma manera en

que antes Alcaudón lo había arrastrado a él. Han fue retrocediendo, despacio y con mucho cuidado, hasta que volvió a estar junto a aquel interminable conducto de ventilación sobre el que había saltado.

Miró hacia abajo y después se apresuró a desviar la mirada mientras luchaba con el vértigo que quería adueñarse de él. El conducto parecía no acabar nunca.

Empujó el cuerpo hasta dejarlo al lado del borde y después envió al cazador de recompensas por encima de él con un potente empujón de ambas manos, haciendo que se precipitara al vacío.

No lo vio caer. Con pasos lentos y vacilantes, volvió al sitio en el que había dejado a Alcaudón y colocó el desintegrador del capitán entre sus muertos dedos. Después pulsó el botón para llamar al turboascensor.

Cuando las puertas se abrieron, Han casi se desplomó dentro del recinto iluminado de la cabina.

El turboascensor empezó a bajar y Han se quedó inmóvil en el centro de la cabina, tambaleándose y apoyando las manos en las paredes. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no perder el conocimiento.

Había sido una noche muy larga...

Epílogo

Renacimiento

Han Solo, una figura solitaria, estaba inmóvil entre la nerviosa masa de cadetes congregados sobre la pista de descenso del nivel superior de Coruscant. El rígido cuello de su nuevo uniforme le quedaba demasiado apretado y le irritaba la piel, pero Han resistió el impulso de tirar de él. Hacerlo podía arrugarlo, y Han quería tener el mejor aspecto posible.

A su alrededor los cadetes eran abrazados por sus familias y recibían sus besos de despedida, y sólo había unos cuantos cadetes que se encontraran tan faltos de compañía como Han. El joven corelliano recorrió la multitud con la mirada, y a unos metros de distancia vio a un muchacho de cabellos oscuros que no parecía tener a nadie. Al otro extremo de la pista había una joven con los cabellos muy cortos, al estilo militar de los cadetes, que también estaba sola.

Pero la inmensa mayoría de los cadetes tenían padres y madres, hermanos y hermanas y abuelos, tíos y tías y primos, que habían acudido para verlos partir en su hora de triunfo. Han se sintió invadido por una oleada de soledad. Era un poco más viejo que los otros cadetes, y eso también contribuía a separarlo de ellos.

«Pero... Eh, estoy aquí. Lo he conseguido.»

El transporte *Emperador* les estaba aguardando en la pista. Los cadetes no tardarían en subir a él para ir a Carida, el mundo de adiestramiento militar imperial. Los labios de Han se curvaron en una leve sonrisa mientras contemplaba los contornos y la enorme aleta dorsal de la nave. El *Emperador* era una corbeta corelliana, lo cual resultaba muy adecuado.

Volvió nuevamente la mirada hacia la multitud, y de repente comprendió que había estado esperando ver cierta cabeza de cabellos dorado rojizos entre las de quienes habían acudido a desearles buena suerte. «Qué idiotez, Solo... Eres realmente idiota, ¿sabes? Supongo que no esperabas que viniera, ¿verdad? ¡Ya hace mucho tiempo que Bria salió de tu vida!»

Han acabó llegando a la conclusión de que en realidad no había esperado que Bria apareciera. Pero quizá, en lo más profundo de su ser, había estado albergando la esperanza de que lo haría.

Suspiró. Dewlanna solía citarle un viejo proverbio wookie que, traducido al básico, decía aproximadamente así: «La alegría en la que no hay un poco de pena siempre es sospechosa».

Dewlanna...

Si pudiera verle en aquel momento... Han se la imaginó, con su alta silueta peluda, su achatada nariz negra y sus ojillos centelleantes que quedaban casi totalmente ocultos por los mechones de pelaje wookie color marrón que ya había empezado a volverse gris. Han sabía que Dewlanna se hubiera sentido muy orgullosa de él. Durante un momento la wookie fue tan real que Han casi pudo imaginársela, y casi pudo oír sus

gruñidos y gemidos mientras Dewlanna le explicaba hasta qué punto se sentía orgullosa de él. Después Dewlanna le habría revuelto los cabellos para que Han estuviera atractivamente «despeinado».

La idea le hizo sonreír. «Lo conseguí, Dewlanna –le dijo en silencio a la imagen–. Mírame. Eres mi familia, mi única familia, y por eso tienes todo el derecho del mundo a estar aquí hoy, aunque sólo sea en mi recuerdo.»

Y Bria...

«Admítelo, Solo: todavía te importa lo que pueda ser de ella. Sigues buscándola con la mirada, y aún intentas oír el sonido de sus pasos y su voz. Tienes que superarlo, amigo...»

Han meneó la cabeza, como si pudiera expulsar la imagen de Bria de sus pensamientos tan fácilmente como había invocado la de Dewlanna. Pero se iba a llevar a Bria consigo a bordo del *Emperador* de una manera tan segura e inevitable como si la joven hubiera estado allí, caminando junto a él. Por mucho que lo intentara, Han no podía olvidarla.

Otro de los viejos proverbios wookies de Dewlanna volvió a su mente: «Tener una buena memoria es tanto una bendición como una maldición...».

«Cuánta razón tenías, Dewlanna», pensó.

Cambió el peso de un pie al otro, y la desgarradora punzada de dolor que atravesó su pierna derecha le recordó la pelea de hacía dos noches. Han dejó escapar el aliento en una lenta exhalación. «Garris está muerto, Dewlanna –pensó–. Tu asesino ha muerto. Apuesto a que saberlo hará que te resulte más fácil descansar en paz...»

Un oficial imperial había empezado a abrirse paso a través de la multitud. Cuando pasó por delante de Han, el teniente se detuvo y le miró fijamente.

– ¿Cómo se llama, cadete?

Han se puso firme.

– ¡Cadete Han Solo, señor!

– ¿Ha olvidado cómo saludar, cadete Solo?

– ¡No, señor! –dijo Han, y le dirigió su mejor saludo.

El oficial clavó la mirada en el rostro de Han.

– ¿Qué le ha pasado a su cara, cadete Solo?

Durante un momento Han sintió la tentación de decir que había tropezado con una puerta, pero acabó decidiendo que la verdad probablemente sería la mejor respuesta.

– Me peleé con alguien, señor.

– ¿De veras? Jamás lo habría adivinado –dijo el teniente, con una sombra de sarcasmo en la voz–. ¿Y cuál fue el motivo de esa pelea, cadete Solo?

Han pensó a toda velocidad.

– Mi oponente insultó a la Armada Imperial, señor.

Después de todo, era verdad.

El teniente enarcó una ceja.

– ¿De veras, cadete? Eso fue muy... imprudente... por su parte. ¿Le dio una buena paliza para castigar su falta de respeto, cadete Solo?

Han se acordó justo a tiempo de que debía asentir.

– Así lo hice, señor. Puedo asegurar al teniente que ese hombre nunca volverá a insultar a las fuerzas imperiales, señor.

– Excelente, cadete Solo.

El teniente se permitió una sonrisa casi imperceptible y siguió adelante hasta ponerse al frente del grupo.

Han dejó escapar un prolongado suspiro de alivio. «¡Vaya, creo que he conseguido salir de un buen lío!»

Los ecos de una voz amplificadas resonaron a través de las pistas. Un sargento acababa de aparecer junto al teniente y estaba empezando a dar órdenes.

– ¡Cadetes imperiales! ¡A formar!

Hubo un segundo de confusión general, y después los cadetes se fueron disponiendo en filas.

– Subiremos al transporte una fila detrás de otra. Nada de hablar, y a paso ligero.

Todo quedó en silencio. Han estaba en la cuarta fila. Permaneció lo más erguido posible, sin mirar a derecha o izquierda, esperando las órdenes de entrar en movimiento. Los compases de la marcha de la Armada Imperial surgieron de la nada y flotaron sobre la formación.

– ¡Primera fila! ¡Mar-chen!

«¡Segunda fila! ¡Mar-chen!

«¡Tercera fila! ¡Mar-chen!

Una oleada de excitación recorrió todo el cuerpo de Han y canturreó en su sangre. «Por fin. Esto es lo que he estado anhelando durante toda mi vida...»

– ¡Cuarta fila! ¡Mar-chen! –gritó el sargento.

Han ejecutó una impecable media vuelta hacia la derecha y siguió al hombre que le precedía hacia el *Emperador*. Mientras desfilaba, permitió que sus labios formaran una sonrisa casi imperceptible.

«Hoy es el principio –pensó–. Mi auténtica vida ha empezado por fin.»

Se imaginó los rostros de Dewlanna y de Bria. Ellas también estaban sonriendo.

Los pies de Han ya estaban encima de la rampa. Respiró hondo, con la clase de inspiración que podría hacer un recién nacido para lanzar su primera proclama, su primer grito de «¡Estoy aquí! ¡Escuchadme, estoy vivo!».

Han Solo se sentía tan renovado como si acabara de nacer. El oscuro pasado se desprendió de sus hombros, y delante de él ya sólo había un futuro resplandeciente.

El joven corelliano avanzó hacia él con decidido entusiasmo, y no miró hacia atrás.